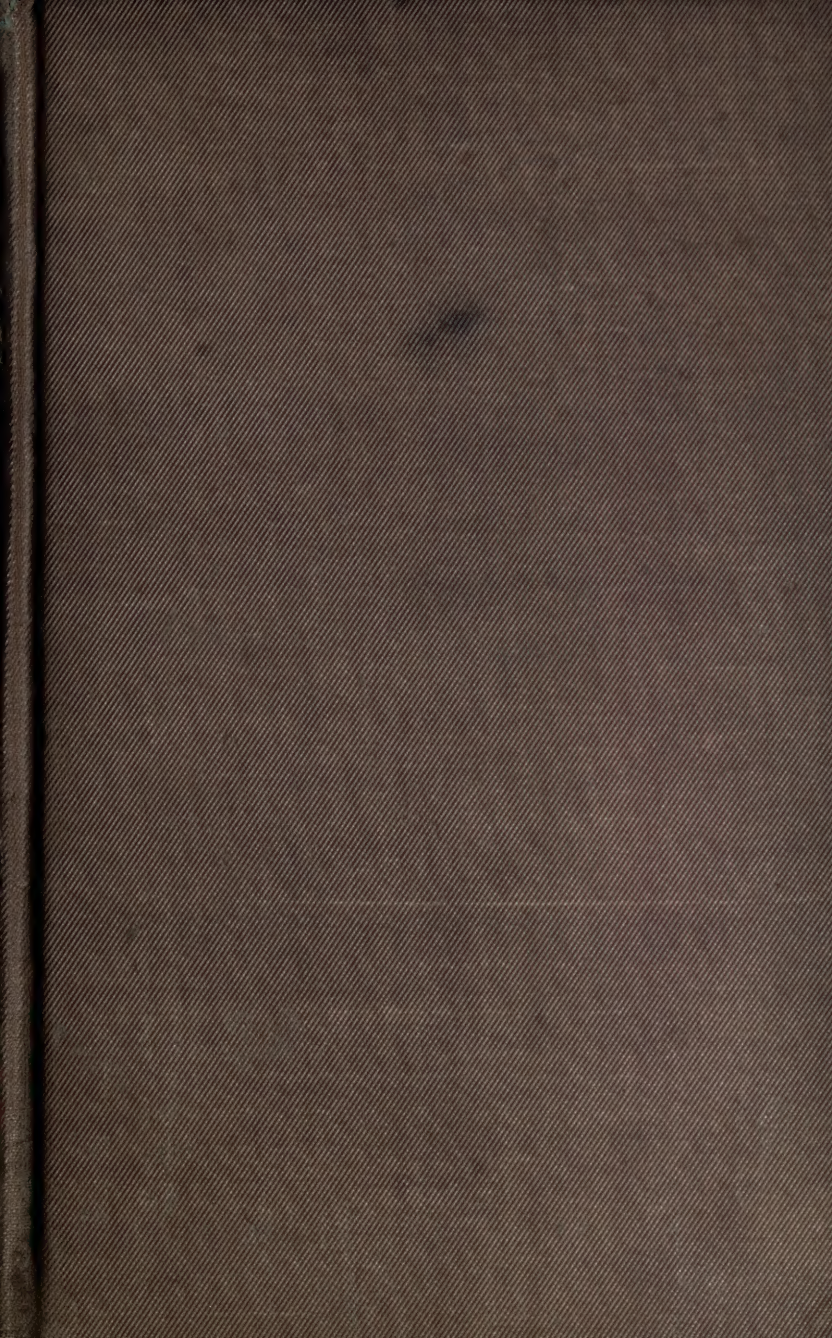
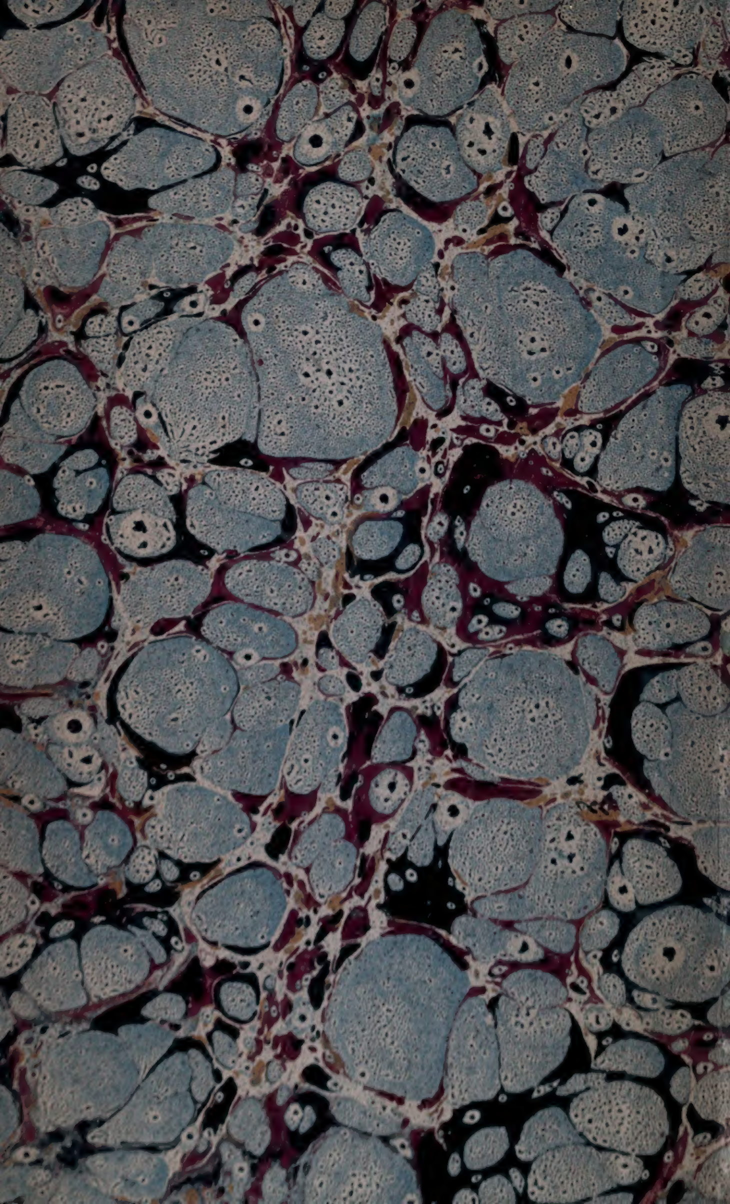
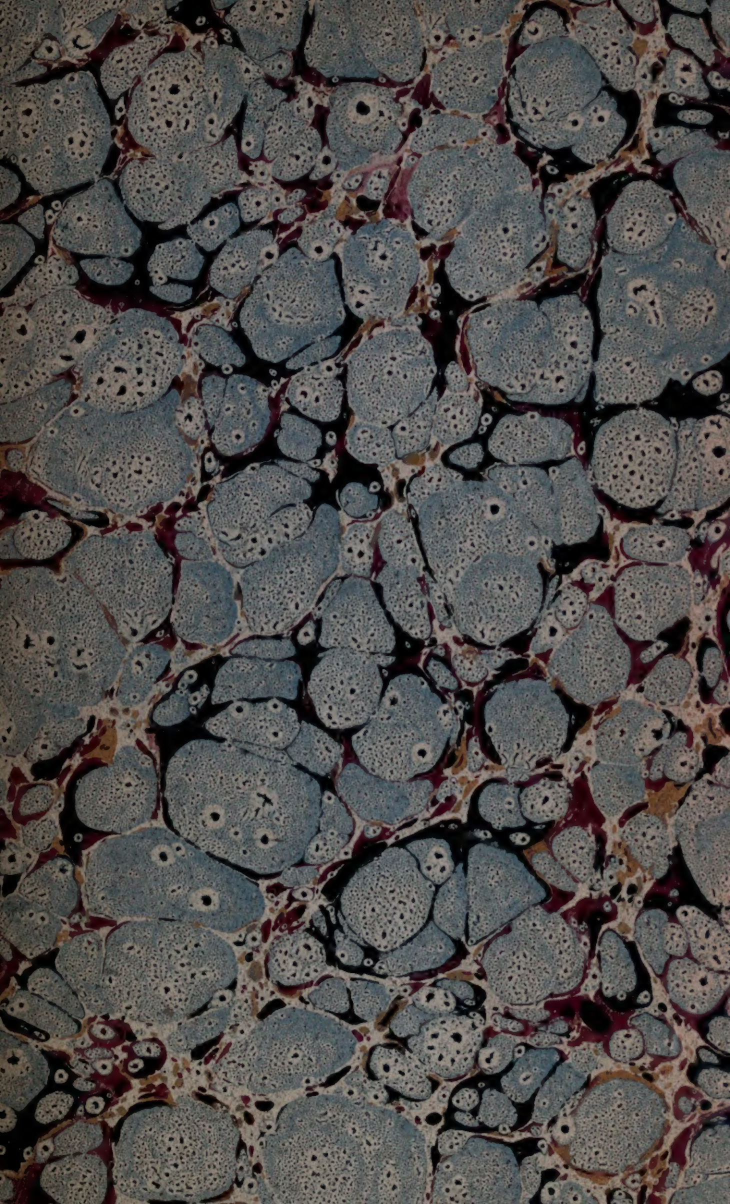






ORLANDO FURIOSO

TOMO SEGUNDO

ORLANDO FURIOSO

POEMA HEROICO

de

LUDOVICO ARIOSTO

traducido en verso castellano

POR EL

CAPITAN GENERAL

D. JUAN DE LA PEZUELA y Ceballos

CONDE DE CHESTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

TOMO SEGUNDO

QUE CONTIENE LOS CANTOS DÉCIMOTERCERO Y SIGUIENTES, HASTA EL VIGÉSIMOCUARTO INCLUSIVE.

MADRID

IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL

Flor Baja, 22

1883

EJEMPLAR NÚM. 98

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMOTERCERO.

Así que Orlando oyó la desventura
Que le contó la amada de Zerbino,
Mata á los malandrines, y la oscura
Gruta deja, y prosigue su camino.
Al castillo de Atlante se apresura
Bradamante á buscar su Paladino.
El africano Rey pasa á su gente
Muestra, y prepara al franco daño ingente.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO DÉCIMOTERCERO.

I.

¡Venturosos aquellos caballeros,
De una edad, en la cual, en las regiones
De ásperos cerros y de montes fieros,
De cuevas de osos, sierpes y leones,
Hallaban lo que hoy jueces severos
No encuentran ni en las fúlgidas mansiones!
Mujeres que, en su edad más fresca y pura,
Gozar merezcan palma de hermosura.

II.

Ya os conté que en la rústica guarida
Hallado había Orlando una doncella,
Y que la preguntó por qué oprimida
Allí yacía; y ora os digo que ella,
Por el llanto y sollozo interrumpida,
Con lengua dulce y triste cuanto bella,
En los más breves términos que pudo,
Le narró la ocasión de mal tan crudo.

.II.

«Aunque bien sé (le dijo), ¡oh caballero!
Que lo que cuente me será un suplicio,
Porque al cruel que me ha encerrado espero
Que pronto esta mujer le dará indicio,
Te diré todo el caso verdadero,
Aunque caiga en más hondo precipicio:
Ni ¿qué gusto mayor darme pudiera,
Que condenarme al fin á que muriera?

IV.

»Isabela me llaman: hija he sido
Del Galáico Monarca, sin ventura:
Bien dije que lo fui, que hoy le he perdido,
Y soy hija del llanto y la tristura.
Culpa es de amor mi mal, que no he podido
Á otro achacarle que á su rabia dura,
Que dulcemente al empezar aplaude,
Y al fin descubre su malicia y fraude.

V.

»Vivía con mi suerte asaz feliz,
Joven, rica, gentil, honesta, bella;
Y ora en lenguas me veis, pobre, infeliz,
Y si hay otra aún más triste, yo soy ella.
Que sepas quiero la primer raíz
Que produjo este mal que me atropella;
Y aunque amparo de ti yo no reciba,
Es mi culpa tal vez quien dél me priva.

VI.

»En Bayona mi padre armó palestra,
Doce meses hará con el presente.
Fueron guerreros á la tierra nuestra
Á justar, del Ocaso y del Oriente.
Entre ellos (ó es amor quien me lo muestra,
Ó que el mérito siempre está patente)
Constante el gusto mío estuvo y fijo
En Zerbino, del Rey de Escocia hijo.

VII.

Porque al ver cuán gallardo el campo mide,
Haciendo pruebas mil de bizarría,
En su amor quedé presa; y pronto vide,
Y á conocer llegué, que no era mía;
Y aunque ese amor á todo en mí preside,
Me acuerda con placer la fantasía
Que no le puse en sitio vil é inmundo,
Sino en el más mejor que haya en el mundo.

VIII.

»Zerbino, de belleza y de valor
Sobre todo campeón era eminente,
Mostróme, y creo que me tuvo amor,
Y quizá como el mío tan ardiente;
Ni nos faltó quien del común ardor
Intérprete nos fuera muy frecuente;
Y si fuimos nosotros divididos,
Nuestros pechos estaban siempre unidos.

IX.

»Porque cuando acabó la marcial fiesta,
Á Escocia mi Zerbino se volvía;
Si lo que es amar sabes, manifiesta
Te será la inquietud, la pena mía;
Y cierta estoy que no menos molesta
La suya el corazón le mordería;
Pues ello fué que á maquinar se puso,
Y llevarme consigo se propuso.

X.

»Y como la diversa ley impide
(Porque cristiano es él, yo sarracena)
El pedirme á mi padre, se decide
Á obtenerme por robo, aunque con pena.
Lindante al suelo que mi patria mide,
En país, de marina y tierra amena,
Cabe un río un jardín frondoso había,
De do el campo y el mar se descubría.

XI.

»Propio halló el sitio para ver cumplido
Lo que la fe diversa no consiente,
Y saber me hace el medio que ha elegido
Para hacernos gozar vida placiente.
Cerca de Santamarta ha prevenido
Fuerte galera, con armada gente,
Al mando de Odorigo de Vizcaya,
Que no hay en tierra ó mar quien mejor haya.

XII.

»Y él, no pudiendo al caso dar efecto,
Porque debía por su padre antigo
Llevar al franco Rey socorro electo,
En vez suya mandar quiere á Odorigo,
Que es de sus servidores el dilecto,
Porque le cuenta el más dispuesto amigo,
Como era de esperar, si halago y dones
Son llave para abrir los corazones.

XIII.

»Tiene el buque Odorigo ya alistado
Para al tiempo prefijo ir á buscarme;
Y así que vino el día suspirado,
Dentro de mi jardín dejé asaltarme;
Que á la noche ese amigo, acompañado
De tropa en tierra y mar apta á guardarme,
Cerca de mi ciudad calose al río,
Y entró muy quedo hasta el pensil umbrío.

XIV.

»Lleváronme á la nave aparejada,
Y los de la ciudad nada sintieron.
De mi gente, desnuda y desarmada,
Huyeron pocos, hartos perecieron,
Y también gran porción fué cautivada.
Así mis lares de mi vista huyeron
Sin tristeza, antes bien con alegría,
Esperando ver pronto á el alma mía.

XV.

»Doblado apenas sobre Monsa hubimos,
Cuando el cielo enrojece, el aire falta,
Y negra nube hacia el Poniente vimos:
Cruje el barco, la mar sube muy alta,
Y ora rugir el huracán sentimos,
Y á babor el Mistral de pronto salta;
Y las olas se encrespan, con tal fuerza,
Que no hay ya que el timón su oficio ejerza.

XVI.

»No basta arrojar lastre á la mar cruda,
Ni los palos tumbar con cuerda y vela,
Que contra chato escollo y roca aguda
Nos vemos ir enfrente á La Rochela;
Y si el alto Señor no nos ayuda,
Nos deshace y sepulta la procela;
Porque el viento tan rápidos nos echa,
Que nunca el arco así lanzó la flecha.

XVII.

»Viendo el vasco el peligro que corría,
Acude á un medio que recurso fuera
Siempre dudoso, y al batel me envía,
Y con ambos le suelta á la mar fiera:
Bajaron otros dos, y bajaría
Todo el tropel, si mano les abriera:
Mas, mientras con la espada los contiene,
Corta el cable, y del mar al sulco viene.

XVIII.

»Salvos fuimos echados á la playa
Los que en la barca entramos : perecieron
Los demás, con la nave ¡que mal haya!
Presa del mar nuestras riquezas fueron;
Y nuestras manos, en piadosa laya,
Á la eterna bondad las gracias dieron,
Que así salvada del furor marino,
Volver á ver me deja á mi Zerbino.

XIX.

»Aunque en la nave ropas he dejado,
Joyas, caudal y lo que más se estima,
Con que tenga á Zerbino yo á mi lado,
Que tenga el resto el mar no me lastima.
Do arribamos no el suelo está marcado
Por caminos, ni nada allí se anima:
Sólo está el monte, al cual siempre adereza
El pie la mar, el viento la cabeza.

XX.

»Aquí el crudo tirano, aquel que ha sido
En sus promesas siempre desleal,
Y está atento ideando ver fallido
Cualquier designio nuestro racional,
Con alevoso empeño ha convertido
Mi alegría en dolor, mi bien en mal.
Por él, en ese en quien Zerbino fía,
Se enciende el torpe ardor, la fe se enfría.

XXI.

»Ó que ya en el bajel me hubiera ansiado,
Y á revelarlo por temor no pasa;
Ó que entonces se hubiera despertado
Con morar solitario en gruta escasa,
Resuelve al punto allí dejar logrado
El vil deseo que su sangre abrasa;
Aunque antes de uno desligarse intenta
De aquellos dos con que en la lancha cuenta.

XXII.

»Era Escocés, y Almonio se decía;
Y, por su fe probada y fuerza brava,
Zerbino nos le dió por compañía.
Al tal dijo el traidor, que mal le estaba
Á pie llevarme á la ciudad; que el día
Á despuntar entonces comenzaba;
Y le pidió que allá se adelantase,
Y un palafrén seguro le mandase.

XXIII.

»Sin darse Almonio del designio cuenta
De Oderigo, se lanza presuroso
Á la ciudad, que á seis millas se asienta,
Si bien de allí la encubre el bosque umbroso.
Entonces, á confiarle lo que intenta
Se decide al que queda el alevoso,
Ya porque dél no sabe cómo salga,
Ya porque espera que amistad le valga.

XXIV.

»Corebo el bilbaino se decía
El de quien hablo, que con nos salvóse;
El cual de niño se crió, y vivía,
Y en casa de Oderigo perpetuóse.
De que con él comunicar podía
El inicuo proyecto persuadióse,
Esperando que á amar fuera más presto
Lo grato y provechoso que lo honesto.

XXV.

»Corebo, que cortés y leal era,
No le pudo escuchar sin indignarse,
Y le echa en cara su insolencia fiera,
Y comienzan los dos á denostarse.
De uno y otro la rabia se apodera,
Y las espadas sacan por vengarse.
Al verlos en tal lid, con gran pavura,
Yo di á correr por l'alta selva oscura.

XXVI.

»Oderigo maestro es de esa guerra;
Y á pocos golpes, tal ventaja tuvo,
Que á Corebo por muerto dejó en tierra,
Y en busca mía incontinente anduvo.
Plumas para alcanzarme, si no yerra
La mente mía, del Amor obtuvo,
Y frases le enseñó, lisonjas, ruego,
Para inclinarme á su amoroso fuego.

XXVII.

»Todo fué en vano, que primero muerta
Me vería, que infame complacerle.
Cuando entendió que con rogar no acierta,
Y que ni la amenaza ha de valerle,
Á la audacia entregóse descubierta.
En vano á su atención quise traerle
Aquel afecto que debió á Zerbino,
Que hasta á fiarme entre sus manos vino

XXVIII.

»Cuando exhalarme vió mis ruegos vanos,
Y que obtener socorro no podía,
Creciendo más sus ímpetus villanos,
Cual oso hambriento á mí se dirigía.
Defendíame yo con pies y manos,
Y hasta al mordisco y uñas recurría:
La cara le rasgué: le arranqué el pelo,
Y envié gritos agudos hasta el cielo.

XXIX.

»No sé si fué el acaso, ó si esos gritos,
Que á una legua escucharse bien podrían,
Ó que en correr las playas expeditos,
Á los náufragos barcos descendían,
Sobre el monte mostrarse vi á infinitos,
Que hacia nosotros y á la mar venían.
Cuando los vió Oderigo, temeroso,
Suelta su presa y huye presuroso.

XXX.

»Contra aquel desleal ayudatrice
Me fué la turba aquella, aunque su traza
Me recordó el adagio en que se dice:
Á un gran riesgo, mayor otro amenaza.
Mas en verdad no fui tan infelice,
Ni es tan vil y perversa aquella raza;
Que aunque nada de bueno los abona,
Á violar no llegaron mi persona;

XXXI.

»Pues prenda digna del Señor de un trono
Me juzgan, cual me encuentran, no tocada.
Ocho meses pasé, y empieza el nono
Desque en esta caverna estoy guardada;
Y de ver á Zerbino ya abandono
Toda esperanza; pues que fui comprada,
Según pude saber, por un tratante,
Que llevarme al Soldán debe á Levante.»

XXXII.

La doncella gentil esto narraba;
Y con tales suspiros las postreras
Voces de su decir entrecortaba,
Que hallarían piedad hasta en las fieras.
Mientras así su pena renovaba,
Ó la aliviaba en quejas lastimeras,
Como unos veinte en la caverna entraron,
Armados con pertrechos que robaron.

XXXIII.

El primero que entró, ¡feroz bandido!
Tiene un ojo no más, de vista rara:
La nariz al segundo le ha partido
Un tajo que le coge media cara:
Ese, viendo al de Brava entretenido
Con la doliente, á los demás se encara,
Gritándoles: *Gran caza fué ¡por Baco!*
La de este no esperado pajarraco.

XXXIV.

Y dice luego al Conde: «No podía
Un hallazgo topar más oportuno.
No sé si á tu magín le ocurriría
Tal don hacerme, ó te lo dijo alguno,
Que de tan bellas armas yo tenía
Antojo, y de ese rico traje bruno.
¡En verdad que al mejor tiempo has venido
Á traerme el arreo apetecido!»

XXXV.

Puesto en pie el Paladino, de esta suerte
Respondióle al truhán desarrapado:
«Tan barato mi arnés voy á venderte,
Que mejor mercader nunca has hallado.»
Y del fuego que cerca allí se advierte,
Un humeante tizón cogió inflamado,
Y al malandrín, con él, golpe apareja
Do la nariz confina con la ceja.

XXXVI.

Le abrasa los dos párpados el fuego
Del tizo, y más el ojo que aún tenía,
Y de la vista así le quita el juego,
Hundiéndole en horror de noche umbría:
Ni se contenta con dejarle ciego
Aquel golpe tremendo, que le envía
Á do está, trasegando á otros bandidos,
Quirón [1] en los estanques encendidos.

XXXVII.

En la espelunca yace una gran mesa,
De espesor de dos palmos el tablero,
Que encima de pilastra tosca y gruesa,
Es del ladre y los suyos comedero;
Y con el arte sumo que profesa,
Cañas lanzando, el Español ligero,
Orlando el disco inmenso así dispara,
Do junta la canalla se repara.

XXXVIII.

Á quién le escacha el vientre, á quién el pecho:
Á quién rompe una pierna, á quién un brazo:
Éste cadáver queda, aquél mal trecho,
Quién huye, herido menos del peñazo.
Así á veces, tirada á corto trecho,
Cien víboras machuca, en el ribazo
Donde pastando al sol está el enjambre,
La piedra que les corta vida y hambre.

XXXIX.

Cada cuerpo de aquellas veinte inicia:
Una muere, ó sin cola va escapando:
Otra esfuerzos del pecho desperdicia,
Y en vano el posterior está plegando;
Y ésta, á quien sirve estrella más propicia,
Por las hierbas arrástrase coleando.
¡Increíble sería, sino viendo
Que es del brazo de Orlando el golpe horrendo!

XL.

Aquellos á quien hiere poco ó nada
(Y dice aquí Turpín que fueron siete)
Encomiendan su ayuda á la escapada:
Pero en la puerta el Paladín se mete;
Y así que los reprime y anonada,
Un nudo que las manos les sujete
Con una cuerda fórjales, ¡encuentro
Para el caso oportuno en aquel centro!

XLI.

Los arrastra después fuera del silo,
Adonde hace un gran árbol sombra agreste,
Los ramos trunca Orlando al viejo tilo,
Porque á los siete su servicio preste,
Y no fué menester mejor estilo
Para el mundo purgar de aquella peste,
Pues sirvieron las puntas vegetales
Para horadar los cuellos criminales.

XLII.

La vieja [2], cobertriz de malandrines,
Cuando á todos los suyos vido muertos,
Arrancándose huyó las sucias crines,
Por senderos fragosos y desiertos,
Viendo burlados los intentos ruínes,
Dudoso el lucro ya, los daños ciertos;
Y halló un guerrero al pie de una ribera....
Pero suspendo aquí decir quién era.

XLIII.

Y vuelvo á la que pide miseranda
Al buen Conde que sola no la deje,
Y le ofrece seguir de banda á banda;
Y Orlando la consuela y la protege;
Y cuando ya la Dea, que enguirlanda
La sien de rosas que con lirios teje,
Empieza á abrir la acostumbrada estela [3],
El paladín partió con Isabela.

XLIV.

Mucho anduvieron juntos noche y día
Sin hallar nada digno de narrado,
Hasta que al fin hallaron por la vía
Á un paladín que prisionero ha estado.
Diré después quién fué; que mal podría
Otro nombre olvidar de vos amado:
El de aquella esforzada Bradamante
Que en lágrimas dejé lánguida amante.

XLV.

La hermosa virgen, deseando en vano
Que su caro Rugier volviese á ella,
En Marsilia se hallaba, do al pagano
Diariamente acomete y atropella,
Cuando sale á predar en monte y llano
Por las campiñas de Provenza bella;
Y en verdad que el oficio cumple entero
De sabio jefe y de óptimo guerrero.

XLVI.

Encontrándose allí, después que había
Largo tiempo extinguídose, aguardando
Á su Rugiero, al ver que no venía,
Peligros mil forjábase temblando.
Al cabo de otros muchos, vino un día,
En el cual, mientras sola está llorando,
Llega la que el anillo, en medicina,
Llevó á Rugiero contra el mal de Alcina [1].

XLVII.

Cuando la ve que, sin su caro amante,
Tras de espera tan triste y larga, viene,
Queda pálida, yerta, y tan tremante,
Que el pie débil apenas la sostiene.
Mas la maga, saliéndola delante,
Ríe, viendo el temor que la previene;
Y cual hace el que buena nueva aporta,
Con semblante jocundo la conforta.

XLVIII.

Y la dice: «No temas: fuerte y sano
Vive y cual siempre te ama el dulce amigo:
Mas libre no, porque el ardid tirano
Aún le oprime del Mágico enemigo;
Y es fuerza que al borrén tiendas la mano,
Y si le quieres ver, vengas conmigo;
Que si me sigues, te daré la idea
Con que libre por ti Rugier se vea.»

XLIX.

Y la aventura la siguió narrando
Que la astucia inventó del viejo Atlante,
Que la hermosura de ella simulando,
Se la mostró cautiva del gigante,
Y al palacio fatal la fué llevando,
En el cual extravióse á breve instante;
Y el fraude dijo igual con que detiene
Cuanta dama ó varón por allí viene;

L.

Y cómo á todos se les muestra artero,
En la forma que anhela cada uno,
De su dama, su amigo, su escudero,
Según que á cada cuál es oportuno,
Y luego corren el palacio entero
Con harto afán, y sin provecho alguno,
Siendo el deseo en ellos tan vehemente,
Que no saben salir del falso ambiente.

LI.

Y añade : «En cuanto llegues á la parte
Que cerca está de la encantada estanza,
Vendrá el anciano mágico á encontrarte,
Tomando del garzón la semejanza;
Y te querrá hacer ver con su mal arte,
Que uno allí le rindió de más pujanza,
Á fin de que á la red tu planta acuda,
Llevada del afán de darle ayuda.

LII.

»Y porque el fraude en que cayeron tantos
No te coja también, está advertida,
Que aunque finja es Rugier, que en sus quebrantos
El caro apoyo de tus armas pida,
Ninguna fe le des : mas golpes cuantos
Basten para acabar su torpe vida :
Ni creas que tu amado es el que muera,
Sino el autor de tu desdicha fiera.

LIII.

»Sé que ha de serte (lo conozco) duro
Matar á quien parece que es Rugiero :
Mas no en la vista fíes, que hará impuro
El encanto velar lo verdadero ;
Y antes que al bosque entremos, si inseguro
Tu pecho está, que te detengas quiero ;
Y pienses que á perder vas á tu amante,
Si no matas, por miedo, al Nigromante.»

LIV.

La valerosa joven, que dispuesta
Está á dar muerte al que su daño urdía,
Á armarse corre, y á seguir se apresta
Á Melisa, que siempre fiel la guía;
Y ora por tierra culta ó por foresta,
Sin descanso la lleva noche y día;
Y con dulce narrar de su destino,
El cansancio la alivia del camino.

LV.

En la sabrosa plática, presentes
La ofrece los que deben ser trofeos
Suyos y de Rugier: los excelentes
Príncipes y gloriosos semideos;
Y cual si ante ella hiciéranse evidentes
Del Hacedor Supremo los deseos,
Los sucesos sus labios predecían
Que en muchos siglos ocurrir debían.

LVI.

«Y una vez, mi prudente bienhechora
(Á la maga decía la doncella),
Que ante siglos me has hecho sabedora
De tanta mi viril progenie bella,
De alguna gran mujer, te ruego ahora
Que me digas, si digna saldrá en ella,
Por belleza y virtud de aplauso y fama.»
Y Melisa respóndele á la dama:

LVII.

«De ti nacer púdicas fembras miro,
Madres de más de un Rey, de Emperadores:
Firmes columnas, salvador respiro
De altos nombres y estados de señores;
Que en femeniles ropas tanto admiro,
Como en armas á insignes campeadores:
De castidad y honor tipo eminente:
De piedad, de alto espíritu y prudente.

LVIII.

»Y si aquí referirte habré de una
Que nazca excelsa de tu estirpe insigne,
Difícil ha de serme que á ninguna
Á dejar en silencio me resigne.
Mas entre mil, podré decir de alguna,
Ó pocas más, que á tu atención designe:
De quienes, si en la cueva lo dijeses [5],
La imagen propiamente visto hubieses.

LIX.

»De tu raza feliz nacerá aquella,
De estudios y hechos grandes siempre amiga,
Que no sé si discreta aún más que bella,
Ó más que sabia, púdica te diga:
La sublime Isabel [6], que tal descuella
Y tanto en bien del pueblo se fatiga,
Que á la tierra del Mincio hará felice,
Que, de Ocuo el fundador, Mantua se dice.

LX.

»Allí en nobles certámenes famosos,
Con el consorte egregio [7] dones vierte,
En los que se distinguen por virtuosos,
Ó en el que por cortés ingenio acierte.
Si uno del Ron y el Ter pinta gloriosos
Hechos que hacen del Galo á Italia fuerte,
Otro dirá que á Penelópe basta
Para igualar á Ulises ser tan casta.

LXI.

»Poco y breve mi lengua te revela
De esta dama, y del cuadro asaz me alejo
En que la vi, cuando mi mente vuela,
De Merlín con las alas y el consejo;
Y pues si en tanto mar dóime á la vela,
Y atrás en navegar á Tifis [8] dejo;
Diré, en suma, que se halla en su persona
Cuanto de bueno Dios al hombre dona.

LXII.

»De su hermana Beatriz [9] tendrá el abrigo,
Á quien cuadra, en verdad, el nombre hermoso;
Que no sólo el favor del cielo amigo
En vida ha de tener, sino dichoso
Al consorte leal hará consigo,
Y entre Duques excelsos, poderoso;
Si bien grande, cuando ella suba al cielo,
No habrá luego quien sufra mayor duelo [10]

LXIII.

»Que serán, mientras viva, los colubros
Vizcónteos, Moro, Esforcia, los sin pares,
Del Norte frío hasta los suelos rubros,
Y desde el Indo á los Ausonios mares;
Mas caerán á su muerte los Insubros [11],
De la Italia con ruínas á millares,
En servidumbre vil: tal decadencia
Supo evitar su ingenio y su prudencia.

LXIV.

»Otras del mismo nombre halla mi mente,
Años antes nacidas, de alta estima:
De ellas una ornará la sacra frente
Con la diadema de Panonia opima [12];
Otra [13], dejando pompa, honor fulgente,
Vendrá al retiro en el itálio clima
Do inclusa entre las vírgenes sin pares,
Tendrá inciensos, imágines y altares.

LXV.

»De muchas callaré, que, cual te dije,
Largo sería el historiar de tantas,
Porque alto elogio cada cuál exige,
Si han de expresarse sus acciones santas;
Por tanto, mi decir no se dirige
Ni á Blancas ni á Lucrecias hoy, ni á cuantas
Los Estados de Italia irán rigiendo,
Madres ó esposas, su baluarte siendo.

LXVI.

»Tu familia tal vez más que ninguna
Tendrá en las damas esplendor profuso;
Que si honor en las hijas la fortuna,
Honestidad en las matronas puso;
Y porque adquieras tú noticia alguna,
En lo que de eso el buen Merlín me expuso
(Quizá para tu solo advertimiento),
Con gran deseo de narrar me siento.

LXVII.

»De Ricarda [14] diré primeramente,
Que, de bondad ejemplo peregrino,
Quedará viuda y joven; que inclemente
Suele con la virtud ser el destino.
Del paterno dosel verá, doliente,
Privados á sus hijos, y el camino
Del destierro pisar por los alzados
En el poder, si al cabo restaurados.

LXVIII.

»De la alta estirpe de Aragón famosa
Á la reina [15] á ensalzar mi voz se inclina;
Que otra más sabia, púdica y hermosa,
No en la historia brilló griega ó latina;
Ni á quien hiciera el cielo más dichosa;
Pues que será, por la bondad divina,
Electa á producir la triple estela
De Hipólito, de Alfonso y de Isabela.

LXIX.

»Esa ha de ser la espléndida Eleonora,
De tu tronco robusto rama enhiesta.
¿Qué diré de la nuera y sucesora,
Que en el reino y las glorias sigue á esta?
De Lucrecia de Borja [16], que atesora
Tanto ingenio, beldad y fama honesta,
Cuya fortuna crecerá en lo bueno,
Cual tierna planta en mórbido terreno.

LXX.

»Como al peltre la plata, al cobre el oro,
Á la amapola vil la linda rosa:
Como el lauro al silvestre sicomoro:
Á tosco vidrio, gema primorosa;
Así la no nacida, que hoy honoro,
Dejará lejos á la más famosa,
En belleza sin par, en gran prudencia,
Y en cuanto en la mujer cabe excelencia.

LXXI.

»Y entre los altos méritos laudables
Que en vida y muerte la serán contados,
Brillarán las lecciones saludables
De que á sus hijos dejará empapados,
Semilla de los frutos admirables
Que han de ostentar en armas ó togados;
Que el olor no se extingue en tiempo escaso,
Bueno ó malo, que encierra fino vaso.

LXXII.

»No á Renata [17] mi voz tampoco olvida,
Nuera suya, de Francia en la campaña,
Del Rey Luís el Duodécimo nacida,
Y de la excelsa estirpe de Bretaña.
Cuanta hay virtud en damas repartida
En lo que quema el sol y el agua baña,
Y gira en torno al cielo, toda junta
En la dulce Renata se halla asunta.

LXXIII.

»Mucho será que de Alda de Sansunia
Calle, ó de la Condesa de Celano:
Ó de Blanca María, en Catalunia,
De la hija del gran Rey Siciliano,
De la muy bella Lipia de Bolunia,
Y de mil; que si tanto abro la mano,
Sus altas prendas refiriendo enteras,
Entro en un mar inmenso y sin riberas.»

LXXIV.

Después que con amor le fué diciendo
La mayor parte de su grey famosa
(De Rugiero mil veces repitiendo,
El cómo entrara en la mansión dolosa),
Se detiene Melisa, cerca viendo
La morada del viejo prodigiosa,
Y no quiere seguir más adelante,
Por no ser vista del astuto Atlante.

LXXV.

Y á la doncella ilustre la aconseja
De lo que ya mil veces la ha advertido;
Y ésta, no bien un tanto se le aleja,
Por un breve sendero que ha corrido,
Cuando ve al que á Rugiero se asemeja
Por dos grandes gigantes perseguido,
Que le van estrechando de tal suerte,
Que cerca estaban ya de darle muerte.

LXXVI.

Cuando la dama ve lo que amagaba
Del que juzga es Rugiero á la persona,
Cambia en dudas la fe que antes mostraba,
Y sus bellos designios abandona.
Que ya le odia Melisa (imaginaba),
A quien culpa ignorada acaso encona,
Y que ora intenta, por cruel desquite,
Que ella misma á su bien la vida quite.

LXXVII.

«¿Pues no es este el Rugiero (se decía)
Que con la mente siempre, y hoy de lleno
Mis ojos viendo están? ¿Ni á quién podría
Conocer si á éste no que va en mi seno?
¿Acaso mi razón más se confía
Que de mi propio ver del ver ajeno,
Cuando aun sin vista, el alma, siempre en vela,
Si se acerca ó se aleja me revela?»

LXXVIII.

Mientras así cavila, voz escucha
Cual de Rugiero, que socorro pide,
Y presintiendo desigual la lucha,
Espolea el corcel, que humo despide;
Y ve á los monstruos que con ansia mucha
Corren y corto trecho los divide;
Y la dama detrás de ellos se lanza,
Y va derecha á la encantada estanza,

LXXIX.

De la que el quicio apenas pisó un tanto,
Cuando quedó al hechizo sometida.
Día y noche registra en su quebranto
De alto á bajo la casa maldecida;
Siempre en vano: ¡tan fuerte es el encanto,
Que no hay poder que su eficacia impida!
Y hace el encantador que siempre vea
Y oiga, sin conocer al que desea.—

LXXX.

Quede aquí Bradamante, y que no os pese,
Por juzgarla encantada á lo infinito;
Que saldrá con Rugiero cuando cese
El demarcado tiempo del conflito.
Como el mudar manjares siempre fuese
Medio de renovarse el apetito,
Quiero yo que mi historia también sea,
Por variada, más grata al que la lea.

LXXXI.

De muchos hilos tengo que servirme
Para urdir la gran tela que laboro:
No os canse, pues, la narración oirme
De cómo de sus tiendas sale el Moro,
Y al frente de Agramante está ya firme;
Que amenazando las tres lises de oro,
Nueva muestra y mayor pasar intenta
Para saber las tropas con que cuenta.

LXXXII.

Y como á los jinetes y peones
De que tiene esparcida larga copia
Faltaban Capitanes y Barones
De la España y la Libia, y la Etiopia,
Y las varias escuadras y naciones
Formaban de por sí, sin orden propia;
Por dar forma y cabeza á cada una,
Allí á su vista á todas las aduna.

LXXXIII.

Para suplir lo que murió de gente
En los trabajos y batallas fieras,
Á España envió un señor, y otro igualmente
Al África, á inscribir nuevas banderas,
Que, á sus órdenes, fuesen prontamente
Traídas por montañas y riberas.
Y aquí permitiréis que al otro canto
Deje la relación de pueblo tanto.

ORLANDO FURIOSO

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMOCUARTO.

Al revistar sus tropas Agramante,
Conocimiento tiene (aunque ya tardo)
Que, con sus dos escuadras de Levante,
Faltan del Campo Alzirdo y Manilardo.
Cuando iba en busca del Señor de Anglante,
Encuentra á Doralice Mandricardo.
Miguel los pasos de Reinaldo guía,
Mientra el Moro á París acometía.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO DÉCIMOCUARTO.

I.

Por los muchos asaltos maltratados
Los Francos, de la Libia y de la España,
Cadáveres sin fin, no sepultados,
Fueron pasto de buitre y alimaña;
Y si asaz los franceses apremiados,
Porque toda han perdido la campaña,
Aún más el sarraceno está afligido
Por los grandes y jefes que ha perdido.

II.

Sus victorias les fueron tan costosas,
Que poco les quedó de que alegrarse;
Y si á las viejas las modernas cosas
Deben ¡oh invicto Alfonso! compararse,
Compararlas es bien á las gloriosas
Que supo vuesto esfuerzo conquistarse:
Al hecho heroico que, con harta pena,
Aún recuerda entre lágrimas Ravena [1].

III.

Cuando el Picardo y Gasco iban cediendo
Y el Normando también y el Aquitano,
Vos en medio os lanzasteis, conteniendo
Al casi vencedor contrario Hispano;
Tras vos la brava juventud siguiendo,
Que mereció, de vuestra invicta mano,
Aquel día el honor que más anhela
Del fino estoque y la dorada espuela.

IV.

Con los que más cercanos tenéis fieles,
Y con la espada vuestra la primera,
Con las bellotas de oro [2], y los cuarteles
Gualdo y rojo [3] escombrasteis la ribera,
Debiéndose á vos sólo los laureles,
De que el dorado Lirio no cayera;
Y con palma aún más noble, el gran servicio
De conservarle á Roma su Fabricio.

V.

La gran columna del dosel Romano
Que preso habéis y conservado entera,
Os honra más que si ora en vuestra mano
Toda la gente militar cayera
Á quien sustenta el campo Ravenano,
Y cuanta suelta vino y sin bandera,
Por repugnar la azada y la escudilla,
De Aragón, de Navarra y de Castilla.

VI.

Alivio la victoria fué por cierto
Más que alegría, porque á todos pesa,
Entre los lances de la lid, ver muerto
Al Capitán de Francia y de la empresa,
Y que á impulsos del Noto el mar abierto
Hace de ilustres Príncipes su presa:
¡Tristes, que á defender á sus aliados
Bajaron de los Alpes siempre helados!

VII.

Nuestra fortuna y nuestra vida de esta
Desdichada victoria se resiente;
Pues aunque no la saña nos molesta,
Con sus nubes, de Júpiter potente,
No nos dejan gozar juegos ni fiesta
Los largos lloros y el clamor doliente
Que, en negra ropa envueltas, ó desnudas,
Lanzan por toda Francia tristes viudas.

VIII.

Capitanes nombrar toca gallardos
Del Galo al afligido Rey y padre,
Que, por honor del reino, á sus bastardos
Hijos castigue, al forzador y al ladre,
Que á monjas, frailes blancos, negros, pardos,
Matan, y fuerzan hija, esposa y madre;
Y las formas de Dios al suelo arrojan,
Por robar oro ó plata en que se alojan.

IX.

¡Oh Rávena infeliz! Mejor consejo
Fuera no hacer al Franco resistencia,
Y que Brescia [4] sirviérate de espejo,
Y tú no serlo á Rímini y Faencia.
Envía ¡oh Luís! á tu Tribulcio viejo
Que, enseñando á esos tuyos continencia,
Les cuente, por hacer lo que ellos hacen,
Cuántos por toda Italia muertos yacen.

X.

Cual hoy de capitanes el auxilio
Á su ejército es bien que Luís provea,
Agramante también y el rey Marsilio
Han menester caudillos de pelea.
De las cumbres, de nieves domicilio,
Quiere que baje cuanta hueste sea,
Para ordenarla y ver qué necesita,
Á fin que toda escuadra esté expedita.

XI.

Marsilio antes las corre, y Agramante
Pasa á todas después revista entera.
La catalana gente va delante,
De Corifeo [5] en pos, con su bandera;
Y después sin su jefe Folvirante,
Que á manos de Reinaldo muerto era,
Va la escuadra navarra, que á Soldiero
Por capitán le ha dado el rey Ibero.

XII.

Balugante á los pueblos de León :
Grandonio á los Algarbios acaudilla :
Hermano de Marsilio, Falsiron,
En armas lleva á la menor Castilla :
Siguen de Madarazo el gonfalón
Los que han dejado á Málaga y Sevilla,
Y el mar de Gades, Córdoba fecunda,
Y la tierra que el Betis rico inunda.

XIII.

Tesira, Estordilano y Verecundo
Uno tras otro allí muestran su gente:
Lisboa está al primero; está al segundo
Granada, y Palma al último obediente.
De Lisboa fué rey, cuando del mundo
Salió Larbín, Tesira su pariente.
Maricoldo va en pos, á quien previno
Por jefe á sus Galáicos Serpentino.

XIV.

Los de Toledo luego y Calatrava
Siguen, y Sinagon su insignia ostenta.
Á las felices gentes á quien lava
Guadiana que sus campos alimenta,
El audaz Matalisto gobernaba:
Biazardín el de Astorga se presenta,
Y lleva de Plasencia y Salmantinos,
Y de Ávila y Zamora y Palentinos.

XV.

Á los de Zaragoza y de la corte
Del Rey Marsilio, Ferraud gobierna:
Y con tal gente y de tan bravo porte,
Caminan Malgarino y Valinverna,
Morgante y Malgarín, que un mismo norte
Obligó á recogerse á tierra externa;
Pues cuando sus estados ya perdieron,
Del Rey Marsilio protegidos fueron.

XVI.

Allí va de ese Rey el gran bastardo
Folicón de Almería, y Dorinconde,
Bavarte, y Algalifa, y Analardo,
Y va Archidante, el saguntino Conde,
Y el Almirante y Langirán gallardo,
Y Malagur, que astuto engaño esçonde,
Y otros y otros, de quienes en pelea
Veréis las pruebas, cuando tiempo sea.

XVII.

Revistadas de España las legiones,
En marcial actitud, por Agramante,
Llega el campo á ocupar con sus pendones
El Rey de Orán, que cási es un gigante.
Lloran de Martasín los batallones
La muerte que le ha dado Bradamante,
Y que una mujer logre gloria tanta,
Como rendir al Rey del Garamanta.

XVIII.

Sigue después la escuadra de Marmunda,
Que abandonó, en Gascuña, á Argosto muerto:
Caudillo ha menester, cual la segunda,
Y la cuarta también; y aunque es bien cierto
Que Agramante de jefes ya no abunda,
Cavila por buscarlos con acierto;
Así elige á Burán, Arganio, Ormida,
Y á do conviene de aplicarlos cuida.

XIX.

Á Arganio da la gente Libicana,
Que llora al muerto negro Durindaso,
Guía Brunel su tropa Tingitana,
Con frente taciturna y lento paso;
Que después que en la selva no lejana
Del castel que hizo Atlante en peñón raso,
El anillo quitóle Bradamante,
Ya no tuvo la gracia de Agramante.

XX.

Y si no fuera que le halló Isoliero [*],
De Ferraud hermano, al tronco atado,
Y le hizo al Rey relato verdadero,
Algún tumbo en el aire hubiera dado;
Pero, á ruego de muchos, el primero,
Ya de la horca al pie, le ha perdonado,
Mas jurando empalarle á la primera
Que de las suyas el perverso hiciera.

XXI.

Y por eso Brunel triste marchaba,
Y por eso la vista al suelo inclina.
Farurante le sigue, que llevaba
Los caballos é infantes de Maurina.
Su nuevo Rey, Libanio, comandaba
Á la gente que trae de Constantina;
Que el gran Rey la corona y bastón de oro
Le ha dado, que antes tuvo Pinadoro.

XXII.

Va con gente de Hesperia Soridano,
Y Pulián con la suya Nasamonia,
Y con la flor de Ceuta Dorilano,
Y Agricante, su Rey, con los de Amonia.
Malabuferso rige al Piriniano,
Y Finodauro trae la Babilonia
Allegada en Marruecos y Canarias;
Malastro á los que tuvo el Rey Tardarias.

XXIII.

La bandera de Mulga á la de Arcilla
Sigue: con ésta va su Rey antigo:
No lleva el suyo aquella: la acaudilla
Corineo por don del Rey su amigo;
Que también de la gente de Almansilla,
Que rigió Tanfiron, Rey hace á Quigo,
Cual da la de Getulia á Rimedonte:
Con los de Cosca viene Balinfronte.

XXIV.

De la escuadra que Bolga gente allega
Clarindo es Rey, lo fué ya Mirabante:
Baliverso á juntarse con él llega,
De el ejército entero el más brigante.
No en todo el campo juzgo se despliega
Bandera de una tropa más brillante
Que aquella con que sigue el Rey Sobrino,
Ni otro hay cual el prudente Sarracino.

XXV.

Los de Bellamarina, que Gualcieros
Antes rigiera, el rey de Argel hoy guía:
Rodomonte de Sarza, que guerreros
Nuevamente y peones conducía;
Pues mientras de Quirón [7] los cuernos fieros
Tocaba el sol entre la niebla umbría,
Fué por el Rey al África mandado,
Y ha tres días tan sólo que ha llegado.

XXVI.

No cual este en esfuerzo y valentía
Produjo otro varón África ardiente;
Y el muro de París más le temía,
Y bien hace en temerle ciertamente,
Que á Marsilio, Agramante, y cuanta había
Seguido á Francia á entrambos noble gente;
Ni era pagano que tan cruda muestra
Diera de odio implacable á la fe nuestra.

XXVII.

Le sigue Dardinel, rey de Alvacura,
Y luego el de Zumatra, Prusinice;
Y no sé cuál corneja ó ave impura
De las que augurio anuncian infelice,
Desde viejo torreón en noche oscura,
Á los dos con su grito les predice
Que en el cielo está escrito hora y manera
De su muerte, en la pugna venidera.

XXVIII.

Ya de venir al campo no faltaban
Más que el de Tremecén y el de Noricia:
Que ni sus estandartes se mostraban,
Ni nadie de su estar daba noticia.
Mientras muchos recelos inquietaban
Á Agramante, que extraña tal pigricia,
Á referir su mísero destino,
Del rey de Tremecén un paje vino.

XXIX.

Y contando que Alzirdo y Manilardo
Murieron con su séquito guerrero:
«Señor (le dijo), el paladín gallardo
Que así nos destrozó, tu campo entero
Rompería también, sin su retardo,
Que me ha dejado á mí llegar primero;
Que él deshace jinetes y peones,
Como el lobo de ovejas los montones.»

XXX.

De aquellos días uno no distante
Venido al campo había un gran Señor,
Que ni en todo el Poniente ni el Levante
De más fuerzas le había ni valor:
Grandes honras hacíale Agramante
Por su esfuerzo, y ser hijo y sucesor
De Agricán, rey tartario de alta fama:
Mandricardo el fierísimo se llama.

XXXI.

Su renombre en el mundo era famoso
Por acciones y empresas muy brillantes:
Mas cual ninguna hacíale glorioso
Que venció de Soría á los gigantes [8],
Y conquistó el escudo luminoso
Que Héctor Troyano usó mil años antes,
Con tan no vista y bárbara aventura,
Que sólo el referirla da pavura.

XXXII.

Hallándose este Príncipe presente,
Alzó al decir del paje frente airada,
Y marchar ocurrióle prontamente
Á encontrar y probar tan füerte espada,
Pero la idea la guardó en su mente:
Ó porque no del Rey fuera estorbada,
Ó porque teme, si la entiende alguno,
Que otro se le adelante inoportuno.

XXXIII.

Hace explicarle al paje cómo fuera
La veste que el guerrero aquel vestía,
Y éste le respondió que negra era,
Como el pavés y el yelmo que ceñía.
Y la respuesta fué bien verdadera:
Que Orlando su blasón depuesto había;
Pues quiere vestir negro el traje externo,
Cual negra el alma suya está en lo interno.

XXXIV.

Marsilio había á Mandricardo dado
Un corcel de color bayo en castaña,
De negros pies y crines, procreado
De madre Frisia y de corcel de España;
Y en él montando Mandricardo armado,
Ya galopando va por la campaña,
Y no volver á las escuadras jura,
Sin ver al de la negra vestidura.

XXXV.

Mucha encontró de la asustada gente
Que del brazo de Orlando va en huída:
Quién del padre, del hijo quién doliente,
Que á sus ojos perdió la dulce vida.
La atonía cobarde de la mente
Vese en todos los rostros esculpida;
Que, aunque ya libres de los golpes crudos,
Van insensatos, pálidos y mudos.

XXXVI.

Sin andar largo espacio, llega en breve
A do está el espectáculo inhumano,
Que dar la prueba de los actos debe,
Que contó el escudero al Rey pagano.
Ora mira este muerto, ora aquel mueve,
Y mide las heridas por su mano,
Y de ellas asombrado, y de tal hecho,
Grande envidia despiértase en su pecho.

XXXVII.

Cual can ó lobo que el postrero entra
Al buey muerto que tiran los villanos,
Y los cuernos y huesos sólo encuentra,
Que el resto pasto fué de otros insanos,
Así el feroz la rabia reconcentra,
Y absorto queda en los sangrientos llanos,
Y de su crudo genio, en torpe alarde,
Maldice que á tal mesa llegó tarde.

XXXVIII.

Esa y la luz siguiente andaba incierto
Del negro paladín en la demanda,
Cuando halló un sitio de árboles cubierto,
Al cual de modo un río le enguirlanda,
Que sólo breve espacio deja abierto,
Por do se tuerce el agua á la otra banda.
El Tíber, bajo Otrícoli, platea
Con su linfa ese prado y le rodea.

XXXIX.

Á do se puede entrar de armas vestido,
Está de nobles un tropel armado.
Demanda Mandricardo á qué han venido,
Y allí tantos con armas se han juntado;
Y le responde el Capitán, movido
Del señoril semblante y del ornado
De oro y piedras preciosas arnés regio,
Que lo anunciaba caballero egregio:

XL.

«De nuestro Rey (le dice) de Granada
Custodiamos la hija [9] que hoy corona
Su padre, al Rey de Sarza desposada,
Si bien la fama el caso aún no pregona.
Y como, en siesta, no se sienta nada,
Sino el cantar que la cigarra entona,
Mientras al Rey, por entre Hispana gente,
La conducimos, duerme quietamente.»

XLI.

Entonces el feroz probar pretende
(No hay cosa á que su orgullo no se atreva)
Si aquella tropa bien ó mal defiende
Á la Princesa, y quiere hacer la prueba;
Y le dice: «Esa dama bien se entiende
Que es hermosa; á saberlo ora me lleva;
Ó tráemela tú aquí, porque á otro asunto
Tengo necesidad de andar al punto.»

XLII.

Y el Capitán: «De loco rematado
(No dijo más) el hombre tiene traza.»
Y el Tártaro que le oye, disparado
Baja el lanzón y el pecho le ataraza;
Y cae el cuerpo en tierra desplomado,
No resistiendo el golpe la coraza.
El asta arranca el bárbaro sangrienta,
Porque otras armas con que herir no cuenta.

XLIII.

No espada ó maza Mandricardo usaba;
Que al conquistar las armas del Troyano,
Como vió que la espada les faltaba,
Atrevióse á jurar (y juró en vano)
Que hasta ganar la del señor de Brava
Nadie ha de verle en otra poner mano:
Durindana, que de Héctor fuera un día,
Que Almonte amó, que Orlando ora tenía

XLIV.

Es la audacia del Tártaro extremada,
Y con él las razones no aprovechan;
Con que grita: «Librad pronto la entrada;»
Y con su lanza embiste; y ellos echan
Uno mano á la pica, otro á la espada,
Y cercándole súbito le estrechan;
Y antes de que su lanza fuere rota,
De infinitos la sangre á ríos brota.

XLV.

Y luego lo que queda del troncón
Con ambas manos furibundo aferra,
Y machuca con él tanto varón,
Que no murieran más en larga guerra.
Como á los Filisteos dió Sansón
Con la quijada que encontró en la tierra,
Él, á uno solo de sus golpes fieros,
Los caballos destroza y caballeros.

XLVI.

Los tristes á morir van á la carga,
Y el de atrás sobre el muerto el paso mueve,
Aunque de ese morir la laya amarga
Más que la muerte misma les conmueve,
Por el dolor de que una vida larga
Un leño roto les acorte en breve,
Y que mueran de un bárbaro á las manos,
Cual aplastado enjambre de gusanos.

XLVII.

Mas cuando á tanta costa iban sabiendo
Que era malo el morir de cualquier suerte,
Y que dos tercios de ellos van cayendo,
Huyen por libertarse de la muerte.
El Tártaro feroz, cual si perdiendo
Fuera su propio haber, la fuga advierte,
Sin poder soportar ¡ el homicida !
Que se le escape nadie con la vida.

XLVIII.

Como en enjuto lago poco dura
El junco débil ó la estéril rama:
Como el humilde techo, en que asegura
El cauto labrador su leña y grama,
Si acomete del fuego la bravura,
Y sopla Bóreas la estridente llama,
Tal es de los cuitados la defensa
Contra la furia del Pagano inmensa.

XLIX.

Así que ya expedita ve la entrada
Que guardar los custodios no han podido,
Por la huella en la hierba señalada,
Y al eco de los lloros y el gemido,
Parte á ver si la Infanta de Granada
Es tan bella cual él se ha prometido,
Y por en medio de la gente muerta
Pasa á do el río tuerce y le abre puerta.

L.

Y á Doralice encuentra en aquel prado
(Ese nombre la mísera tenía),
Que, envuelta entre el ramaje más poblado
De una silvestre planta, se dolía:
Como río de un cauce derivado,
El llanto por el seno le corría;
Y mostraba su faz, que juntamente
Teme su mal, si el de los otros siente.

LI.

Y aumenta su temor verle que avanza
Sucio de sangre y con la frente oscura,
Y arroja un grito que hasta al cielo alcanza,
Por ella y por los suyos, de pavura;
Que lleva, á más de los que enristran lanza,
Comitiva, que de ella tiene cura,
De ancianos respetables, y doncellas,
Del Granadino reino las más bellas.

LII.

Cuando aquel rostro el Tártaro divisa
Que en toda España parangón no tiene,
Y que en el llanto (¿qué será en la risa?)
Sus redes el Amor á tejer viene,
Duda si el cielo ó si la tierra pisa,
Loco del bien que su victoria obtiene;
Y ansía de la hermosa prisionera
Ser él preso, y estudia la manera.

LIII.

Y pues la suerte le sonríe tanto,
Quiere ganar de su trabajo el fruto.
Ella con sus gemidos dice cuanto
Puede mostrar mujer de pena y luto:
Él espera trocar el triste llanto
En gozo extremo; y con intento bruto
De hacerla suya, en un ligero Albino
La pone, y vuelve á su anterior camino.

LIV.

Y á los viejos y damas de Granada
Antes licencia da burlescamente,
Y les dice: «Conmigo asaz guardada
Queda: seré su guía, su intendente,
Y he de asistirla sin faltarle nada:
Descuidad, pues, y adiós la buena gente.»
Ellos, salvar su Infanta no pudiendo,
Transidos de dolor se van diciendo:

LV.

«¡Oh, cuánto será al padre doloroso
Cuando este caso de la hija entienda!
¡Qué pena, qué furor tendrá el esposo,
Y cómo dispondrá venganza horrenda!
¡Ah! ¿Por qué en este trance peligroso
No está, para que salve y que defienda
La heredera del Rey Estordilano,
Antes que más la aleje ese tirano?»

LVI.

Con la gran presa el bárbaro contento
Que ha dado á su valor la suerte amiga,
De encontrar al del negro paramento
Ya no tanto el empeño le fatiga.
Antes corría, hoy anda á paso lento,
Y hasta buscando va donde consiga
Algún cómodo estar de gruta ó casa,
Do apague el fuego con que amor le abrasa.

LVII.

Entre tanto conforta á Doralice,
Que va callada y sus desdichas llora.
Finge, y compone cosas mil, y dice
Que por fama ha ya tiempo que la adora,
Y que su Reino y patria, tan felice
Que el mundo todo su grandeza honora,
No dejó por ver Francia, y sólo vino
Por contemplar su rostro peregrino.

LVIII.

«Si por amar se debe ser amado,
Merezco vuestro amor, pues mucho os quiero;
Si por nobleza, ¿quién más encumbrado
Siendo yo de Agricán sólo heredero?
Si por riquezas, gozo inmenso estado,
Y en poderío sólo es Dios primero;
Si por valor, bien ves que he merecido,
Cuando á tantos maté, serte querido.»

LIX.

Estas palabras, y otras que le inspira
Á Mandricardo su ímpetu amorosa,
Van dulcemente á resfriar la ira
Y el dolor de la joven lacrimosa;
Pierde el miedo, y su pecho ya respira
Sin la fatiga de inquietud penosa,
Y á dar empieza, con mejor paciencia,
Al nuevo adorador más grata audiencia.

LX.

Ya más blanda y cortés ha respondido
Á sus palabras con mejor concierto;
Ni al menos del pagano enardecido,
Aparta el rostro, de rubor cubierto;
Así aquél, que de amor ha conocido
Más de una vez el juego, está ya cierto
De que no á su querer la dama hermosa
Siempre ha de ser rebelde y desdeñosa.

LXI.

Marchando enamorado y jubiloso,
Con tan preciada y bella compañía,
Y ya cerca la hora en que al reposo
Mueve al mundo animal la noche fría,
Empezó á caminar más presuroso;
Y cuando el sol sus luces ya extinguía,
Oyó el sonar de gaitas y esquilones,
Y vió el humo de rústicas mansiones.

LXII.

Albergues de pastores esos eran,
Si no vistosos, cómodos, sencillos.
Allí les acogió, cual merecieran,
El viejo mayoral de unos hatillos;
Con que contentos referir pudieran,
Que no sólo en ciudades y castillos
Se hallan hombres de agrado y cortesía
Sino hasta en pobre y rústica masía.

LXIII.

Lo que ocurrió después, en sombra oscura,
Entre el galán y la beldad temprana,
Mi humilde relación no lo asegura,
Y lo deja al sentir de mente sana:
Para mí, no la noche les fué dura,
Pues salió más alegre á la mañana
Doralice, y las gracias da al pastor
Que hospedaje les dió con tanto amor.

LXIV.

De uno en otro lugar después vagando,
Ven de un río las márgenes amenas,
Cuyas aguas al mar van declinando,
Tan límpidas, tan puras y serenas,
Que quien en ellas fijo está mirando,
Puede contar del fondo las arenas.
Allí á la sombra, y en la verde grama,
Están dos caballeros y una dama.

LXV.

Mas la inventiva, que narrar prolijo
No me deja, Señor, ora me guía
Á do el morisco ejército está fijo,
Y con el ruído asorda y gritería
Que alza en redor del pabellón, do el hijo
De Troyano al Imperio desafía,
Mientra arder Rodomonte le promete
París y Roma, y sus colinas siete.

LXVI.

Decir queriendo el Rey á su consejo
Que sabe ya que el Anglo pasó el mar,
Á Marsilio y de Garba [10] al sabio viejo
Y á otros más en el Real hace juntar.
Mover contra París grande aparejo
Todos quieren, y pronto lo expugnar;
Y que no han de lograrlo consideran,
Si el socorro les llega que ya esperan.

LXVII.

Escalas mil, por eso, han construído,
Y en torno registrado el campo todo,
Y traves infinitas han traído
Leña y mimbres que prestan acomodo
Al uso militar con su tejido:
Previenen naves, puente, y de tal modo
Se agitan, porque inútil ven su brega,
Si el socorro del Anglo á París llega.

LXVIII.

Hace el Emperador la precedente
Luz, en que ha de empeñarse la batalla,
Misas y Oficios celebrar frecuente
Á cuanto sacerdote en París halla;
Y la ya humilde confesada gente,
Que del fiero Satán el grito acalla,
Se comunica, y se conforta pía,
Cual si fuera á morir al otro día.

LXIX.

Y Carlos con los bravos ocupando
Príncipes y Barones el gran Templo,
Con devoto fervor está acatando
Los actos del Altar y dando ejemplo:
Las palmas juntas, y la vista alzando:
«Señor (dice): yo indigno me contemplo
De tu piedad: mas no por culpas mías
Sufra tu pueblo fiel tân tristes días.

LXX.

»Y si es tu voluntad que así padezca
De los pecados nuestros en castigo,
Pon tregua á tu rigor, y no parezca
Que por mano le das de tu enemigo:
Que si por él es fuerza se fallezca,
Pues pasamos por ser tu pueblo amigo,
Te dirán los Paganos impotente,
Cuando dejas así morir tu gente.

LXXI.

»Y por uno que hoy ciego te atropella,
Miles saldrán después por todo el mundo
Y así la ley que el Paganismo sella
Sumergirá la tuya en mar profundo.
Á tu gente defiende, que es aquella
Que sacó tu sepulcro de lo inmundo
De brutos canes; y la Iglesia Santa
Salvó mil veces con bravura tanta "

LXXII.

»Que los méritos nuestros, conocemos,
Á una merced no alcanzan tan subida:
Ni esperar tu perdón ora debemos,
Al contemplar nuestra culpable vida:
Mas si el don de tu gracia no perdemos,
Inagotable siempre y sin medida,
Él esperar nos deja que tu ayuda
Del Santo Imperio á la defensa acuda.»

LXXIII.

Así el excelso Emperador rogaba,
Con humildad y contrición ardiente,
Y hace ofertas y votos, cual tocaba
Á su rango y á riesgo tan urgente;
Y no su acento en vano se exhalaba;
Que de su Guarda el Ángel esplendente
Escuchó aquella prez de piedad suma,
Y á llevarla al Señor tendió la pluma.

LXXIV.

Y otras muchas cual esa á Dios subieron
Con oraciones mil en tal instante;
Y cuando los Electos las oyeron,
Con la piedad pintada en el semblante,
El deseo común le transmitieron,
Mirando todos al Eterno Amante,
Porque fuera la súplica atendida
Que por el pueblo fiel es dirigida

LXXV.

Y la Inefable Gracia, que no en vano
Por corazón contrito es demandada,
Alza los ojos pía, y con la mano
Hace al Ángel Miguel la seña usada [12]:
«Ve (dice), y al ejército cristiano,
Que en la Picarda tierra echó la armada,
Conduce, y sin que el campo nada sienta,
De París ante el muro le presenta.

LXXVI.

»Antes busca al Silencio, y, sin pararte,
Dile que al punto á tal servicio venga,
Y que te ayude con su astucia y arte,
Que en eso él sabe lo que asaz convenga.
Acompañado dél, súbito parte
A do su asiento la discordia tenga.
Manda que con su tea marche luego,
Y en el campo del Moro encienda fuego.

LXXVII.

»Y entre los que figuran más famosos,
Zizaña esparza y odios tan ardientes,
Que unos con otros luchen rencorosos,
Y se hieran y maten, ó insurgentes
Priven al Rey de auxilios tan valiosos,
Abandonando el campo con sus gentes.»
Dice el Señor, y tiende ya las alas
Miguel, dejando las etéreas salas.

LXXVIII.

Por doquiera que el Ángel va divino,
Huye la nube, el cielo se serena:
Orla su frente un cerco diamantino
Cual relámpago brilla en noche amena.
El celestial correo, en su camino,
Piensa á do vaya, y con menor faena
Empezar quiere su mensaje amigo,
Por aquel de palabras enemigo [13].

LXXIX.

Á los lugares va do son sus usos
Habitar, de la noche en los misterios;
Pues juzgó que entre mónacos reclusos,
En iglesias verale ó monasterios;
Que allí palabra y ruído están exclusos,
Y allí Silencio imponen los salterios,
Y Silencio está escrito en toda estanza,
Do se duerme, do engullen la pitanza [14].

LXXX.

Pensando allí alcanzarle, en manso ruído
Más ligero las áureas plumas juega,
Que de encontrarle allí va persuadido,
Do el hombre en paz á la piedad se entrega:
Pero el concepto que formó, fallido
Quedó, tan pronto como al claustro llega,
Y ve que otro Silencio no hay, de juro,
Sino el que se halla escrito en cada muro.

LXXXI.

Ni perdón, ni paciencia, ni humildad,
Ni amor, ni mansedumbre allí se mira;
Que aunque los hubo en no remota edad,
Ahogados fueron por envidias, ira,
Desidia, y avaricia y crueldad.
El Ángel de mudanza tal se admira;
Y al observar la hueste pecadora,
Ve que allí la Discordia también mora.

LXXXII.

Aquella que le dijo el Padre Eterno
Que, después del Silencio, demandara,
La cual creyó que en el oscuro Averno,
Entre los condenados habitara;
Mas ¡ah! la vido en este nuevo infierno,
Entre el incienso y prez, ¡quién lo pensara!
Grande sorpresa, pues, á herirle vino,
Que andar juzgó en su busca más camino.

LXXXIII.

Por sus vestidos de colores ciento
La conoció, que bandas mil partían,
Hechas girones, y al andar, y al viento,
Ya mostraban la carne ó la cubrían.
Unos cabellos de oro, otros de argento
Lleva, que estar en pleito parecían;
Y, en crenchas, unos negros y otros blancos
Le caían por pecho, espalda y flancos.

LXXXIV.

Llenas las manos lleva de montones
De legajos, de cuentas, de facturas,
Pedimentos, exhortos, citaciones,
Codicilos, demandas, escrituras;
Con que del huerfanillo las acciones
Y la hacienda jamás están seguras.
Por detrás, por delante y á los lados,
Van curiales, y escribas y abogados.

LXXXV.

Así la llama el Ángel y la manda
Que á los más fuertes sarracenos baje,
Y busque modo á lucha memoranda
Entre los bravos de mayor linaje:
Y después del Silencio la demanda,
Por saber de sus antros el paraje;
Que ¿quién conocerálos mejor que ella,
Que hasta en el mismo altar deja su huella?

LXXXVI.

Y la Discordia respondió: «Mi mente
No recuerda que verle yo he podido;
Si bien su nombre resonó frecuente,
Como fautor de astucias, en mi oído.
Pero el Fraude, tal vez, que es de mi gente,
Y ha estudiado su rostro y le ha fingido,
Lo dirá, pues que al cielo no hay mentira.»
Y alzó el dedo, y le dijo: «Es ese; mira.»

LXXXVII.

Tenía rostro afable, traje honesto,
Un humilde mirar, un andar grave,
Con un decir tan dulce y tan modesto,
Que parecía que entonaba el Ave.
Mas no era así de su persona el resto,
Cuya deforme traza ocultar sabe
Bajo ancho manto extenso, aunque sencillo,
Mientras dentro afilado va un cuchillo.

LXXXVIII.

Pregunta al tal el Ángel por qué vías
Buscará de el Silencio la morada;
Y el Fraude le responde: «Algunos días,
De la Cristiana Edad en la alborada,
Con Benito, con Pablo y los de Elías,
En los conventos reposar le agrada:
Y aun primero moraba, en ocasiones,
Con Architas, Pitágoras, Platones.

LXXXIX.

»Mas el camino y las costumbres de antes,
Cuando faltó aquel número bendito,
Cambió por otras, de ellas muy distantes,
Y se dió á nuevo culto y nuevo rito.
De noche empezó á andar con los amantes,
Y después con ladrones al delito:
Y ya con la traición á veces mora,
Y con el homicidio le vi ahora.

XC.

»Con falsos monederos tiene usanza
De vivir escondido en cueva oscura;
Y como muda huéspedes y estanza,
Te sería encontrarle gran ventura;
Mas de hacértele hallar tengo esperanza.
Á la casa en que duerme tú procura
Ir á la media noche con tu empeño,
Que podrás verle allí do vive el Sueño.»

XCI.

Aunque el Fraude de suyo es embustero,
Su decir de verdad tiene apariencia:
Lo cré, por tanto, el divo mensajero,
Y el monasterio deja en su impaciencia;
Y cómo vaya por mejor sendero
Observa, piensa y mide su prudencia,
Á do el sueño su asilo tiene oscuro,
Que allí estará el Silencio de seguro.

XCII.

Yace en Arabia una colina amena
De villas y de aldeas bien distante,
Entre dos montes, de la sombra llena
De encina y cedro y plátano gigante.
Allí nunca del sol la luz serena
Consigue penetrar un solo instante;
Y un espeso ramaje el paso trunca
Que conduce á una lóbrega espelunca.

XCIII.

La cual, cavada en una enorme piedra,
Es de ámbito capaz, y su abertura
Cubren liana y enredada hiedra
De su torcido andar con la espesura.
En este albergue el Sueño vive y medra:
Luce el Ocio á la diestra su gordura;
Y á la izquierda sus brazos desperdicia,
Tirada por el suelo, la Pigricia.

XCIV.

El sin memoria Olvido está á la entrada;
Ni conoce, ni entrar deja á ninguno:
No escucha ni responde nunca nada,
Pues nada para él es oportuno.
El Silencio es el Rey de esa morada:
Gasta suelas de fieltro y manto bruno,
Y al que llega á mirar, aunque lejano,
Que no avance le manda con la mano.

XCV.

El Ángel se le acerca blandamente,
Y «Dios te ordena (dícele al oído)
Que á Reinaldo acompañes y á su gente,
Que á París con socorro va cumplido:
Pero tú lo has de hacer tan mansamente,
Que no sienta el Pagano el menor ruído;
Así que al pie de la ciudad le lleva,
Antes que del partir corra la nueva.»

XCVI.

Por respuesta, inclinó sólo la frente
El Silencio, en señal de que lo haría,
Y detrás colocósele obediente,
Y fueron de un tirón á Picardía.
Movió Miguel á la Britana gente,
Y pronto andar les hizo larga vía;
Así á París llegó con luz entera,
Sin que nadie un milagro allí advirtiera.

XCVII.

Pues sin cesar el Mudo [15] recorría
Frente y flancos; y en torno á las legiones
Una niebla espesísima esparcía,
Quedando claras las demás regiones,
Y esa niebla salir fuera impedía
De trompa y cuerno los marciales sones.
Al Pagano, provisto marcha luego
De un no sé qué que asorda y deja ciego.

XCVIII.

Mientras Reinaldo rápido marchaba
(Como, en fin, por un Ángel conducido),
Y con silencio tal que no sonaba
En el contrario campo el menor ruído,
Allí Agramante diestro colocaba
Ya sus peones frente al muro erguido,
Y al pie del foso; que ese día quiere
El ataque esforzar cuanto pudiere.

XCIX.

Quien esta vez contara gentes tantas
Como lanzaba á Carlos Agramante,
Podría bien contar todas las plantas
Que el Alpe en su extensión cría pujante;
Y del soberbio mar las olas cuantas
Baña los pies del Mauritano Atlante;
Y hasta los ojos [16] con que mira el cielo
Del amador, á media noche, el celo.

C.

La ciudad al vibrar de mil campanas
Retumba, y todas les parecen pocas,
Y se ve en las iglesias más lejanas
Tender las palmas, murmullar las bocas;
Y si el oro agradase y joyas vanas
Á Dios, como á las pobres mentes locas,
Este era el día en que caudal tesoro
Imágenes y altar labrase de oro.

CI.

Se escucha, en el clamor de ancianos justos,
Que á males sobreviven tan extraños,
Llamar felices á los viejos bustos
De sus antepasados, que ha cien años
Cubre el polvo; y se mira á los robustos
Mancebos despreciar presentes daños,
Y á los viejos mofando, á la muralla
Por todas partes ir, y á la batalla.

CII.

Allí Reyes, y Duques soberanos,
Barones, Paladines eminentes,
Soldados, ya de fuera ó ciudadanos,
Por Cristo y por su honor quieren valientes
Arrostrar los aceros mahometanos,
Y á Carlos piden abatir los puentes.
Él en ver tanto brío se complace;
Mas su afán por salir no satisface.

CIII.

En sitios propios los coloca luego
Á rechazar la bárbara ralea:
Pocos en este paso tienen juego:
En aquel mucha gente y brava emplea:
Á unos fía las máquinas: el fuego
Á otros llevar do conveniente sea;
Y á todo atento, el César venerable,
Á doquier proveyendo va incansable.

CIV.

París se asienta en una gran llanura,
Y es corazón de Francia y su baluarte.
Pasa el Sena por él, y su agua pura
En dos brazos adentro se reparte,
Una isla formando muy segura,
Que es hoy de la ciudad la mejor parte:
Las otras dos (que tres tiene la tierra),
Adentro el río, afuera el muro encierra.

CV.

La muralla, que muchas millas gira,
Es por diversas partes expugnable:
Mas, como en una sola está su mira,
Y la gente esparcir fuera dañable,
Tras del río Agramante se retira,
Del lado de Poniente, invulnerable,
Pues no tiene detrás villa ó campaña
Que no sea ya suya hasta la España.

CVI.

Por todo cuanto el muro extenso fuera,
Carlos pertrecho asaz juntado había:
Ciñe toda la tapia la ribera
Con casamatas dentro y saetía.
Por do el río se interna ó sale fuera,
Cadenas enormísimas ponía;
Y con mayor defensa acude cedo
Do tiene del asalto mayor miedo.

CVII.

Con cien ojos el hijo de Pepino
Cuida por do asaltar debe Agramante,
Y no muestra designio el Sarracino,
Que no lo contrareste en el instante.
Con Ferragut, Grandonio y Serpentino,
Isolier, Falsirón y Balugante,
Y con cuantos de España se han juntado,
Marsilio en la campaña está asentado.

CVIII.

Á su izquierda ese Rey el suelo abruma
Con Dardinel, Puliano y el ingente
Soberbio Rey de Orán, gigante en suma,
Que mide brazas seis del pie á la frente.
Mas ¡ah! ¿por qué á mover tardo la pluma
Más que á esgrimir sus fierros esa gente?
Ya el Rey de Sarza, con soberbia extrema,
Quieto no puede estar, grita y blasfema.

CIX.

Como á embestir la miel del corcho vano,
Ó los relieves de abundante mesa,
Van las porfiadas moscas del verano,
Con su sordo rumor en nube espesa,
Como los tordos al purpúreo grano
Del maduro racimo á hacer su presa,
Así, con alarido y gritos fieros,
Los moros al asalto van ligeros.

CX.

Con flecha, lanza, estoque, fuego y piedra,
Del muro el pueblo fiel guarda la cima;
Y, adhiriéndose á él como la hiedra,
Al bárbaro orgulloso en poco estima;
El peligroso puesto á nadie arredra,
Y al sitio en que uno muere, otro se arrima;
Y, oprimidos de golpes horrorosos,
Vuélvense los infieles á los fosos.

CXI.

No pelea allí el fierro solamente,
Que enormes piedras lanzan los merlones,
De torre enteros techos, viga ingente,
Y hasta muebles y trozos de bastiones:
El agua, que del alto cae hirviente,
Abrasa á los moriscos escuadrones,
Y á su lluvia infernal no hay quien resista,
Que, entrando en el morrión, ciega la vista,

CXII.

Y casi más que el fierro les dañaba;
Y del calizo polvo la neblina,
¿Qué no hacía? ¿Y los cubos que, cual lava,
Vierten azufre, y pez, y trementina?
En el muro, que el fuego iluminaba,
La corona de llamas no declina,
Que, lanzadas de foco inextinguible,
Al Moro van á hacer guirnalda horrible.

CXIII.

En tanto Rodomonte había echado
Á los muros su escuadra ya segunda,
De Buraldo y de Ormida acompañado,
Reyes de Garamancia y de Marmunda.
Clarindo y Soridán van á su lado,
Y al Rey de Ceuta su escuadrón circunda;
Y sigue el de Marruecos, y el de Cozca,
Del cual ¿ quién hay que el brío no conozca?

CXIV.

En su bandera infiel, toda bermeja,
El Rey de Sarza un gran león coloca,
Al que una hermosa dama no le deja
Con un fuerte bridón abrir la boca:
En el león él mismo se semeja,
Y en la belleza que su fuerza apoca,
Se encuentra Doralice figurada,
Hija de Estordilán, Rey de Granada.

CXV.

La que, como sabéis, quitado había
Mandricardo (y os dije el sitio y modo)
Á Rodomonte, el cual más la quería
Que á su reino y su vida, y más que á todo;
Y harta fe la guardaba y cortesía,
Sin saber de la ingrata el acomodo;
Que si entonces su mal sabido hubiera,
Obrara entonces lo que luego hiciera.

CXVI.

Mil escalas los Moros con presura
Levantan: el primero va medroso;
El segundo le impele y aun le apura,
Y el tercero al segundo más ansioso;
Y ya el valor los mueva ó la pavura,
Subir es fuerza ó descender al foso,
Pues Rodomonte, al que tardío advierte,
Con la lanza le hiere, ó le da muerte.

CXVII.

Por tanto, cada cual sube trepando,
Entre escombros y fuego, al alto muro.
Los de abajo el lugar están mirando
Por do tengan un paso más seguro:
Sólo el de Argel no quiere ir ocupando
Sino el camino más penoso y duro:
Y cuando votos, en su ruína extrema,
Hacen los otros, él jura y blasfema.

CXVIII.

Una coraza viste fuerte y dura
Que la escamosa piel de sierpe ha sido,
Y antes, de aquel su abuelo fué armadura,
Que de Babel la torre alzó atrevido
Para arrojar de su estrellada altura
Al Supremo Hacedor de lo nacido;
Y espada, escudo y yelmo expresamente
Hizo forjar para la lid presente.

CXIX.

No menos que Nembrod de traza fiera,
Rodomonte, y soberbio y furibundo,
Que subirse hasta el cielo no temiera
Si encontrase la vía acá en el mundo,
No para á ver si rota está ó entera
La muralla, ó si el foso es muy profundo:
Se arroja en él, y la cerviz levanta,
Con el agua y el cieno á la garganta.

CXX.

Y remojado y sucio va furioso
Entre el fuego y los dardos á la altura.
Como en nuestra Mallea [17], el espantoso
Puerco silvestre va por la espesura,
Que con uña y colmillo y pecho iroso
Hace por donde embiste ancha abertura,
Así de Sarza el Rey, su escudo alzando,
Va, no que al Moro, al cielo despreciando.

CXXI.

No bien llega á lo enjuto y eminente
Hollando las bretecas [18] y las bancas,
Donde, dentro del muro, forman puente
Largo y capaz á las escuadras Francas,
Le ves hacer cerquillos de más frente
Que lucen frailes en sus testas blancas,
Y vuelan piernas, brazos, y va el foso
De humana sangre roja caudaloso.

CXXII.

Tira el escudo, y á dos manos tiende
La espada: al duque Arnolfo hale alcanzado,
El cual vino de allá donde desciende
Del Reno el agua al piélago salado [19].
Contra el pagano el triste se defiende,
Cual contra fuego atroz mixto azufrado,
Y cae dando al ánima salida,
La cabeza hasta el cuello en dos partida.

CXXIII.

Y el fierro á recobrar, á un tiempo mata
Rodomonte á Espinelo, á Anselmo, á Brando,
Que el sitio estrecho su girar dilata,
Y espesa multitud le está ocupando.
Á Flandes media escuadra desbarata,
Y otra media destrúyele al Normando;
Y sin que resistencia grave encuentre,
Al Magancés Orjeto rompe el vientre.

CXXIV.

Al foso arroja á Andropo, y á Mosquino
Por un merlón: de iglesia es el primero;
El segundo no adora más que al vino,
Que es capaz de beberse un pozo entero,
Y huye cual de veneno viperino
Del contacto del agua más ligero:
Él aquí muere, y sólo le acongoja
Ahogarse en agua, aunque á la vista roja.

CXXV.

Divide en dos al provenzano Luís,
Y parte el pecho al tolosence Arnaldo;
Y el Turso Oberto, Claudio, Hugo y Dionís,
De su postrera cuenta hacen el saldo.
Mata después á cuatro de París,
Satalón, y Gualtiero, Odo y Ambaldo;
Y á ciento más, de quienes no os asombre
Que no os pueda decir la patria y nombre.

CXXVI.

Tras Rodomonte, la canalla, presta,
Por más de un sitio escala la alta cima;
El Franco por allí ya manifiesta
Que la primer defensa en poco estima:
Mas sabe que al pagano asaz le resta
Que vencer de otras varias que dan grima,
Porque entre el primer muro y el segundo
Hay un foso cual báratro profundo.

CXXVII.

Además de los que hacen la defensa
Desde lo alto á lo bajo con valor,
De nueva gente acude copia inmensa
Al escarpe segundo superior;
Y esos con flecha y lanza tanta ofensa
Causan á los que asaltan con temor,
Que si no por el hijo de Olienos [20],
Aquellos combatientes fueran menos.

CXXVIII.

Él á todos anima, á estos reprende,
Y, á la fuerza adelante empuja á aquellos;
Y el pecho ó la cabeza á algunos hiende,
De los que huyendo esparcen atropellos:
Al suelo á varios tira, á muchos prende
Por los brazos, el cuello ó los cabellos;
Y unos sobre otros tan seguidos echa,
Que á tantos es el foso cama estrecha.

CXXIX.

Mientra el tropel de los paganos cala
Allende, ó dentro el foso cae opreso,
Y luego prueba en una ú otra escala
Al segundo recinto abrirse acceso,
De Sarza el Rey, cual si tuviera un ala
En cada miembro suyo, eleva el peso
De aquel gran cuerpo, de armas tan cargado,
Y se planta del foso al otro lado.

CXXX.

Que de ancho ha quince pasos nadie dude;
Y él los saltó como lebrel lo hiciera,
Y el suelo á su caer menos percude,
Que si bajo los pies fieltro tuviera.
Á unos y otros el polvo les sacude,
Cual si allí todo arnés de peltre fuera,
Ó los vistiese corcho en vez de acero:
¡Tal es su espada, su esgrimir tan fiero!

CXXXI.

Para entonces los nuestros han urdido
La insidia de una cueva muy profunda,
Sobre la cual con arte han esparcido
Haces con harta pez que las circunda,
Disfrazando á lo externo lo escondido,
Que en sus entrañas lóbregas abunda,
Pues desde lo profundo hasta la cima,
Llena está de mil vasos la honda sima.

CXXXII.

Y unos cargados son con mixto oleoso,
Y otros de azufre y nitro hasta la boca.
Los nuestros, por hacer que al Trace odioso
Se le vuelva fatal la audacia loca,
Que con escalas, y pasado el foso,
Piensa que á la bertresca última toca,
Oídas las señales, hacen luego
Por varios puntos estallar el fuego.

CXXXIII.

Su doble llama se convierte en una,
Desde ambos lados, y el incendio es pleno;
Y tanto crece y sube, que á la luna
Secar podría el alto húmedo seno;
Luego se torna en niebla espesa y bruma,
Que va á cubrir la luz del sol sereno,
Y un rumor resonar se oye incesante,
Al de espantosos truenos semejante.

CXXXIV.

Eco terrible, horrísona armonía,
De ayes, gritos, lamento, imprecaciones,
De la mísera gente que moría,
Subiendo de las íntimas regiones,
Extrañamente concertar se oía
De la homicida hoguera con los sones....
Pero no más, Señor: suspendo el canto,
Que ya, ronca mi voz, no puede tanto.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMOQUINTO.

Mientras que con sus tropas Agramante
Da batalla á París, brava, inaudita,
De Longistila Astolfo parte errante,
Y un libro de virtud lleva infinita.
Con él burla al feroz Caligorante:
Y del cabello á Orril la virtud quita.
Encuentra luego al bravo Sansoneto:
De su dama Grifon sabe el secreto.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO DÉCIMOQUINTO.

I.

El vencer siempre fué propicia cosa,
Vénzase por azar ó ingeniatura:
Verdad es que victoria sanguinosa
Suele amenguar del capitán la altura;
Y aquella es siempre espléndida y gloriosa,
Y divinos honores asegura,
La que, del propio ejército sin daño,
Vence y dispersa al que combate extraño.

II.

La vuestra sí que aplausos merecía [1],
Cuando al León del mar, que la ribera
De ambos lados del Po cogido había,
De Francolino hasta su foz postrera,
Trataste así, que ¿quién le temería,
Viéndoos á vos, aunque rugir le oyera?
Cómo vencer se debe allí mostraste,
Pues venciste, y á un tiempo nos salvaste.

III.

Eso el infiel, en daño suyo audaz,
No supo hacer, que echó su gente al foso,
Donde la llama súbita y voraz
Abrió á todos sepulcro que, anchuroso,
No fuera á contenerlos aún capaz,
Si la hoguera, con ímpetu espantoso,
Cabida no les diera (¡oh caso horrendo!),
En ceniza los cuerpos convirtiendo.

IV.

Once mil y veintiocho se abrasaron,
Cayendo dentro de la horrenda cueva,
Do no su voluntad, que atropellaron,
Sino el indocto capitán los lleva.
Ellos entre las llamas acabaron,
De la celada en la terrible prueba,
¡Y Rodomonte, autor de su tormento,
De la común desdicha queda exento!

V.

Y entre enemigos, á la parte interna
Pasado había, de un tremendo salto;
Que si entonces cayera en la caverna,
Aquel sería su postrero asalto.
Los ojos vuelve á la infernal cisterna,
Y cuando el fuego ve subir tan alto,
Y el daño de los suyos infinito,
Maldice á Dios con espantoso grito.

VI.

Agramante, á su vez, movido había
Un asalto durísimo á una puerta;
Que, mientras la feroz batalla ardía
Do queda tanta gente herida ó muerta,
Pensó que descuidada la hallaría,
Ó con pocos soldados mal cubierta.
Síguenle el rey de Arcilla Barbiraga,
Y Baliverno, á quien el vicio estraga.

VII.

Y Corsino de Mulgas, y Prusiones,
Rico Rey de las Islas Bienhadadas,
Malpuferso, Señor de las regiones
De Fizán, del Abril siempre halagadas,
Y otros muchos caudillos y Barones,
Vestidos de valor y armas probadas,
Y no pocos de esfuerzo tan desnudos,
Que no armaran su pecho cien escudos.

VIII.

No, cual pensaba, le salió tan llano
Ganar la puerta al rey de Sarracinos;
Porque, en persona, el gran César romano
La ocupa con sus bravos paladinos:
Con el rey Salomón, Ugiero, el Dano,
Los dos Guidos y entrambos Angelinos,
El duque de Baviera y Ganelón,
Avolio, Avino, y Berenguer, y Otón;

IX.

Y de menos cuantía mucha gente
Germana y Franca, y del Tirol selvoso;
Que, como su Señor está presente,
No hay quien lucir no quiera valeroso.
Mas la pugna otra vez será que os cuente,
Que volver á un gran Duque me es forzoso,
Y él me grita, y de lejos me hace seña,
Y en que le saque á nueva luz se empeña.

X.

Es tiempo ya que vuelva á lo pasado
Por el dichoso Astolfo de Inglaterra,
Que del largo destierro fatigado,
Arde por recobrar pronto su tierra,
Cuya dulce esperanza antes le ha dado
La que á la Maga infame venció en guerra,
Y ora mandarle en libertad procura
Por la vía expedita más segura.

XI.

Fué, pues, una galera aparejada,
Cual no ha visto mejor onda marina;
Y porque se sospecha que asaltada
Pudiera ser por la perversa Alcina,
Dispone Longistila fuerte armada
Que Andrónica conduzca ó Sofrosina;
Porque así, sin cuidado, llegue Astolfo
Al Arábigo mar, y al Persio golfo.

XII.

Quiere que antes navegue rodeando
Pueblos Escitas, Indios, Nabateos [2],
Tras tanto caminar, luego tornando
Á encontrar á los Persas y Eritreos;
Que no que vaya, el piélago sulcando,
Batido sin cesar de vientos feos,
Y por el mar de las heladas moles,
Donde faltan al año tantos soles.

XIII.

Cuando le hubo la Maga ya instruído,
Dióle al Duque licencia de partir,
Habiéndole primero prevenido
De hartas cosas, y largas de decir,
Y para le librar de que, oprimido
De la magia, no pueda proseguir,
De un libro que le da de ciencia y arte
Le pide, por su amor, que no se aparte.

XIV.

Cómo evitar se deben los encantos,
El libro, fácilmente, enseñar puede;
Que lo difícil de acertar, en tantos,
De un índice ajustado al orden cede;
Y aun le añade otro don, y tal, que á cuantos
Jamás se han visto, á todos los excede;
Ese fué un cuerno, de tan gran bramido,
Que en miedo pone y fuga al que le ha oído.

XV.

Del cuerno, digo, que es su son tan lleno,
Que do resuena hace correr la gente:
No espíritu vió el mundo tan sereno,
Que á escapar no se dé cuando lo siente:
Rumor de viento, terremoto ó trueno,
Al par de este, sonara dulcemente.
Sensible á tanto bien, pidió sumiso
El buen inglés para partir permiso.

XVI.

Del puerto y ondas plácidas se aleja
Con feliz viento, que á la popa aspira,
Y de entre ínsulas mil por la madeja,
De la India el fragante olor respira:
Á diestra ó á siniestra mano deja
Ricos pueblos, y tanto va, que mira
La tierra de Tomás [3], y ya se afana
El piloto por darse á Tramontana.

XVII.

Casi rozando el áureo Quersoneso,
Rompe el inmenso piélago la armada,
Y al paso ve, llevando al mar su peso,
La ancha faja del Ganges albicada,
Y á Trapobana y Coris, y el acceso
De la mar, por entrambas dilatada,
Y, tras largo camino, al Coguinchiano
Llega, y de allí abandona el cielo Indiano

XVIII.

Mientras, en la feliz nave recluso,
Observa Astolfo, á Andrónica demanda
Si de las partes á que nombre puso
El sol, que baja á la encendida banda,
Barco de vela ó remo se dispuso
La tierra á ver de do la luz nos manda;
Ó si pasó, sin abordar más tierra,
De nuestra India, á Francia ó Inglaterra.

XIX.

«Saber debes (Andrónica responde)
Que todo el ancho mundo el mar rodea,
Y que á un golfo otro golfo corresponde,
Ya do se hiela el agua ó se caldea:
Mas porque aquí parece que se ahonde,
Y mucho al Mediodía oculto sea
El país del Etiope, hase asentado,
Que al hombre ir más allá le fué vedado.

XX.

»Y por eso, del Índico Levante
No hay barco que á la Europa rumbo lleve,
Ni tampoco de Europa el navegante
Á estas regiones á venir se atreve;
Porque esta tierra al tropezar delante,
Al uno y otro detenerlos debe;
Que juzgan, pues la ven tan extendida,
Que al opuesto hemisferio se halla unida.

XXI.

»Mas ya veo, los años discurriendo,
De las últimas lindes del Poniente
A nuevos Argonautas [4] ir abriendo
Camino, ignoto hasta la edad presente:
Y á nuevos Tifis tantas recorriendo
Playas y reinos de la negra gente,
Que pasarán el signo, do retorno
Hace ya el sol, dejando á Capricorno.

XXII.

»Y el fin verán, con naves peregrinas,
De esta mar, que creyeron dos diversas,
Cien costas recorriendo, y las vecinas
Islas Indianas, Árabes y Persas.
Otros, sin ya más ver lindes marinas,
Por las aguas, á Ulises tan adversas,
Del sol el curso imitarán rotundo,
Nuevas tierras hallando y nuevo mundo.

XXIII.

»Veo la cruz con la Imperial bandera
En las orillas vírgenes plantada,
Y á la empresa á los unos ir guerrera
Y otros guardar la flota maltratada:
Rendirse á pocos muchedumbre fiera,
Y la India toda al español postrada;
Y del gran Carlos Quinto en los afanes,
Por doquiera triunfar los capitanes.

XXIV.

»Dios dispuso que oculta fuera esta,
En lo antiguo, del mar directa vía,
Y que ignota del hombre en la edad sexta,
Y también en la sétima sería,
Reservándose hacerla manifiesta
Cuando juntara el mundo en monarquía,
Bajo el Emperador más sabio y justo
Que vió la tierra desde el magno Augusto [5].

XXV.

»De sangre de Aragón y de Austria leo
Nacer del Rin, en la siniestra riva,
Príncipe insigne, al par del cual no creo
Que de otro más se diga ó más se escriba.
En su trono por él repuesta veo
Á Astrea, que, de muerta, torna viva,
Con las virtudes que en dolor profundo
Dejaron hasta aquí sumido el mundo.

XXVI.

»Por él del Alto la bondad suprema,
No sólo del Imperio antes Latino
Á ceñir le designa la Diadema
De Trajano, de Aurelio y Constantino:
Mas de la tierra próxima y la extrema,
Doquier que al año el sol abre camino;
Pues quiere que bajo este Emperador,
Haya sólo un redil, sólo un pastor.

XXVII.

»Y porque sea fácil alcanzado
Con transcurso menor de las edades,
Capitanes de tierra y mar le han dado
Del Hacedor Supremo las bondades.
Veo á un Hernán-Cortés, que ha levantado
Por edicto imperial nuevas ciudades,
Y reinos, en Oriente, tan remotos,
Que, á los que en India estamos, son ignotos.

XXVIII.

»Veo á un Prosper Colona, y de Pescara
Al gran Marqués, y el juvenil tesoro
De un Vasto, que salvar su Italia cara
Sabrá del peso de las lises de oro.
Él á ganar el lauro se prepara,
Aunque el tercero, del mayor decoro,
Cual corredor que el último se queda,
Y no hay después quien alcanzarle pueda.

XXIX.

»De Alfonso (ese es su nombre) la hidalguía
Es tanta y el valor tan manifiesto,
En tan temprana edad (que no cumplía
Tras el año vigésimo aun el sexto),
Que el César el ejército le fía,
Y él, no sólo á salvarle está dispuesto,
Sino á hacer que á su Príncipe potente
El universo entero esté obediente.

XXX.

»Cual con estos varones, por la tierra
Verá su Imperio Carlos aumentado,
Así, por todo el mar que en medio encierra
De Europa y Tracia el cerco dilatado,
Se verá victorioso en toda guerra,
Cuando el Andrea Doria esté á su lado;
Doria, que en cien combates singulares,
Librará de corsarios vuestros mares.

XXXI.

»No más que este Pompeyo fué glorioso,
Aunque limpió las aguas de corsarios [6],
Que él mandaba en Imperio poderoso,
Con riquezas sin fin de pueblos varios,
Y Doria con su espíritu ingenioso,
Y con propios recursos y precarios,
Desde Calpe hasta el Nilo hace se asombre
Toda infiel prora de escuchar su nombre.

XXXII.

»La entrada de la Italia veo abierta,
Bajo la fe que á este caudillo abona,
Al nuevo Emperador, que por tal puerta
Pasa á ceñirse la imperial corona;
Y el premio luego que á ganar acierta,
No á sí propio, á la patria se le dona;
Pues cuando en su poder casi la tiene,
Á ruegos suyos, libertad la obtiene [7].

XXXIII.

»Esta piedad que por la patria muestra,
Es más honor, que el lauro que en la Galia
Obtuvo Julio, ó en la tierra vuestra,
Y en España y en África y Tesalia:
Ni Octavio, ó su rival en la palestra [8],
Por sus hechos ganaron en Italia
Gloria tal; que la ofusca y la aminora
Espada que á la patria es opresora.

XXXIV.

»¡Baldones lluevan sobre aquel que intenta
La patria esclavizar, que libre ha sido;
Y do sonar de Doria el nombre sienta,
Baje al suelo los ojos confundido!
Veo á Carlos que el premio le presenta,
Que sobre el que le toca, le ha ofrecido [9]:
La rica tierra, con que irá el Normando
Luego [10] en la Apulla porvenir labrando.

XXXV.

»Ni sólo á tal caudillo, generoso
El grande Emperador ha de mostrarse,
Que cuantos sigan su pendón glorioso,
Si llegan por su esfuerzo á señalarse,
De conseguir ciudad, suelo abundoso,
Dominios y poder podrán jactarse:
¡Premios á los que en ambos hemisferios
Reinos sabrán ganarle, y hasta imperios!»

XXXVI.

Esto de las victorias y portentos
Con que á sus capitanes debería
Con el tiempo el Imperio sus aumentos,
Al Duque inglés Andrónica decía.
Cuidosa en tanto á los Eonios vientos [11],
Les aflojaba el freno, ó recogía,
Y hace que éste ó aquél salte propicio,
Y obedientes los tiene á su servicio.

XXXVII.

Ya los Pérsicos mares tan revueltos
Visto habían, y libres de bajíos,
En pocos días llegan francos, sueltos,
Al que nombre le dan los Magos píos [12].
Aquí, el ancla soltando, fueron vueltos
Con la popa á la orilla los navíos,
Y, salvo ya de Alcina y de su guerra,
Astolfo su camino hace por tierra.

XXXVIII.

Pasó por más de un bosque y campo ameno,
Por montes, valles, y por cerro alpino,
Por do, con tiempo lóbrego ó sereno,
Más de un ladre al pasar tuvo vecino.
Leones, sierpes de mortal veneno,
Y otras fieras saliéronle al camino;
Mas el cuerno no bien pone en su boca,
Echan todas á huir con furia loca.

XXXIX.

Pasa el suelo de Arabia la Felice,
Abundante de mirra y suave incienso,
Sólo albergue del fénix, que se dice
Que otro no quiere en todo el mundo inmenso;
Halla luego la mar, vindicatrice
De Israel, que de Dios por el consenso,
Sepultó á Faraón con sus legiones [13],
Y va después de Egipto á las regiones.

XL.

Del Traján [14] corre por la margen bella
Sobre el caballo, al que otro igual no había,
Que tan ligeramente el casco sella,
Que un grano de la arena no movía,
Ni en la nieve ó la hierba deja huella;
Que el mar á enjuto pie pasar podría;
Y tal se tiende, y tanta es su pujanza,
Que á la saeta, al viento, al rayo avanza.

XLI.

Este corcel, que fué del Argalía,
Que por el viento y llama fué engendrado,
Y, sin hierba ni grano, se nutría
De aire no más, es Rabicán llamado.
Pronto siguiendo el Duque en él su vía
Hasta do el dicho río al Nilo ha entrado,
Antes que llegue á su anchurosa foz,
Ve á su encuentro venir leño veloz.

XLII.

Á su popa navega un eremita,
De blanca barba, que le cubre el pecho,
Que con su barco al Paladín le invita,
Y desde lejos: «Hijo, si no has hecho
De la vida abandono, ven (le grita),
Que estás de perecer á corto trecho.
Pasa conmigo á la ribera opuesta,
Que esa vía la muerte ya te apresta.

XLIII.

»No seguirás seis millas adelante
Sin tropezar con la sangrienta estanza
En que se alberga un hórrido gigante,
Que nueve codos de estatura alcanza.
¡No tenga aventurero ó caminante
De salir de allí libre la esperanza;
Que el fiero, mata, troncha á sus cautivos,
Y á algunos de ellos los engulle vivos!

XLIV.

»Y á lo que con más gusto el monstruo atiende,
Es á una red de la labor más rara,
La cual no lejos de su albergue extiende,
Y de modo la oculta entre la jara,
Que quien ya no la sabe, no la aprende:
¡Tanto es sutil, tan bien él la prepara!
Con gritos luego al viajador retrae,
Que huye espantado, y en el lazo cae.

XLV.

»Y envolviéndole en él con risotadas
Le arrastra hasta el albergue en que se aloja;
Y no ve si son viles ó preciadas,
Ni el sexo, de las gentes que acongoja;
Y comidas las carnes, y chupadas
La sesera y la sangre, el hueso arroja,
Y las pieles humanas cuelga en torno
De su horrendo palacio por adorno.

XLVI.

»Toma, toma la vía á que te animo:
Ella á la mar te llevará segura.»
—«Tu consejo, señor, en mucho estimo
(El Duque le responde sin pavura);
Mas por la honra el riesgo no escatimo,
Que más la aprecio que una vida oscura:
En vano tú patente me le has hecho:
Á buscar al gigante voy derecho.

XLVII.

»Huyendo, sin honor, puedo salvarme:
Mas tal salud, más que á la muerte esquivo.
Si allí voy yo, ¿qué más ha de pasarme
Que lo que á muchos, de morir cautivo?
Y si Dios quiere de su escudo armarme,
Y que yo mate al monstruo y quede vivo,
Salvaré vidas mil, si no me engaño,
Y el provecho será mayor que el daño.

XLVIII.

»Así expongo la vida de uno solo,
Por las de gente mísera infinita.»
—«Vete, hijo mío, en paz, y arrostra el dolo
(Le responde), y que Dios venir permita
En tu ayuda á Miguel del sumo polo.»
Exclama, y le bendice el eremita.
Corre el Duque del Nilo el borde externo,
Y espera más que del lanzón, del cuerno.

XLIX.

Yace, entre el alto río y las malezas,
Breve sendero en la arenosa riba,
Que guía á la mansión de las fierezas,
Al trato humano, á la piedad esquiva.
Fijos en torno están miembros, cabezas
De la infelice gente que allí arriba:
No hay ventana, merlón no ves ninguno,
Del que resto mortal no cuelgue alguno.

L.

Cual en feudo ó castillo, el arrogante
Venador que arrostró riesgos crüeles,
Clava á su puerta, por blasón brillante,
Cabezas de oso horribles, grandes pieles,
Así mostraba aquellas el gigante
Que han sido lo mejor de sus laureles:
De otros se ven los huesos desparcidos,
Y los fosos están de sangre henchidos.

LI.

Caligorante atento está á la puerta
(Así se llama el monstruo despiadado):
Que adorna su mansión de gente muerta
Cual otros de oro, púrpura y brocado.
Ese el gran gozo á reprimir no acierta,
Así que al Paladín ha columbrado;
Porque dos meses y el corriente hacía,
Que no ve viajador por esa vía.

LII.

Á la palustre oscura y muy revuelta
De jara y cañas, presuroso viene,
Que del junco á favor, dando la vuelta,
Á ganarle la espalda se previene;
Y en la red, que se oculta, en limo envuelta,
Firme esperanza de prenderle tiene,
Cual ya prendiera á tanto peregrino,
Que trajo su desdicha á ese camino.

LIII.

Mas Astolfo le ve que así venía,
Y para su caballo, temeroso
De que á caer no corra en la artería
Que el viejo aquél le reveló bondoso;
Y al cuerno su salud aquí confía,
Que hace, al sonar, su efecto prodigioso.
Espantado el gigante, que le escucha,
Vuelve el pie atrás, y con presura mucha.

LIV.

Una vez y otra el Paladín le ensaya,
Atento de la trampa á los enojos:
Huye el felón, sin ver adónde vaya,
Si frío el corazón, ciegos los ojos;
Y tanto es el pavor que le desmaya,
Que á sus lazos se lanza, en sus arrojos;
Y en la red cae, que sus mallas cierra,
Le anuda todo y le derriba en tierra.

LV.

Astolfo que caer mira el gran peso,
Ya sin recelo, del arzón se lanza:
La espada empuña, y cierto del suceso,
Va de mil vidas á tomar venganza.
Luego piensa que dar la muerte á un preso
Dirán que es más vileza que pujanza;
Pues de pie y brazos tan ligado queda,
Que ni hay espacio donde herirle pueda.

LVI.

Hecha esa red ha sido por Vulcano,
De hilo sutil de acero, con tal arte,
Que el esfuerzo más grande fuera en vano
De su malla á romper la menor parte;
Y era la misma que del pie y la mano
Á Venus á la par ató con Marte;
Y los celos de Múlciber [15] la han hecho
Para atraparlos juntos en el lecho.

LVII.

Robósela Mercurio, cuando anhela
Coger con ella á la que tanto adora:
Á Cloris linda que en los aires vuela
(De Febo al Orto) tras la blanca Aurora,
Y lirio y rosas por la rubia estela
Va esparciendo que el sol alumbra y dora.
Mercurio [16] tan sin tregua la seguía,
Que por fin en la red la cogió un día.

LVIII.

Logró á Cloris gozar el Dios amante
Do el Níger á la mar tuerce la ola:
Luego la red Canope [17] en el flagrante
Templo de Anubis siglos conservóla,
Y á los años tres mil, Caligorante
De do fué consagrada arrebatóla.
El ladrón, de malvados crudo ejemplo,
Destruyó la ciudad y quemó el templo.

LIX.

Luego allí la red puso entre la arena,
Con arte tal, que á cuantos llegan caza,
Y al punto de caer, sin darse pena,
Con cien nudos la acción les embaraza.
De esos hilos Astolfo una cadena
Toma y los brazos por detrás enlaza,
Y ata el pecho y el cuello del gigante,
Y le deja después que se levante.

LX.

De la red desasido, se le arrima,
Que más manso está ya que un corderillo;
Y así lucirle y enseñarle estima
Por villas, pueblos y feudal castillo;
Ni abandona la red, que nunca lima
Labró tan rica, ni forjó martillo,
Y se la hace cargar, y en pompa plena,
Detrás le lleva atado á la cadena.

LXI.

Y escudo y yelmo en él también cargando,
Le hace servir de paje en el camino.
Gran gozo por doquier va derramando,
Pues se ve ya seguro el peregrino;
Y Astolfo tanta tierra sigue hollando,
Que á las tumbas de Menfis es vecino:
Menfis por sus pirámides famosa;
Y pasa luego al Cairo populosa.

LXII.

Todo el pueblo al encuentro le salía,
Para ver al jayán desmesurado;
Y un hombre á otro, «¿Es dable (le decía)
Que ese breve á ese enorme haya domado?»
El Duque apenas caminar podía,
¡De tanta gente en torno está estrechado!
Y como á caballero armipotente,
Todos le admiran y honran juntamente.

LXIII.

No la ciudad del Cairo era opulenta
Cual hoy, ni tan extenso era su seno,
Pues á abrigar las gentes que sustenta
Ya no bastan seis leguas de terreno;
Que aunque tres cuerpos cada casa cuenta,
Aún duermen infinitos al sereno.
Ora el Soldán morando está un palacio
Rico y bello, que ocupa inmenso espacio.

LXIV.

En este quince mil de sus marciales,
Que son todos cristianos renegados,
Con mujeres, familias y animales,
Están bajo de un techo aposentados.
Aquí Astolfo del Nilo los caudales
Quiere ver que á la mar van disparados,
Porque le han referido que el que fuere
Á Damieta, cautivo queda ó muere.

LXV.

Que á la boca del Nilo se sustenta
Un ladrón, al amparo de una torre,
Y al campesino y al viajero atenta,
Y al Cairo mismo depredando corre;
Y no hay quien le resista, y aun se cuenta
Que con él toda lucha es bien se ahorre,
Que aunque heridas cien veces le han causado,
Ninguna de la vida le ha privado.

LXVI.

Y por ver si cortar él puede el hilo
De la Parca, que le hace que así viva,
Astolfo marcha á combatir á Orrilo
(Su nombre es ese), y á Damieta arriba.
Y pasa adonde al mar se lanza el Nilo,
Y la gran torre ve sobre la riba
En que se alberga el ánima hechizada
Que nació de un Foleto y de una Hada.

LXVII.

Se encuentra allí con que en feroz combate
Orrilo contra dos está empeñado,
Y aunque solo, tan fuerte los rebate,
Que ya tienen su aliento fatigado;
Y el nombre de los dos de que se trate
Bien la parlera fama ha celebrado:
Son Aquilante el Negro, de Oliveros,
Con el Blanco Grifón, los hijos fieros.

LXVIII.

Verdad es que el gigante combatiera
Con ventaja especial y desmedida,
Porque á la lid con él lleva una fiera
Que solo en esa playa es conocida:
Vive en la costa, y dentro en la ribera;
Son los humanos cuerpos su comida,
¡Los cuerpos de las ánimas incautas
De los viajeros é infelices nautas!

LXIX.

En la arena la belva cabe el puerto,
Á esfuerzos de los dos extinta yace:
Mas á Orrilo no asusta el grave entuerto,
Ni que el uno ó el otro le atarace;
Mil veces le han herido, y no le han muerto,
Que no el cortarle miembros morir le hace,
Pues cuando pierna ó brazo le echan fuera,
Los vuelve á unir como si fuesen cera.

LXX.

Que el cráneo hasta los dientes le divida
Aquilante, ó Grifón le parta el pecho,
Él ríe, y de sus tajos no se cuida,
Y ellos rabian de ver que nada han hecho.
Quien del mercurio con la vista mida
El caer desde alto en plano estrecho,
Del rodar de esos miembros, ó el juntarse,
Puede casi cabal noticia darse.

LXXI.

Si le cortan la testa, él se recoge,
Y hasta encontrarla de bracear no deja,
Y por el pelo ó la nariz la coge,
Y, no sé cómo, al cuello la apareja;
Y aunque otra vez Grifón al mar la arroje,
Es inútil, que al ladre eso no aqueja,
Pues nada como un pez y se echa al fondo,
Y luego sale con su testa orondo.

LXXII.

Dos bellas damas, dignamente ornadas,
De negro una vestida, otra de blanco,
Que del peligro aquel son las culpadas,
Están viendo el combate desde un flanco.
Eran esas las dos benignas Hadas,
Nutrices de los Hijos del Dux Franco;
Los libertaron de las garras fieras
(Aún niños) de dos aves carniceras.

LXXIII.

Robado los habían á Gismunda,
Y á país muy lejano conducido:
Mas ¿á qué entrar en cuenta más profunda,
Si de todos el caso es muy sabido?
Aunque el autor no creo bien se funda
En señalar el padre que han tenido [18].
Ahora, pues, los mancebos sustentaban
La lucha que las Hadas les rogaban.

LXXIV.

En aquel clima el sol ya no se vía,
Si bien alto en las islas de Fortuna [19];
Y la sombra las cosas envolvía,
Que apenas deja ver la incierta luna,
Cuando Orrilo á su hogar se recogía,
Pues á la blanca hermana y á la bruna
Les plugo diferir la pugna fiera,
Hasta que el nuevo día amaneciera.

LXXV.

Astolfo, que al Grifón y al Aquilante,
Más que en la insignia, en el lidiar gallardo
Bien conocido había, en breve instante,
No fué en correr á saludarles tardo;
Y ellos, viendo que el bravo que al gigante
Detrás llevaba, era el Barón del Pardo
(Que así al Duque en la corte le decían),
Con no menor afecto le acogían.

LXXVI.

Llevan á descansar las Hadas fieles
Á los tres á un palacio allí vecino,
De donde salen damas y donceles
Á alumbrarles con hachas el camino:
Ellos les dan sus armas y corceles,
Y en un jardín entrando peregrino,
Al pie de una fontana pura, amena,
Encuentran preparada rica cena.

LXXVII.

Al gigantón hacen atar echado
Con otra gran cadena, que le anuda
Á un árbol colosal que ha desafiado
De tempestades mil la saña cruda,
Y á diez custodios dejan el cuidado
De que no por la noche se sacuda,
Y con su asalto se les vuelva aciaga,
Si no tienen quien guardia fiel les haga.

LXXVIII.

En la mesa, de halagos mil conjunto,
Donde el menor placer son los manjares,
Dan al discurso el principal asunto
Los hechizos de Orrilo singulares;
Y de un sueño parece ser trasunto
Verle al suelo caer miembros á pares,
Y recogerlos él, y unirlos luego,
Y otra vez de la lid volver al juego.

LXXIX.

Ya el duque Astolfo por su libro obtiene
Lo que contra el encanto extraño vale;
Y es que un cabello la cabeza tiene,
Fatal, que á los demás no sobresale;
El cual, si entre ellos, á cortarse viene,
Al punto de su cuerpo el alma sale.
Esto relata el libro; pero calla
Cómo en tan fosca crin un pelo se halla.

LXXX.

En tanto, el duque Astolfo, al nuevo día
Que ha de verle triunfante espera en calma,
Pues cuenta que en dos golpes obtendría
Quitar á Orrilo con la crin el alma.
La empresa, pues, tomar se proponía
Á cargo suyo y conquistar la palma;
Y si el fraterno honor se opone á ello,
Al cabo él solo cortará el cabello.

LXXXI.

Mas los hermanos ceden, con certeza
De que en tal lucha todo esfuerzo es vano.
Ya el alba asoma su gentil cabeza,
Cuando Orrilo del muro baja al llano,
Y entre él y el Duque la batalla empieza;
Éste la espada, aquél la maza en mano:
Astolfo, entre cien tajos, uno darle
Intenta que la crin pueda segarle.

LXXXII.

Ora le corta el puño con la maza,
Ó, sin que malla resistirle pueda,
Hasta la espalda el pecho le ataraza;
Por el suelo una pierna, un brazo rueda,
Á trozos el Inglés le despedaza,
Y él los recoge y une, y sano queda.
¡Mil ramos de aquel árbol cortaría
Y retoñar Astolfo le vería!

LXXXIII.

De cien golpes al fin uno le coge
Entre el cuello y cabeza, tan violento,
Que se la siega, sin que grito arroje.
No á desmontar el Duque fué más lento
Que el ladre: de las crines la recoge;
Y el arzón otra vez toma al momento,
Y porque más no la recobre Orrilo,
Con la presa veloz corre hacia el Nilo.

LXXXIV.

El loco, que del Hado el fallo olvida,
Busca por entre el polvo su cabeza :
Mas cuando al Duque ve, que sólo cuida
De llevársela lejos con destreza,
Apela á su corcel, y á toda brida
Pisa de la foresta la maleza :
Y «¡Espera, vuelve, ven!» (gritar ansiaba);
Mas Astolfo la boca se llevaba.

LXXXV.

Pero como los pies no le ha quitado,
Ánimos cobra, y de correr no deja.
En esto, largo espacio le ha ganado
Rabicano, que rápido se aleja.
El Duque, en tanto, el cráneo ensangrentado
Palpa desde la nuca hasta la ceja,
Y rebusca aquel pelo que, fatal,
Al hechizado Orrilo hace inmortal.

LXXXVI.

En la selva de innúmeros cabellos,
Mayor ninguno, ni diverso era,
Pues ¿cómo el Duque elegirá entre aquellos
El que es la vida de la humana fiera?
«Mejor (dice) es cortarlos todos ellos.»
Mas, sin navaja entonces ni tijera,
Acudir á su espada determina,
Que taja cual gumía damasquina.

LXXXVII.

Y la testa teniendo por el naso,
La arrasa por detrás y por delante,
Y el pelo así cortado por lo raso,
Se tornó en amarillo aquél semblante:
Los ojos tuerce, y muestran que el ocaso
Va á llegar de su vida en ese instante;
Y el busto, que detrás va caballero,
Cae de la silla, y da el temblor postrero.

LXXXVIII.

Adonde están los cuatro en la pradera
El Duque va, con la cabeza en mano,
Que bien marca una muerte verdadera,
Y les muestra do el cuerpo está cercano.
Aunque no sé si el caso les pluguiera,
Dánle albricias el uno y otro hermano,
Si bien creo que el lauro que ora pierde
Su honor, de envidia el corazón les muerde.

LXXXIX.

Ni el fin con que la pugna terminara
Pienso yo que á las Hadas cause agrado,
Pues quisieran que más se prolongara
De uno y otro doncel el triste Hado.
Ese, en Francia su muerte ya prepara,
Y estas á aquella lid los han llevado,
Esperando que el tiempo se pasase,
Y la influencia triste caducase.

XC.

Así que el castellano de Damieta
Supo con certitud que ha muerto Orrilo,
Soltó la mensajera, que sujeta
Lleva la carta al pecho con un hilo [20].
Esa al Cairo llegó, y otra estafeta
Allí la relevó, como es de estilo;
Así que en pocas horas, con delicia,
Supo ya todo Egipto la noticia.

XCI.

Astolfo, que triunfó de empresa tanta,
Dió conforto á los ínclitos garzones;
Bien que sus almas, que el honor levanta,
No han menester espuelas ni aguijones:
Que para defender la Tierra Santa,
Y del Romano Imperio las regiones,
Justo es dejar las lides del Oriente,
Y buscar gloria entre su propia gente.

XCII.

Cada cuál de los dos, por eso, toma
Del Hada suya de partir licencia;
Y aunque á sus rostros la tristeza asoma,
Ellas al fin no oponen resistencia;
Y ellos siguen á Astolfo, el cual á Roma
Ir intenta, por voto y reverencia;
Y el viaje les propone con instancia,
Antes que á combatir vayan á Francia.

XCIII.

Él, dejarse la izquierda determina,
Que es la vía más plácida y más llana,
Y va siempre bordeando la marina,
Y toma la derecha, horrible, insana,
Porque la capital de Palestina
Está de allí seis días más cercana:
Este camino hierba y agua ofrece;
Mas de todo otro bien siempre carece.

XCIV.

Antes, por tanto, de emprender su viaje,
El país con vituallas les socorre:
El gigante cargó todo el bagaje,
Él, que llevar pudiera hasta una torre.
Al final del camino agrio y salvaje,
De un monte, á cuyos pies el agua corre,
La tierra ven donde el primer delito
Con su sangre lavó Jesús bendito.

XCV.

Encuentran al entrar de la ciudad
Á un joven que conocen: al hermoso
Sansoneto de Meca, en verde edad,
Ya renombrado en armas y glorioso,
Y por su discreción y su bondad
Estimado entre todos, y famoso.
Orlando convirtióle á la fe nuestra,
Y el bautismo le dió su propia diestra.

XCVI.

Allí le encuentran, diseñando al frente
Del Califa de Egipto, fortaleza
Que el Calvario cercar pueda eminente
Con muro de seis millas de largueza.
Dél acogidos fueron con la frente
Que dar de interno amor suele certeza,
Y con cortés afecto agasajados,
Y en su palacio espléndido alojados.

XCVII.

De la tierra el gobierno él dirigía,
En vez de Carlos, con imperio justo;
Y Astolfo, que apreció su cortesía,
Hízole el don de aquel enorme busto;
Que, á cargar grandes pesos, le valdría
Más que diez bestias de poder robusto;
Y además del gigante, darle quiso
La red con que rendirle fué preciso.

XCVIII.

Á su vez Sansoneto lisonjero,
Un cinturón le dió de labor bella,
Para colgar su ponderoso acero,
Y espuelas ricas, con labrada estrella,
Que se dice que fueron del guerrero
Que libró del dragón á la doncella [21],
Y Sansoneto en Jafa recabara,
Cuando con presa inmensa la tomara.

XCIX.

Después que en un muy santo monasterio
Sus culpas lava redentor rocío,
De Cristo en su Pasión, cada misterio
Adoran en los templos ¡Oh Dios mío!
Que hoy, con oprobio tanto y vituperio,
Á los cristianos roba el Moro impío.
¡Y Europa á todas partes va con guerra,
Menos á rescatar la Santa Tierra!

C.

Mientras así, con ánimo devoto,
Sus preces al Señor mandan fervientes,
Un peregrino griego, á Grifón noto,
Nuevas le trae graves, inminentes:
Nuevas, á su designo y santo voto
Fatales, y del todo diferentes:
Nuevas que tanto el alma le abrasaron,
Que de los píos actos le sacaron.

CI.

Amaba, por su daño y desventura,
Á Origile (ese nombre ella tenía);
Mujer que en talle airoso y hermosura
Á más de mil hermosas vencería:
Mas de tan perniciosa y vil natura,
Que tampoco otra igual se encontraría,
Aunque buscado el ejemplar segundo
Fuera en tierras y mar por todo el mundo.

CII.

Dejóla en la ciudad de Constantino
Grifón, con una fiebre aguda y fiera;
Y cuando, al regresar de su camino,
Más bella hallarla y disfrutarla espera,
Que á Antioquía se fué sabe el mezquino,
De otro amador más nuevo compañera;
Pues dañoso sin duda parecióla,
En una edad tan fresca dormir sola.

CIII.

Desde que supo la terrible nueva,
Día y noche Grifón triste suspira;
Y con cuánto pesar y angustia lleva
Lo que á los otros regocijo inspira,
Pensarlo puede aquel que de amor prueba
El desgarrar de la potente vira:
Pero lo que en su mal á todo excede,
Es que decirlo, de rubor, no puede.

CIV.

Ya Aquilante sospecha del secreto
Que sin tino á Grifón así traía;
Que, como más prudente y más discreto,
En ocasiones mil tratado había
De quitarle ese amor al torpe objeto
Que por tan vil y pérfido tenía.
Él la acusa; su hermano la defiende,
Que ciego amante á la razón no atiende.

CV.

Partir solo, en sécreto, ha imaginado;
Y ocultando á Aquilante el plan interno,
De Antioquía sacar la que ha burlado
Su fino amor; y hasta en el mismo infierno
Buscar al que la dama le ha quitado,
Y venganza tomar de nombre eterno.
Cómo á cabo llevó Grifón la idea,
El otro canto en referir se emplea.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMOSEXTO.

Grifón, con Origile, al vil Martano
Encuentra, y que es su hermano cré y estima.
Llega al campo el señor de Montealbano,
Cuando el fin del asedio se aproxima.
Rodomonte en París, él en el llano,
Hieren, matan: su gente se reanima;
Y de uno y otro son los hechos tales,
Que casi en la balanza están iguales.

ORLANDO FURIOSO

CANTO DÉCIMOSEXTO.

I.

Nos causa Amor motivos mil de llanto:
De ellos ¡ay! yo sufrí la mayor parte;
Y tan presente tengo su quebranto,
Que bien podría hasta el menor pintarte:
Si digo, pues, lo que ya he dicho tanto,
En prosa, en verso, con lisura ó arte,
De que un mal es acerbo, otro ligero,
Dame asenso: mi juicio es verdadero.

II.

He dicho, y lo diré mientras que viva,
Que quien de digno objeto está prendado,
Aunque encuentre á su dama siempre esquiva,
Siempre contraria, ingrata á su cuidado,
Si bien de todo halago Amor le priva,
Por más que afán y tiempo haya gastado,
Llorar no debe, si morir se siente,
Pues puso el corazón tan altamente.

III.

Mas llorar debe aquel que se hizo siervo
De lindos ojos, ó de frente gaya,
En que se esconde corazón protervo,
Que en malas artes su poder ensaya:
Huir quisiera, y, como herido ciervo,
Lleva el dardo con él doquier que vaya:
Tiene de sí y su amor vergüenza mucha;
Calla, y en vano por sanarse lucha.

IV.

Del mísero Grifón tal es la vida:
Ve cuán vilmente el corazón ha puesto
En aquella Origile maldecida:
Ve claro el mal: su aumento manifiesto,
Y enmendarlo no puede, y es vencida
La razón por el hábito funesto.
Que sea despreciable, ingrata, aleve,
Á buscarla invencible afán le mueve.

V.

Y digo, pues, mi historia reanudando,
Que dejó la ciudad secretamente,
Sin confiarse á su hermano, recelando
La reprensión que en él halló frecuente.
Hacia Rama, á la izquierda declinando,
Tomó el mejor camino, diligente.
Llegó, en Siria, á Damasco, al sexto día,
Para de allí caer sobre Antioquía.

VI.

Halló junto á Damasco al caballero
De Origile dignísimo amador;
Que los dos se convienen por entero,
Cual con la hierba la silvestre flor,
Pues ambos son de corazón ligero,
Y si alevosa es ella, él es traidor;
Y en aspecto cortés que se mostraban,
Con sus propios defectos se engañaban.

VII.

El caballero, digo, que venía
En gran corcel, con mucha gala armado,
De Origile vistosa en compañía,
Vestida en traje azul, de oro bordado:
Dos pajes van detrás: uno tenía
El escudo, otro el yelmo empenachado;
Como quien viene á entrar con pompa augusta,
Á lucirse á Damasco, en una justa.

VIII.

Una espléndida fiesta, que anunciaba
El Damasceno Rey, en esos días,
Era allí la ocasión que convidaba
Á los nobles del reino y cercanías.
Cuando Origile vió que el que llegaba
Era Grifón, temió sus bizarrías,
Pues sabe que su amante no es tan fuerte
Que con él pueda combatir á muerte.

IX.

Pero, aunque de pavor está temblando,
Como es mujer diestrísima y osada,
La voz domina : el rostro va tratando
Que muestre en su exterior no temer nada;
Y, con su cuyo, el caso preparando,
Corre, placer fingiendo, y desalada
Al suspenso Grifón los brazos tiende,
Y largo tiempo de su cuello pende.

X.

Luego, acordando á los fogosos gestos,
De un amable decir las dulces mieles,
Dice, llorando: «Mi señor, ¿son estos
Los premios que merecen ansias fieles?
¡Que me dejas por diez meses funestos,
Y otro casi, y de mí ya no te dueles!
Pues si esperase más tu vuelta impía,
¡No sé si acaso nunca la vería!

XI.

»Cuando de la gran corte Nicosiana,
Á do partiste, yo esperaba verte
Volver á mí, que de la fiebre insana
Me dejabas tan próxima á la muerte,
Supe que fuiste á la región Siriana;
Lo que me dió dolor tan largo y fuerte,
Que, como en busca tuya ir no supiera,
Fué en poco que la muerte no me diera.

XII.

»Mas hoy fortuna, de mis dichas centro,
Muestra que más que tú de mí se cura,
Y á mi hermano me envía, con que dentro
De Siria vague, de mi honor segura;
Y ora la doble dicha del encuentro
Me da, del que hace mi mayor ventura;
Y á buen tiempo en verdad; porque, tardando,
Muriera, mi señor, siempre esperando.»

XIII.

Y aquí la dama, aleve cual serpiente,
Y más que zorra astuta con exceso,
Con sus quejas siguió tan elocuente,
Que á Grifón saca del rabioso acceso;
Y creer le hace, no que es su pariente,
Mas nacidos de un padre en carne y hueso;
Y parece al urdir artes mendaces,
Que no son Juan y Lucas [1] más veraces.

XIV.

De su infamia, por tanto, no reprende
Grifón á esa mujer, más vil que bella,
Ni á la venganza tan jurada atiende
Del que escapóse adúltero con ella;
Y aun juzga hacer de más, si se defiende
De que la culpa en él no cargue aquélla,
Y, como á su cuñado verdadero,
De acariciar no cesa al caballero.

XV.

Con él hacia las puertas va, y advierte,
Por lo que escucha al paso y lo que otea,
Que en su ciudad juntar concurso fuerte
De Siria el Rey magnífico desea;
Y que cualquiera allí, y en cualquier suerte,
Sea cristiano, ó de otra secta sea,
Dentro y fuera mansión tiene segura,
Por todo el tiempo que la fiesta dura.—

XVI.

Pero no de Origile los restantes
Infames hechos proseguir intento;
Que aunque joven, no un fraude á sus amantes
Pudo urdirles astuta, sino ciento;
Y volver quiero á la batalla de antes,
En que doscientos mil infieles cuento,
Que, embistiendo á París con brío extraño,
Doquiera esparcen el temor y el daño.

XVII.

Os dejé en aquel punto en que asaltaba
Agramante á una puerta, y cómo yerra
En que con poca gente acaso estaba;
Y os añadí que el paso se le cierra
Por Carlos, que en persona la guardaba,
Teniendo á los maestros de la guerra:
Dos Guidos, Angelino y Angeliero,
Avino, Avolio, Otón y Berlinguiero.

XVIII.

De Carlos á la vista y de Agramante
Una y otra legión lucirse quiere,
Pudiendo allí ganar premio abundante
Con sólo hacer lo que el honor sugiere:
Mas no del moro el brío es tan pujante
Que á sus enormes pérdidas supere,
Porque, muriendo muchos, no hacen poco
Curarse á los demás de impulso loco.

XIX.

Granizo son los dardos despedidos
Contra la turba infiel desde el baluarte:
Suben la gritería y losgemidos
Hasta el cielo, de la una y otra parte.
Mas queden esos hechos preteridos,
Que á contar voy del Africano Marte:
De Rodomonte, que, con paso horrendo,
De la ciudad las calles va corriendo.

XX.

No sé, Señor, si habréis bien recordado
Á este adalid de esfuerzo tan seguro,
Que á su ejército al pie muerto ha dejado,
Entre el segundo foso y primer muro,
Por las atroces llamas devorado,
Cual siniestro jamás se vió tan duro,
Dije que fué de un salto á hollar la tierra,
Allá del muro que la ciñe y cierra.

XXI.

Cuando fué noto el hórrido guerrero,
De la escamosa piel por armadura,
Do los viejos, el pueblo menos fiero,
Noticias del asalto se procura;
Movióse un llanto, un grito lastimero,
Que el aire asorda en tan mortal pavura.
Las gentes que escapar pueden escasas,
Se encierran en los templos y las casas.

XXII.

Mas lo consiente á pocos la galerna,
De aquella espada, en brazo tan robusto:
Aquí sin pie rodando va una pierna,
Y una cabeza allá, lejos del busto:
Hunde al uno de un tajo en noche eterna:
Pártele al otro por su medio justo;
Y de tantos que hiriera y que matara,
No se ve que á uno solo dé en la cara.

XXIII.

Lo que el pardo en las tímidas manadas
En la Hircana campiña ó cabe el Ganges:
Lo que el tigre en las reses espantadas
Que armenio mercader lleva á sus canjes;
Eso hace Rodomonte en las mesnadas,
Que no llamaré escuadras, no falanges,
Mas populacho y turba vocinglera,
Digna antes de que nazca, de que muera.

XXIV.

Ni uno encuentra á quien ver pueda de frente,
Entre tantos que mata ó anonada.
Por la vía que recta lleva al puente
De San Miguel, tan luenga y tan poblada,
Corre el bárbaro Rey rápidamente,
Girando en cerco la sangrienta espada,
Que no distingue del Señor el siervo,
É iguala á todos en su encono acerbo.

XXV.

No al sacro honor del sacerdote atiende:
No al rapazuelo su inocencia ampara:
No á dama, ni á doncella la defiende
Áureo cabello, ni divina cara:
Á la vejez con furia igual ofende;
Y el impio, lo mismo prueba rara
Da de valor que de infernal crudeza,
Y no distingue sexo, edad, belleza.

XXVI.

Y no en tanta vertida sangre cabe
Del inicuo aplacar la saña fiera,
Sino que el fuego quiere que la acabe
De templos, casas, en horrible hoguera.
Era en el tiempo aquel, según se sabe,
En París toda casa de madera;
Y bien puedes creer al croniquismo,
Que de diez partes, seis son hoy lo mismo.

XXVII.

No parece, por más que el fuego arda,
Que deje furor tanto satisfecho;
Y no en asirse con los dedos tarda
Do alcance á derribar portada ó techo.
Creer, Señor, podéis que no hay bombarda
Tan grande en Padua [2], ó militar pertrecho,
Que abatir pueda un muro, cual la mano,
Á un solo sacudir del africano.

XXVIII

Si Agramante á la vez que el maldecido
Con la espada y el fuego hace tal guerra,
Hubiese desde fuera acometido,
Perdida era ese día aquella tierra;
Mas no fué, porque á punto lo ha impedido
El Paladín, que vino de Inglaterra,
Del Escocés y el Anglo acompañado;
Del Silencio y del Ángel amparado.

XXIX.

Dios quiso que al entrar de Rodomonte
En París, tantas ruínas esparciendo,
Á la vista el señor de Claramonte
Con el Anglo estuviese apareciendo.
Á tres leguas de allí, pasado el monte,
Echó el puente; y á izquierda revolviendo,
Á los moros fingió que á atacar iba,
Por distraerlos, y pasar la riba.

XXX.

Mandado había hasta seis mil arqueros,
Bajo el pendón altivo de Odoardo;
Y caballos dos mil, los más ligeros,
Al mando y guía de Arimán gallardo;
Y ordénales marchar por los senderos
Que rectos vienen desde el mar Picardo,
Y que en París penetren por la puerta
De San Martín, á cierto signo abierta.

XXXI.

Los carros y ambulancias de más pena
Hace marchar por la más amplia vía,
Y él, con el resto, la comarca amena,
Más arriba girando, recorría.
Para pasar el invadeable Sena,
Leños consigo y barcos conducía.
Cuando pasaron todos, rompió el puente,
Y ordenó la Escocesa y Anglia gente.

XXXII.

Mas antes capitanes y barones
Reinaldo en rededor suyo juntando,
Sobre un ribazo, á fin que sus razones
Puedan oir, y ver al que está hablando:
«Señores (exclamó) : los corazones
Bien es que á Dios alcemos, gracias dando,
Para que, con sudor breve, la gloria
Mayor nos toque en la futura historia.

XXXIII.

»Por vosotros dos príncipes salvados
Serán, si el duro asedio se levanta;
Vuestro Rey, á quien sois tan obligados
Á defender en apretura tanta [3],
Y un grande Emperador de los preciados
Que más la fama por gloriosos canta;
Con otros mil que siguen á las lises,
Duques, Grandes, de innúmeros países.

XXXIV.

»Salvando una ciudad, agradecidos
No sólo os quedarán los parisianos,
Que, más que por sus males padecidos,
Alzan al cielo con pavor las manos
Por la esposa y los hijos bien queridos,
Que otros aguardan más, y más cercanos:
Y por las santas vírgenes repuestas,
Hoy al ludibrio y la violencia expuestas.

XXXV.

»Os digo que, salvando esa ciudad,
No obligáis á sus hijos solamente,
Ó á los pueblos de en torno ó vecindad,
Sino á los del Oriente y Occidente;
Que no hay pueblo en la vasta cristiandad
Que no tenga allí dentro digna gente;
Así que, si vencéis, agradecidos
Tendréis á la mitad de los nacidos.

XXXVI.

»Si daban en lo antiguo una corona
Al que salvaba de un varón la vida,
¿Qué dieran al que en vez de una persona
Salva á tantas de muerte envilecida?
Mas si la envidia ó la bajeza encona
La empresa por vosotros embestida:
Si se pierden, creedme, esas alturas,
Ni Alemania ni Italia están seguras.

XXXVII.

»Ni otro reino cualquiera en que adorado
Sea el que por nosotros dió su pecho:
Ni vosotros que el mar tenéis domado
Os juzguéis libres del pagano acecho,
Que si ellos otras veces han salvado
Las altas lindes del Hercúleo estrecho,
Para entrar y robar las tierras vuestras,
¿Qué no harán, siendo dueños de las nuestras?

XXXVIII.

»Mas cuando ni merced ni honor ninguno
Á tal empresa os animase ahora,
Deber es santo que socorra el uno
Al otro que su misma ley adora;
Y que esas hordas, sin esfuerzo alguno,
Romperá vuestra espada vencedora,
Yo os afirmo, que es toda gente ruda,
Sin corazón, sin armas y desnuda.»

XXXIX.

Pudo con éstas, y aun con más razones,
Dichas con limpio acento y clara voz,
Reinaldo á los magnánimos Barones
Inflamar y á su gente hacer feroz;
Que fué, como se dice, los talones
Arrimar á un caballo ya veloz.
Y la arenga acabada, mansamente
Desfilar hizo la ordenada gente.

XL.

Va el ejército oculto, sin rumores,
Dividido en tres partes, que no entero,
Á lo largo del río: los honores
Dale á Zerbino de atacar primero;
Y hace que los de Irlanda, con mayores
Vueltas, vayan tomando otro sendero;
Y al duque de Alencastre en medio cierra,
Con la gente y caballos de Inglaterra.

XLI.

Y cuando cada cuál va su camino,
Cabalga el Paladín junto á la riba,
Y pasando adelante de Zerbino
Y de cuanta falange con él iba,
Sobre el señor de Orán y el Rey Sobrino,
Y sobre el grueso de su hueste, arriba,
Que media milla avanza á la de España,
Guardando de ese lado la campaña.

XLII.

El ejército fiel, que con tan pía
Y tan segura escolta llegar pudo,
Pues Miguel y el Silencio son su guía,
No resistiendo más seguir ya mudo,
Al ver al moro alzó su gritería,
Y de las trompas el relincho agudo;
Y con el alto son, que llegó al cielo,
Los pechos del infiel cubrió de hielo.

XLIII.

Reinaldo, ya el primero, el corcel tiene
Para embestir, la lanza en ristre puesta,
Y un tiro de arco al Escocés previene,
Pues pararse un instante le molesta.
Como chiflón de viento á veces viene
Detrás trayendo horrísona tempesta,
Tal, delantero, el campeador famoso,
Espoleando á Bayardo, viene airoso.

XLIV.

Al ver de pronto al Paladín cristiano,
Queda el infiel cual si de mármol fuese:
La lanza tiembla á todos en la mano,
Y el cuerpo, cual si sangre no tuviese.
Sólo de faz no cambia el rey Puliano,
Que no conoce que Reinaldo es ese,
Y á escape, de su gente deja el centro,
No sospechando tan horrible encuentro.

XLV.

Para embestir la lanza firme apaña,
Y toda en sí recoge la persona:
Luego acicata su corcel con saña,
Y las riendas le baja y abandona.
El gran poder del otro nunca engaña,
Y muestra en hechos, que su nombre abona,
Por justador insigne en brío y arte,
Ser hijo, no de Amón, sino de Marte.

XLVI.

En dirigir el asta hacia las frentes
Son de apostura igual, de igual acierto:
Mas en brío y vigor tan diferentes,
Que uno pasó, y el otro quedó muerto;
Pues no son de vencer signos patentes,
El enristrar airoso, ir bien cubierto,
Si no ayuda el poder y aun la fortuna,
Sin la cual no se logra empresa alguna.

XLVII.

Reinaldo se recobra, y al momento
Dirige al rey de Orán la fuerte pica:
Al rey, tan pobre de valor y aliento,
Cual de persona en hueso y carnes rica.
Que el golpe sea de alabar no cuento,
Que en medio del ombligo se lo aplica;
Y quien no alabe, discusión no entable;
Que herir fuera del vientre, allí no es dable.

XLVIII.

No el pavés quita que el lanzón no entre,
Aunque es de acero y lo interior de palma,
Y que de aquel gran cuerpo por el vientre
No salga su pequeña y débil alma;
Y el corcel, que creyó que no se encuentra
Libre en todo aquel día de esa enjalma,
Sin duda en su interior gracias va dando
Á quien le salva de morir sudando.

XLIX.

Rota la lanza, y á carrera abierta,
Bayardo, que tener alas parece,
Va el Duque á do la línea tan cubierta
De gente está, que el suelo desparece:
Vibra, en sangriento círculo á Fusberta [4],
Con quien toda arma cual cristal fenece:
Ningún temple de escudo ó peto esquiva
Que no vaya á encontrar la carne viva.

L.

Mas pocos hallará de temple entero
La terrible Fusberta en el combate:
Rodelas, sí, de tablas ó de cuero,
Tocas de trapo, arnés de cordellate:
¿Qué mucho, pues, que tan caudal guerrero
Todo lo hienda, aterre y desbarate,
Si no más se defienden de su espada
Que de la hoz la hierba delicada?

LI.

Es la primer escuadra casi rota,
Cuando con la vanguardia que regía,
Á consumar Zerbino la derrota,
Lanza en ristre, ante todos acudía;
Y tal confianza y ánimo denota
El selecto escuadrón que le seguía,
Que parecían tigres y leones
Que van á entrar de ovejas los montones.

LII.

Cada jinete á un tiempo el muslo aferra,
Ya cerca del contrario, y prontamente
El espacio brevísimo se cierra
Que se extendía entre una y otra gente.
¡Danza más desigual no vió la tierra!
Herían los de Escocia solamente,
Y sólo eran los Moros destrozados,
Cual si sólo á morir fueran llevados.

LIII.

Piensa el infiel que el mismo inmenso brío
Tiene todo cristiano que Reinaldo:
Siente él la sangre cual de hielo frío,
Y el Escocés como de hirviente caldo.
Aquí Sobrino su pendón impío
Mueve sin aguardar señal de heraldo:
Esa escuadra es mejor que la arrollada,
En armas y en valor y en bien mandada.

LIV.

La Africana es la menos triste gente,
Si bien tampoco de muy alta talla:
Con Dardinelo avanza incontinente,
Mal armada y no experta en la batalla,
Aunque usa el Capitán yelmo luciente,
Y arnés viste de acero y fina malla.
La cuarta pienso que es de más valía,
Con la cual Isolier detrás venía.

LV.

Muévese, en tanto, el buen Duque de Marrra.
Que, en verse allí, feliz se considera:
Antes las glorias á sus bravos narra
Que á ganar van siguiendo su bandera;
Y en cuanto, con su gente de Navarra,
Ve empeñado á Isolier, él se aligera.
Luego Ariodante avanza con su gente,
Hecho duque de Albania muy reciente.

LVI.

El rumor de las trompas belicoso,
Los pífanos y bárbaros acentos,
De la honda y el arco el son silboso,
Las máquinas, las ruedas é instrumentos;
Y aquellos de estridor más espantoso,
Gritos, ayes, gemidos y lamentos,
Forman un ruído igual al infinito
Con que el Nilo, cayendo, asorda á Egito.

LVII.

Gran sombra todo en torno al cielo envuelve,
Del saetear terrible que no escampa:
Polvo, sudor, que en humo se resuelve,
Sobre cada legión el aire estampa:
Aquí una hueste, y otra allí se vuelve:
Vese cómo uno avanza, otro descampa;
Y acá junto, ó no lejos del que ha muerto,
Al mismo que le mata se ve yerto.

LVIII.

Mosco y Quelino, los bastardos Martes
Del muerto Calabrán, rey de Cardona,
Y el que fama de bravo en muchas partes
Tuvo, Calamidor de Barcelona,
Se salen de sus filas y estandartes;
Y pensando ganar triunfal corona,
Á matar á Zerbino se han lanzado,
Y el vientre del corcel le han traspasado.

LIX.

De tres lanzas herido, quedó yerto;
Mas súbito Zerbino en pie se planta,
Y contra aquellos que el bridón le han muerto,
Se alza para vengar perfidia tanta.
Primero contra el Mosco, que inexperto
Ya venía á segarle la garganta,
Tira de punta, y le atraviesa el flanco,
Y le echa de la silla frío y blanco.

LX.

Cuando á su hermano, con desgracia tanta,
Quelino ve caer, de furia lleno,
Á lidiar con Zerbino se adelanta;
Éste le coge el corredor del freno,
Que va á caer do más no se levanta,
Ni ha de comer más paja ni más heno;
Que el Príncipe tal tajo le endereza,
Que amo y corcel á un tiempo descabeza.

LXI.

Calamidor, á quien el hecho admira,
Huye, cubriendo el cuerpo con la adarga;
Mas el Duque un fendiente atrás le tira,
Gritándole: «¡Traidor!» con voz amarga.
No llegó el golpe adonde fué la mira;
Aunque no tanto el malandrín se alarga,
Que al caballo en la grupa no cogiera,
Y muerto á pocos pasos le tendiera.

LXII.

Desmonta el vil y echa á escapar pedestre:
Mas poco tiempo sus pulmones gasta,
Porque el duque Trasón, llegando ecuestre,
Le derriba, y feroz pasa y le aplasta.
Dios quiere aquí que excelsa grey se muestre
Do Zerbino su triste azar contrasta,
Que Ariodante, Lurcán y otros Barones,
Á que recobre acuden los arzones.

LXIII.

Da Ariodante mandobles repetidos,
Bien los prueben Artálico y Margano;
Pero más Etearco y Coromidos
Sintieron el poder de aquella mano.
Huyeron los primeros mal heridos:
Quedan muertos los otros en el llano:
Muestras Lurcanio, en tanto, da de fuerte,
Sembrando por doquiera estrago y muerte.

LXIV.

Ni creáis que la lid de la campaña
Menos feroz que la del río sea:
Ni que la brava gente que acompaña
Al duque de Alencastre no pelea;
Que su gente asaltando la de España,
Esfuerzo tanto en la morisma emplea,
Que merece muy bien de sus señores
Que entre buenos los tengan por mejores.

LXV.

Van delante Fiermonte y Odoardo:
Los duques de Glocestra y Elboraces,
Y el conde de Bervicia, el buen Ricardo,
Y Enrique de Clarencia, siempre audaces.
Al frente están, con Folicón gallardo,
Matalista, Bariundo y sus secuaces:
Reina en Granada aquél: sirve al segundo
Almería: Mallorca á Bariundo.

LXVI.

Un poco estuvo igual la pugna fiera,
Sin que luciese de ventaja un rayo:
Iba y venía cada escuadra entera,
Cual las espigas al ventear de Mayo,
Ó como el mar, movible en la ribera,
Hace de ir y venir el doble ensayo.
Después de un rato de escarcear, la suerte,
Contra el pagano su rigor convierte.

LXVII.

Al mismo tiempo el duque de Glocestra
Á Matalista arroja de la silla,
Que á Folicón Fiermonte, á mano diestra,
Derriba, destrozada una costilla;
Así el un par al otro par secuestra,
Y á ser presos del Anglo los humilla.
En tanto el de Clarencia á Boriundo,
Á un golpe de revés, echa del mundo.

LXVIII.

De aquí comienza el moro á intimidarse,
Y el cristiano á doblar su arremetida:
Aquellos no hacen más que retirarse,
Y en desórden al fin darse á la huída,
Y éstos ganar terreno y avanzarse,
Llevándoselos siempre de vencida;
Y si no que alta ayuda le ha venido,
De aquella parte el campo era perdido.

LXIX.

Ferraud, que hasta entonces no se había
De Marsilio, su excelso Rey, disyunto,
Cuando ve que esa escuadra rota huía,
Y su ejército está medio consunto,
Espolea el corcel, y adonde hervía
El furor del cristiano llega, á punto
En que mira caer, pálido, á tierra,
El cráneo roto, á Olimpio de la Serra:

LXX.

Un jovencillo, que su dulce canto
Uniendo al son de cítara armoniosa,
De arrancar se preciaba tierno llanto
Á el alma más impávida y riscosa:
¡Feliz si contentarse de honor tanto
Él supiera, y la lanza sanguinosa
Dejara, y arco y bélica ambulancia,
Que le trajo á morir tan niño á Francia!

LXXI.

Cuando le ve caer el gran guerrero,
Que su gallarda gracia tanto estima,
Más que de muertes mil que vió primero,
De aquella triste muerte se lastima;
Y sobre el matador se arroja fiero,
Y le divide el yelmo por la cima,
Y la frente y las cejas, y le insulta,
Y entre el polvo sangriento le sepulta.

LXXII.

Ni eso el furor que le devora enfría,
Que rompe escudos mil y cota y malla :
Á quién un brazo ó la cerviz hundía:
Á quién por la mitad el cuerpo talla :
De sangre y alma á innúmeros vacía,
Y en el lugar renueva la batalla
Donde ha un instante huyera torpemente
De los tres Reyes la asustada gente.

LXXIII.

En tanto, en el combate entró Agramante,
Ansioso de probar su esfuerzo aciago.
Van con él Baliverso, Farudante,
Soridano, Prusión y Bambirago,
Y tanta multitud (que á breve instante
De su sangre va á hacer copioso lago),
Que más fácil cortar fuera la hoja
De que en otoño un bosque se despoja.

LXXIV.

El Monarca, del cerco, fuerte banda
De infantes y jinetes se procura,
Y, con el rey de Fez, correr les manda,
Y el pabellón rodeando con presura,
Embestir por detrás á los de Irlanda,
Á quienes ve que bajan por la altura,
Raudos y recogidas las banderas,
Á acometer el Real y las trincheras.

LXXV.

El de Fez en hacerlo fué muy presto,
Que el retardo menor fatal sería.
Agramante recoge en tanto el resto
De la hueste, y gran parte al campo envía,
Y él marcha al río, que en tan arduo puesto
Necesidad de su presencia había;
Y un heraldo de aquella parte vino,
Que enviaba á por socorro el rey Sobrino.

LXXVI.

Cien escuadras, detrás de sí, Agramante
Lleva, y sólo al rumor que levantaban,
Tiemblan los Escoceses, que al instante
Las filas y el honor abandonaban.
Sólo Zerbín, Lurcanio y Ariodante
El duro asalto á resistir quedaban;
Y el primero, aún á pie, muerto allí hubiese,
Si el buen Reinaldo á tiempo no acudiese.

LXXVII.

En otra parte el Paladín pelea,
Ante sí cien escuadras dispersando,
Cuando á su oído la noticia rea
Del riesgo de Zerbino fué volando;
Y al oir que entre gente Cirenea
Á pie, y abandonado está luchando,
Vuelve el caballo, y vuela á la campaña
Que el infiel de cristiana sangre baña.

LXXVIII.

Do los de Escocia corren espantados
Se para y grita : «¿Adónde, miserables,
Vais tan ciegos, y así, desalumbrados,
Dejáis el campo á turbas despreciables?
¿Son éstos los despojos ya votados
Ayer á vuestros templos venerables?
Hoy ¡qué gloria! dejar, en mal prolijo,
Sólo y á pie de vuestro Rey al hijo.»

LXXIX.

De un su escudero una gran lanza aferra,
Y á Prusión de Alvaraquia, no lejano,
El paso con estrépito le cierra,
Y de el arzón le arroja muerto al llano:
Mata á Agrigante, á Rambirago aterra:
Horriblemente hiere á Soridano;
Y, como á los demás, le diera muerte,
Si la lanza al herir fuera más fuerte.

LXXX.

Rota el asta, la espalda vibra dura,
Y toca á Serpentín, el de la estrella;
Y aunque tiene encantada la armadura,
Contundido de un golpe le atropella.
Así al duque de Escocia, con holgura
Le abre ancho espacio en la estrechez aquella;
Con que de algún corcel logre el avío,
De los que van con el arzón vacío.

LXXXI.

Y bien que llegó á punto ciertamente;
Que si tardase más, no le salvaba;
Porque Agramante, con Balastro al frente
Y con Sobrino y Dardinel llegaba.
Mas Zerbín, que á caballo está ya ardiente,
Á un lado y otro el hierro fulminaba,
Enviando éste y aquél allá al infierno,
Á dar noticia del vivir moderno.

LXXXII.

El buen Reinaldo, que en echar por tierra
Á los que ve de más valer no es tardo,
Por elección, contra Agramante cierra,
Que el mejor le parece y más gallardo
(Pues más que mil él sólo hace en la guerra),
Y encima se le arroja con Bayardo;
Y cuando aquél la mano á ganar iba,
Hurta el cuerpo, y de un tajo le derriba.

LXXXIII.

Mientras por fuerza, en el calor de Marte,
De rabia cada cuál y encono ardía,
Rodomonte en París muertes reparte,
Y los templos y casas encendía.
Carlos, que está ocupado en otra parte,
Lo que pasaba en ésta no sabía;
Y mientras recibiendo está á Arimano,
Y á Odoardo y la gente del Britano,

LXXXIV.

Un escudero á él pálido viene,
Á quien el sobrealiento no ha dejado
Sino que un *¡Ay de mí! ¡Ay de mí!* suene,
Y que luego un «¡Señor! (pronuncie helado):
Hoy el romano Imperio su fin tiene:
Hoy Jesús á su pueblo ha abandonado.
Lucifer, en castigo merecido,
De arriba á la ciudad nos ha llovido.

LXXXV.

»Satanás, que otro alguno no parece,
Arruína al pueblo tímido, infelice:
Vuelve y mira el estrago que aparece,
De la creciente llama predatrice:
Escucha el llanto, y el rumor que crece,
Y á tu siervo da fe y á lo que dice:
Uno no más destruye, quema, aplasta,
Y huyen todos, y nadie le contrasta.»

LXXXVI.

Como aquel que primero oye el tumulto,
Y el redoblar del sacro bronce herido,
Y después ve ya el fuego, á nadie oculto,
Sino á aquel que más daño ha padecido:
Así Carlos, oyendo el fiero insulto,
Cierto dél por los ojos y el oído,
Al grito acude y al clamor creciente
De su más quieta y bienamada gente.

LXXXVII.

Junta sus caballeros principales,
Y á su insignia imperial los lleva unidos
Á la plaza, que en ella y sus portales
Está el infiel matando á los vencidos:
Oye el seco estertor: ve las señales
De los humanos miembros esparcidos....
¡No más; no más! Si interesaros puede,
La historia aquí para otro canto quede.

ORLANDO FURIOSO.

—

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMOSÉTIMO.

Después que exhorta á todo Paladino,
Va el animoso Emperador Romano
Al feroz Rodomonte. Á Noradino
Llega Grifón, con el traidor Martano.
Vence aquél, y éste, que le está vecino,
Y es de vil corazón y torpe mano,
Robándole las armas, con la honra
Carga, y deja á Grifón luto y deshonra.

—

ORLANDO FURIOSO.

CANTO DÉCIMOSÉTIMO.

I.

Cuando de remisión, por los humanos
El plazo que Dios da se desperdicia ,
Á su piedad y gracia soberanos
Quiere justo que iguale su justicia;
Y nos manda atrocísimos tiranos,
Y les da fuerza y pérfida malicia:
Por eso un Mario, un Sila mandó al mundo,
Dos Nerones y un Cayo furibundo;

II.

Un Domiciano, en fin, y un Antonino;
Y del bodrio sacó y hediondas cuevas ,
Para alzarlo al imperio, á Maximino,
Y produjo á Creón primero en Tebas ;
Y dió un Majencio tal al Agilino [1],
Que hizo con sangre verdecer las glebas;
Y ya en tiempo más nuevo , el Lacio todo
Dió, en presa, al Huno, al Longobardo y Godo.

III.

¿Qué de Atila diré? ¿Qué del inicuo
De Romania Ezelín? ¿Qué de otros ciento
Que tras de largo andar y siempre oblicuo,
Dios nos dió por castigo y por tormento?
De eso habemos ejemplo bien prospicuo
También en nuestro tiempo turbulento,
Cuando al vernos rebaños asquerosos,
Por guardianes nos da lobos rabiosos.

IV.

No les basta la sangre que derramen
Para en sus anchos vientres sumergirnos,
Que llaman lobos que más fieros bramen
De ultramontanos bosques á engullirnos.
De Trasimeno el insepulto osamen,
Trebia y Cannas aún pueden no afligirnos
Comparados al jugo con que engrasa
Itala carne á el Adda, á Ronco, á Masa.

V.

¿Y sufre Dios que nos castiguen guerras
Por mano de otros pueblos aún peores,
Y paguemos así por los que encierras,
¡Ay, triste Italia! crímenes y horrores?
Mas vendrá tiempo que á talar sus tierras
Vayas, cuando seamos ya mejores,
Y de ellos crezca el criminal arrojo
Hasta encender de Dios el justo enojo.

VI.

Ya, sin duda, sus culpas empezaron
Á arrugar del Señor la augusta frente,
Que el Turco y Moro por su tierra entraron,
Con sangre, estupros y furor creciente:
Mas á todos los males superaron
Los que atroz Rodomonte hace al presente.
Dije que de ellos Carlos advertido,
Á la plaza por él se ha dirigido.

VII.

Al paso ve su gente degollada:
Entre ruínas ardiendo casa y templos
La ciudad casi entera abandonada....
¡Cuándo se vió más lamentable ejemplo!
«¿Adónde vas así, turba espantada,
Que tan ciegos á todos os contemplo?
¿Qué ciudad ya, ni qué rufugio os resta,
Cuando por vil flaqueza perdáis ésta?

VIII.

»Un varón solo, en vuestras calles preso,
Entre muros que mal salvar podría,
¡Intacto partirá, después que avieso,
Morir os haga á todos este día!»
Así Carlos clamaba, de ira acceso,
Pues tan infame oprobio mal sufría;
Y llegó donde frente al gran palacio
Ve al infiel, de destrozos nunca sacio.

IX.

Gran parte en él del populacho estaba,
Que allí favor y amparo encontrar piensa,
Porque murado y fuerte se elevaba,
Y pertrechos contiene á su defensa.
Rodomonte, encendido en furia brava,
Sólo está y dueño de la plaza inmensa:
Vibra con una mano, en sangre roja,
La espada, y con la otra el fuego arroja.

X.

Y del hogar, que regio honor sublima,
Cimbrea con rumor la vasta puerta.
Lanza la plebe desde l'alta cima
Viga, merlón, y, dándose por muerta,
Ni columnas, ni mármoles ya estima,
Que en arma arrojadiza no convierta;
Y áureos techos, riquezas arrojaban,
Que sus padres y abuelos veneraban.

XI.

Está en el quicio el Rey de Argel, luciente
Del metal que le viste frente y busto,
Cual saliendo del nido la serpiente,
Después que el forro abandonó vetusto,
Con la ya nueva piel joven se siente,
Y renacido su poder robusto,
Tres lenguas vibra, y en sus ojos rige
Brillo letal doquier que los dirige.

XII.

No piedra, dardo, ni través maestra,
Ni cuanto encima del infiel procede,
Basta á parar la formidable diestra,
Que destroza el portón, que cruje y cede;
Y ha abierto al fondo ya tan gran fenestra,
Que le pueden mirar y él mirar puede
Rostros en que la muerte está pintada
De la turba en los bajos apiñada.

XIII.

Suena en los altos y espaciosos techos
Del anciano el gemir, del inocente:
Las madres hieren sus fecundos pechos,
Y corriendo y lanzando voz doliente,
Besan y mojan los geniales lechos
Que pronto van á ser de extraña gente.
Tanto el riesgo era ya de estas mansiones,
Cuando el César llegó con sus Barones.

XIV.

Carlos se vuelve á aquellos afamados,
Con quien no hay daño ó riesgo que no afronte:
«¿No sois (les dice) aquellos que esforzados
Combatisteis conmigo en Aspromonte?
¿Estarán vuestros brazos tan cansados,
Que si vencisteis á Traján y Almonte
Con guerreros cien mil, hoy os trabaje
Vencer á uno no más de aquel linaje?

XV.

»¿Acaso en vano al ardimiento invoco
Conque allí os vide en tan mortal pelea?
Mostrad lo que valéis á ese can loco
Que así muerde y devora vil ralea.
Sublime corazón aprecia en poco
Si muere bien, que pronto ó tarde sea.
Mas ¿qué dudo?: doquier que estéis conmigo,
Segura es la victoria: yo os lo digo.»

XVI.

Dice, y da espuelas al corcel ligero,
Y baja el asta, embiste al Argelino:
Con él se arroja el Paladino Ugiero,
Y Oliviero también, Namón y Avino,
Con Otón, con Avolio y Berlingiero;
Y se disputan todos el camino,
Y todos van á herir al Rey potente
En el pecho, en los flancos, en la frente.—

XVII.

Mas dejemos, Señor, que ya me aflige
Pintar horrores y cantar de muerte;
Que por esta ocasión bastante dije
Del Pagano, tan crudo como fuerte;
Y tiempo es de volver do se dirige
Á Damasco Grifón, con mala suerte,
Seguido de Origile y de Martano,
Su adúltero galán, que no su hermano.

XVIII.

De las ciudades ricas de Levante,
De las de más belleza y más pobladas,
Se dice ser Damasco, que distante
Es de Jerusalén siete jornadas.
En un plano fructífero, abundante,
Que acarician las auras más templadas,
Breve collado á esta ciudad le quita
Del sol naciente la primer visita.

XIX.

En lo exterior, dos ríos cristalinos
Van regando, por cien brazos rientes,
Infinitos jardines peregrinos
De hojas y frutos siempre renacientes;
Y hasta se dice que á mover molinos
Bastan aquellas plácidas corrientes,
Y que se siente ya, desde la vía,
El suave olor que cada casa envía.

XX.

Cubierta toda está la senda llana
De banderas de vívidos colores;
Y de fragantes hierbas se engalana
El suelo, y muros, y altos miradores.
Todo pórtico ves, toda ventana
Ornados de tapices y de flores;
Y las damas aún más, de ricos trajes,
Y de joyas, cual chispas entre encajes.

XXI.

Gózanse todos en solaz deporte :
Bailes se ven en casas y vergeles,
Y en la calle mejor, del Sur al Norte,
Corre el pueblo en caballos con tireles,
Y deslumbra á su vez la rica corte
De Señores, Barones y donceles,
Con cuanto el Indio y Eritreas sales
Dan de perlas preciosas y corales.

XXII.

Grifón con la pareja infiel venía,
Contemplándolo bien todo despacio,
Cuando un Barón detúvole en la vía,
Y le hizo desmontarse en su palacio;
Y, ya por uso, ya por cortesía,
No los dejó de honrar por largo espacio:
Los lleva al baño, y con palabra amena
Les invita después á egregia cena.

XXIII.

Y les dijo que el buen Rey Noradino,
Monarca de Damasco y de Antioquía,
Mandaba que á paisano ó peregrino,
Si milita en marcial caballería,
Á la Junta del Orto matutino
Se invitase á lidiar al otro día;
Y que si es su valor cual su semblante,
Pocos podrán ponérseles delante.

XXIV.

Aunque no por aquello es su venida,
El joven, aquel ruego acepta afable,
Porque toda ocasión que le convida
Á mostrar su valor le es agradable;
Y el motivo pregúntale en seguida
De aquella fiesta, y si era anual y estable,
Ó que quisiera el Rey, por cosa nueva,
Del valor de los suyos hacer prueba.

XXV.

Y respondió el Barón: «La bella fiesta
Se ha de dar siempre cada cuarta luna
De las que vengan; la primera es esta,
Pues hasta hoy no se contó ninguna:
Y que salvó la vida manifiesta
Tal día el Rey por especial fortuna,
Después que cuatro meses padeciendo,
Con la muerte á los ojos fué viviendo.

XXVI.

»Y por contaros todo plenamente,
Nuestro rey Noradino á una doncella
Con pasión muchos años amó ardiente.
Hija del rey de Chipre era la bella,
Y pura cuanto hermosa: finalmente,
Siendo ya su mujer, iba con ella
Hacia Siria, con nobles caballeros,
Y damas y donceles y escuderos.

XXVII.

»Cuando, lejos del puerto, ya nos vimos
Cabe el Carpacio [2] inicuo, proceloso,
Tal tempestad saltó, que horror tuvimos
Todos, hasta el piloto valeroso.
Tres días con tres noches anduvimos
Al capricho del mar siempre furioso,
Hasta que al fin llegamos, bien cansados,
Á una umbrosa ribera y verdes prados.

XXVIII.

»Plantar los pabellones, y cortinas
Colgar del bosque entre los verdes ramos,
Encender lumbre, armar nuestras cocinas,
Y los manteles extender mandamos.
En tanto el Rey buscando, en las vecinas
Selvas, monteses cabras, sueltos gamos,
Hasta lo más secreto penetraba,
Con un paje que el arco le llevaba.

XXIX.

»Mientra esperamos, ledos departiendo,
Que de la caza el Rey vuelva gozoso,
Vimos el Ogro á nos venir corriendo
Por la orilla del mar ¡monstruo espantoso!
¡Dios os libre, Señor, de que su horrendo
Rostro veáis, ni oigáis su grito odioso!
Más vale dél saber por referencia,
Que hallaros una vez con su presencia.

XXX.

»De deciros cuál sea no me encargo
Lo lungo y ancho de la belva impía:
De la piel exhalaba un tufo amargo,
Y por ojos dos cráneos revolvía.
Como os contaba, á nos viene á lo largo
De la playa, y un tozo parecía:
Va haciendo su nariz de vaho un cerco,
Y enseña los colmillos como el puerco.

XXXI.

»Corriendo con el muso en alto viene,
Cual perro que la pista va siguiendo.
Nada, al verle tan cerca, nos contiene,
Y pálidos de horror, vamos huyendo.
No hay que el ver que está ciego nos serene,
Pues, con oler tan sólo, más va haciendo
Que nadie con olfato y vista haría:
¿Quién, sin alas, su alcance evitaría?

XXXII.

»Uno aquí y otro allí corre veloce:
¡En vano; él vuela como el Noto impío!
De cuarenta personas sólo doce
Se salvaron á nado en el navío.
Nos carga en seno y lomo aquel feroce:
Bajo el brazo de algunos hace un lío;
Y el saco de pastor, que al flanco muestra,
Todo lo colma de la gente nuestra.

XXXIII.

»Nos lleva el Ogro á su morada luego,
Cavada junto al mar en una roca:
Blanca cual de papel no escrito pliego,
Es la cueva, del fondo hasta la boca.
En ella vive con el monstruo ciego
Una matrona, que á piedad provoca,
Y la acompañan otras, y doncellas
De todo arte y edad, feas y bellas.

XXXIV.

»Era, junto á la gruta en que moraba,
Del elevado escollo en lo superno,
Otra cual la de abajo extensa cava,
Al uso de los hatos y gobierno,
Que pingües y en gran número contaba,
Porque es pastor de estío cual de invierno;
Y encerrados ó fuera los tenía,
Atento á la estación y horas del día.

XXXV.

»Que carne humana es dulce á su garganta,
Vimos á poco de su odioso encuentro,
Pues rellena del vientre aquel que espanta,
Con tres de nuestros jóvenes el centro.
Entra en la gruta, y un peñón levanta;
Saca el ganado, y nos encierra dentro;
Y va con él al pasto que más usa,
Tocando su silvestre cornamusa.

XXXVI.

»En tanto á la ribera retornado
Nuestro Rey, un desastre bien comprende;
Todo es silencio: el sitio abandonado:
Rotas telas, cristales.... mas no entiende,
Ni puede sospechar quién le ha robado;
Y, lleno de temor, al mar desciende,
Donde de pronto ve sus carabelas
Mover los cables y aprestar las velas.

XXXVII.

»Cuando el piloto al Rey ha conocido,
La falúa real manda á buscarle;
Y no tan pronto Noradín ha oído
Que es el Ogro quien vino así á robarle,
Cuando, sin más pensar, toma el partido
De, á doquiera que vaya, ir á alcanzarle;
Pues de Lucina el robo tal le hiere,
Que perecer ó recobrarla quiere.

XXXVIII.

»Donde á lo largo de la playa mira
La huella fresca, va, con la presura
Á que le impele la amorosa ira,
Hasta que llega á la caverna impura,
Donde al que miedo tanto nos inspira
Esperábamos ¡ay! con tal pavura,
Que á cada ruído el alma se estremece,
Y que llega á tragarnos nos parece.

XXXIX.

»Suerte fué para el Rey que se dilate
La venida del Ogro, y que permita
Á su mujer que de salvarle trate;
La cual «¡Huye, señor; huye (le grita)!
»¡Te va á matar!»—«Me mate ó no me mate,
»¿Quién ya de ser misérrimo me quita?
»No vengo por error: por mi albedrío
»Á morir vengo junto al dueño mío.»

XL.

»Dice, y por los trabajos le demanda
De los que el Ogro arrebató en la riba,
Y más por su Lucina miseranda,
Y si muerte la dió, ó está cautiva;
Y la matrona le responde blanda,
Y piadosa refiere que está viva,
Y que no hay miedo de su muerte ahora,
Que el Ogro á las mujeres no devora.

XLI.

«De eso yo misma soy prueba palpable,
»Y estas otras también que están conmigo:
»Con las hembras el Ogro es siempre amable,
»Con tal que nunca dejen este abrigo;
»Que, con las que hacen eso, es implacable
»Y las impone bárbaro castigo;
»Á una la entierra viva, á otra encadena,
»Ó la desnuda al sol sobre la arena.

XLII.

»Cuando á nuestra mansión trajo á tu gente,
»No á varones de hembras dividiera,
»Sino que los metió confusamente,
»Sin distinción, y de brutal manera;
»Mas, olfateando, el sexo diferente
»Sabe, y no temas que ninguna muera:
»Los hombres sí, que cinco ó seis al día,
»Sin falta, ha de engullir la belva impía.

XLIII.

»Que está segura aquí tenlo por fijo:
»Pero no quiero que tu mente ignore
»Que imposible es sacarla, aunque prolijo
»Tiempo gastes, y ardid que le avalore....
»Mas vete ¡por Dios Santo! vete, hijo,
»Que no te sienta el Ogro y te devore:
»Todo, al entrar, oliendo lo repasa,
»Y siente hasta un ratón que haya en la casa.»

XLIV.

»Replica el Rey que su partir no espere,
Como verla primero no consiga;
Y que antes á su lado morir quiere
Que vivir lejos de su dulce amiga.
Cuando la dona ve que nada altere
Su designio fatal, por más que diga,
Ansiosa de ayudarle, busca un modo,
Y pone en él su afán, su ingenio todo.

XLV.

»El Ogro siempre en casa muertas tiene
De cabras y de ovejas gran pertrecho :
Á todos con sus carnes nos mantiene,
Y las pieles colgando están del techo :
La dona al Rey que se unte le previene
Por piernas, brazos, por espalda y pecho,
Con el gordo y las tripas que hay flotantes,
Porque pierda el olor que tuvo de antes.

XLVI.

»Cuando ella ve que de la grasa hiede
Que de los crasos intestinos mana,
Con una irsuta piel, do caber puede,
¡Tanto es inmensa! al triste le engalana;
Y así metido en ella, le precede,
Á cuatro pies llevándole á la tana,
Donde, cerrada con ingente losa,
Gime pensando en él su tierna esposa.

XLVII.

»Cabe la entrada de la horrenda bucha
Aguarda el Rey, con inquietud acerba,
Por largas horas de impaciencia mucha
La vuelta de la tímida caterva;
Y ya á la tarde el caramillo escucha
Con que obliga á dejar la fresca hierba
Á su ganado, tras el cual se hiergue
El Ogro que le guía hasta su albergue.

XLVIII.

Pensad si dardo le pasara agudo,
Cuando sintió que el Ogro ya tornaba
Y vió que, resoplando, el belfo rudo,
Á la boca del antro se asomaba:
Pero más que el temor, el amor pudo:
¡Ved si de veras ó fingiendo amaba!
Mueve el monstruo el peñón, que al tacto encuentra,
Y entre cabras y ovejas el Rey entra.

XLIX.

»Cuando el feroz pastor su hato recoge,
Y coloca otra vez la piedra ruda,
Nos va olfateando á todos, y á dos coge,
Que los quiere cenar en carne cruda.
¡Al recordar las fauces que descoge,
Mi cuerpo tiembla aún, mi frente suda!
Así que se fué el Ogro, se deslaza
Del cuero el Rey, y á su Lucina abraza.

L.

»Do debiera tener gozo extremado,
Viéndole allí, dolor tan sólo siente:
Para verle morir le ve á su lado,
Y su muerte á evitar es impotente.
«Con todo (le decía), el mal probado,
»Aún me quedaba el gozo de que ausente
»Tú te encontrarás de la vista mía,
»Cuando presos el Ogro nos cogía.

LI.

»Que si bien el perder la vida fuera
»Para mí trance doloroso y fuerte,
»Por natural sentir, sólo sintiera
»La pena propia por mi triste suerte;
»Y ora, ó que antes ó después yo muera,
»Más que la mía he de sentir tu muerte.»
Y mostrando siguió su triste acento,
Que es por su esposo su mayor tormento.

LII.

«Con la esperanza de sacarte fuera
»Vine (la dice el Rey), y á esotros luego:
»Mas si no lo consigo, antes yo muera
»Que sin mi sol querido vivir ciego.
»Cual vine irme podré, de igual manera;
»Y si el tosco disfraz á que me entrego
»No os repugna, y mi irsuto hediondo abrigo,
»Todos, lo espero, os salvaréis conmigo.»

LIII.

»Y aquí el ardid nos hizo manifiesto
Que le enseñó la dona contra el naso
Del Ogro, revistiendo el cuero infesto,
Único medio de salirle al paso.
Cuando ambos sexos aprendimos esto,
Nos preparamos todos para el caso,
Dando muerte á las pécoras más viejas,
Porque más mal hedieran las pellejas.

LIV.

»Con los despojos de su seno, opimos,
Nos untamos los cuerpos á porfía,
Y de las foscas lanas nos vestimos
Mientras el sol nos acercaba el día.
Á su primero rayo llegar vimos
Al tremendo pastor que ya volvía,
Aliento dando á la sonante caña,
Para sacar su grey de la cabaña.

LV.

»Puesta la mano al buco de la tana,
Porque nadie entre el hato se saliera,
Al paso nos palpaba, y pelo ó lana
Sintiendo, nos dejaba andar afuera.
Hembras y machos, por la vía insana,
Salimos con la irsuta cabellera;
Y no retuvo á nadie hasta el instante
En que Lucina apareció tremante.

LVI.

»La triste, ó porque el unto repugnóla,
Ó porque cual nosotros no se untase,
Ó porque el talle mórbido, en que es sola,
Á una bestia á imitar no se prestase,
Ó que, cuando la grupa acariciola
El Ogro fiero, de temor gritase,
Ó fuese alguna trenza desatada,
Ó no sé cómo, ello es que fué notada.

LVII.

»Como no hay nadie que de sí no cuide,
Pocos se ocupan del percance ajeno:
Yo solo me volví, y al Ogro vide
Que la arrancaba ya la piel del seno,
Y atrás la arroja y su salida impide.
Con paso los demás vamos sereno;
Y nos lleva el pastor á un prado herboso,
Para las dulces siestas delicioso.

LVIII.

»Allí esperamos en cuidosa vela;
Y cuando ya el nasón se halla dormido,
Uno hacia el mar, otro hacia el monte vuela;
Y el Rey no más seguirnos no ha querido,
Que volverse á la gruta solo anhela:
¡Tanto á su esposa amor le tiene unido!
Allí quiere fijar su único norte,
Y no salir sin su leal consorte.

LIX.

»Ya cuando antes, al pasar del cluso
La vió el triste quedar sola cautiva,
Pensó arrojarse, en su dolor confuso,
Á que el Ogro en sus fauces le reciba;
Y fué, y lanzóse hasta el humeante muso,
Al ciego impulso de aflicción tan viva:
Mas allí le detuvo la esperanza
De al fin sacarla de la odiosa estanza.

LX.

»Cuando el Ogro, al caer la tarde amena,
Vuelve al antro, la falta nuestra siente,
Que va á privarle de su grata cena:
Culpa de ello á Lucina solamente,
Y á estar encadenada la condena
De un peñasco en la cúpula eminente.
Por su causa sufriendo el Rey la mira,
Y ardiente lava por sus venas gira.

LXI.

»Al pasar con el hato por delante,
Ya que empiece el pastar, ya que concluya,
Mañana y tarde el infeliz amante
Ve sus tormentos y la pena suya;
Y ella, con triste rostro suplicante,
Le hace ¡por Dios! señales de que huya,
Y pues no puede dél ser socorrida,
Que no así exponga su preciosa vida.

LXII.

»También del Ogro la mujer le ruega
Que se ausente de allí; mas nada escucha:
Sin Lucina á partir siempre se niega,
Y entre el temor y la esperanza lucha.
En esta dura lid á que se entrega
Día tras día, fué la prueba mucha,
Y allí, en tanto, arribaron por acaso
El hijo de Agricán y el rey Gradaso.

LXIII.

»Así que el vil suplicio descubrieron,
Y libertar lograron á Lucina,
Que más que á fuerza á suerte lo debieron,
La llevaron de un vuelo á la marina,
Y en mano de su padre la pusieron,
Que allí esperaba, á el alba matutina.
En ese tiempo el Rey era en la cava,
En medio del ganado que rumiaba.

LXIV.

»Mas no bien se abre del cubil la losa,
Y sabe que Lucina el campo mide
(Que del nasón se lo contó la esposa
Que en el recinto superior reside),
Da á Dios las gracias, y con voz piadosa
Implora su favor, y humilde pide
Que intacta llegue á fáciles regiones,
Do la obtenga por armas ó por dones.

LXV.

»Gozoso sale luego á la pradera
Con la manada, al pasto y aire puro,
Y á que se duerma su enemigo espera
Sobre la hierba en el boscaje oscuro.
Así pasa mañana y tarde entera;
Y cuando al fin del Ogro está seguro,
Huye, y buscando por el mar camino,
Tres meses van á hacer que á Siria vino.

LXVI.

»En Chipre, en Rodas, explorando anduvo
Noradino, y en África y Turquía,
Por su dulce mitad; y nada obtuvo
De castillo y ciudad y campo y vía,
Hasta que nueva ayer del suegro hubo
De que salva en Nicosia la tenía,
Después que tiempo asaz vientos crueles
Por el mar arrastraron sus bajeles.

LXVII.

»Por noticia que tanto satisface,
Dispone el Rey que el festival se apreste,
Y cada cuarta vez que luna nace,
Ordena celebrar otro cual este;
Que la memoria refrescar le place
De cuatro meses que, en lanuda veste,
Pasó en el hato de la belva impía,
Y es de su libertad mañana el día.

LXVIII.

»Lo que os narro sabed que lo vi en parte,
Y parte oí de quien se halló presente:
Del Rey os digo, que hasta el fin comparte
De su Lucina el mal tan largamente;
Y si oís que lo cuentan de otro arte,
Diréis que mal lo sabe al que lo cuente.»
Á Grifón, su buen huésped, de este modo
Le narró de la fiesta el caso todo.

LXIX.

Hízoles parte de la noche amena
De la sabrosa plática el comento,
Concluyendo con que era virtud plena
La del Rey en vivir con bruto armento.
Fueron, después que terminó la cena,
Á ocupar espacioso alojamiento;
Y á la siguiente luz del nuevo día,
Les despertó la pública alegría.

LXX.

Sonaban flautas, pífanos, trompetas,
Hirviendo en la ciudad contento loco:
Llenan las calles carros y jinetas,
Y de baile y placer la plaza es foco.
Grifón sus armas revistió completas,
Que son de aquellas que se cuentan poco,
Y eran impenetrables y encantadas
Por su Hada blanca, y á su voz templadas.

LXXI.

También el de Antioqüía se hubo armado,
Que hoy se apresta á cumplir su vil destino.
Ya su huésped, cortés, les ha apartado
Bravas lanzas con cabo damasquino;
Y de su noble casa acompañado,
Con ella y ellos á la plaza vino,
Y les dió bellos pajes y escuderos,
Peritos en servir altos guerreros.

LXXII.

Cuando en la plaza están, pónense aparte,
Que no de sí quisieron hacer muestra,
Por mejor observar la flor de Marte,
Que entran, solos ó en grupo, á la palestra.
Quién con colores que combina el arte,
Pena ó contento á su beldad demuestra:
Quién en el yelmo ó el pintado escudo
Dice si amor con él es manso ó crudo.

LXXIII.

En Siria por el tiempo aquel se usaba
Gastar armas á modo del Poniente,
Acaso por el trato que mediaba
Con el pueblo francés constantemente;
Que el Templo Santo esa nación guardaba
Donde en carne posó Jesús yaciente:
La tumba, que hoy misérrimos cristianos
Dejan de viles perros en las manos.

LXXIV.

Donde ostentar debieran su arrogancia,
Extendiendo la fe de Oriente á Ocaso,
En destrozarse con fatal constancia,
No es su vigor ni su ardimiento escaso.
Tú, hispana gente, y tú, gente de Francia,
Y tú, Suiza, llevad lejos el paso:
Y vosotros, tudescos, á otro aquisto;
Que cuanto aquí buscáis es ya de Cristo.

LXXV.

¿Queréis que Cristianísimos [3] se os llame
Y á vosotros Católicos se os diga,
Porque vuestro furor sangre derrame
Y robe del cristiano tierra amiga?
¿Ó pensáis que Salem [4] nada os reclame,
Cuando el hijo de Agar [5] sus manos liga?
¿Ó que Constantinopla, prez del mundo,
Sea siempre dosel del turco inmundo?

LXXVI.

¿No está de España el África vecina,
Que más que nuestra Ausonia la ha ofendido?
¿Pues á qué por dañar á esta mezquina,
Abandonar intento ya emprendido?
¡Oh de vicios sin fin torpe sentina,
Tú duermes, ebria Italia, y no has sentido
Que esta y esa nación, ciega ó proterva,
Que tu esclava fué ya, te haga su sierva!

LXXVII.

Si el temor de morir de hambre en tus tanas
Te lleva, Suiza, á los lombardos senos,
Y buscas entre nos quien te dé otanas
Por verdes años de pauperia llenos,
Las arcas del Soldán no están lejanas,
De Europa le echa, ó de la Grecia al menos,
Y así podrás de ayuno libertarte,
Ó morir con más gloria en otra parte.

LXXVIII.

Eso mismo al Tudesco tu vecino
Digo también : allí son las grandezas
Que nos quitó de Roma Constantino :
Lo mejor nos llevó, dió las pobrezas.
Pactolo y Ermo [6], madres de oro fino :
Lidia y Migdonia, emporio de riquezas:
Suelo por tanta prez é historias noto,
Si queréis ir allí, no es tan remoto.

LXXIX.

Tú, gran León, en cuyos hombros carga
De las llaves del cielo el peso austero ;
No dejes que en el sueño que le embarga
Se hunda el país que guías placentero.
Eres pastor, y el hato Dios te encarga,
Y el cayado te da, y el nombre fiero,
Para que rujas y la mano extiendas,
Y de ímpios lobos á tu grey defiendas.

LXXX.

Mas de mis Musas el ardor me puso
Lejos del relatar que prometieron :
Volvamos pues, que no fui tan profuso,
Que no recobre el tiempo que perdieron.—
Os decía que en Siria había el uso
De todo arnés que á los franceses vieron;
Así hermosa en Damasco está la plaza,
De brillantes pavés, yelmo y coraza.

LXXXI.

Á los justantes flores y ajedrea
Lanzan las bellas ya de sus balcones,
Mientras ellos escarces y pelea
Fingen del áureo tímpano á los sones.
Cualquier que bueno ó mal jinete sea,
Da, por lucirse, juego á los talones,
Y uno aplausos obtiene y alabanza,
Y otro rechifla y gritería alcanza.

LXXXII.

De la justa era el premio una armadura
Traída á Noradino días antes,
Que de encontrar tuvieron la ventura
En su camino armenios mercadantes.
Sopraveste de rica texitura
Añadió el Rey; y perlas y diamantes
Puso en las bellas armas, y tanto oro,
Que valía ya el premio un gran tesoro.

LXXXIII.

Si arnés tan digno conocido hubiera,
Como ninguno al Rey fuera precioso,
Y en premio de la justa no le diera,
Por liberal que fuese y por fastuoso.
Historia larga que contar tuviera
De quien así lanzóle desdeñoso
Dejándole en el suelo de un camino,
Presa del primer vago peregrino.

LXXXIV.

Más de eso he de contaros más abajo:
Ora de Grifón sólo, que en la ayunta
Rompió más de una lanza, y más de un tajo
Repartió, y golpes de revés ó punta.
Del torneo llevaban el trabajo
Ocho amigos del Rey, formando junta.
Jóvenes son y expertos lidiadores,
Todos de ilustres casas, ó señores.

LXXXV.

Esos responden, en cerrada plaza,
Un día cada uno á todo el mundo,
Con lanza, y luego con espada y maza,
En tanto el juego al Príncipe es jocundo;
Mas que se han de horadar yelmo ó coraza,
Ya al encuentro primero, ya al segundo,
Cual si enemigos fueran capitales,
Mientra el Rey de parar no haga señales.

LXXXVI.

El de Antioquía, mísero follón,
Por *Martano el cobarde* conocido,
Como si el raro esfuerzo de Grifón
Por ir con él hubiera compartido,
Entró insolente en la marcial función;
Y á un lado de la valla está atenido,
Á que acabe una lid muy empeñada,
Entre dos caballeros comenzada.

LXXXVII.

El señor de Seleucia, que era uno
De los que daban á la lid sustento,
Entonces combatía con Rembruno,
Al cual le hirió en las sienes; y al momento
Muerto cayó, y un grito sin segundo
Subió del pueblo, en general lamento,
Porque á más de su gala y valentía,
No Señor más bondoso en Siria había.

LXXXVIII.

Aquí á Martano asalta la pavura
De que percance igual le sucediese,
Y á entrar volviendo en su genial natura,
Sólo piensa en el modo cómo huyese;
Grifón, que está á su lado, y dél procura,
Le impele á que al encuentro le saliese
Á aquel que le provoca; y él se anima,
Y cual perro que al lobo le va encima,

LXXXIX.

Que corre á veinte pasos de su frente,
Y se para después, y ladra y mira,
Cuál rechinando enseña el largo diente;
Cuál vivo fuego en sus pupilas gira,
Así, con tanto Príncipe presente,
Tanto pueblo que atento no respira,
Martano su trotón para de lleno,
Y tuerce á diestra mano frente y freno:

XC.

Dar la culpa aún podría á su caballo,
Y achacarle de indócil lo ocurrido:
Mas, hizo con la espada tanto fallo,
Que no le habría Cicerón valido.
De corcho armado, y no de férreo callo
Parece, que así teme verse herido.
Huye por fin, y todo lo perturba,
Y ríe á su placer la alegre turba.

XCI.

Y de la muchedumbre se alza en torno
Un grotesco palmear y grita horrenda.
Cual de burlado lobo es el retorno
Del cobarde al refugio de su tienda.
Grifón se queda, y piensa que el bochorno
Del compañero vil también le ofenda;
Y antes quisiera en un volcán de fuego
Verse, que en medio de tan pobre juego.

XCII.

Le abrasa el pecho, y á la faz le brota
Esa vergüenza, cual si suya fuera,
Y como el vulgo vano igual derrota
Á la de su cofrade dél espera,
Cual nunca aparecer con limpia nota
Pide ahora el honor de su bandera;
Que el más leve descuido, el menor paso,
Dada la prevención, fuera un fracaso.

XCIII.

Grifón, que ha puesto en ristre ya su lanza,
Á cuyo arte y poder nada resiste,
Á todo el aire del caballo avanza,
Y al señor de Sidonia, á quien embiste,
Hiere en la frente y del arzón le lanza,
Y cuanto es largo, el suelo mide el triste:
El pueblo se levanta aquí admirado
De esa suerte, al revés de lo esperado.

XCIV.

Volvió Grifón, y aquella misma antena
Que recobrado entera y firme había,
Rompióla en cuatro partes, sin gran pena,
En la adarga al señor de Alejandría;
Que por la grupa el cuerpo iba á la arena,
Tremulante á las ancas parecía:
Pero, repuesto al fin, sacó el acero
Y á Grifon se arrojó con aire fiero.

XCV.

Grifón, que le ve escueto, y que no basta
Aquel choque feroz á derribarle,
Dice entre sí: «Lo que no pudo el asta,
¿Seis golpes no podrán que he de aplicarle?»
Y entre las sienes el morrión le aplasta
De un fendiente que vuelve á doblegarle:
Y otro le ayuda, y otro, y otro luego,
Hasta que cae sin sentido y ciego.

XCVI.

Éranse aquí de Apausia dos hermanos
Que en las justas de honor siempre vencieron;
Tirso y Corimbo, que ambos á las manos,
Uno tras otro, de Grifón cayeron:
Á éste escudo y coraza fueron vanos:
Los borrenes á aquel no le valieron;
Y eso que universal creencia había
De que el premio uno dellos ganaría.

XCVII.

Entró en la lidia entonces Salisterno,
La dignidad del reino más preclara,
Que dél, por Mariscal, tiene el gobierno,
Y además es por sí de fuerza rara.
El cual, sintiendo que un guerrero externo
El premio de la justa se llevara,
Coge una lanza, y al garzón vocea,
Y llama amenazante á la pelea.

XCVIII.

Y este un lanzón, robusto á maravilla,
Enristra, por respuesta al que le ataca:
Le apunta, por no errar, á la tetilla,
Y el ancha adarga á resistirle es flaca:
Rompe el hierro cruel una costilla,
Y, por la espalda, fuera, un palmo saca.
Fué el golpe, si no al Rey, á todos caro;
Que es Salisterno odiado por avaro.

XCIX.

Después de estos, Grifón derriba fiero
Dos de Damasco: Hermófilo y Cormando:
La milicia real rige el primero;
De todo el mar el otro tiene el mando:
La punta al uno entró del fino acero:
Al otro el peso encima está abrumando
Del gran trotón que sostener no pudo
El empuje de brazo tan forzudo.

C.

El señor de Seleucia aún le quedaba,
Campeón más fuerte que los otros siete,
Que su grande potencia acompañaba
Con un corcel, que lauros mil promete.
Adonde cada cuál la vista clava,
Uno y otro la aguda punta mete:
Mas Grifón tanto golpe dió al pagano,
Que le saltó la pica de la mano.

CI.

Llenos de ardor, de enojo desmedido,
El acero á los aires dan, desnudo.
Fué el Seleuco el primero percudido,
De tal golpe, que á un yunque fuera rudo;
Con lo que fierro y cueros le ha partido
De su electo entre mil soberbio escudo;
Y si él así no fuera, ó más bajara,
El muslo á do paró roto dejara.

CII.

Á Grifón el Seleuco en la visera
Percudióle á su vez con golpe tanto,
Que roto se la habría, si no fuera,
Como todo el arnés, hecha de encanto.
Mas chocar con su plancha inútil era,
Que es por doquiera cual de duro canto;
Mientras Grifón, que siempre ó hiere ó roza,
La del fiero rival lima y destroza.

CIII.

Cualquiera ver podría cuán por bajo
Está el infiel del hijo de Oliveros;
Que si el Rey no le saca del trabajo,
Aquí del triste acabarán los fueros.
Manda á su guardia aquél que ponga atajo
Al combate fatal de los guerreros;
Y á las opuestas bandas se los llevan;
Y del Rey todos la clemencia aprueban.

CIV.

Los ocho, contra cientos prevenidos,
Que no pudieron resistirle á uno,
El lecho á buscar fueron doloridos,
Bálsamo á sus heridas oportuno.
Los demás, que á la justa eran venidos,
Allí se quedan sin contrasto alguno,
Habiéndose Grifón sólo interpuesto,
Á una lid que con ocho se ha dispuesto.

CV.

Y como fué la fiesta poco amena,
Pues todo en una hora entró en sosiego,
Por dilatarla hasta la tarde plena,
Quiso el Rey ocuparla en otro juego.
Dejó el palco, y limpiar hizo la arena;
Y los grupos en dos dividió luego;
Y según rango y brío están mostrando,
Para un nuevo justar los fué acoplando.

CVI.

Grifón había en tanto hecho retorno
Á su estancia, de duelo lleno y rabia;
Que más que de su gloria el doble adorno,
Recuerda del follón la torpe ignavia.
Allí por disculpar tanto bochorno,
Martano apura su engañosa labia,
Y es de toda mentira ayudatrice,
Cuanto puede, la astuta meretrice.

CVII.

Que el joven la dudase ó la creyese,
La disculpa aceptó como discreto;
Y pensó que el partido mejor fuese
Salir de allí, de súbito, en secreto,
Por el temor que si á Martano viese,
No se estuviera el pueblo manso y quieto;
Así, por una senda algo encubierta,
De un arrabal salieron por la puerta.

CVIII.

Grifón, ó que el caballo fatigóse,
Ó que el sueño sus párpados humilla,
En el primer hostal que halló paróse,
Cuando anduviera apenas una milla.
Allí depuso el yelmo y desarmóse,
Y ordenó se quitaran freno y silla;
Y él, solo, en apartado cuarto estrecho,
Para dormir, desnudo entró en el lecho.

CIX.

En la almohada no bien puso la frente,
Cerró los ojos y quedó sumido
En un sueño letal, tan hondamente,
Cual oso ni lirón nunca han dormido.
En esto el vil Martano y la impudente
Á un jardín inmediato se han venido;
Y un artificio fraguan tan insano,
Cual no cupo jamás en pecho humano.

CX.

Pensó que del caballo y paramento
De Grifón, traje y armas se aproveche,
Y cual si fuese aquel del grande aliento,
Al Rey se vaya, y á sus plantas se eche;
Y siguiendo la acción al pensamiento,
Toma el corcel más blanco que la leche,
Escudo y yelmo, y el arnés se viste,
Y Origile la pérfida le asiste.

CXI.

Con la infame y los pajes y escudero,
Va á la plaza, del pueblo aún ocupada,
Y llega cuando el juego acaba entero
De los dardos, las picas y la espada.
Manda el Rey que se busque al caballero
Del albo airón, y cándida celada,
Y de blanca color todo vestido,
Que aún su nombre de nadie es conocido.

CXII.

Y el que el cuero, no suyo, lleva encima,
Como el borrico el del león se planta,
Al Rey, así llamado se aproxima.
Noradino en sus brazos le levanta:
Cortés le halaga, su amistad estima:
Sus hechos dice, y su valor decanta:
Ni le basta aplaudirle y halagarle,
Que aún quiere más honores tributarle.

CXIII.

De las trompas al son, vanle aclamando
Vencedor en la justa de aquel día,
Y el eco por las gradas va sonando
Que el nombre del cobarde repetía.
Á la vera del Rey va cabalgando,
Cuando á palacio en procesión volvía;
Y de su gracia alcanza tanta parte,
Como pudieran Hércules ó Marte.

CXIV.

Le hospedó en sus estancias regiamente,
Y á Origile con él, y alta secuela
De doncellas de honor é ilustre gente,
Que la gran gloria de servirle anhela.
Mas tiempo es ya que de Grifón os cuente,
Que del vil, ni de nadie se recela,
Y libre de temor y de reproche,
Se durmió blandamente hasta la noche.

CXV.

Así que al despertarse la hora admira,
Deja los lienzos, que veloz desecha,
Y á encontrar sus amigos sólo aspira
Do los dejó, sin la menor sospecha;
Y cuando no los ve, registra y mira,
Y su traje y su arnés de menos echa,
Traición se teme; y más viendo á la mano,
De sus armas en vez, las de Martano.

CXVI.

Al hostalero llama, y dél se informa
Que ha mucho con la dama y compañía,
El caballero de la blanca forma
Se volvió á la ciudad de que venía.
Poco á poco Grifón halla la horma
Que le encubriera amor hasta aquel día;
Y muerto de dolor, ve que, no hermana,
Sino adúltera dél es la Martana.

CXVII.

Ora lamenta ¡tarde! error tan grave;
Que habiendo la verdad del nuncio oído,
Por dejarse engañar tan pronto acabe
De la que ya otras veces le ha vendido.
Bien vengarse quisiera: mas no sabe
Cómo hacerlo del vil que se le ha ido,
Y obligado se ve, por tan gran fallo,
De aquel hombre á tomar traje y caballo.

CXVIII.

Más le valiera andar sin él, desnudo,
Que endosarse un arnés tan sucio y feo,
Ni que llevar el detestado escudo,
Y el yelmo que de infamia tanta es reo.
Mas por ir tras la infame y el cornudo,
Con mucho á la razón vence el deseo,
Y á la ciudad llegó cuando del día
Hora larga faltaba todavía.

CXIX.

Se alzaban de un castel los espirales
Cabe la puerta á do Grifón marchaba,
Que más que por defensas especiales
En estancias magníficas brillaba.
El Rey, con sus magnates principales,
Y con damas bellísimas estaba
En logia, de cristal y flores llena,
Celebrando suntuosa y rica cena.

CXX.

El bello pabellón sobresalía
Apoyado en la roca, y de su altura
Caminos y palacios descubría,
Y más lejos los campos y cultura.
Cuando al pie del castel Grifón subía,
Con aquella misérrima armadura,
Fué, por desdicha asaz del que la porte,
Conocido del Rey y de la corte.

CXXI.

Y por el dueño del arnés tenido,
Movió la risa de la noble gente.
El primero Martano, cual valido,
Después del Rey, sentábase insolente,
Y detrás la que es digna del perdido;
Y Noradino, con ceñuda frente,
Les demandó quién era aquel cobarde,
Que aun así de su oprobio hacía alarde;

CXXII.

Y tras acciones de vildad tan clara,
Se les mostraba impávido delante.
«Me parece (decía) cosa rara
Que siendo vos guerreró tan pujante,
Toméis por compañero al que igualara
Al más tímido eunuco de Levante.
Lo haréis quizá porque contraste sea
Del ínclito valor que en vos campea.

CXXIII.

»Mas por todos los cielos aquí juro,
Que, si por vuestros méritos no fuera,
El castigo y baldón que de seguro
Acostumbro con otros, hoy le diera.
Yo le haría saber cuánto soy duro
Con el menguado que el honor vulnera;
Mas sepa que si escapa sin trabajo,
Lo debe al Paladín que aquí le trajo.»

CXXIV.

El que de todo vicio es cuna y vaso
Le respondió: «Señor, yo no podría
Quién es éste decir: le hallé al acaso,
Yendo por el camino de Antioquía:
Su aspecto en lo exterior, su grave paso,
Me hicieron acoger su compañía:
Nada sabía de sus hechos de antes,
Hasta que estos le vi tan infamantes,

CXXV.

»Y por ellos sentí tan fosca nube
Anublar mi razón, que á la vil muestra
Por dar castigo, pensamientos hube
De matarlo allí mismo en la palestra:
Pero más que al traidor, respetos tuve
Al día, al sitio, á la presencia vuestra.
Que le perdones, pues, señor, no quiero
Porque un instante fueme compañero.

CXXVI.

»Contaminado estar aún me parece,
Y aun cargar de su infamia el duro peso,
Si el lustre de las armas oscurece
Delito tan atroz, quedando ileso.
No por tanto el perdón: mi honor merece
Que de hambre en tus mazmorras muera opreso;
Y brillará tu acción por justa y pía,
Y será ejemplo y escarmiento un día.»

CXXVII.

Al decir de Martano, añadir sabe
La meretriz confirmación muy presta.
«No el delito es tan negro: no le cabe
(Responde el Rey) sentencia tan funesta.
Quiero, por pena de su culpa grave,
Que proporcione al pueblo alegre fiesta.»
Yá un Barón suyo, á quien mandó acercarse,
Le encomendó lo que debiera obrarse.

CXXVIII.

Veinte soldados el Barón escoge:
Vase á la puerta con su armada gente,
Y cerca y silencioso se recoge,
Á esperar la venida del paciente;
Y cuando llega, súbito le coge
Y prende fácil, entre puente y puente,
Cerrándole después, con befa impía,
En negra estancia hasta que venga el día.

CXXIX.

El faro eterno apenas va saliendo
Tras el regazo de la madre antigua [7],
De las Alpinas playas descorriendo
Las sombras que la cumbre hacen exigua,
Cuando Martano, al pueblo y Rey temiendo,
Si Grifón la verdad firme atestigua,
Y vuelve, á quien merece, la tormenta,
Licencia pide y rápido se ausenta.

CXXX.

Él la obtuvo, exponiendo falsa historia,
Por no asistir al juego preparado.
Cien mercedes el Rey por la victoria
Le dona, que el infame no ha ganado;
Y sobre todo insigne ejecutoria,
Que es de sus altos hechos atestado.
Mas dejémosle ir, que yo os prometo
Que habrá su merecido el vil sujeto.

CXXXI.

Sacado á la vergüenza fué á la plaza
Grifón, cuando de pueblo estaba hirviente.
Le quitaron el yelmo y la coraza,
En coleto sacándole vil gente.
Cual si le fueran á imponer la maza,
En un carro pusiéronle eminente,
Tirado, á tardo paso, por dos vacas,
De fatiga y escaso pienso flacas.

CXXXII.

Iba en redor de la fatal cuadriga
De viejas y rameras sucio bando,
Y una de ellas, en turno, hace de auriga,
Y todas vanle á voces rechiflando.
Los pilluelos le dan aún más fatiga,
Que á más de horrores que le van gritando,
Á pedradas y á palos le mataran,
Si otros de más razón no lo estorbaran.

CXXXIII.

Las armas, que del mal son las culpadas,
Y para aquel castigo único indicio,
Á la zaga del carro van atadas,
Y el vil lodo las da justo suplicio.
Las turbas, con el carro ora paradas,
Delante un tribunal, del maleficio,
Por él no cometido, hacen que escuche
La sentencia, al rugir de un sacabuche.

CXXXIV.

Luego de allí con burla es presentado
En templos, tiendas, puestos infinitos,
Donde no hay nombre, apodo desdichado,
Que no le apliquen con feroces gritos.
Por último á la tela fué llevado
Por las turbas, pensando los precitos
Desterrarle, expelerle en vil manera,
Sin conocer los bárbaros quién era.

CXXXV.

Que no bien de los pies le descogieron,
Y le soltaron una y otra mano,
El escudo embrazar, y alzar le vieron
La espada que hasta entonces sulcó el llano.
No allí lanza ni arnés se le opusieron,
Que sin armas venía el pueblo insano.
Mas para otra ocasión el resto quede,
Que al otro canto proseguirse puede.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMOCTAVO.

De París Rodomonte ya ha salido,
Y va do le conduce un listo enano.
Grifón recobra el lustre oscurecido:
Dardinelo perece: al vil Martano
Aquilante castiga; y ve vencido
Á Agramante el señor de Montealbano.
Gran borrasca en el mar. El postrer lloro
Dan á su rey Clorídano y Medoro.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO DÉCIMOCTAVO.

I.

Magnánimo Señor : todo acto vuestro
He laudado constantemente y laudo,
Aunque con mi grosero y débil estro
Mucha parte de mérito os defraudo :
Mas en una virtud sois tan maestro,
Que con obra y espíritu os aplaudo :
Que si es fácil hallar en vos audiencia,
No es fácil en creer vuestra prudencia.

II.

Para salvar al acusado ausente,
Casi siempre soléis hallar excusa,
Y os reserváis, hasta que está presente,
Las culpas condenar del que se acusa;
Y siempre, en fin, para juzgar la gente
Queréis velle la cara y qué arte usa,
Y dejáis ir los días, meses y años,
Primero que inferir á nadie daños.

III.

Si así cauto aquel Rey hubiera sido,
No con el buen Grifón lo que hizo hiciera,
Y como á vos le hubiera bien salido,
Y de un bravo el honor no oscureciera.
Por él la vida muchos han perdido;
Porque Grifón se airó de tal manera,
Que allí mismo con ímpetu bizarro
Dejó muertos á treinta tras del carro.

IV.

Huyen los otros cual menuda caza
Por campos y camino ancho ó estrecho;
Y quién de entrar en la ciudad ve traza,
Y á la puerta con otros cae mal trecho.
Grifón no habla palabra ni amenaza;
Pero, á toda piedad cerrando el pecho,
Entre el inerme vulgo el hierro blande,
Y hace de su baldón vindicta grande.

V.

El grupo que en tropel llegó á la puerta
Porque su planta fué más diligente,
Mas á cuidar de su individuo acierta
Que del deudo ó amigo, y alza el puente.
Corriendo va y llorando con faz yerta:
Las calles toma, sin volver la frente;
Y por doquiera, con sus altos gritos,
Terror esparce y sustos infinitos.

VI.

No faltan otros que Grifón no coja
Al pie del puente; y de uno, en grave apuro,
Con la sesada los pretiles moja,
Que allí le aplasta contra el mármol duro,
Y á otro le agarra por los pies, y arroja
En medio la ciudad por cima el muro;
Y á todos cuantos ven los cubre un hielo,
Cuando miran á aquel caer del cielo.

VII.

Temieron muchos que Grifón potente
Tras del muro plantárase de un salto:
No mayor confusión fuera patente
Si á Damasco el Soldán diera un asalto.
Un ruído de armas, un correr de gente,
Los gritos que la plebe lanza al alto,
Las roncas trompas, el clarín que zumba,
Llenan el viento, y la ciudad retumba.—

VIII.

Mas á otra vez el referiros dejo
Lo que en conflicto tan penoso avino,
Y vuelvo á hablaros del Augusto viejo
Que contra el fiero Rodomonte vino,
Que destrazaba al pueblo sin consejo.
Ya os dije que eran guarda al gran Latino [1]
Oliveros, Namón y el Berlingiano,
Avino, Avolio, Otón y el fuerte Dano.

IX.

Ocho lanzadas con la fuerza inmensa
De aquellos que de Francia son decoro,
En la escamosa piel no hacen ofensa
Con que cubre su cuerpo el crudo Moro.
Cual barco vuelve á alzarse, tras la extensa
Orsa [2], que abaten cuando arrecia el Coro [3],
Á enderezarse llega Rodomonte,
Tras los golpes que hundir pueden un monte.

X.

Guido, Ranier, Ricardo, Salomón,
El traidor Ganelón, Turpino el fiel,
Angeliero, Angolino, Hugueto, Ivon,
Marco y Mateo, honor de San Miguel,
Y los ocho, de que hice ya mención,
En torno están del bárbaro cruel,
Con Arimán y Odardo de Inglaterra,
Que ha poco de París pisan la tierra.

XI.

No brama así bajo el escollo alpino
Batiendo el mar la pedernal pared,
Cuando el furor del Noto ó del Garbino [4],
Rompe de viejos árboles la red,
Como brama tremendo el Argelino,
Todo abrasado de sangrienta sed,
Y como al trueno el rayo siempre alcanza,
Así al furor del ímpio la venganza.

XII.

Al que más cerca tiene ha arremetido,
Que es el mísero Hugueto de Dordona:
Al suelo va de la cerviz hendido,
Que el yelmo, aunque excelente, no le abona.
Él también, de ocho golpes ofendido
En varias partes es de su persona:
Pero al duro dragón no hacen más mella,
Que gran martillo al yunque en que se estrella.

XIII.

La gente de los muros no se cuida,
Ni ya del resto de París tampoco,
Que la plaza, por Carlos defendida,
Del combate y la lucha es ora el foco.
Allá va por las calles de corrida
El pueblo, á quien correr le cuesta poco:
Mas viendo al Rey allí, su ejemplo prende
Fuego en las almas y su brío enciende.

XIV.

Como, en función al pueblo preparada,
De leona, maestra en dura guerra,
En la jaula que tiene por morada,
Con ella toro indómito se encierra,
Los cachorros que oprimen la enverjada,
Cuando el bruto escarbando atrás se cierra,
Al ver el no sabido cuerno infando,
Quedan de asombro y de temor temblando:

XV.

Mas si la madre fiera á aquél se lanza
Y clava en el testuz la garra y diente,
Á tentar también ellos su pujanza
Salen por defenderla bravamente,
Y uno á la cola, otro á un pernil avanza;
Así contra el Pagano aquella gente
De tejado y ventana, y de más cerca,
Le hostiliza con saña cruda y terca.

XVI.

De jinetes y espesa infantería
Tanto en la plaza hay ya, que cabe apenas,
Y un enjambre de abejas parecía
Lo que envían las calles por sus venas;
Que aunque plebe sin armas es ni guía,
Y fácil de segar cual las avenas,
No podría, apilada al pie de un monte,
Degollarla en diez días Rodomonte.

XVII.

Al infiel, que no sabe qué fin pueda
Tener ya el juego aquel, recelos dale:
Por más gente que mate, más le aqueda,
Y en menos ancho espacio menos vale:
Ya el sordo resollar menor le queda;
Con que comprende al fin que si no sale
Cuando aún tiene poder y el cuerpo sano,
Cuando lo quiera luego, será en vano.

XVIII.

Vuelve horrible la vista, y pone mente
En que toda salida está cerrada :
Mas él, con ruína de infinita gente,
La dejará bien pronto despejada ;
Y ve aquí que, con furia omnipotente,
Se arroja, y con furor lleva su espada
Á abrirse paso entre el tropel britano
Que trajeron Odoardo y Arimano.

XIX.

Quien ha visto romper circo estacado,
Al cual turba espesísima rodea,
Á bravo toro, que se ve acosado
Todo un día con bárbara pelea,
Que á uno lleva en los cuernos ensartado,
Y á otro derriba, muge y le patea,
Juzgue que tal, y aun con mayor empuje,
El feroz africano embiste y muge.

XX.

Á veinte por el vientre los hendía ;
Á otros tantos les troncha la cabeza ;
Y de un golpe no más, que parecía
Que segaba de un huerto la maleza.
Tinto en sangre, ya sesos esparcía,
Ya cuerpos, rotos con brutal fiereza
Brazos, piernas : doquier que lleva el paso,
Se abre camino, y sale del fracaso.

XXI.

Y la plaza al dejar, va tan serena
Su faz, que nada anuncia de pavura ;
Discurre sólo dó podrá sin pena
Hallar vía á su marcha más segura.
Al fin descubre por do lleva el Sena
De la ínsula al pie su linfa pura.
Los guerreros, el pueblo, vuelto audaz,
Le estrecha, y no le deja andar en paz.

XXII.

Cual por Masilia ó montes de la luna [5],
Cazada va la generosa belva,
Que, aun huyendo, la faz muestra fieruna,
Y nada impide que al jaral se vuelva,
Tal Rodomonte, sin vileza alguna,
Circundado de extraña y rara selva
De espadas, picas y volantes dardos,
Vase al río con largos pasos tardos.

XXIII.

Y salvo ya, tres veces impaciente
Volvióse al medio del tropel violento,
Y en él tiñó la espada nuevamente,
Y le quitó la vida á más de ciento.
Mas venció al odio la razón prudente,
Que no quiso á la suerte dar tormento,
Y de la orilla, por menor quebranto,
Se echó al agua, y salió de riesgo tanto.

XXIV.

Por medio de las ondas va, ceñido
De armas, como si corchos agitara.
Aunque á Aníbal y á Anteo ha producido
África, nunca dió quien le igualara.
Cuando á la opuesta margen ha salido,
Lamenta que á su espalda así dejara
Ese pueblo que él solo atravesase,
Y que no todo entero le abrasase.

XXV.

Y tal le quema el fuego de la ira,
Que á ver se vuelve á la ciudad gallarda,
Y, lleno de pesar, gime y suspira,
Y apartarse no quiere sin que arda.
Mas, al largo del río venir mira,
Quien su venganza extingue ó la retarda.—
Escucharéis después quién ese sea,
Que otro recuerdo aquí brota en mi idea.

XXVI.

Á hablaros voy de la Discordia errante,
Á quien el Ángel ordenó el servicio
De arder entre los bravos de Agramante
Odio y furor que les perturbe el juicio.
Salió del claustro en el impuesto instante,
Dejando al Fraude á remplazar su oficio,
Dueño de aquel lugar, queriendo luego
Que hasta su vuelta allí mantenga el fuego.

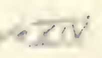
XXVII.

Y aun pensó que saldría más airosa,
Si á la Soberbia de auxiliar tuviese;
Y como en la mansión misma reposa,
No fué preciso que á buscarla fuese.
Juntas parten: mas antes la orgullosa
También deja quien bien la sucediese,
Y mientras dure la facción aquella,
Pone á la Hipocresía en lugar de ella.

XXVIII.

La implacable Discordia, en compañía
De la Soberbia, pónese en camino,
Y encuentran luego por la misma vía,
Dirigiéndose al campo sarracino,
Á la triste Celopia [6], que venía
Con un correo enano pequeñino;
El cual mandaba Doralice bella
Al rey de Sarza con noticias de ella.

XXIX.

Cuando audaz Mandricardo la echó mano

(Y el cómo y en qué sitio ya os lo dije),
Encomendó en secreto á aquel enano
Que al Rey contase el duelo que la aflige;
Que aguarda de tan gran valor no en vano,
Que hará por ella cuanto el trance exige,
Y á recobrarla sobrará su aliento
Y á la venganza del ladrón violento.

XXX.

La Celopia al pequeño había hallado,
Y así que hubo el mensaje conocido,
Por el camino se le puso al lado,
Que ha de sacar del caso gran partido.
Asaz á la Discordia hale agradado
Á la Celopia hallar, cuando ha sabido
Á lo que va; que mucho la conviene
Para el trabajo que á su cargo tiene.

XXXI.

Á enemistar al hijo de Agriçano
Con Rodomonte, suficiente es esto:
Para los dos ya el medio está en su mano:
Para los otros buscará el pretexto.
Váse con ambos, pues, á do el Pagano
Puso á París en trance tan funesto;
Y ya habían llegado al pie del río,
Cuando á nado cruzábalo el impío.

XXXII.

Así que mira al nano el Rey ardiente,
De su dama infiriendo que es mensaje,
Su furor dominó, calmó su frente,
Y en su pecho encerró todo el coraje.
Cualquiera cosa espera que le cuente,
Menos que la hayan hecho algún ultraje.
Vase al enano, y ledo le demanda
Cómo está su señora y qué le manda.

XXXIII.

Y él respondió : «Que no es tuya ni mía
Dama, diré, que es sierva de otro amigo.
Á uno hallamos ayer, que en nuestra vía
Nos la quitó, y llevósela consigo.»
La Celopia, á este anuncio, le entra fría
Cual áspid, y en su pecho toma abrigo.
Y el nano sigue, y narra el caso cierto,
De quién la ha preso y á su gente ha muerto

XXXIV.

La Discordia el acero, en esto, tiende,
Y pica el pedernal que á punto estaba.
La Soberbia la yesca arrima, prende,
Y estalla el fuego con pujanza brava;
Y de tal modo el corazón enciende
Del Pagano, que en sí ya no se hallaba.
Suspira, brama, con mirar tan fiero,
Que amenazar parece al orbe entero.

XXXV.

Como la tigre que veloz ha entrado
En el cubil vacío, y busca, y gira;
Y cuando entiende al fin que le han robado
Los caros hijos, estallando en ira,
Se siente el corazón tan abrasado,
Que ni río, breñal, torrente mira,
Ni negra noche á refrenar alcanza
La rabia atroz que al robador la lanza.

XXXVI.

Así el Pagano, en su impaciencia fiera,
Grita al enano: «Vete, mala cría.»
Y ni á tomar corcel ni carro espera,
Ni menos á la usada compañía.
Va, cual lagarto, con veloz carrera,
Cuando arde el cielo, á atravesar la vía.
«Si caballo no tengo que me valga,
Tendré (dice) el primero que me salga.»

XXXVII.

La cruel, que la idea á entender vino,
Rióse y se la dijo á la altanera,
Y que al moro un corcel buscara fino,
Que otros nuevos disturbios les trajera;
Y ora se iba á limpiar todo el camino
Porque sólo aquel bruto hallar pudiera.
Ya donde ha de encontrarle bien sabía....—
Mas vuelve ora á París la mente mía

XXXVIII.

Cuando el Emperador vió ya apagarse,
Después que partió el moro, el fatal fuego,
Á su dispersa grey mandó juntarse.
En los débiles puntos dejó luego
Una parte, que el resto ha de lanzarse
Sobre el infiel, de Marte al duro juego:
Y por las puertas ordenó que afuera
De San Victorio y San Germán saliera.

XXXIX.

Y ya de San Marcelo al pie llegando,
Donde espacio campal de sobra había,
En una las escuadras adunando,
Su noble acento á todas dirigía,
Á un hecho singular las exhortando,
Que ejemplo de victorias fuese un día:
Desplegar manda luego sus pendones,
Y da señal de ataque á las legiones.

XL.

Agramante, entre tanto, ya su silla,
Á pesar de cristianos, recupera;
Y con el que á Isabel su pecho humilla[1],
Lucha empeñaba, trabajosa y fiera.
Con Sobrino Lurcanio se acuchilla:
Á Reinaldo una escuadra embiste entera;
Y él, que á riesgos jamás la frente arruga,
La rompe, la atropella y pone en fuga.

XLI.

Y la batalla estando en ese estado,
Carlos la retaguardia, por la parte
Embiste do Marsilio está asentado,
Firme con la española flor de Marte.
Su infantería en medio: á cada lado
Sus jinetes, el César su estandarte
Impele al son de trompas y clarines,
Que retumban de Leo en los confines.

XLII.

La sarracena hueste á retirarse
Ya empezaba, y habría toda vuelto
La espalda, y por completo á dispersarse,
Cuando Grandonio, el Rey, que asaz resuelto
En más de un riesgo así supo mostrarse;
Y Falsirón, el del corcel revuelto;
Y Balugante y Serpentín feroces,
Llegan con Ferragut, que á grandes voces

XLIII.

Les dice: «¡Ah, compañeros valerosos!
¡Ah, hermanos!; sostened la fama vuestra:
Telas de araña harán esos mañosos [8],
Si no eclipsamos hoy la gloria nuestra.
Ved el honor, los frutos abundosos
Que, si vencemos, la fortuna os muestra,
Y el oprobio y los daños ved extremos,
Que si somos vencidos sufriremos.»

XLIV.

En ese instante, atroz maza blandía,
Y á Berlingiero da dos golpes ciertos,
Cuando contra Argalifa combatía,
Que le dejan los sesos descubiertos:
Al suelo cae, y con la maza impía,
Junto á él á otros ocho tiende muertos;
Y cada vez que el férreo puño cierra,
Tenemos siempre caballero en tierra.

XLV.

De la otra parte el buen Reinaldo había
Muerto número tanto, que decirle
No fuera dable, y todo orden rompía,
Y vieras en redor gran plaza abrirle.
No Lurcán, no Zerbín menos hacía,
Y es justicia sus hechos aplaudirle:
Aquél de muerte á Finadur ha herido:
Éste á Balastro el yelmo le ha partido.

XLVI.

De Alzerba el escuadrón guía el primero,
Que solía regir antes Turdoque:
El otro manda al Zamorí ligero,
Y á la gente de Tafi y de Maroque.
Y qué, ¿no hay africano caballero
Que mejor sepa usar lanza ó estoque?,
Me podrían decir; mas ¡vana queja!
Mi Musa á nadie digno detrás deja.

XLVII.

Dardinelo, que, prenda de Concordia,
Finó las guerras de su padre Almonte,
Con la lanza á Roberto de Mirfordia,
Á Elio, á Claudio y á Dulfin del Monte,
Y con la espada á Anselmo de Estradfordia,
Y á Raimundo de Londres y Penmonte
Echa á tierra (¡y á fe que no son fuertes!)
Muertos, ó heridos de diversas suertes.

XLVIII.

Mas con tan gran valor como aquí muestra,
No puede sostener firme su gente:
Tan firme, que esperar quiera á la nuestra,
En número menor, si más potente:
Fáltanle buenas armas de palestra,
Y de cuanto á la guerra es aparente.
Huyen las huestes moras y zumarias,
Y las de Set, Marruecos y Canarias.

XLIX.

Pero más que ningunos, los de Alzerba;
Á los que el joven, en su arranque activo,
Ora con ruego, ó reprensión acerba,
Meter quiere en los pechos su ardor vivo.
«Si el recuerdo de Almonte aún se conserva
En vosotros, hacedlo ora efectivo
(Les decía), y no así flojos dejando
Al hijo suyo en riesgo tan infando.

L.

»Parad: os ruego por mi edad temprana,
Que os fué tan cara y hoy tanto os humilla:
No hagáis que al filo de segur cristiana
De nos no vuelva al África semilla.
Si así corréis en dispersión insana,
Vías se os cerrarán y campo y villa.
¡Muy ancho foso y muy agreste selva
Son monte y mar para que allá se vuelva!

LI.

»Más vale aquí morir, que á los castigos
Darse y á la impiedad de estos tiranos.
Tened firmes, por Dios, fieles amigos,
Que los demás remedios serán vanos.
¡Una vida cual nos los enemigos,
Y un alma sola tienen y dos manos!»
Y así exclamando, el jovencillo fuerte
Al conde de Otonley daba la muerte.

LII.

La memoria de Almonte tanto anima
Al tropel africano que iba huyendo,
Que mejor que volver la espalda, estima
Morir ó dar la muerte, combatiendo.
Era un inglés, Guillermo de Burkima,
De inmensa altura, y el garzón tremendo
Le iguala al que le sigue, pues le talla
La cabeza: es el otro el de Cornualla.

LIII.

El mísero cayó muerto en el valle;
Y á su hermano que ayuda le traía,
Dardinel por la espalda le abrió calle,
Hasta do el busto en dos se repartía.
El vientre luego á Bogio de Vergalle
Taladra y á eternal sueño le envía:
¡Triste, que á su paloma ha prometido
Que á los seis meses le verá en su nido!

LIV.

Venir de sí no lejos vió el gallardo
Jovencillo á Lurcanio, que fendido
La gola había de Dorchín, y á Gardo
El cráneo hasta los dientes dividido:
Y aunque á Alfeo salvar quiso, fué tardo,
Á Alfeo de su trato el más querido;
Porque Lurcanio en la cerviz le acierta
Golpe feroz, que á el alma le abre puerta.

LV.

Coge una pica y corre á la venganza,
Á su Macón diciendo : (¡ Prez maldita !)
Que si á Lurcanio á tierra muerto lanza,
Sus armas pondrá en voto en su mezquita.
Á encontrarle do está después se lanza,
Y sobre él tan veloz se precipita,
Que llega por el cuerpo á atravesarle,
Y á los suyos les manda despojarle.

LVI.

No he menester deciros si doliese
Á Áriodante el desastre de su hermano,
Ni si anhelara que al infierno fuese
El homicida, por su propia mano:
Mas no la turba le dejó que hendiese,
Revuelta del infiel y del cristiano,
Y buscando venganza, con la espada
La vía aquí y allí deja explanada.

LVII.

Choca, abre, impele, atierra, hiende,
Á quien quier que en su empeño le contrasta,
Y á Dardinel, que aquel empeño entiende,
También le anima: mas querer no basta,
Que la gran multitud se lo contiende,
Y allí no valen ni el broquel ni el asta:
Si este cristianos mata, aquel no menos
Va pisando y rompiendo sarracenos.

LVIII.

Impidióles fortuna, á veces tarda,
Todo el día encontrarse en la refriega,
Y guardó el uno á diestra más gallarda,
Que el mortal á su sino al fin se entrega.
Y porque al otro el suyo aún le retarda,
Ve aquí que entre los dos Reinaldo llega:
Ve aquí á Reinaldo, á quien envió la suerte,
Á que dé á Dardinelo gloria y muerte.—

LIX.

Mas cese por ahora la voz mía
De relatar los hechos de Occidente:
Tiempo es que á Grifon vuelva, el cual seguía
Henchido el corazón de rabia ardiente,
Y con temor, cual nunca tuvo, hacía
Correr atropellada á la vil gente.
Noradino al oir lo que pasaba,
Allí con mil guerreros se acercaba.

LX.

Y viendo aquel pavor, y la fugida
De tanto pueblo suyo, en ordenada
Coluna va á la puerta ya invadida,
Y abrirla manda y despejar la entrada.
Grifón, la multitud despavorida
Ya gran trecho de sí viendo alejada,
Revestido se había la armadura,
Que si no le da honor, siempre asegura.

LXI.

Y junto á un templo y muro, que por suerte
Está de un ancho foso circundado,
Detrás de un puentecillo se hizo fuerte,
Para no hallarse por detrás cortado;
Cuando ve aquí que, amenazando muerte,
Pasa la puerta el escuadrón armado.
Grifón el sitio á defender se apresta,
Y que no teme nada manifiesta.

LXII.

Y al ver ya de las armas cerca el brillo,
Un trecho á recibirlas avanzaba,
Y haciendo en ellas veces de martillo,
Á dos manos los yelmos machacaba:
Y recurriendo luego al puentecillo,
Á raya los tenía y los paraba,
Y salía de nuevo, y se volvía,
Y destrozos terribles siempre hacía.

LXIII.

Ya de mandoble ó de revés tendido,
Peones y jinetes echa á tierra;
Mas contra él el pueblo enardecido,
Vuelve, y le estrecha con su inicua guerra.
Teme Grifón al fin verse oprimido,
Si crece el mar que en derredor le cierra;
Y ya herido en un brazo y en la frente,
Con más fatiga respirar se siente.

LXIV.

Pero el valor, de la piedad hermano,
Le hace encontrar amparo en el Rey mismo:
Que cuando llega y ve cubierto el llano
De tanta gente que arrojó al abismo,
Y ve las llagas, que de hectórea mano
Parecen ser, y mira el heroismo
Del que afrentó tan crudo, siente grima
Del mal hecho á varón de tanta estima.

LXV.

Cuando luego se acerca, y ve al valiente
Que dió á tantos cuitados muerte fiera;
Y ora montaña tal tiene á su frente,
Y tal foso de sangre allí á su vera,
Ver piensa á Horacio en el cortado puente,
Peleando solo con Toscana entera;
Y por vergüenza, retirar impone
Al pueblo, que aún resiste le perdone.

LXVI.

Y la diestra, que el guante ya no arme,
Signo antiguo de tregua, levantando,
Dice á Grifón: «Á mí debo acusarme
De toda culpa, el yerro lamentando;
Que mi fácil juzgar, y el instigarme
Otros, me han ido al grave error llevando.
Lo que creía hacer á un vil desecho
De caballeros, al mejor lo he hecho.

LXVII.

»Mas del oprobio y de la ofensa dura
Que la ignorancia impuso al albedrío,
El honor que ora te hago, tu amargura
Calmar podrá y el justo ardor bravío;
Y la satisfacción tendrás segura
Que estimes, y á do alcance el poder mío.
Dímelo, que á tus leyes poner quiero
Oro y castillos, y un estado entero.

LXVIII.

»Y la ciudad más bella te designo
Del reino que mi cetro ora gobierna;
Que tu valor ilustre te hace digno
De esto, y también de mi afección más tierna,
Y prenda de mi fe, la mano en signo
Junta á la mía de amistad eterna.»
Así le dice, y del corcel desciende,
Y hacia Grifón la diestra mano extiende.

LXIX.

Viendo Grifón al Rey tan bondadoso
Encaminarse á él para abrazarle,
Dejó la espada y el rencor fogoso,
Y humilde las rodillas fué á estrecharle,
Y vió aquél sus heridas, y amoroso
Hizo al docto venir para curarle,
Llevándole después con gran cuidado,
Á que fuese en palacio aposentado.

LXX.

Allí estuvo hasta ver más adelante
Que ya las armas revestir podía.—
Y quede aquí, que voy donde Aquilante
Con Astolfo su voto fiel cumplía;
Y que al salir de la ciudad triunfante,
Buscar hizo á Grifón por más de un día,
En Salem y sus ánditos devotos,
Y en pueblos y lugares muy remotos.

LXXI.

Y como no hay entre ellos adivino
Que de Grifón llegue á saber qué sea,
Se lo dijo aquel griego peregrino
Que le buscó, tal vez con mala idea.
Le contó que Origile iba camino
De Antioquía de Siria, y que campea
Con un, nacido allí, su nuevo amante,
Que es hoy la causa de su amor flamante.

LXXII.

Preguntóle Aquilante si de aquesto
La noticia Grifón también tuviera;
Y díchole que sí, comprendió el resto;
Y que el motivo de su fuga era
Á Origile seguir es manifiesto,
Hasta aquella ciudad, porque pudiera
Á su rival quitarle la culpable
Y en él tomar venganza memorable.

LXXIII.

No soportó Aquilante que su hermano
Solo, inexperto, á aquella empresa fuese.
Y el camino tras el tomó lejano.
Mas antes rogó al Duque suspendiese
Su marcha á Francia y al hogar Britano,
Hasta que sin recelos él volviese;
Y bajó á Zafo [9], que del mar la vía
Por la más breve y la mejor tenía.

LXXIV.

Gozó un viento del Austro tan potente,
Que á su querer parece que soplara;
Pues Sura [10] tierra vió la luz siguiente,
Y después de Safet [11] la margen clara.
Pasa á Beiruto y Zibeleto, y siente
Que Chipre á mano izquierda atrás dejara,
Y por Lisa y Tortosa Tripolina,
Al golfo de Layazo se encamina.

LXXV.

De allí el piloto dirigió al Oriente
La proa de la nave, que veloz
Salió sobre el Oronte [12], y raudamente
La marea subiendo entró en la foz.
Hace Aquilante á tierra echar el puente,
Y armado monta su corcel feroz,
Y contra río rápido le guía,
Y llega hasta las puertas de Antioquía.

LXXVI.

Del vil Martano allí puede informarse;
Y supo que á Damasco había ido
Con Origile, porque allí ha de darse
Un torneo que el Rey ha prometido:
Y era tanto su afán por no atrasarse,
Cierto de que su hermano la ha seguido,
Que dejó la ciudad con gran presura,
Y de volver al mar ya no se cura.

LXXVII.

Hacia Lidia y Larisa [13] el corcel guía,
Y á Alepo, que sus ricas sedas luce.
Dios, por mostrar que hasta en la tierra impía
Castiga y pena á quien el mal produce,
Junto á Maninga al vil Martano envía,
Y á Aquilante á su paso allí conduce.
De sí delante, aquél, con pompa augusta,
Llevar se hacía el premio de la justa.

LXXVIII.

Pensó Aquilante al pronto que sería
Ese su hermano, que idolatra ciego,
Por las armas y arreos que vestía,
Blancos cual de papel intacto pliego,
Y con el *¡oh!* que en signo de alegría
Suele usarse, empezó: mas cambió luego
De semblante y de voz, porque conoce
Que no es aquel objeto por que goce.

LXXIX.

Sospechó que, por fraude del malvado,
Muerto el caro Grifón pudo haber sido,
Y «Dime (le gritó) tú que un menguado
Eres y por ladrón te he conocido,
¿Dónde hubiste el corcel en que montado
Vas y el arnés que llevas y el vestido?
Pronto di si Grifón (y di lo cierto,
Que esas sus armas son) es vivo ó muerto.»

LXXX.

Cuando Origile oyó la airada voz,
Volvió su palafrén para salvarse:
Pero fué el Aquilante más veloz,
Y quieta la obligó por fuerza á estarse.
Martano á aquel amenazar feroz
Del que le hizo de pronto allí pararse,
Pálido tiembla, como al viento fronda,
Y no sabe qué hacer, ni qué responda.

LXXXI.

Grita Aquilante, y al traidor se arresta,
Y la espada le apunta en la garganta,
Y le amaga, jurando, que la testa
Pisará de los dos con firme planta,
Si la entera verdad no manifiesta.
Se anonada Martano en cuita tanta,
Y en su interior revuelve cómo achica
Su grave culpa; y luego así se explica:

LXXXII.

«Señor, comprende que mi hermana es ésta,
Hija de principal y honrada gente,
Aunque entregado á vida deshonesta
La haya Grifón tan deshonrosamente;
Y como tal oprobio me molesta,
Y mi brío y esfuerzo no es potente
Á quitársela á un hombre tan famoso,
Quise hacerlo con arte cauteloso.

LXXXIII.

»Con ella cencerté (que bien quisiera
Á la virtud volver de antigua vida)
Que en el punto en que el joven se durmiera,
De sus brazos se huyese arrepentida.
Hízolo así; y á fin que no pudiera,
Siguiéndonos, romper la tela urdida,
Sin armas ni caballo le dejamos,
Y ahora, como ves, huyendo vamos.»

LXXXIV.

Bien podría gloriarse de su invento,
Pues era de creer cuanto narraba
Del caballo y las armas, que al intento
De escapar de Grifón, no le dañaba,
Si pulir no quisiera tanto el cuento,
Que, por mentir de sobra, le anulaba.
Todo bien lo pensó, menos que hiciera
Su hermana á la malvada aventurera.

LXXXV.

En Antioquía supo el torpe exceso
De que fué su concuba, y de otras gentes;
Y así Aquilante de furor acceso
Le gritó: «¡Ladrón, pérfido, tú mientes!»
Y el puño le asentó, de tanto peso,
Que en la garganta le metió dos dientes;
Y sin más lucha, de una rienda lazos
Hizo, y atóle por detrás los brazos.

LXXXVI.

Y á la infame Origile ató igualmente,
Aunque mintió de sobra en su defensa;
Y de pueblos, castillos, á la gente
Por las provincias enseñarlos piensa;
Y hubiéralos paseado así vilmente,
De África y Asia en extensión inmensa,
Sino que es su designo, que su hermano
Le castigue en Damasco por su mano.

LXXXVII.

Aquilante caballos y escuderos
Hizo seguirle y á Damasco anduvo;
Y allí oyó de Grifón los hechos fieros,
Que la ciudad por milagrosos tuvo.
Ya saben todos, nobles y pecheros,
Quién el valiente fué que el premio obtuvo,
Y cómo le quitó, con falsa muestra,
Su compaño el honor de la palestra.

LXXXVIII.

El pueblo al vil que á tal maldad se preste,
Mostrándole uno á otro, le descubre.
¿No es él (decían entre sí), no es éste
El que con honra que usurpó se cubre,
Y con el brío que otro manifiesta
Él su vileza y cobardía encubre?
¿Y la hembra no es esa venenosa
Que al vil ayuda y al honrado acosa?»

LXXXIX.

Y otros decían: «¡Brava unión y estrecha!
Parecen de un engendro y de una raza.»
Quién les insulta, quién lodo les echa,
Y detrás grita y ruge y amenaza;
Y la plebe, que á verlos va derecha,
Por las calles les sigue y por la plaza,
Y la nueva va al Rey, el cual con mucha
Sed de justicia, con placer la escucha.

XC.

Sin pajes ni escuderos por delante,
Tal cual está, se mueve presuroso,
Y se viene al encuentro de Aquilante,
Vengador de su hermano generoso.
Acogióle con plácido semblante,
Llevándole á sus lares bondadoso;
Y, con su asenso, á aquellos en los muros
De una torre á encerrar mandó seguros.

XCI.

Y al lecho juntos van, de donde alzado
No se había Grifón desque fué herido:
El cual, viendo á su hermano, en encarnado
Tornó el lívido rostro, conmovido.
Le motejó Aquilante lo pasado;
Y discutieron luego del partido
Que tomar se debiera con los reos
De maldades y crímenes tan feos.

XCII.

Grande ejemplar el Rey, grande Aquilante,
Hacer en ellos quieren: mas Grifón,
Que no osa decir sólo de la amante,
Solicitó de entrambos el perdón,
Y por lograrlo se esforzó bastante.
Le oyeron; resolviendo, en conclusión,
Que á Martano al verdugo se le entregue,
Para azotarlo, y que á morir no llegue.

XCIII.

Átanle, y no entre flores ni entre hierba,
Para azotarle á la hora matutina;
Y á la inicua Origile se reserva
Para esperar la vuelta de Lucina;
Á cuya rectitud, blanda ó acerba,
Reservan aplicar la disciplina.
Allí Aquilante estuvo á solazarse,
Hasta que el caro hermano pudo armarse.

XCIV.

El noble Rey, que tras de error tamaño,
Vuelto se había cauto y muy prudente,
Guardando estaba torcedor extraño
Allá en su pecho de pesar vehemente,
Por haber hecho ultraje y grave daño
Á quien debiera honores solamente;
Así que está pensando día y noche
Cómo salvar su nombre del reproche.

XCV.

Y por fin decidió: que al pleno aspecto
De la Ciudad que el daño le hizo impía,
Con el honor más grande que á perfecto
Caballero un buen Rey hacer podía,
Se le diera aquel premio que el abyecto
Rufián robado con astucia había;
Y mandó publicar con pompa augusta,
Que de allí á un mes habría nueva justa.

XCVI.

Aplicáronse al caso fuertes sumas,
Y cuanto á gozo general promueva;
Así la fama, con veloces plumas,
Por toda Siria tierra la gran nueva,
Y hasta del mar remoto á las espumas,
Y á la Fenicia, y á Salem, la lleva.
Oyóla Astolfo; y al Virey propuso
Que á la justa ellos fueran, como es uso.

XCVII.

Por guerrero nombrado y valeroso
La historia á Sansoneto le levanta:
Carlos le bautizó con el glorioso
Orlando; y fué á regir la Tierra Santa,
Cual ya os dije: con él el animoso
Astolfo fué donde la fama canta,
Llenando con sus ecos toda oreja,
Que en Damasco una justa se apareja.

XCVIII.

Por aquellas comarcas cabalgando
Á cortas marchas, porque así podría
Llegarse á la ciudad sin pena, cuando
De la anunciada justa fuese el día,
Hallaron, un crucero atravesando,
Persona que en su arreo parecía
Ser gallardo varón, y mujer era,
En las batallas denodada y fiera.

XCIX.

La doncella Marfisa se llamaba [14],
Y era tan fuerte, que, la espada en mano,
Sudar la frente del señor de Brava
Hizo, y la del varón de Montealbano;
Y armada día y noche siempre andaba,
Por doquiera buscando en monte y llano
Caballeros de pro con quien probarse,
Y en alas de la fama levantarse.

C.

Cuando al Virey y Astolfo ella divisa,
Que llevaban vestida la armadura,
Por guerreros los tuvo de alta guisa,
Que eran ambos de prócera figura;
Y en probarse con ellos no remisa,
Ya veloz, á retarlos se apresura;
Cuando, al hallarse Astolfo más vecino,
Conoció que era el duque Paladino.

CI.

Del trato se acordó noble y galante
De cuando en el Catay le conociera:
Le llamó por su nombre, y luego el guante
Descalzando, elevóse la visera;
Y como es tan cortés como arrogante,
Fuéle á dar acolada placentera,
Y no menos Astolfo reverente
Se mostró con mujer tan preminente.

CII.

Trataron entre sí de su destino,
Y así que Astolfo refirió el primero
Que era Damasco el fin de su camino,
Donde, á todo el que es noble y caballero,
Había convidado Noradino
Á hacer las pruebas de su ardor guerrero,
Dijo Marfisa (á quien ya el ocio pesa):
«Pues yo iré con vosotros á la empresa.»

CIII.

Grata les fué á los dos la noble oferta
De partir con tal dama honra ó quebranto.
Á Damasco llegaron y á su puerta
Del torneo la víspera; y en cuanto
Vino la dulce hora en que despierta
La aurora al viejecillo que amó tanto [15],
Se lanzaron del lecho en que yacieron
Más á placer que cuando el Real vivieron.

CIV.

Y así que el alto monte iluminaron
Del sol los, aún nacientes, rayos suaves,
En sus estancias todos tres se armaron,
Y al pueblo envían servidores graves,
Que luego con la nueva retornaron
De que, á ver preparar puntas y traves,
El Rey llegado había al sitio electo
Para que aquella lid tuviera efecto.

CV.

Parten á la ciudad sin detenerse,
Y por la calle Real van á la plaza,
Do aguardan la señal para moverse,
Aquí y allí guerreros de alta raza.
Los premios que aquel día han de obtenerse
Son un soberbio estoque y una maza,
Guarnidos ricamente, y un caballo,
Digno todo del dueño que ha de dallo.

CVI.

Estando Noradino persuadido
De que, como el primer premio, ganara
El segundo Grifón esclarecido;
Y no queriendo el Rey que le faltara
Cuanto á buen caballero le es debido,
Por eso fué que al premio designara,
Á más del que primero hubo ganado,
La maza y un caballo muy preciado.

CVII.

Las armas, pues, que en la anterior palestra
Al que á todos venció le eran debidas,
Y que robó, con su intención siniestra,
Martano con las artes ya sabidas,
Quiso el Rey colocarlas, por su diestra,
Al arzón del caballo, reunidas
Al estoque y la maza; y que al valiente
Se diesen los dos premios juntamente.

CVIII.

Mas que su voluntad tuviese efeto,
Impidió la magnánima guerrera
Que, con el buen Astolfo y Sansoneto,
Á la plaza Real llegada era:
Ella en viendo las armas, un completo
Juicio formó, con convicción entera
De que eran las que usó, caras un día,
Cuanto prendas lo son de tal valía;

CIX.

Aunque en la vía las dejó, cansada,
Una vez que le fueron de embarazo,
Cuando, por recobrar su buena espada,
Corría tras Brunel, digno de un lazo.
No creo que esa historia relatada
Os deba ser; ni el referirla aplazo [16].
Básteos saber en dónde, y de qué guisa,
Se encontraron las armas de Marfisa.

CX.

Ya podréis bien imaginar que cuando
Las conoció por fáciles señales,
Resolvió ni un momento ir dilatando
El ceñir á sus miembros armas tales,
Y sin pararse, el modo desechando
De obtenerlas por medios más cabales,
Á ellas se lanza, y sin que el guante arroje,
Con no más miramiento se las coge.

CXI.

Y por la prisa con que el nudo corta,
Unas toma y las otras van á tierra.
El Rey, á quien el fiero insulto importa,
Con sólo una señal la mueve guerra;
Y el pueblo, que la ofensa mal soporta,
Dardos y espadas en venganza aferra,
No recordando lo que días antes
Le costó provocar nobles andantes.

CXII.

No entre pintados lirios y claveles,
Gracioso infante en la estación templada:
No con sus cintas goza y sus caireles,
En fiesta alegre, hermosa enamorada,
Cuanto entre el ruído de armas y corceles,
Y entre puntas de dardos ó de espada,
Do se respira horror, sangre se vierte,
Goza Marfisa en desafiar la muerte.

CXIII.

Pica el caballo, y en la turba loca,
Lanza en ristre, arremete con presteza:
Á ese el cuello le enfila, á aquel la boca,
Y á todos los destroza con fiereza;
Á la espada después su vez le toca;
Y al uno le derriba sin cabeza,
Y al otro sin un brazo, y á este un ojo
Le vacia, y á aquel le vuelve cojo.

CXIV.

Astolfo y el gallardo Sansoneto,
Que con ella han vestido arnés y malla,
Aunque allí no han venido á tal objeto,
Viendo que se ha trabado la batalla,
Bajan viseras, y afirmando al peto
Las picas, van contra la infiel canalla;
Y luego, con la espada, por doquiera
Se abren camino, con matanza fiera.

CXV.

Los caballeros de naciones varias
Que aquí para lidiar se reunían,
Viendo que aquellas muestras sanguinarias
Los juegos en desastres convertían,
Y que el móvil de furias tan contrarias,
Entre los tres y el pueblo, no sabían,
Ni la injuria que al Rey se hace en tal acto,
Estaban con semblante estupefacto.

CXVI.

Unos á dar su apoyo al pueblo vienen,
Y éstos se habrán al fin de apesarar:
Otros, que amor á la ciudad no tienen
Mas que á los tres, los quieren separar:
Otros, más cautos, quietos se mantienen
Á ver en lo que el lance va á parar,
Y, por honrar sus armas, adelante
Avanzaron Grifón y el Aquilante.

CXVII.

Ellos al ver cómo el semblante ardiera
De Noradino en la común penuria,
É informados por todos de cuál fuera
La fatal ocasión de tanta furia,
Y juzgando Grifón que suya era
No menos que del Rey la grave injuria,
Tomado habían la robusta lanza,
Y venían con ira á la venganza.

CXVIII.

De la otra parte Astolfo, á Rabicano
Espoleando, de todos va delante,
Con la encantada lanza de oro en mano,
Á la que no resiste bravo andante.
Con ella dió á Grifón y le echó al llano,
Y se encaró después con Aquilante,
Que sostenerse en el arzón no pudo,
No bien tocó la orla del escudo.

CXIX.

Caen los caballeros de alta prueba
Á los golpes del bravo Sansoneto,
Que huyendo por la plaza al pueblo lleva:
El Rey á un parasismo está sujeto:
Marfisa, en tanto, con la adarga nueva
Y la antigua y el uno y otro peto,
Cuando vió que la gente toda huía,
Vencedora á su hostal se dirigía.

CXX.

Astolfo y Sansoneto diligentes,
No tardan en seguirla y retirarse
Hacia la puerta, que las tristes gentes
Les dejan, y al rastrel van á pararse.
Aquilante y Grifón, asaz dolientes,
Con rubor de volverse y contemplarse,
En su interior lamentan su destino,
Sin osar presentarse á Noradino.

CXXI.

Y montados de nuevo en sus caballos,
Á sus contrarios el furor los lanza.
Sigue detrás el Rey con sus vasallos,
De vengarse ó morir con la esperanza;
Y la turba les grita: «Herid, matallos;»
Mas espera de lejos la venganza.
Llega Grifón donde yacían frente
Los tres que ocupan el rastrel del puente.

CXXII.

Recuerda allí de Astolfo la figura;
Que ese caballo mismo, esa divisa
Tenía, y ese yelmo, esa armadura,
Cuando á Orrilo mató de extraña guisa.
En la plaza de tanto no se cura,
Entre el común desorden y la prisa:
Mas aquí le conoce, y le demanda
De los otros guerreros de su banda.

CXXIII.

Y por qué echaron la armadura á tierra,
Sin respetos del Rey ni cortesía.
De los suyos el Duque de Inglaterra
Da á Grifón las noticias que pedía:
De aquellas armas, causa de la guerra,
Dijo que poco ó nada conocía;
Y si apoyo á Marfisa dieron luengo,
Fué por la ley de *con quien vengo, vengo.*

CXXIV.

Con Grifón así hablando el Paladino,
Llegó Aquilante, y conocióle presto;
Y al verlo con su hermano atento y fino,
En afable cambió lo mal dispuesto.
Llegando, en esto, van de Noradino,
Las gentes, sin tomar muy cerca puesto;
Que el comenzado parlamento oteaban,
Y el desenlace quietos aguardaban.

CXXV.

Y uno que entiende que está allí Marfisa,
La que fama sin par tiene de fuerte,
Vuelve el corcel, y á Noradino avisa,
Que si hoy no quiere lamentar la suerte
De su corte y ciudad, provea aprisa
Medios para salvarlos de la muerte;
Porque Marfisa, sin dudarlo, ha sido
La que el arnés expuesto ha recogido.

CXXVI.

Al oir la nobleza aquel gran nombre,
Tan temido en los reinos de Levante,
Que su alta fama á provocar no hay hombre,
Ni quien no quiera oirle muy distante,
¿Qué extraño que también el Rey se asombre,
Y prevenirse quiera en el instante?
Así á los suyos, que en temor la ira
Mudaron ya, los llama y los retira.

CXXVII.

Estando los bastardos de Oliveros
Con Sansoneto y con el Duque bravo,
Suplicando á Marfisa, de sus fieros
Actos la hicieron desistir al cabo.
Y va al Rey, y con modos altaneros,
«Señor (le dice): de entender no acabo
Por qué en premio, en las justas que tuvieres,
Prendas que no son tuyas donar quieres.

CXXVIII.

»Mías son esas armas, que en la vía
Solté de Armenia, del calor opresa,
Cuando seguir á pie me convenía
Á un traidor, que robóme por sorpresa.
Testimonio te dé la marca mía,
Que aquí verás, si sabes tú mi empresa.»
Y en la loriga le mostró grabada
Una corona, en tres partes cortada.

CXXIX.

«Cierto (respondió el Rey); dadas me han sido
Ha poco por armenio mercadante;
Y si tú hubieras el arnés pedido,
Le habrías recobrado en el instante;
Que aunque Grifón, por premio merecido,
Le obtuvo, cuento con su ley bastante,
Para juzgar que al punto le cediera,
Y, como es justo, á ti se devolviera.

CXXX.

»Ni es preciso aleguéis, para que os crea
Que es vuestro arnés, tener vuestra consigna;
¿Quién la ocasión de duda, ni aun la idea,
En la palabra vuestra no resigna?
¿Quién no querrá que concedida sea
Á virtud de más grande precio digna?
Guardadlo, pues, y más no se dispute,
Y otro premio mayor Grifón disfrute.»

CXXXI.

Éste, que empeño en el arnés no tiene,
Y sí en que goce el Rey nombre perfecto,
Le dice: «Asaz á compensarme viene
Poder mostraros mi rendido afecto;»
Y Marfisa entre sí: «Pienso que indene
Queda mi honor.» Y con benigno aspecto,
El arnés á Grifón va á presentarle,
Aunque, al fin, por su don quiere aceptarle.

CXXXII.

Y vanse á la ciudad en paz y amor;
Y allí vuelve la fiesta á continuarse;
Y el torneo también, del que el honor
Al bravo Sansoneto hubo de darse;
Que Astolfo, y los hermanos, y la flor
De ellos todos, renuncian á probarse;
Y con un celo de amistad discreto,
Quieren que el premio gane Sansoneto.

CXXXIII.

Y así que pasan en placer y fiesta
Con Noradino hasta el octavo día,
Que el no hallarse ya en Francia les molesta,
Do les llama su heróica valentía,
Dél se despiden, y Marfisa, que esta
Marcha anhela, les hace compañía:
Ella, que de Levante y sus confines
Vino á buscar los francos Paladines.

CXXXIV.

Quiere ver si responde el justo efeto
Á la fama que tanto los levanta.
Á otro deja en su nombre Sansoneto,
Para regir por él la Tierra Santa.
Así estos cinco forman un quinteto
Cual nunca vióse de potencia tanta.
Se despiden del noble Noradino,
Y á Trípoli se van y al mar vecino.

CXXXV.

En ese puerto una carraca hallaron
Que mercancía para Oriente aduna.
Para sí y sus caballos la arrendaron
Á un anciano patrón, que era de Luna [17].
El cielo, el aire, el mar les anunciaron
Viajar por muchos días con fortuna;
Y sulcaron las bien rizadas ondas,
Velas que reventando van redondas.

CXXXVI.

Al suelo, sacro á la amorosa Dea,
Á la primer zarpada, el barco aporta.
La isla, aunque al mortal plácida sea,
Quita al fierro el vigor, la vida acorta;
Y á fe que á Famagusta no recrea
Cerca el lago tener que el mal aborta;
Ni á Constanza, por tanto, acre y maligna
Cuando en el resto Chipre es tan benigna.

CXXXVII.

El fuerte hedor que la laguna exhala,
Aparta al barco del ambiente insano;
Y pronto á un viento griego suelta el ala,
Volando en torno á Chipre, á diestra mano [18].
Ya en la rada de Pafos hace escala,
Donde bajan al bello y fértil llano,
Á mercadar el viejo, á ver el mozo
La tierra insigne del amor y el gozo.

CXXXVIII.

Á seis millas del mar los visitantes
Ven la espesura de un collado ameno,
De manzanos y cedros rozagantes,
Mirtos, naranjos, y perales lleno.
Sérpol, verbena y flores mil fragantes,
Exhalan del pomífero terreno
Un olor, que hasta el mar lo lleva suave
El térral viento á la sulcante nave.

CXXXIX.

De límpida fontana á toda aquella
Riva regando va raudal fecundo;
Dícese, con razón, de Venus bella
Aquel sitio dulcísimo y jocundo,
Caro á toda mujer, dama ó doncella,
Más que cuantos hermosos tenga el mundo,
Que la Diosa hace allí que viva amante
Al mozo y viejo, hasta su extremo instante.

CXL.

Aquí oyeron lo mismo antes sabido
Ya de Lucina y de la bestia impía,
Y que ella, por volverse á su marido,
En Nicosia aparejo nuevo hacía.
Luego el patrón, habiendo ya cumplido
Su flete, y con buen tiempo todavía,
Zarpa el ancla, y cortando va á su frente
Las olas, con el rumbo hacia Poniente.

CXLI.

Al soplo del Mistral puso la nave,
Las velas á la orza; y luego el salto
De un benigno Libecio probó, suave
Mientras estuvo el sol sereno y alto:
Mas que, al caer la tarde, hízose grave,
Y arremetió á la mar con fiero asalto;
Y tanta chispa, y lampo y trueno estalla,
Que parece que el cielo está en batalla.

CXLII.

Toman las nubes tenebroso un velo
Que aparecer no deja leve estrella:
Abajo el mar, arriba brama el cielo,
Que rasgan rayo ó rápida centella;
Dura, espesa llovizna de agua y hielo,
Al navegante mísero atropella;
Y sobre el mar, que en gran furor se enciende,
Cada vez más la noche el manto tiende.

CXLIII.

Á probar van los nautas el efeto
Del arte, en que se juzgan sabidores:
Quién, al son del silbato en tal aprieto,
La maniobra designa á sus menores;
Quién prepara las anclas de respeto,
Y van á escota ó tope los mejores:
Quién el timón ó el árbol asegura,
Quién la cubierta de limpiar se cura.

CXLIV.

Toda la noche el crudo tiempo crece,
Negro, más que los fondos del infierno.
Á cubierta el patrón, cual le parece
Más factible, á la caña da gobierno;
Y una vez y otra vez, si le obedece,
La prora vuelve á aquel combate eterno,
Y no sin la esperanza de que al día
Se sosiegue del mar la furia impía.

CXLV.

No cede, ni se aplaca, y más feroce
Con el día siguió, si día es esto;
Que por contar las horas se conoce,
No por la luz que le haga manifiesto.
Aquí el patrón, con desengaño atroce,
Y sólo en Dios el corazón ya puesto,
Ánimo y esperanza á perder llega,
Y al capricho del mar la nave entrega.—

CXLVI.

Mientras así la suerte á estos trabaja,
No á los otros mejor trata en la tierra;
Y en Francia se destroza, hiende y taja
Con el pagano pueblo el de Ingla terra.
Allí Reinaldo escuadras cien descuaja,
Llevando á todas partes cruda guerra.
Os dije ya que á Dardinel gallardo
Lanzado había su veloz Bayardo.

CXLVII.

De su escudo el cuartel vió el prode fiero,
Del que el hijo de Almonte se gloriaba,
Y estimó por valiente caballero
El que á Orlando la insignia le tomaba;
Y cuando vió que en torno del guerrero
Un monte de cadáveres se alzaba,
«Vale más (exclamó) que antes que llegue
Esta planta á ser grande, yo la siegue.»

CXLVIII.

Doquier que se dirige el Paladino
Todos dejan la vía despejada,
Y lo mismo el Inglés que el Sarracino,
¡Tanto es temida la famosa espada!
Reinaldo sólo á Dardinel mezquino
Ve que haga frente á su pujante entrada:
«Niño (grita): trabajo te dió rudo
Quien te dejó heredero de ese escudo.

CXLIX.

»Aquí me tienes: si tu orgullo entiende
Guardar tu blanco y rojo, voy á verlo;
Mas si ora contra mí no le defiende,
¿Cómo podría contra Orlando hacerlo?»
Y Dardinel responde: «Pues aprende,
Que si lo sé llevar, sé defenderlo;
Y todo riesgo por la honra acojo
Del paterno cuartel cándido y rojo.

CL.

»Ni te imagines, aunque niño, hacerme
Que sin lucha el cuartel te dé este día,
Pues sólo muerto me tendrás inerme;
Mas lo contrario espera mi hidalguía;
Que vivo ó muerto, nadie podrá verme
Indigno nunca de la estirpe mía.»
Así diciendo, con la espada, en vano,
Al señor embistió de Montealbano.

CLI.

Frío temor del pecho se apodera,
La sangre helando de la Maura gente,
Cuando ven que Reinaldo aquí embistiera
Con tanta furia á su señor valiente,
Cual la de un tigre que en el prado hubiera
Visto á un novillo que aún amor no siente.
El primero que hirió fué el Sarracino,
Mas tocó en vano al yelmo de Mambrino.

CLII.

Ríe Reinaldo, y dice: «Ve si rige
Mejor mi espada para hallar la vena.»
Y á la vez con la espuela el bruto aflige
Y encamina después una tan buena
Punta, y tan firme al pecho la dirige,
Que asomó por detrás de sangre llena;
Y al volver, con la sangre el alma trajo,
Y el cuerpo de la silla cayó abajo.

CLIII.

Cual muere purpurina flor fragante
Cuyo tallo gusano vil traspasa,
Ó cual pisada por travieso infante
Amapola dobló la frente lasa,
La color así pierde del semblante
Dardinelo y á vida eterna pasa:
Pasa, y el nervio y la virtud severa
Se van con él de su nación entera.

CLIV.

Cual suele el agua por ingenio humano
En estrecho canal yacer inclusa,
Que al abrir la compresa fuerte mano
Salta, y con gran rumor corre profusa,
Así á correr se lanza el Africano,
Sin la virtud por Dardinelo infusa;
Pues no bien del corcel caer le vieron,
Por todas partes á fugir se dieron.

CLV.

Deja escapar Reinaldo á quien lo quiere,
Y sólo al que resiste combatía.
Por donde va Ariodante todo muere,
El cual junto á Reinaldo pasó el día.
Á unos Lionel, Zerbino á muchos hiere,
Y todos se distinguen á porfía.
Carlos cumple cual Rey, cumple Oliviero,
Y Guido y Salomón, Turpín y Ugiero.

CLVI.

Aquel día fatal temió el Pagano
Que no volviera al África una testa:
Mas Marsilio discreto pone mano,
Y retira la gente que le resta.
Sufrir la rota tiene por más sano,
Que perder lo que amparo asaz le presta:
Mejor es retirarse de algún modo,
Que por quererse estar, perderlo todo.

CLVII.

Al campamento su morisma envía,
Que de trinchera y foso está cercado,
Con Tordilán y el Rey de Andalucía,
Y el Portugués, en gran tropel cerrado;
Y hace se ruegue al Rey de Bertería [19],
Que se retire cual le fuere dado;
Pues aquel día, el campo y la persona
Salvar no es poco, y el deber lo abona.

CLVIII.

Y ese Rey, que lo ve todo perdido,
Y que teme no ver más á Biserta;
Él, que nunca con rostro tan torcido
Asomar la fortuna vió á su puerta,
Se alegra que el de España haya podido
Gente y campo salvar, con mano experta,
Y toca á retirada, los pendones
Volviendo de sus rotos escuadrones.

CLIX.

Pero gran parte de su triste gente
Ni obedece señal, ni trompa escucha,
Y su escapar fué tanto y tan vilmente,
Que en tropel en el Sena se ahogó mucha.
Agramante recoge diligente
Los dispersos doquiera; y con él lucha
Por reunir la hueste el Rey Sobrino,
Y recogerla al campo sarracino.

CLX.

Pero ni Rey, ni capitán ninguno
Con ruegos ó amenazas repetidas
Logran llevar de cada escuadra alguno
Por do van las enseñas mal seguidas.
Desertores ó muertos, dos por uno
Cuentan hoy las escuadras abatidas;
Y ese en la testa herido, éste en los pechos,
Y todos lasos, lánguidos, maltrechos.

CLXI.

Dentro por fin de la trinchera fuerte
Se recogieron con fatiga intensa;
Y aun allí dentro su temor se advierte,
Y se proveen de mayor defensa:
Que del cabello asir la buena suerte
Sabe de Carlos la experiencia inmensa,
Y allí acabara la morisma odiosa,
Á no venir la noche tenebrosa.

CLXII.

Quizá tan negra el Criador la envía,
Por piedad de su mísera criatura.
Ondeó la sangre, y en copiosa vía
Fué á encharcar de los valles la verdura.
Ochenta mil cadáveres el día
Salió á alumbrar en la fatal llanura,
Cual la noche salir vió á despojarlos
Al villano, y al lobo á devorarlos.

CLXIII.

Carlos no vuelve á defensible guerra,
Sino frente al Infiel su campo extiende;
Y asediando sus reales, los encierra,
Y espesos fuegos en redor enciende.
El Pagano trabaja y cava tierra:
Fosos, bastiones, construir emprende,
Y vela día y noche en vivo alarma,
Y ni un instante el cuerpo se desarma.

CLXIV.

Toda la noche en oración ferviente
Pasa la triste grey del Islamismo,
Vertiendo llanto, y en la humilde frente
Aún pintado el reciente parasismo.
Quién llora por su hermano ó su pariente,
Quién por su amigo fiel, quién por sí mismo;
Que heridos muchos hay con golpe extraño,
Y aún más se duelen del futuro daño.

CLXV.

Dos hay entre ellos en el pueblo Moro,
Natos de estirpe oscura en Tolomita,
Cuya historia merece, por decoro
Y alto ejemplo de amigos, ser escrita:
Cloridano llamáronse y Medoro;
Y en alegre fortuna ó triste cuita,
Habían siempre á Dardinel amado,
Y hoy por la mar á Francia acompañado.

CLXVI.

Cloridán, cazador toda su vida,
Es de talla gentil, robusta, airosa:
Medoro, de edad verde y faz pulida,
Envidia del jazmín y de la rosa,
Es, entre tanta gente allí venida,
La criatura más suelta y más hermosa:
Negros ojos, cabellos crespos de oro,
Ángel parece del celeste coro.

CLXVII.

Velaban en los térreos alminares
Con otros, por celar su campamento,
Cuando la noche, entre distancias pares,
Mide el cielo con ojo soñoliento.
Medoro, entre el narrar de altos pesares,
No aparta á su Señor del pensamiento,
Sin cesar lamentando que el querido
Cuerpo está cerca sin honor tendido.

CLXVIII.

Y vuelto al compañero: «¡Oh Cloridano!
(Dice): ¡si vieras cuánto me es acerbo
El ver que mi Señor yace en el llano,
Pasto ¡ay de mí! cuán caro al lobo y cuervo!
Pensando cuánto fué conmigo humano,
Me creo, amigo, desleal, protervo,
Si en honor de su nombre, agradecida,
Por él no expongo hasta la dulce vida.

CLXIX.

»Ir quiero yo, porque no quede inulto
Su cadáver, á otear hasta encontrarlo;
Y acaso querrá Dios que llegue oculto
Á do está quieto el campo del Rey Carlo.
Tú quedarás; que si en el cielo esculto
Está que he de morir, podrás narrarlo,
Y si impide la hazaña adversa suerte,
No morirá mi nombre con mi muerte.»

CLXX.

Asombra á Cloridán que tanto anime
Valor, virtud un tierno adolescente,
Y se esfuerza en hacer que desestime
(Que le ama asaz) intento tan valiente:
Mas no le vale, que el amor le imprime
Piedad al corazón, fuego á la mente,
Y Medoro á morir está dispuesto,
Ó á dar á su señor sepulcro honesto.

CLXXI.

Cloridán, que ve inútil cuanto idea:
«Pues yo también iré (dice con brío);
Yo parte quiero en la leal pelea:
Yo con gloria morir también ansío:
¿Qué habrá en el mundo que de amar me sea,
Si me quedo sin ti, Medoro mío?
Combatiendo á tu lado, antes mil veces
Morir, que de dolor, si tú pereces.»

CLXXII.

Decididos así, dejan el puesto [20]
Á dos guerreros, y se van callados:
Saltan el foso y la estacada presto,
Y llegan á los nuestros descuidados;
Y como sus temores han depuesto
Los francos, ya los fuegos apagados,
Entre los carros y armas, esparcidos
Están en sueño y vino sumergidos.

CLXXIII.

Paróse un poco Cloridano, y dijo:
«No es bien perder lo que tan bien se alcanza:
Sobre esta inicua grey, que Dios maldijo,
Que nos mató al Señor, ¿no habrá venganza?
Tú, porque alguno no nos salga, fijo
Ten el oído, y con la vista avanza;
Que yo me ofrezco á hacerte prontamente
Con la espada camino entre esta gente.»

CLXXIV.

Dijo, y luego, callado y con gran tino,
Penetró donde el sabio Alfe dormía,
Que hizo un año que al real de Carlos vino,
Médico y sabidor de Astrología;
Lo que sirvió de poco al adivino,
Pues probó cuál la ciencia le mentía:
Vivir le predecía de años lleno,
De su mujer en el amante seno;

CLXXV.

Y ora le mata el cauto Sarracino,
Metiéndole la espada en la garganta.
Mata luego otros tres, junto al mezquino,
Y á su grito, su muerte se adelanta.
De sus nombres mención no hace Turpino,
Que el tiempo su recuerdo nos quebranta.
Mata también á Polidón Carballos
Que dormía entre dos grandes caballos.

CLXXVI.

Llega después do, con la boca, yace
Apoyado á una cuba, micer Grilo:
Ya habíala vaciado, aunque capace,
Y esperaba dormir sueño tranquilo.
Soñando está que bebe; y de la pace
De su sueño la espada corta el hilo;
Y sangre y vino arroja por la espita
Que le hace en la barriga el Tolomita.

CLXXVII.

Y junto á Grilo á un griego y á un tudesco
Mata en dos golpes : Drópono y Conrado:
Á prima noche, de su humor grotesco
Gozaron con la taza y con el dado,
Y ora dormían la restante al fresco.
¡Venturosos si hubieran más velado!
Mas, si del porvenir fuera adivino,
¿Podría contra el hombre algo el destino?

CLXXVIII.

Como en establo tigre mal comido,
Á quien el hambre enjuto y magro tiene,
Hiende, desgarra, engulle el recogido
Lacio ganado que del campo viene,
Así al Franco cansado y adormido,
Mata aquel sin que nada le refrene.
La espada en tanto duerme de Medoro,
Pues de herir plebe vil desdeña el Moro.

CLXXIX.

Mas llegado á do el Duque de Labreto
Con su esposa gentil duerme abrazado,
Y el uno junto al otro está tan prieto
Que entre ellos no cabría hilo delgado,
De ambos Medoro el cuello corta neto:
¡Oh plácido morir, oh feliz hado!
Cual los cuerpos están, así imagino
Que irán sus almas al postrer destino.

CLXXX.

Mata á Dalindo, á Ardélico su hermano,
Que del conde de Flandes hijos eran,
Y el uno y otro lidiador temprano.
Hales donado Carlos el que unieran
Á sus armas su lirio soberano,
Por las gestas que el día aquel hicieran,
Y ofrecido en la Frisia tierras y oro:
Y fuera así; mas lo impidió Medoro.

CLXXXI.

Los audaces amigos, ya vecinos
Estaban á los áulicos pendones,
Donde alternan los nobles Paladinos
En custodiar de Carlos las mansiones;
Cuando, volviendo atrás los Sarracinos,
Suspendieron sus bárbaras acciones
Imposible juzgando que no en vela
Esté ya allí la guardia y centinela.

CLXXXII.

Se vuelven, y pudieran bien, acaso
Rica presa llevándose consigo.
Mas, por do juzgan ver más libre paso,
Toman, y Cloridán, tras de su amigo.
Andan hasta llegar á un sitio raso,
Do, en rojo lago, ven del enemigo
Entre escudos, y lanzas y caballos,
Cadáveres de reyes y vasallos.

CLXXXIII.

Allí de cuerpos tal mixtura había,
Por la extensión de la fatal laguna,
Que á la pareja fiel tener podría
Hasta el día en fatiga inoportuna,
Á no sacar de entre una niebla fría
De Medoro á la prez su faz la luna.
Él en el cielo píamente fijo,
Contemplando su disco, así la dijo:

CLXXXIV.

«Triforme Dea [21], que en tus artes diestras
Eres de nuestra raza inspiradora;
Y en cielo y tierra, y en el Orco muestras
Tu hermosura, en tres faces, seductora:
Y de las fieras, en las selvas nuestras
Vas las huellas siguiendo cazadora;
Muéstrate do mi Rey yace entre tantos,
Él, que en vida siguió tus usos santos.»

CLXXXV.

La nube abrió la luna al dulce ruego,
Ó fuese por azar, ó al ver fe tanta,
Bella como la vez que al dulce fuego
De su pastor desnuda se adelanta [22].
Á esa luz todo el campo se ve luego:
Pues la espesa neblina se levanta:
Se ve París, y el monte más lejano:
Mártir á un lado, y Leri á la otra mano.

CLXXXVI.

Mas la luz refulgió muy más luciente
Do están de Dardinelo los despojos.
Medoro allí á su Rey corrió vehemente
Que los colores vió blancos y rojos ,
Y su frente regó con lloro ardiente
Que vertían los ríos de sus ojos,
Con tan triste ademán , tales lamentos,
Que movieran á oirlos á los vientos.

CLXXXVII.

Los lanzaba con voz casi no oída:
Y no porque le asusta ser sentido
Pensando en el peligro de su vida,
Que antes está ya de ella aborrecido,
Sino porque no sea hora impedida
La empresa que hasta aquí los ha traído :
Así, pues, en sus hombros van poniendo
Al muerto Rey, su peso compartiendo.

CLXXXVIII.

De prisa caminar les aconseja,
Bajo la carga, que su pecho aflige ,
Que el dueño de la luz los mares deja,
Y á disipar las sombras se dirige.
Zerbino en esto, á quien el sueño aleja
Alta virtud, cuando el deber lo exige,
Toda la noche al Moro perseguía ,
Y al campo, al despuntar la luz, volvía.

CLXXXIX.

Varios guerreros que con él llevaba,
Vieron á los que el cuerpo iban cargando:
La tropa á un lado y otro se inclinaba,
Presa ó botín doquiera procurando.
«Fuerza es, hermano (Cloridan clamaba),
Soltar la carga y escapar volando;
Que sería un error grande, por cierto,
Perder dos vivos por salvar un muerto.»

CXC.

Y la carga soltó, porque creía
Que lo mismo su amigo ejecutase;
Sin pensar que el que en tanto la tenía,
Toda sobre su espalda se la echase.
Cloridán con veloces pies corría,
Creyendo que á Medoro atrás llevase.
Si supiera que queda de esa suerte,
Mil hubiera arrostrado, no una muerte.

CXCI.

Los guerreros, que ven ya manifiesto
Que esos han de morir ó de rendirse,
En dos alas tendiéndose, muy presto
Toman los pasos por do puedan irse,
Y el Capitán aún más se halla dispuesto
Á impedir el que puedan evadirse;
Que observando el terror que los azora,
De que son enemigos se cerciora.

CXCII.

En ese tiempo era en aquel terreno
Bosque umbroso de espesos matorrales,
Que intrincado y de bajas plantas lleno,
Sólo es paso á silvestres animales;
Los dos Moros salvarse allí en su seno
Piensan, entre las matas y jarales....
Pero si de mis versos tenéis gusto,
Que esperéis á otro canto será justo.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO DÉCIMONONO.

Matan á Cloridán : Medoro , herido ,
Próximo está á sufrir el postrer daño :
Mas por la bella Angélica es servido ,
Á quien arrastra Amor con dulce engaño.
Marfisa y sus amigos han sabido
Del reino femenil el rito extraño :
Á nueve mata , y con Guidón sostiene
La lid hasta que al fin la noche viene.

ORLANDO FURIOSO

CANTO DÉCIMONONO.

I.

No sabe nadie de quién es amado
Cuando le alza en su rueda la fortuna:
Que el bueno y falso amigo está á su lado,
Y le cercan de amor todos á una:
Mas si luego en fatal cambia su estado,
La turba adulatriz ya no importuna,
Y sólo el que es leal, sincero, fuerte,
Amará á su Señor en vida y muerte.

II.

Tal hay á quien el Rey no considera:
Tal que goza en palacio gran valía:
Si como el rostro el corazón se viera,
En que leer el Príncipe podría,
Entonce el desdeñado el mejor fuera,
Y el soberbio su orgullo humillaría:
Pero vuelvo á Medor, que agradecido
En vida y muerte á su Monarca ha sido.

III.

Buscando va, del bosque en la espesura,
El mancebo gentil cómo ocultarse:
Mas el peso que lleva asaz le apura,
Y no sabe qué hacer para salvarse.
Ignora el giro de la selva oscura,
Y llega entre las zarzas á enredarse.
Lejos dél, entre tanto, el otro gira
Libre, escueto; y seguro ya se mira.

IV.

Do Cloridán llegó, ya no se siente
El ruído y gritos del tropel armado:
Mas cuando nota á su Medoro ausente,
Piensa que el alma atrás se le ha quedado.
« ¡Ah! (dice). ¿Cómo fui tan negligente,
Que aquí me vine sin traerte al lado?
¿Cómo, en mi vil temor, no he conocido
Cuándo y dónde, Medoro, te he perdido?

V.

Así diciendo, en la intrincada vía
Otra vez de la selva se embaraza;
Y volviendo al lugar de do venía,
De la muerte á buscar vuelve la traza:
De los caballos oye todavía
El galope, y los gritos, la amenaza;
Y al fin á su Medoro ve cansado,
Sólo, á pie, de jinetes rodeado.

VI.

Todos ciento le cercan : y Zerbino
Manda que sin matarle sea preso.
Medoro se defiende, y va mezquino
Cubriéndose á favor del bosque espeso,
Ora tras una encina , un olmo , un pino,
Siempre llevando el tan querido peso,
Hasta que exhausto entre el fragor le deja,
Y en torno va saltando y no se aleja;

VII.

Cual osa á quien alpino cazador
En su oscura caverna haya asaltado,
Que cubre á sus cachorros con temor,
Y muge en son de rabia y de cuidado;
Y si la excita el natural furor
Á ver su garra y labio ensangrentado:
Aunque el odio la empuja, amor la tira,
Cuando tremante á sus hijuelos mira.

VIII.

Cloridán, que á ayudarle se dispone,
No ve el modo; y con él morir intenta:
Pero morir matando se propone:
Cubre á Medoro, y con el árbol cuenta;
Tiende el arco en que aguda flecha pone;
Y la lucha con arte tal sustenta,
Que á un Escocés traspásele el cerebro,
Y flecha y sesos clava en un enebro.

IX.

Vuélvense los demás á aquella punta
De do partiera el cálamo homicida,
Y otro en tanto el veloz arquero apunta
Que á un jinete mayor quita la vida;
Al cual, mientras á todos les pregunta
De do vino la aleve acometida,
Sin dar tiempo á que más la boca abra,
Llegó el dardo á truncarle la palabra.

X.

Aquí Zerbino, por marcial decoro,
Sufrir más no pudiendo su paciencia,
Lleno de enojo se avanzó á Medoro,
Diciendo: «Tú tendrás la penitencia.»
Y echando mano á los cabellos de oro,
Trájole á sí con sin igual violencia:
Mas cuando ve la faz que amor retrata,
Le asalta la piedad, y no le mata.

XI.

Y el jovencillo rompe en dulce ruego,
Y le dice: «Señor, por el Dios tuyo,
No contra mí te arrastre furor ciego.
Cristiano, ese es mi Rey: el cuerpo suyo
Déjame sepultar; mátame luego;
Que no pretextos por salvarme arguyo:
La vida mi lealtad sólo procura
Hasta que á mi Señor dé sepultura.

XII.

»Y si dar pasto humano á brutos sabes,
Siguiendo el arte del feroz Creonte,
Dales mis miembros á tus fieras aves,
Y dé yo tierra al que nació de Almonte.»
Así Medoro con palabras suaves,
Y acento que ablandar pudiera á un monte,
Tan á fondo á Zerbino conmovía,
Que todo de piedad y afecto ardía.

XIII.

Mas de repente un bárbaro villano,
De esos que del honor son el cuchillo,
Á atravesar movióse lanza en mano
Al que rogaba con decir sencillo.
Horror causó á Zerbino el golpe insano,
Viendo que al torpe empuje el jovencillo
Caía tan exánime y tan yerto,
Que ni un punto dudó que fuese muerto.

XIV.

Y de tal modo se irritó y dolióse,
Que gritó: «¡ Aleve, la venganza es mía!»
Y con ímpetu fiero disparóse
Contra el jinete de la acción impía:
Mas, tomada ventaja, aquél huyóse,
Y se perdió por la intrincada vía.
Cloridán, que á Medoro ve por tierra,
Salta del bosque á descubierta guerra.

XV.

El arco arroja, y en furor ardiendo,
Entre todos la espada en rueda gira;
Más por morir, que por pensar que, hiriendo,
Iguale su venganza á su gran ira.
Solo, entre espadas ciento, enrojeciendo
Ya los jarales va; y así que mira
Que la vida le falta, consolado
Caer se deja de Medoro al lado.

XVI.

Cuando dejan al uno y otro Moro,
Éste muerto y aquél viviendo apenas,
Siguen los Escoceses, con desdoro,
De su torpe rapiña las faenas;
Tiempo harto estuvo el infeliz Medoro
Tanta sangre vertiendo de sus venas,
Que muerto hubiera en soledad desnuda,
Á no llegar allí quien le dió ayuda.

XVII.

Llegó, en efecto, á punto una doncella
En traje humilde y pastoril vestida,
Mas de presencia regia, de faz bella,
Y en modales honesta y distinguida;
Que si yo no dijese quién es ella,
De vosotros no fuera conocida.
Era Angélica, en fin, la muy hermosa,
Del Gran Khan de Tartaria hija orgullosa.

XVIII.

Cuando ella recobró su anillo caro,
De que antes el traidor Brunel la priva,
Su orgulloso tesón se hizo tan raro,
Que parece que al mundo entero esquiva.
Se anda sola, y desdeña hasta el amparo
Del más grande campeón que entonces viva:
Ni quiere recordar que por su amante
Tuvo á Orlando, y después á Sacripante.

XIX.

Y lo que más la tiene arrepentida,
Es que un día á Reinaldo amado hubiera,
Juzgándose del todo envilecida,
Porque tan bajo su mirar pusiera.
Amor que vió altivez tan desmedida
No quiso que más tiempo la ejerciera,
Y en guardia puesto, do Medoro estaba,
Tendió en el arco un dardo de su aljaba.

XX.

Cuando Angélica al joven tan maltrecho
Vió yacer, casi en brazos de la muerte,
Y por darle á su Rey el postrer lecho
La vida así perder con alma fuerte,
Insólita piedad la entró en el pecho
Por desusada vía, de tal suerte,
Que el duro corazón le tornó blando,
Mientras le fué sus cuitas escuchando.

XXI.

Y trayendo á la mente aquella ciencia
Que en la India aprendió, do se acredite
En los nobles el uso y la excelencia
Del que en médicas artes se ejercite;
Que, sin hojear de libros, es herencia
Que de padres á hijos se trasmite,
Se dispuso á probar si con tal hierba,
Que ella sabe, la vida le conserva.

XXII.

Y recordando que, á su paso, había
Visto una planta, en una valle amena,
Que Panacea ó Dítamo sería
Ú otra, de las virtudes mismas llena,
Que la sangre restaña, y de la impía
Llaga mitiga el mal, calma la pena,
No lejos fué á buscarla; y su tesoro
Recogido, con él volvió á Medoro.

XXIII.

Á la vuelta, á un pastor vió que corría
Por el bosque á caballo, procurando
Hallar una novilla que, sin guía,
Ya dos días del hato está faltando;
Y consigo le trajo á do perdía
La luz Medoro, sangre derramando;
Que ya con tanta el suelo ha humedecido,
Que está muy cerca del postrer gemido.

XXIV.

Angélica al pastor merced pidióle,
Y dél servida con maneras francas,
El tallo machacó, luego esprimióle;
Y puesto el jugo entre sus manos blancas,
Bañó con él la herida, y refrególe
Por el pecho y el cuerpo hasta las ancas;
Y la virtud extraña del licor
Paró la sangre y le volvió el vigor,

XXV.

Logrando que subiese á la montura
Que hasta aquel sitio el buen pastor condujo:
Mas Medoro no quiso á la ventura
Dejar el cuerpo real que allí le trujo;
Y á Cloridán con él dió sepultura,
Y después á seguirlos se redujo;
Que ella también, por ímpetu piadoso,
Entró en la choza del pastor bondoso.

XXVI.

Y hasta que no le vea en sanidad,
Partir no quiere. ¡Tanto ya le estima!
¡Tanto ha entrado en su pecho la piedad
Desque le halló muriente la vez prima!
Luego que vió sus modos, su beldad,
El efecto sintió de sorda lima,
Que el corazón royendo poco á poco,
Ardióle el pecho en amoroso foco.

XXVII.

Vive el pastor, en amplia casa y bella,
En el bosque, entre dos lomas plantada,
Con su esposa y sus hijos; y es aquella
Nueva y ha poco tiempo edificada.
Allí á Medoro fué por la doncella
La llaga en breves días bien curada:
Pero en plazo aún menor, mayor herida
Sintió en medio del pecho dolorida.

XXVIII.

Herida más terrible y más profunda
Sintió en el alma, de no visto dardo,
Que de la faz y testa rubicunda
Amor la envía del doncel gallardo.
Cada vez más y más el fuego abunda;
Y su afán en la cura es menos tardo,
Del mal ajeno que del suyo, atenta
Sólo á aquél, no al que vivo la atormenta.

XXIX.

Y se abre más su llaga y se encrudece,
Cuanto estrecha la otra cada día.
Sana el mancebo, y ella languidece,
Y en nueva calentura arde ó se enfría.
La belleza de aquél viva florece:
Se ablanda la infeliz, cual en la vía
La nieve, si su capa le deshace
El sol cuando ya férvido renace.

XXX.

Si en deseos al fin no ha de abrasarse,
Fuerza será que los estorbos quite;
Y la infeliz resuelve adelantarse
Sin siquiera aguardar que se la invite.
Roto, pues , todo freno , declararse
La lengua tras los ojos , se permite :
Y pide curación del golpe airado
Á aquel que , sin saberlo , se lo ha dado.

XXXI.

¡Oh conde Orlando ! ¡Oh rey de Circasía !
Vuestro insigne valor, ¿qué influjo prueba?
Tanto honor, tal amor , ¿de qué os servía?
¿Y qué pago el servicio vuestro lleva?
Una muestra decidme , leve , fría,
Que os diera esa mujer , antigua ó nueva,
Por merced , ó por premio , tan ganado,
De cuanto habéis por ella trabajado.

XXXII.

¡Oh si volver pudieras á estar vivo ,
Cuánto te fuera atroz , rey Africano;
Tú , que sufriste su desdén esquivo,
Su fiero orgullo , su rigor tirano!
¡Oh Ferraud! y ¡oh tantos , que no escribo
Que hicisteis altas pruebas tan en vano,
Por esta ingrata! ¡Oh cuánto á la altanera
Ver en ajenos brazos os doliera!

XXXIII.

Dejó al doncel coger la primer rosa,
Angélica, que pruebas sufrió tantas,
Pues persona no fué tan venturosa,
Que sembrara en aquel jardín sus plantas.
Hoy por vestir de honestidad la cosa,
Se celebró con ceremonias santas:
Del matrimonio el áuspice [1] fué Amor,
Y prónuba la esposa del pastor.

XXXIV.

Bajo su techo hiciéronse, sin brillo,
Las fiestas que pudieron celebrarse,
Pasando un mes en el hogar sencillo
Los dichosos amantes en gozarse.
Nada más ve que al caro jovencillo
La dama que no puede dél saciarse;
Pues por más que á su cuello esté colgada
Día y noche, su sed no ve aplacada.

XXXV.

Cuando iba al campo ó en la estancia estaba,
Por la noche, á su esposo tiene al lado;
Á la mañana el Zéfiro buscaba:
Al mediodía el bosque y verde prado;
Y por la tarde un antro los celaba,
Quizá de no menor cómodo agrado
Que aquel do, huyendo de la lluvia, Dido
Dió á Eneas muestra de su amor cumplido.

XXXVI.

Entre tan dulce amar, tan infinito,
Doquier que un árbol viese, un cristal puro,
Ya con punta de fierro ó de granito,
En el vidrio, en corteza, en mármol duro,
En partes mil y mil dejaba escrito
De las piedras, los árboles, el muro,
Angélica y Medoro, al ver de todos,
Formando cifras de infinitos modos.

XXXVII.

Cuando el debido término ha llegado,
Volverse quiere á su natal vivienda,
Del Catay en el límite apartado,
Y del cetro á Medoro le hace ofrenda.
Un cerco de oro al brazo lleva, ornado
De ricas piedras, testimonio y prenda
De lo mucho que Orlando la quería,
El cual por largo tiempo usado había.

XXXVIII.

Ese era el que Morgana dió á Cilante [2]
Mientra en el lago conservó al mezquino;
El que luego á su padre Monodante,
Por obra y por virtud de Orlando, vino:
Donóle á éste aquél, y el Conde amante
Lo retuvo en su brazo, con destino
Á ofrecerlo, en señal de acatamiento,
Á esta su Reina, de quien ora os cuento.

XXXIX.

No por afecto al Paladino, cuanto
Porque era de artificio y valor regio,
Á Angélica le fué precioso tanto,
Que le estimó por su joyel egregio.
Le ceñía en la Ínsula del Llanto;
Y no sé por cuál arte ó privilegio,
Le salvó de la gente inicua y ruda
Que en el Peñón la encadenó desnuda.

XL.

No hallando, pues, entonces otra cosa
Que á la consorte del pastor la diera
Por la ayuda de aquel, tan generosa,
Desde que á su morada se acogiera,
Quitóse el cerco y dióselo afectuosa,
Porque en memoria suya lo tuviera;
Y partieron después á la montaña
Que divide la Francia de la España.

XLI.

En Valencia, ó mejor en Barcelona,
Detenerse resuelven más de un día,
Hasta ver si un bajel se proporciona
Que haga á extremo Levante travesía.
Brillar vieron la mar junto á Gerona,
Al dejar de los montes la alta vía,
Y llegaron, ganando á izquierda trecho,
Á Barcelona por ramal derecho.

XLII.

Mas antes de llegar ven á un furioso,
Que entre la arena vive y se mantiene,
Y, cual cerdo, enlodado y asqueroso
Todo el cuerpo de arriba á bajo tiene.
Ese á ellos lanzóse, cual moloso
Que á algún desconocido á asaltar viene,
Y harto recelo les causó y disgusto....—
Mas que atrás vuelva por Marfisa es justo.

XLIII.

De Marfisa, de Astolfo y de Aquilante
De Grifón y los otros decir quiero,
Que teniendo la muerte ya delante,
Se miraban por presa del mar fiero,
Que, cada vez más alto y arrogante,
Amenaza bramando al orbe entero;
Y después de llegar el tercer día,
Ni un punto sosegarse parecía.

XLIV.

Rompe castillo y borda la potente
Ola implacable que la nave azota,
Y si algo deja, el nauta prontamente
Á hachazos lo derriba, al mar lo bota.
Uno está en su cubil, baja la frente,
En un plano marcando la derrota:
Otro á la luz de lámpara mezquina,
Registrando está abajo la sentina.

XLV.

Éste sobre la popa, aquél á prora,
Del cuadrante al horario se revuelve,
Observando, de media en media hora,
Cuánto anduvo, y á do la punta vuelve.
Cada cuál, con la carta al frente ahora,
Junto al mástil, su cálculo resuelve,
Allí, donde es llamado mozo y viejo,
Por el Patrón, á celebrar consejo.

XLVI.

Quién exclama: «En los bajos esparcidos
De Limisol [3] que estamos considero.»
Quién: que están en los fondos ya metidos
Do las naves engulle el hervidero.
Quién: «En Satalia [4] estamos y perdidos.»
Lo que asusta al cuitado marinero.
Cada cuál su opinión así sustenta,
Y gran temor á todos atormenta.

XLVII.

Al tercer día el viento más deshecho
Brama, y se irrita el mar con furia nueva,
Y aquél pedazos el trinquete ha hecho,
Y éste timón y timonel se lleva.
Bien es de fuerte y de marmóreo pecho
Quien hoy no cede á la terrible prueba;
Marfisa, de alma tan templada y dura,
No negó que esa vez sintió pavura.

XLVIII.

Se promete al sepulcro ir peregrino:
Á Compostela, á Montserrat, á Roma,
Al Siná y á la Virgen del Ettino,
Y á cuanto por más sacro el hombre toma.
En tanto al barco el cielo está vecino,
Ó á su proa el más hondo abismo asoma,
Y así el Patrón, en lucha tan violenta,
Desarbolar por lo más útil cuenta.

XLIX.

Palos y cuanto ve de peso grave,
Cámaras, muebles, ropas que re vuelve,
Y rica mercancía, arrojar sabe
Á la avidez del mar que los envuelve;
Y el uno atiende á desaguar la nave,
Y con la bomba el mar al mar devuelve,
Y el otro en la bodega une y martilla
La abierta tabla y clava una costilla.

L.

Estuvieron en tal trabajo y pena
Por cuatro días, sin ganarse nada;
Y obtuviera la mar victoria plena,
Si un poco más siguiera así irritada;
Mas anuncio de cara más serena
De San Telmo [5] les dió la luz amada;
Que, como antena, ni árbol hay supino,
Á ponerse en un hueco á proa vino.

LI.

Al ver de la alma luz brillar la faz,
De rodillas están los navegantes,
Pidiendo á Dios que el mar les dé ya paz,
Con voz humilde y pechos palpitantes.
La borrasca cruel que pertinaz
Hasta allí fué, paró la furia de antes;
Y el Mistral [6], de través no les aqueda,
Y el Líbico por dueño del mar queda.

LII.

Él sólo dominando está potente,
Y el aire que su ardiente boca exhala
Empuja con tal fuerza la corriente
Del hondo mar, en que impetuoso cala,
Que conduce al bajel más velozmente
Que mueve halcón tras de la garza el ala;
Y teme el nauta que hasta el fin del mundo
No le lleve, ó sumerja en lo profundo.

LIII.

Á eso el Patrón muy pronto satisface,
Y por la popa hace lanzar la espera [7],
Como puede mejor, y pruebas hace
Para acortar dos tercios su carrera.
Lo cual, y el augurar que tanto place,
De la luz, que en la proa reverbera,
Sacó al bajel del formidable apuro,
Y le llevó por alta mar seguro.

LIV.

De Layazo en el golfo, que sulcaba,
De pronto gran ciudad han descubierto,
Y tan cerca están ya, que se observaba
Con dos castillos el cerrado puerto.
Cuando la triste ruta que llevaba
El Patrón conoció, quedóse yerto:
Que ni en la rada penetrar quería,
Ni estarse al pairo [8], ni zarpar podía.

LV.

No en la mar puede estar, ni puede huir:
Palos y antenas á la mar lanzados,
Tablas, cordaje y trabes, del batir
De las olas, del todo destrozados.
Tomar el puerto era querer morir,
Ó quedar para siempre esclavizados;
Que allí la gente que á llegar acierta,
Es sin remedio prisionera ó muerta.

LVI.

Era el estar perplejo en tal paraje
Exponerse á que vengan desde tierra
Armadas lanchas, prestas al pillaje,
Sin poderlas hacer defensa y guerra.
Mientra el Patrón vacila, en tal ambaje,
Le pregunta el buen duque de Inglaterra
Por qué así se mantiene caviloso,
Y no toma aquel puerto presuroso.

LVII.

Y el Patrón le refiere que esa riba
De homicidas mujeres es poblada;
Y por antigua ley, al que allí arriba
Le hacen esclavo, ó danle muerte airada;
Y que esa triste suerte sólo esquiva
Quien á diez bravos rinde en estacada,
Y de noche después corona el hecho,
Gozando á diez doncellas en el lecho.

LVIII.

Si en la primera su gestión se aprueba,
Mas no consigue andar la otra jornada,
Muere, y la tropa que consigo lleva,
Al servicio más vil es destinada;
Pero si vence en una y otra prueba,
Ver consigue á su gente libertada,
Menos al que á marido se prefija
De diez mujeres, que á su gusto elija.

LIX.

No puede el duque Astolfo oir sin risa
De aquella tierra el proceder tirano:
Sansoneto también, luego Marfisa
Se acercan, y Aquilante con su hermano;
Y el patrón igualmente les avisa
De por qué de ese puerto está lejano.
«Antes quiero (decía) ser sumido
Por la mar, que en cadenas oprimido.»

LX.

Son del dictamen suyo partidarios
El rico mercadante, el nauta oscuro:
Mas Marfisa y los suyos son contrarios,
Que más que el agua el suelo hallan seguro;
Y más que mil espadas de adversarios
El furor de los mares les es duro:
Y ni ese sitio ni otro les da nada,
Como pueda jugar libre la espada.

LXI.

Los bravos ir ansiaban á la arena,
Y es de los cinco el Duque el más ansioso:
Que sabe bien cómo su cuerno suena,
Y pone en fuga á pueblo numeroso.
Una parte el entrar allí condena;
Otra lo anhela: el caso está dudoso:
Mas la fuerte, de modo tal lo exige,
Que el Patrón hacia el puerto se dirige.

LXII.

Ya cuando antes llegaron á la vista
De la ciudad y fueron descubiertos,
Una galera, armada y bien provista
De chusma y marineros muy expertos,
Iba al bajel, cuyo exterior contrista,
Si dentro estaban de su estado inciertos.
La proa á su gran popa aquella atando,
Fuera del duro mar la fué llevando.

LXIII.

En el puerto espacioso entró segura
La nave y por el cable era llevada
Y los remos, que ya la arboladura,
Por el mar, con las lonas, fué tragada.
Los guerreros en tanto la armadura
Toman y el yelmo y su leal espada;
Y al Patrón y á los otros les exhortan,
Y esperanza les dan y les confortan.

LXIV.

Hace el puerto á manera de gran luna,
Y el cerco cuatro millas tiene, y cuenta
Seiscientas en su boca, y cada una
De sus puntas en alta roca asienta.
No teme al tiempo ni á embestida alguna,
Mas que del Este, y nunca muy violenta,
Y á modo de teatro allí se extiende
La villa en arco, y á un collado asciende.

LXV.

No bien prueban del puerto la bonanza,
Corre el aviso al largo de la tierra.
Salen seis mil mujeres con la lanza
Ó el arco en mano, en actitud de guerra,
Y quitan de la fuga la esperanza;
Que entre una y otra roca el mar se cierra
Con cadenas y naves, que, al intento
Preparadas, se tienden al momento.

LXVI.

Una, que de Héctor á la madre [9] en años,
Ó á la Cúmea Délfica [19] igualaba,
Llamar hizo al Patrón, y los extraños
Ritos le dijo, y si en morir estaba
Ó padecer de esclavitud los daños,
Como en ellos de antiguo se ordenaba,
Y que eligiese entre una y otra suerte:
Ó ser esclavos, ó sufrir la muerte.

LXVII.

Aunque si algún varón entre ellos era
De brío tanto, y natural tan fuerte,
Que de sus bravos contra diez pudiera
En tela combatir y darles muerte;
Y luego con diez hembras consiguiera
De marido servir, con buena suerte,
Ese allí por su Príncipe tendrían,
Y á los demás la libertad darían.

LXVIII.

Donde la vieja hallar temor pensaba,
Halló brío y soberbia manifiesta;
Que, con orgullo, cada cuál llevaba
En la victoria la esperanza puesta.
Sólo Marfisa, aunque tan fuerte y brava,
Mal pudiera servir en la otra fiesta:
Pero, lo que no alcance su natura,
De que lo hará su espada está segura.

LXIX.

Encargóse al Patrón de la respuesta
(Resuelta entre ellos en marcial consejo),
De que hay allí quien á cumplir se arresta
En el campo y el lecho el rito añejo.
Sueltan los cables, y el piloto apresta
Del levadizo puente el aparejo;
Y por él salen los amigos fieles
Con sus brillantes armas y corceles.

LXX.

Y van por la ciudad con gallardía;
Y allí ven á las hembras altaneras
Por doquiera en ecuestre correría,
Ó asistiendo en la plaza cual guerreras;
Que á los hombres no aquí se permitía
El arte y uso de las armas fieras,
Sino á diez solamente, por respeto
Al rito á que el país viene sujeto.

LXXI.

Los demás, á la aguja, al peine, al huso,
Y á coser y lavar viven forzados,
Y en traje femenil, y tan profuso,
Que los ata y los vuelve afeminados;
Y otros hay con cadena, y en el uso
De arar y echar al pasto los ganados.
Pocos los hombres son, que apenas ciento
Por cada mil mujeres da el recuento.

LXXII.

Los guerreros, queriendo que la suerte
Decida, entre ellos cuatro, el que seguro
Á los diez en la tela dé la muerte,
Y luego hiera en campo menos duro,
Contar no quieren con la virgen fuerte,
Viendo cuál se hallaría en el apuro
De la terrible noche postrimera,
Para cuyo combate apta no era.

LXXIII.

Mas quiso con los otros ser sorteada,
Y la suerte tocóle á la doncella,
Que les decía: « Es el tener ganada
La libertad nuestra primer querella:
Luego, por esta (y les mostró la espada)
Os aseguro que, confiando en ella,
Sabré cortar el más difícil nudo,
Como Alejandro el suyo cortar pudo.

LXXIV.

»No quiero que haya nunca caminante
Que vuelva á soportar esta ley dura.»
Dijo, y no puede el grupo militante
Quitarle lo que diole la ventura.
Dejan, pues, á su espíritu arrogante
Que corra de las armas la aventura;
Y ella, vestida de luciente malla,
Presentóse en el campo á la batalla.

LXXV.

Tiene una plaza el espolón de tierra,
Con vasta gradería en ella inclusa,
Que sólo en casos, como aquél, de guerra,
Ó en fiesta ó juego militar, se usa.
Con cuatro puertas de metal se cierra;
Y allí la muchedumbre va confusa
De armígeras mujeres, y se avisa,
Para que entre con ellas, á Marfisa.

LXXVI.

En un tordo caballo entró altanera,
De anca y pecho mosqueado á maravilla:
De cabeza pequeña, vista fiera,
De soberbio pisar, de ancha costilla.
Por la alfana más bella y más ligera
Que tenía entre mil, con freno y silla
Eligióla en Damasco, y por presente
Se la dió el Rey, ornada ricamente.

LXXVII.

De Mediodía, y por la puerta de Austro,
Entró Marfisa; y no bien vista ha sido,
Cuando oyó resonar ya por el claustro
De clarines y trompas el tronido;
Y venir luego, de hacia el frío Plaustro [11],
Á sus diez nobles contendientes vido.
El primer lidiador, que iba á la diestra,
De valer por los nueve aspecto muestra.

LXXVIII.

Ese entró en un bridón que, si reservo
La frente y el derecho pie, tenía
La piel tan negra como el ala el cuervo,
Si escasos pelos blancos descubría.
Del color del caballo, luto acerbo
Parece que se viste, y que decía:
«Como ese poco blanco, en negro tanto,
Así es mi risa al lado de mi llanto.»

LXXIX.

De la batalla, en fin, dada la seña,
De nueve lanzas el rejón se abate;
Porque aquel de lo negro se desdeña
De compartir tan desigual combate;
Y á la ley vil faltar menos le empeña,
Que á la de noble, que en su pecho late,
Se aparta, pues, á un lado á ver cuál pruebe
Un brazo sólo que combate á nueve.

LXXX.

El corcel, que el galope tiene suave,
Llevó á Marfisa rápida y directa,
Y su diestra enristró lanza tan grave,
Que cuatro apenas la pusieran recta.
Esa entre otras entenas de la nave,
Al salir la escogió por más perfecta.
Al fiero aspecto con què al choque vuele,
No hay ningún corazón que no se hiele.

LXXXI.

Al que primero hirió le pasó el pecho,
Cual si el triste llevárale desnudo,
Y todo el peto le dejó deshecho,
Y antes un grueso bien ferrado escudo:
Tras la espalda una braza el fierro ha hecho
Salir rojo, que el golpe fué tan crudo:
Y le tiró ensartado así en la lanza,
Y espada en mano á los demás se avanza.

LXXXII.

Y un golpe de revés tiró al segundo
Y otro de punta al que detrás venía;
Con que á entrambos dejar hizo este mundo
En menos que se dice ¡Ave María!
¡Tan rápido fué el choque furibundo,
Y tan estrecho aquel tropel corría!
Mas Marfisa en romperlo es menos tarda,
Que en abrir gruesa nave gran bombarda.

LXXXIII.

Varias picas en ella rotas fueron;
Y tanto á aquellos golpes se conmueve,
Cuanto robles fornidos se movieron,
Del Favonio de Abril al soplo leve.
Su coraza era tal, que no pudieron
Dejar en su exterior rasguño breve;
Pues su armadura toda es encantada,
Y en agua de la Estigia está templada.

LXXXIV.

Al fin del campo la carrera acorta,
Y arremete á la escuadra ya indecisa,
Á quien lluvia de tajos fiera aporta:
Se baña en sangre, y rompe, hiende y pisa,
Y á ese la diestra, á aquel la testa corta;
Y á un infeliz le hiere de tal guisa,
Que, dividido el cuerpo en dos pedazos,
Va á tierra el busto con cabeza y brazos.

LXXXV.

Lo partió (digo) con igual mensura
Entre las partes bajas y supinas;
Y le hizo aparecer media figura,
Como suele, ante imágenes divinas,
Exponerse, de cera ó plata pura,
Por las gentes del pueblo ó las vecinas,
Que llegan con espíritus devotos
Á presentar sus prometidos votos.

LXXXVI.

Á uno, que huyendo va, de coger trata,
Y á media plaza alcánzale al momento,
Y le aterra, y de modo le maltrata,
Que ya no ha menester medicamento.
En suma, uno tras otro, á todos mata,
Ó hiere hasta turbarles el aliento,
Segura de que alzarse de la tierra
No han de poder á darla ya más guerra.

LXXXVII.

Hasta aquí siempre á un lado el caballero
Estuvo que á los otros conducía;
Porque oponerse tantos á un guerrero
Tuvo por vil acción, cual ya os decía.
Ora que vió por tierra el grupo entero,
De una espada no más por la valía,
Salió al palenque, por mostrar que ha estado
Sólo por cortesía así apartado.

LXXXVIII.

Y con la mano hace señal que intenta
Algo, que pide la ocasión, decir,
Y sin pensar que aspecto de tal cuenta
Á una virgen hubiera de encubrir,
La dice: «Campeador, lid tan cruenta
Tus fuerzas ha debido de rendir;
Y fuera poco digno de mi parte
Querer con otra lucha fatigarte.

LXXXIX.

»Que reposes es justo hasta el sol nuevo,
Y que mañana lo que valgo pruebes:
Que no ha de serme honroso si hoy te llevo
Á lidiar, cuando lacio estar ya debes.»
«El trabajo más duro no me es nuevo,
Ni me causan fatiga luchas breves
(Dice Marfisa); y á tu costa aguardo
Que el testimonio fiel no sea tardo.

XC.

»Gracias te doy por tu cortés oferta:
Mas aún no he menester tomar reposo,
Y lejos ve de Ocaso el sol la puesta,
Y no está bien perder el día ocioso.»
Y el otro le responde: «Al mío acierta
Á complacer tu gusto generoso.
Saciarle sabré yo: mas teme alumbre
De sobra para ti del sol la lumbre.»

XCI.

Dice, y manda traer, con faz adusta,
Dos lanzas como antenas de galera;
Hace á Marfisa dar la más robusta,
Y para sí destina la postrera.
Ya dispuestos están para la justa:
Ya la usada señal sólo se espera,
Y ve aquí que la trompa rasga el viento,
Y rompen los corceles al momento.

XCII.

Mover los ojos, alentar la boca
No se ve ya de circunstante alguno:
¡Tanto á observar á quién la palma toca
De la lucha, está atento cada uno!
Marfisa pone voluntad no poca
En que muera de un golpe el de lo bruno;
Y otra tanta á su vez el bruno fuerte
Pone en dar á Marfisa pronta muerte.

XCIII.

Ambas lanzas, de blanda cortecilla
Dirías, no de roble poderoso;
¡Así los troncos van hechos astilla!
Fué el choque á los caballos tan penoso,
Cual si de pronto rápida cuchilla
Les cortara el jarrete vigoroso.
Á tierra van los dos: mas los arzones
Súbito abandonaron los campeones.

XCIV.

Marfisa á mil guerreros en su vida
Hizo el suelo besar, mientras cual roca,
Jamás de los arzones fué movida,
Hasta este día en que caer le toca;
Del caso, pues, tan raro, sorprendida,
Estuvo casi por volverse loca;
Y otro tanto ocurrióle al caballero,
Que no suele rodar tan de ligero.

XCV.

Apenas tocan la movible arena,
En pie ya están, y vuelven al asalto;
Allí de tajo y punta el golpe suena,
Aquí lo para escudo, quite, ó salto.
Que no alcance, ó que llegue en fuerza plena,
Se alza, con él, rumor que sube al alto;
Sus corazas, sus yelmos, sus escudos,
Muestran que no los yunques son más rudos.

XCVI.

Si el brazo pesa asaz de la guerrera,
Lo que el del bruno es fuerte se concibe,
Y que una igual balanza los midiera,
Pues cuanto el uno da, tanto recibe.
Quien dos tremendas almas hallar quiera,
No salga de estos dos, que en ellos vive:
No busque fuera ardor, fuerza indomable,
Que está en los dos cuanta en el mundo es dable.

XCVII.

Las mujeres, que tiempo asaz contaran
Tanto golpe feroz que el aire hiende,
Y que en los combatientes no reparan
De cansancio señal, todas, por ende,
Los más grandes guerreros los declaran
De por cuanto en su abrazo el mar se extiende,
Al ver que si tal brío no tuvieran,
Sólo de esa fatiga perecieran.

XCVIII.

Marfisa, discurriendo, se decía:
«Vínome bien que quieto se estuviese;
Que yo en la lid de cierto moriría,
Si de los otros ayudado fuese,
Pues apenas logró la fuerza mía
Que á la suya sin par yo reprimiese.»
Pero, aunque así discurre, no su espada
Por eso ni un instante está parada.

XCIX.

«Bien me vino (también decía el bruno)
Que este audaz reposar no haya querido;
Si apenas hoy me da respiro alguno,
Hoy que tanta batalla ha sostenido,
Si contra mí de lid volviera ayuno,
¿Qué me hubiera mañana acontecido?
El destino, en verdad, no me fué esquivo,
En que mi oferta desechase altivo.»

C.

Sin que ventaja entre ambos se advirtiera,
Duró más que la luz el trance duro.
¿Cómo, pues, cada cuál parar pudiera,
Ni herir, en medio del ambiente oscuro?
Y ese ya encima, á la sin par guerrera
El cortés lidiador dijo seguro:
«¿Qué haremos, cuando con igual fortuna
Nos coge ya la noche inoportuna?

CI.

»Mejor será que de guardarte trates
Al menos hasta ver el sol naciente:
Yo permitir no puedo que dilates
Más que una noche vida tan valiente;
Y si no te concedo que rescates
Tiempo mayor, no al triste que lo siente,
Culpa á la ley impía que aquí rige,
Y á estas hembras feroces las dirige.

CII.

»Si por ti, por los tuyos, pena abrigo,
Lo sabe el que nos ve desde su altura.
Ellos y tú venir podréis conmigo:
Otra acogida ya no habéis segura;
Que el furor contra ti, como enemigo
De las viudas que hiciste, se conjura;
Cada uno á quien muerte diste iroso,
Era de diez mujeres el esposo.

CIII.

»Del daño que has causado en este día,
Piden noventa esposas la venganza;
Si no vienes conmigo, ¿quién te fía
Que esta noche no embistan á tu estanza?»
Y Marfisa: «Tu noble cortesía
Acepto y el favor, en la confianza
De que tu fe y bondad no desmerece
Del valor que en tu frente resplandece.

CIV.

»Mas en creer que de matarme hubieras,
Piensas mal, que yo pienso lo contrario:
Y hasta no creo que ostentar pudieras
Que has dejado maltrecho á tu adversario.
Que lidiar, pues, ó que dejarlo quieras
Hasta volver al nuevo luminario,
Elige á tu placer; que á marcial fiesta
Á todas horas me hallarás dispuesta.»

CV.

Así fué tal combate diferido,
Hasta que el sol siguiente le alumbrase;
Y cesó, sin quedar esclarecido
Cuál de ellos, en vigor, al otro pase.
Á Astolfo y sus amigos, decidido
El generoso caballero vase,
Y les ruega tomar, bajo su techo,
Grato descanso en confortable lecho.

CVI.

El convite propicios aceptaron:
Luego, á la luz de antorchas esplendentes,
En un regio palacio penetraron,
Que adornaban trofeos diferentes.
Al desceñir los yelmos, se quedaron
Pasmados de estupor los combatientes;
Que el caballero un joven parecía,
Que no diez y ocho abriles contaría.

CVII.

La guerrera no es mucho que se asombre
Que años tan pocos pruebas tantas hagan;
Y absorto queda el otro, que no un hombre
Ve en los cabellos que su vista halagan.
Se demandan el uno al otro el nombre,
Y la deuda cortés ambos se pagan....
Mas quién sea aquel niño caballero,
En otro canto referiros quiero.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMO.

Quién es les cuenta el ínclito Guidón,
Y la historia también del rito insano.
Luchan, y Astolfo, de su cuerno al son,
Lanza á todos, y el pueblo arde inhumano.
Caen los dos bastardos en prisión :
Marfisa á Pinabel arroja al llano:
De traje juvenil viste á una vieja,
Y se la da á Zerbino por pareja.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO VIGÉSIMO.

I.

Las antiguas mujeres bravas cosas
En las armas han hecho y poesía,
Y de sus obras bellas y gloriosas
Corre por todo el mundo nombradía.
Arpálice y Camila son famosas
Porque en las lides su valor lucía:
Safo y Corina, porque doctas fueron,
El aplauso del mundo merecieron.

II.

Siempre han sido excelentes las mujeres
En todo aquello en que pusieron cura;
Y si la historia atento recorrieres,
Verás que nunca fué su fama oscura.
Si eso en los tiempos nuevos ya no vieres,
Sabe que no el mal uso siempre dura,
Y que acaso ha encubierto sus honores
La envidia de ignorantes escritores.

III.

No se me oculta que en el siglo nuestro
Tanto en el sexo hermoso honor resalte,
Que al docto puede dar asunto y estro
Con que las hojas de la Historia esmalte;
Y porque el decir mal en daño vuestro
Cese, y el justo aplauso nunca os falte,
Yo vuestra gloria ensalzaré en tal guisa,
Que oscurezca á la insigne de Marfisa.

IV.

Y ora os diré, volviendo á aquella hermosa,
Y al joven con quien tuvo la pelea,
Contrayendo después la deuda honrosa
De declararse cada cuál quién sea;
Que ella, por complacerle bondadosa,
Y por saberle el nombre, cual desea,
Le dijo: «Soy Marfisa;» y bastó esto
Para que el joven conociera el resto.

V.

El cual (como cortés ha prometido),
Con acento apacible y faz sombría,
Dijo: «Ya de vosotros conocido
Ser debe el nombre de la estirpe mía;
Que por Francia y España está extendido;
Y hasta en el Asia entera y la Etiopía,
La fama resonó de Claramonte,
De do vino el señor que mató á Almonte [1];

VI.

»Y aquel que á Clarinelo y á Mambrino
Destruyó el reino y les quitó la vida [1].
De esa sangre, y adonde al Ponto Euxino
Lleva el Istro en diez brazos su embestida,
Del duque Amón, que allá fué peregrino,
Me concibió la madre mía querida;
Y un año es ya que la dejé doliente,
Por ir á Francia á conocer mi gente.

VII.

»Mas no logré acabar mi largo viaje;
Que aquí un Noto arrojóme embravecido,
Donde diez meses ha sufro el ultraje
De este rito á que vivo sometido.
Yo nominado soy Guidón Selvaje,
Bien poco aún en armas conocido;
Aunque ya de matar logré el trofeo,
Con diez más, á Argilón el Melibeo.

VIII.

»La prueba hice también de las doncellas,
Y tengo diez esposas á mi lado;
Que, elegidas por mí, son las más bellas,
Y de más preminencia en el Estado.
Yo soy su Rey, por voz de todas ellas,
Pues del reino el gobierno me han confiado;
Cual lo darán á aquel que me venciere,
Y el otro ensayo con fortuna hiciere.»

IX.

Preguntan á Guidón sus protegidos
Por qué tan pocos hombres allí habitan,
Y si en toda la isla, sometidos,
También como mujeres se ejercitan.
«Llegó más de una vez á mis oídos
La historia que estos usos acreditan
(Dijo); y como á mí mismo fué contada,
Os será por mi boca relatada.

X.

»Cuando los Griegos á Ilión dejaron,
Tras de diez años que duró el asedio,
De adversos vientos otros diez probaron,
Del mar sufriendo el insufrible tedio;
Y á sus esposas, al volver, hallaron
Que, á la ausencia buscándole remedio,
Todas amantes elegido habían,
Porque fríos sus lechos no querían.

XI.

»De prole ajena cada Griego tiene
Estancias llenas: solas no hay ningunas:
Perdonar á las madres les conviene,
Que vivir no podrían tan ayunas;
Y á los hijos bastardos bien les viene
Que vayan á buscarse otras fortunas:
Que á su costa tenerlos mantenidos,
Eso sí que no sufren los maridos.

XII.

»Uno nacido del fatal delirio
Que á Clitemnestra al crimen determina,
De verde edad, y fresco como lirio,
Ó rosa oculta entre la aguda espina,
Armándose en ligero bajel Tirio,
Se puso á depredar por la marina,
Seguido de otros por doquiera electos
Y de su edad, y á su persona afectos.

XIII.

»Los Cretenses, que entonces arrojado
Á Idomeneo de su reino habían,
Y para asegurar el nuevo estado,
De hombres y de armas provisión querían,
Hicieron con ventajas su asoldado
Á Falante (que al jefe así decían)
Y á su gente; que al punto se la emplea
En dar presidio á la ciudad Ditea.

XIV.

»Entre ciudades cien que en Creta había,
Ditea la más rica y mejor era:
Leda por las hermosas que tenía;
Y en tripudios y fiestas placentera,
Y como siempre el hábito seguía
Del recibo de gente forastera,
Poco faltó, con dádivas no escasas,
Para hacerlos señores de sus casas.

XV.

»Eran gallardos, bellos ; que Falante
Elección de la flor de Grecia ha hecho ;
Así que á su contacto, en el instante,
En amor de las damas ardió el pecho;
Porque, además de su gentil talante,
Se mostraron gallardos en el lecho;
Tanto, que en breve fueron tan queridos,
Que eran á todo gozo preferidos.

XVI.

»Acabada que fué la civil guerra,
Á que vino Falante á dar tributo,
La caja militar ya se les cierra;
Y al no sacar de su servicio el fruto,
Dejar resuelven la cretense tierra;
Lo que causa en las damas tanto luto,
Que entre ellas se arma fúnebre concierto,
Cual si hubieran sus mismos padres muerto.

XVII.

»Quedarse á muchos, con ferviente lloro,
Por las dolientes damas fué pedido;
Y, negado por ellos, con desdoro,
Los siguen; y después de haber cogido
Ricas joyas, y fuertes sumas de oro,
Sin volver la cabeza al patrio nido,
Dejan hijos y padres, y en secreta
Fuga se van sin que se suene en Creta.

XVIII.

»Que tan propicio el viento, tal la hora
Por ardid de Falante fué marcada,
Que á cien millas de allí los vió la aurora,
Cuando lo supo Creta desolada.
Luego á esta playa la cortante prora
Los trajo, que no entonce era habitada.
Aquí se hallaron bien; y aquí los modos
Vieron de asegurar sus gustos todos.

XIX.

»Diez días dulcemente así pasaron,
De amores y placer el alma llena:
Mas como siempre á los que asaz gozaron,
La abundancia al fastidio los condena,
Todos de las mujeres se cansaron,
Y librarse resuelven de tal pena;
Que no hay cosa que sea más pesada
Que cargar con mujer que ya no agrada.

XX.

»Ellos, que anhelan por correr marina,
Y que en libres derroches no son parcos,
Ven que á dar pasto á tanta concubina
No bastan sus arpones ni sus arcos;
Y en tierra dejan á la grey mezquina,
Y el oro y joyas llévanse en sus barcos.
Á la Apulla aportaron, do el cimiento
Se dice que fijaron de Tarento.

XXI.

»Las mujeres, que viéronse vendidas
De aquellos á quien tanto idolatraban,
De tal modo quedaron aturdidas,
Que á estatuas en la playa semejaban.
Mas viendo que las lágrimas vertidas
Día y noche, remedio no las daban,
Á pensar comenzaron que á ayudarse
De otro modo era fuerza prepararse.

XXII.

»La más noble de todas, la más bella;
La que discreta más, menos ha errado;
Que á Falante se dió, siendo doncella,
Y por él á su padre ha abandonado;
Con faz ardiente en que el rencor destella,
Y el alto corazón de ira inflamado,
Su parecer expuso; y su elocuencia
De todas conquistó la suma anuencia.

XXIII.

»Dijo que, pues, volver duro sería
Al castigo y vergüenza de su casa,
Esa tierra dejar no convenía,
En llano y bosque, y producción no escasa,
Con puerto y foces, do esquivar podía
Las tempestades el bajel que pasa,
Viniendo del Egipto no lejano,
Con las riquezas del comercio humano.

XXIV.

»Quedáronse allí, pues; y su venganza
Queriendo que con ellas se concentre,
Fijan que á toda nave que haga estanza
En puerto suyo y sin valer se encuentre,
Sin piedad, sin remedio, sin tardanza,
Á saco y sangre y fuego se la entre.
Establecido así, y así concluso,
De esta tierra nació la ley y el uso.

XXV.

»Cuando llegar veían las armadas,
Iban rápidamente á la marina,
Por la brava Orontea acaudilladas
(Que así la joven noble se nomina);
Y las naves y gentes destrozadas
Eran por el furor que la domina.
Ella su Reina fué, que de sus Reyes,
Y de Minos venía, y las dió leyes.

XXVI.

»Solas por algún tiempo así vivieron,
Del sexo varonil tropa enemiga:
Mas luego, en daño suyo, conocieron
Que es su propio rencor quien las castiga;
Pues propagar su especie mal pudieran,
Para que el odio consagrado siga;
Y porque eterna dure su venganza,
Hicieron en la ley una mudanza.

XXVII.

»Templado su rigor, por eso, un tanto,
Decidieron por cuatro años cumplidos,
De cuantos lleve el invernal quebranto,
Elegir á diez jóvenes fornidos,
Que, bajo el yugo de amoroso manto,
Fueran de cien mujeres los maridos.
Eran entonces ciento; y fué forzoso
Darles á cada diez un solo esposo.

XXVIII.

»Muchos que á prueba tanta no llegaron,
Por su escasa valía, fueron muertos;
Y á diez aptos, al fin, los proclamaron
Sus esposos, de honores mil cubiertos;
Haciéndoles jurar que, cual entraron
Ellos, si otros vinieren á sus puertos,
Sin piedad han de darles pronta muerte;
Que su rito y su ley es de esa suerte.

XXIX.

»Mas empezaron luego los espantos,
Así que el tener hijos sobrevino;
Pues temiendo que al fin varones tantos
Les diera su lujuria ó su destino,
Que, burlada la ley, á los quebrantos
Volvieran del capricho masculino,
Dispusieron preceptos más crueles
Contra los hombres, por tenerlos fieles.

XXX.

»Porque el sexo viril no las maltrate,
Manda un hijo guardar la ley horrenda,
Á cada madre, y que á los otros mate,
Ó, lejos del país, los cambie ó venda;
Y que al mercante pídanle en rescate,
Hembras, si quieren más barata hacienda;
Y que si no las tienen, no vacías
Traigan las manos de oro ó mercancías.

XXXI.

»Y hasta manda no goce tal licencia,
Madre que su labor sabe y dirige.
¡Ved toda la bondad, la gran clemencia
Con que á su propio pueblo la ley rige!
Á todos mide con feroz sentencia;
Y solamente en esto se corrige:
Que no quiere se siga el primer uso
De dar la muerte á todos en confuso.

XXXII.

»Y que si el caso á varios reunía
En la cárcel, el grupo esté encerrado,
Y que muera uno solo cada día,
Á quien la suerte hubiere designado;
Y al templo vaya que Orontea había
Á la venganza un tiempo levantado,
Sorteando al Decemviro que el oficio
Tenga de ejecutar el sacrificio.

XXXIII.

»Muchos años después á la homicida
Tierra á parar un jovencillo vino,
De la estirpe magnánima Heraclida,
Llamado Elbanio, de su sangre dino.
Preso aquí fué, que el triste no se cuida
Del no esperado caso que le avino,
Y con gran guardia á la prisión llevado,
Vióse al uso funesto destinado.

XXXIV.

»Era de rostro cándido y jocundo,
En porte y ademanes distinguido;
Y de un decir tan dulce y tan facundo,
Que un monstruo con placer le hubiera oído.
Como alhaja no vista en todo el mundo,
Del mancebo noticia la han traído
Á Alejandra, la hija de Orontea,
Que cargada de años aún campea.

XXXV.

»Ella sola vivía, que enterradas
Eran las otras de la escuadra prima;
Si bien, diez veces más van procreadas,
De más gallardo brío y más estima,
Cual obras en diez fraguas, aserradas
Sólo por el trabajo de una lima.
Los diez bravos guardaban aún la cura
De abrir á los que vienen sepultura.

XXXVI.

»Alejandra gentil, de ver ansiosa
Al jovencillo aquél que así se alaba,
Lo obtuvo de su madre cariñosa,
Y á Elbanio vió y oyó, cual deseaba;
Y cuando fué á dejarle, ella amorosa
Sintió que allí su vida se quedaba;
Que atar se siente, y con mortal sorpresa
Del prisionero hermoso se ve presa.

XXXVII.

»El cual la dice así: «Si de piedad
»Aquí noticia alguna se tuviera,
»Cual se tiene en la vasta inmensidad
»Que alumbra el claro sol en su carrera,
»Yo os rogara, por esa alta beldad
»Que roba al que la mira el alma entera,
»Que la vida me dierais, porque luego
»La gastara por vos con amor ciego.

XXXVIII.

»Pero puesto que aquí no es conocida
»La piedad por virtud del pecho humano,
»No os pediré que me donéis la vida,
»Pues sé bien que mi ruego fuera vano;
»Sino que al menos véala extinguida
»Cual caballero, con la espada en mano,
»Y no cual reo condenado en juício,
»Ó cual res conducida al sacrificio.»

XXXIX.

»Conmovida al oir tan triste idea,
En tan sentidas voces y eficaces,
La joven respondió: «Por más que sea
»Esta tierra de fieras montaraces,
»No concedo que sea una Medea
»Toda mujer aquí, cual tú nos haces;
»Y aunque todas lo fueran, yo primero
»Á mí sola excluir de todas quiero.

XL.

»Que si bien cruda y bárbara ya he sido,
»Cual lo son las demás, y á mi talante
»Decir puedo que nadie me ha movido
»Á cobrarle piedad hasta este instante,
»Tendría el pecho cual de tigre herido,
»Y el corazón más duro que diamante,
»Si no hubieran vencido mi dureza
»Tu beldad, tu valor, tu gentileza.

XLI.

»Aunque fuese la ley mucho más fuerte,
»Contra los peregrinos estatuída,
»Yo rescatar querría con mi muerte
»La tuya, de más precio que mi vida:
»Mas no para esta ley hay de tal suerte
»Ninguna que del fallo esté excluída;
»Y aun no es muy fácil de obtener tampoco,
»Como pides morir, con ser bien poco.

XLII.

»Mas yo veré que de lograrse haya,
»Y tengas al morir ese contento,
»Aunque tu plan en lo imposible raya,
»Y sólo hará más largo tu tormento.»
Y dijo aquél: «Aunque al contrasto vaya
»De diez guerreros, con valor me siento
»Para lidiar, vencerlos y salvarme,
»Por brío y fuerza que sus brazos arme.»

XLIII.

»Alejandra á su acento no repuso,
Y con gran pena suspirando fuese;
Y al partir en el alma llevó infuso
El mayor duelo que sentir pudiese.
Fué á su madre, y en ánimo la puso
De que el querido joven no muriese,
Si de espíritu tanto se mostrase,
Que á los diez caballeros los matase.

XLIV.

»Y dijo entonces: «Al Consejo vamos.»
»Y fué, y así le habló: «Bien nos conviene
»Que al más fuerte á guardar aquí pongamos
»Tierra que tanta playa y foces tiene;
»Y para que el mejor siempre elijamos,
»Bueno es probar á todo el que nos viene;
»Que, á más del común daño, fuera entuerto
»Que reine el vil, y el bravo sea muerto.

XLV.

»Me parece, si os place, que fijado
»Sea que el Caballero que viniere
»En adelante, por el mar lanzado,
»Pueda él solo, si al pacto se aviniere,
»Siendo de corazón muy esforzado,
»Con las armas que él mismo conviniere,
»Lidiar contra los diez; y si triunfase,
»Que fuera el Rey que nuestra ley guardase.

XLVI.

»Os hablo así, porque uno se aprisiona
»Hoy, que con diez la lid dice sustenta,
»Y si por tantas vale su persona,
»Digna es á fe que de ella se haga cuenta;
»Y es fácil castigarle, si no abona,
»Lo que orgulloso ó por malicia intenta.»
Dijo Orontea, y replicó una impía
De las antiguas que en la sala había:

XLVII.

«Tener aquí varón de sobra fuerte,
»De la ley y su objeto se separa.
»El que á nuestros diez hombres diese muerte,
»¿Á cuántas de nosotras no enviudara?
»Y si lograse tan infanda suerte,
»El primer día el mando nos quitara;
»Que, á quien más pueda que nosotras darle,
»No es el mejor camino de guardarle.

XLVIII.

»Pensad que si ese joven conseguido
»Hubiere á todos diez quitar la vida,
»Pues cada cuál de diez es el marido,
»¡Cuánta mujer no fuera adolorida!
»Si campear quiere, escoja otro partido,
»Que el de ser de diez padres homicida;
»Ó si él sólo de diez las veces llena,
»Tenga el perdón y reine enhorabuena.»

XLIX.

»El ser Elbanio tal, que superaba
Á cuanto hermoso en todo el mundo había,
Tanto en el joven corazón pesaba
De muchas que el consejo ya reunía,
Que la voz de la anciana mal sonaba,
Queriendo conservar la usanza impía
De antigua ley; y el riesgo fué eminente
De absolverse al mancebo totalmente.

L.

»En fin, el perdón suyo fué otorgado,
Si en la tela lograse un vencimiento,
Y en la otra tela fuese denodado,
Bastando á diez mujeres, que no á ciento.
Elbanio, en ambas luchas coronado,
Ó Orontea fué caro; y á su aliento
Dió que consorte fuera de su hija
Y de las nueve, que el convenio fija.

LI.

»Y le dejó, con Alejandra bella,
Quien dió nombre á esta tierra de Levante,
Con pacto de guardar la ley aquella
Él, y el que le siguiere en adelante:
Que cualquier hombre á quien su adversa estrella
Traiga á este suelo, pruebe si es bastante
Para ambas lides ; y si vence, quede
Por Rey mientras no venga quien le herede.

LII.

»Cerca de dos mil años ha que dura
Ese rito, que hoy mismo me avasalla;
Y pocos días son en que hacha dura
En algún infeliz pasto no halla.
Si contra diez alguno se aventura
Á sostener la desigual batalla,
Las más veces en tanto mar se anega;
Y uno, entre mil, al otro puerto llega.

LIII.

»Algunos pasan, sí, mas son contados
Los que no prueban de fortuna el ceño.
Argilón, uno fué; que sus estados
Dejóme y de diez hembras el empeño;
Pues lanzándome aquí vientos airados,
Cerré sus ojos al eterno sueño.
¡Así con él muriera, antes que novio
De diez mujeres ser con tanto oprobio!

LIV.

»Que juego y risa y fiestas de Cupido,
Que ama tanto la turba de mi edad,
Joyas, trajes, poder, y el ser tenido
De todos por primero en la ciudad,
Llenar el corazón nunca han podido
Del triste que perdió su libertad;
Y el no encontrar á esta prisión salida,
Me hace en luto mortal pasar la vida.

LV.

»El ver que de mi edad la flor hermosa
En ocio muelle y torpe se marchita,
Tiene mi alma en inquietud penosa,
Y todo el jugo del placer me quita.
El nombre de mi estirpe valerosa
En sus alas doquier la fama agita,
Y alguna parte de ese honor tuviera,
Si estar con mis hermanos yo pudiera.

LVI.

»¡Hízome, á fe, mi sino don precioso
En haberme á tan vil oficio electo,
Cual corcel que á yeguada lleva ocioso,
De los pies ó la vista algún defecto;
Ó porque ya no puede generoso
En el campo de honor lucir perfecto!
Y pues no alcanzo á remediar mi suerte
De torpe esclavitud, ánsio la muerte.»

LVII.

Así acabó Guidón su triste historia,
Deprecando del día aquel maligno
Que le donó sobre los diez victoria,
Y condenóle al ejercicio indigno.
Astolfo atento hasta que ya notoria
Se le hizo la verdad, por más de un signo,
Conoció que era cierto que Guidón
Hijo nació de su pariente Amón.

LVIII.

Y dijo, yendo á él: «Yo soy tu primo:
El anglo duque Astolfo.» Y abrazóle;
Y con acto amoroso y dulce arrimo,
Y no sin verter lágrimas, besóle.
«No le fué menester el fruto opimo
Á tu madre marcar de tierna prole
(Añadió); que á enseñar la raza nuestra,
Basta la que hoy nos diste insigne muestra.»

LIX.

Guidón, que en otro sitio, gran contento
Gozara por hallarse á tal pariente,
Ora le escucha aquí con sentimiento,
Al ver de Astolfo escrito ya en la frente
Que esclavo habrá de ser, si el vencimiento
Él logra; y que si es libre aquel valiente,
Será que á él la tumba se le abra;
Y el bien del uno el mal del otro labra.

LX.

Le duele que ha de hacer, quiera ó no quiera,
Siempre esclavos á dignos Caballeros;
Y que aunque él mismo en el combate muera,
No ha de librarlos de trabajos fieros:
Que si de un cieno al fin los saca fuera,
Los atolla en los fangos postrimeros:
Y en vano á su rival tendrá vencida,
Que siervos quedarán, y ella sin vida.

LXI.

De la otra parte el brío y alma fuerte
Del jovencillo interesar ha hecho
Tanto á Marfisa, y su afligida suerte
De sus amigos conmover el pecho,
Que lograr verse libres, por su muerte,
Más que gozo, les da casi despecho.
Marfisa, pues, si es fuerza que le mate,
Morir con él quisiera en el combate.

LXII.

Y propone á Guidón con ellos irse,
Y de allí libertarse, á fuerza viva.
«¡Ah! (le dice Guidón): de aquí salirse
No es posible: á la horrenda alternativa
De vencer ó morir hay que rendirse.»
Y ella exclamó: «Mi pecho nada esquiva
Por consumar lo que intentó; mi espada
Halla siempre la senda despejada.

LXIII.

»Tanto valor ayer has demostrado,
Que fácil hallo lo que el alma piensa.
Cuando mañana, en el marcial estrado,
Junta esté ya la muchedumbre inmensa,
La asaltaremos de uno y otro lado,
Ó que corra, ó que intente la defensa;
Y mueran sin piedad, y demos luego
El pueblo y los cadáveres al fuego.»

LXIV.

Guidón la replicó: «Fuerte me siento
Para seguirte y perecer contigo;
Pues que salgamos sin morir no cuento,
Aunque hagamos en ellas gran castigo.
Diez mil, sólo en la plaza, están de asiento,
Del sexo femenil nuestro enemigo,
Y otras tantas guarnecen puerto y muros;
Y mal podemos escapar seguros.»

LXV.

Y Marfisa: «Aunque más fueran aquellas
Que hombres Jerjes consigo conducía:
Aunque más que en el cielo las estrellas,
Y en los infiernos la caterva impía,
Si vas conmigo, ó sólo no con ellas,
He de dar muerte á todas en un día.»
Y Guidón: «Á sacarnos de este centro,
Sólo un camino: uno no más encuentro.

LXVI.

»Nada se ha de lograr, si no sucede
Lo que, algún tanto, mi esperanza llena.
Aquí sólo á mujeres se concede
Poner la planta en la salada arena;
Y, por tanto, servirnos sólo puede
Una de mis esposas, que á mi pena
Sensible siempre, por amor vehemente,
Me ayudó en mayor riesgo que el presente

LXVII.

»Esa, no menos que yo mismo, ansía
Salir de esclavitud, yendo conmigo;
Que así espera gozar sin compañía
Mi amor, si dulce libertad consigo.
Ella en el puerto, fusta ó saetía
Nos dispondrá, durando el tiempo amigo:
La cual, llevada por sus fuertes diestras,
Sulque las olas con las chusmas vuestras.

LXVIII.

»Tras de mí todos, en montón estrecho,
Pilotos, galeotes, mercaderes,
Cuantos albergan hoy bajo mi techo,
Contigo seguirán; y cuando vieres
Que os detienen, camino os abra el pecho,
Arrollando millares de mujeres.
Así, á favor de nuestra fuerte espada,
Os sacaré de la ciudad malvada.»

LXIX.

«Disponlo á tu placer (Marfisa dijo):
Yo por mí de salir estoy segura.
Que muerte á todas dé será más fijo
De la ímpia grey que vuestro mal procura,
Que signo vean, en mi rostro, hijo
De torpe susto, ni de vil pavura.
Salir quiero de día, espada en mano,
No entre las sombras con ardid liviano.

LXX.

»Si yo fuese de aquellas conocida,
Mujer cual soy, gozara honor egregio,
Y con su gran placer fuera tenida
Por muy primera en su marcial Colegio.
Pero, pues con vosotros soy venida,
Mal me estuviera usar del privilegio
De que sola y vilmente me salvara,
Y á mis amigos en prisión dejara.»

LXI.

Estas y otras palabras pronunciando,
Mostró Marfisa que alta cortesía,
Y el respeto no más de que á su bando
Le ocasionase daño su osadía,
La impide que, con hecho memorando,
No asalte luego á la caterva impía;
Y por eso á Guidón dejó la cura
De agenciarles la vía más segura.

LXXII.

Guidón, de noche, con Aleria parla
(Que así se llama su más fiel esposa),
Y no hubo menester de asaz rogarla,
Pues la halló de agradarle deseosa.
Tomó Aleria una nave y mandó armarla,
Y á ella envió su riqueza más preciosa;
Y finge que al siguiente día apresta,
Con sus amigas, un deporte y fiesta.

LXXIII.

Y llevar al palacio quiso antes
Yelmos, lanzas y espadas, previniendo
Armas á los viajeros mercadantes,
Y á los nautas, al caso proveyendo.
Unos reposan; otros, vigilantes,
El ocio y el estudio compartiendo,
Con las armas encima, están mirando
Cuándo la luz del día va asomando.

LXXIV.

El velo de la tierra nebuloso,
Con sus rayos el sol aún no ha enjugado:
De los surcos del cielo el carro hermoso
De Licaón [3] la prole aún no ha apartado,
Y ya el femíneo ejército está ansioso
De ver el fin del duelo aquel porfiado;
Y cual enjambre en busca de colmena
Al nuevo Abril, el vasto circo llena.

LXXV.

De tambor, cuernos, trompas, los sonidos
Retumban por el aire en cielo y tierra,
Llamando á su señor, con sus tronidos,
Á que se muestre á terminar la guerra.
Aquilante y Grifón ya están ceñidos
Del fuerte arnés, y el duque de Inglaterra,
Guidón, Marfisa, y Sansoneto, y todos
Muéstranse armados de diversos modos.

LXXVI.

Hacia la plaza van, del sol al orto,
Que es forzoso tomar por esa vía,
Pues otro paso no hay largo ni corto.
Guidón á la ya atenta compañía,
Lo dice así : la anima, y da conforto;
Y en silenciosa calma allá los guía,
Y en el circo marcial, que está ya lleno,
Con ciento y más detrás, entra sereno.

LXXVII.

Dándole priesa á su escuadrón andaba
Guidón á la otra puerta por salir;
Mas la gran multitud que siempre estaba,
De ambos lados, armada y pronta á herir,
Pensó, cuando le vido que marchaba
Con tal escolta, que intentaba huir;
Y toda á un tiempo á su carcax apela,
Y á cerrarles el paso pronto vuela.

LXXVIII.

Guidón y los demás prodes gallardos,
Y sobre todo la guerrera experta,
Las armas en blandir no fueron tardos;
Y mucho hicieron por forzar la puerta:
Mas tanto era el llover de flecha y dardos,
Y el caer de su gente herida ó muerta,
Y el cercarlos de frente y en contorno,
Que temieron sufrir daño y bochorno.

LXXIX.

El arnés de los seis era completo,
Y suerte fué que tanto resistiera.
Muerto vió su caballo Sansoneto,
Y el suyo mal herido la guerrera.
Aquí Astolfo se dijo : «En este aprieto,
Á la defensa acudiré postrera:
Veamos si, cumpliendo su destino,
Mi cuerno fiel nos abrirá camino.»

LXXX.

Cual suele siempre que de mal se exime,
Astolfo el cuerno pónese en la boca.
Parece que la tierra, el orbe gime,
Cuando el horrendo son al aire emboca;
Y es tanto el miedo que á la gente oprime,
Que por ansia de fuga se desboca;
La borda salta, ó ciega y medio muerta,
La guardia arrolla y rompe por la puerta.

LXXXI.

Como á veces se arroja, en noche umbría,
Por balcón ó altos sitios, peligrando,
La aterrada familia, que la impía
Llama siente ya cerca amenazando;
Que mientra el sueño grave la oprimía,
Poco á poco camino fué ganando;
Estos, la vida así puesta en olvido,
Huyendo van del infernal tronido.

LXXXII.

Por aquí, por allá vaga aturdida
La turba que en correr sus fuerzas gasta;
Oprimen mil y mil cada salida:
Uno sobre otro monta, y no le basta:
Éste en el estrujón pierde la vida:
Aquél desde un balcón brinca y se aplasta:
La misma valla salta, rota en piezas;
Y se rompen mil brazos y cabezas.

LXXXIII.

El grito, el llanto atruenan monte y vega,
Juntos con el rumor del gran fracaso;
Y adonde el vivo son del cuerno llega,
La gente que escapó redobla el paso.
Si oís decir que del espanto ciega
Muestra la plebe vil ánimo escaso,
No os cause maravilla, que es natura
De la liebre tener siempre pavura.

LXXXIV.

Mas ¿qué diríais de los bríos fieros
De Marfisa, del buen Guidón Selvaje,
Y de los bravos hijos de Oliveros
Que han dado tanto honor á su linaje?
Para éstos los miles fueron ceros,
Y ora van escapando, sin coraje,
Como conejo ó tímida paloma,
Si por la altura el gavilán asoma.

LXXXV.

Que á los suyos tampoco eran livianos
Los sones, cuya fuerza era encantada.
Sansoneto, Guidón y ambos hermanos
Huyen tras de la virgen espantada;
Y nunca hallarse pueden tan lejanos
Que su oreja no sientan atronada;
Y Astolfo corre, y no hace de ello aprecio,
Soplando el cuerno cada vez más recio.

LXXXVI.

Quién busca el mar donde un bajel se apronte;
Quién á un pozo bajar pone por obra;
Quién, sin volver cabeza, al horizonte
Corre diez días, en mortal zozobra;
Y alguno por trepar á escape al monte,
Pierde la voz, que ya jamás recobra.
Solos templo y mansión, la plaza abierta
Dejan, y la ciudad queda desierta.

LXXXVII.

Guidón, Marfisa y los hermanos bellos,
Y Sansoneto, pálidos, tremantes,
Huían hacia el mar, y detrás de ellos
Los nautas, y el Patrón y mercadantes,
Y á Aleria ven, que entre los dos castiellos
Tenía el barco aparejado de antes.
De allí, no bien los recogió de prisa,
El remo al agua, el lienzo da á la brisa.

LXXXVIII.

Toda recorre el Duque con presteza,
La ciudad y el bastión que la circunda:
Limpia calles y templo y fortaleza,
Y huyen todos, y el cuerno le secunda.
Gente se halló después que por vileza
Se había echado en parte oscura, inmunda;
Y mucha que á do vaya no encontrando,
Por las olas á nado se fue ahogando.

LXXXIX.

Astolfo en busca de los suyos corre,
Que en el muelle encontrar cré sin recelo:
La vista extiende y todo lo recorre,
Y ni uno solo ve bajo del cielo;
Alza los ojos más, y tras la torre,
Lejos, allá en el mar, los mira al vuelo.
Tomar le es fuerza, pues, otro partido,
Que los caros amigos se le han ido.

XC.

Dejémosle también; y no os apure
Si tanta tierra corre y tan mezquina
Solo y en viaje que tan largo dure,
Por do nunca sin riesgo se camina;
Que no hay mal de que al punto no se cure,
Con la droga que el cuerno le propina;
Y hora es bien de los otros ir narrando,
Que el golfo sulcan, de pavor temblando.

XCI.

Toda vela al bajel el nauta aplica,
Veloz huyendo la funesta playa;
Y cuando el cuerno su trinar achica,
Sin que ya el son á sus oídos vaya,
Insólita vergüenza tal les pica,
Que el rubor de los seis la frente raya;
Bajos los ojos, tristes, no se mueven,
Y á mirarse uno á otro no se atreven.

XCII.

Pasa el Patrón, á su destino atento,
Á Chipre y Rodas; y por la onda Egea
Va tras de sí dejando ínsulas ciento,
Y el peligroso cabo de Malea;
Y con propicio y siempre fijo viento,
Ve la roja ascender Griega Morea:
Pasa Sicilia, y por el mar Tirreno,
Costea de la Italia el suelo ameno.

XCIII.

Y cae sobre Luna finalmente,
Do familia y hogar dejado había,
Dando gracias á Dios que, raudamente,
Sin más daño, á su puerto los traía.
Allí á un piloto encuentran diligente,
Que á Francia conducirlos ofrecía;
Y el mismo día en su bajel entraron
Todos seis, y en Marsella se encontraron.

XCIV.

Bradamante no estaba en ella ahora,
Que es bien que salga y su gobierno cuide;
Así que en la ciudad no hacen demora,
Pues que acento cortés no se lo pide.
Saltan á tierra; y en la misma hora
De los cuatro Señores se despide
Marfisa, y de la esposa del Selvaje;
Y á la ventura comenzó su viaje.

XCV.

Pues les dijo que no laudable era
Ir junto tanto noble valeroso;
Que si en escuadras van grulla viajera,
Gamos, y, en fin, todo animal medroso,
El fiero halcón, y el águila altanera,
Á quien amparo ajeno le es odioso,
Y osos, tigres, leones, solos andan,
Y, por bravos, compaños no demandan.

XCVI.

No así pensó ningún otro guerrero,
Y ella solo dejó la compañía,
Y por bosque y breñales sin sendero,
Caminando romera, va sin guía.
Ambos hermanos y Guidón el fiero
Toman, con Sansoneto, recta vía,
Y llegan á un castel al sol siguiente,
Donde son albergados cortésmente.

XCVII.

Cortésmente: más sólo en apariencia;
Que pronto vieron ser contrario el hecho,
Pues fingiendo el Señor benevolencia,
Con falso agrado y simulado pecho,
Cuando á la noche en honda soñolencia
Yacen sumidos, los prendió en el lecho,
Y soltar no los quiso, hasta que un rito
Jurar les hizo pérfido y maldito.—

XCVIII.

Mas seguir quiero de Marfisa el viaje
Antes, Señor, que de los otros cuente.
Pasó el suave Duranzo, el Rhin salvaje,
Y al pie llegó de un monte; y de un torrente
Vió venir á lo largo, en negro traje,
Á una antigua mujer de añosa frente,
Que cansa del camino parecía,
Y aún más de pertinaz melancolía.

XCIX.

Esta es la que á los ladres á servir
Se prestaba en el monte cavernoso,
Adonde el justo cielo hizo acudir,
Á darles muerte, al Conde valeroso.
La vieja, con gran susto de morir,
Por miedo á cierto asunto criminoso,
Ya muchos días ha que vaga incierta,
Por no ser de la gente descubierta.

C.

Aquí de externo campeador semblanza
Creyó en Marfisa hallar y en su armadura,
Y así no huyó, cual lo tenía á usanza,
Con los que viven por aquella altura;
Antes con insolente audaz confianza,
Á esperarle en el vado se apresura;
Y á Marfisa, que en él después hallóla,
Se adelantó la vieja y saludóla.

CI.

Y la demanda flébil si se digna
Á caballo pasarla hasta la aceña.
Marfisa que cortés era y benigna
Desque nació, su protección la empeña,
Y á tomarla á la grupa se resigna,
Y aun llevarla otro poco no desdeña,
Hasta salir del lodo de un crucero,
Do encontraron al paso un Caballero.

CII.

Ese venía en silla primorosa
De armas bellas y rica veste ornado,
Hacia el río, con una dama hermosa,
Y de un sólo escudero acompañado.
De la dama la faz es desdeñosa,
Y aunque esbelta y gentil, no causa agrado,
Pues presunción y orgullo en ella luce,
Y es digna, en fin, del vil que la conduce.

CIII.

Era uno de los condes Maganceses
Aquel tieso Barón que la llevaba:
El mismo Pinabel que ha pocos meses
Á Bradamante sepultó en la cava.
Aquel gemir de amor duros reveses,
Aquel llanto, que casi le cegaba,
Todo por esta fué con que hoy venía,
Y entonce el Nigromante retenía.

CIV.

Pues cuando del peñón despareciera
El castillo fatal del mago Atlante,
Y pudo cada cuál irse doquiera,
Por obra y por virtud de Bradamante,
Ésta, que blanda y fácil siempre era
Á los deseos de su digno amante,
Se fué con él, y dél acompañada,
De uno en otro castel vagar la agrada.

CV.

Y como alegre y de cordura poca,
Cuando vido á la vieja de Marfisa,
Sin poder contener su fácil boca,
Dió á motejarla con chacota y risa.
La guerrera, á quien pronto se provoca,
Cuando se siente herir de cualquier guisa,
Respondió con gran rabia á la doncella,
Que es la vieja que lleva mejor que ella.

CVI.

Y que á su Paladín ha de proballo,
Con pacto de quitarla su vestido,
Joyas y palafrén, si del caballo
Lanzaba al que tan vana le ha traído,
Pinabel, que caer no quiere en fallo
Ante su dama, avanza decidido:
Toma lanza y escudo, en torno gira,
Y á encontrar á Marfisa va con ira.

CVII.

Y Marfisa á su vez el asta aferra,
Y contra Pinabel embiste cruda,
Y con ímpetu tal le arroja á tierra,
Que si le vuelve el ánimo está en duda.
La vencedora de tan fácil guerra
De su ropa á la mísera desnuda:
La hace que toca y joyas abandone,
Y todo á la atroz vieja se lo pone.

CVIII.

Y así del traje lúbrico adornada,
Con tanta gala y juvenil presea,
De la joven, que en ella iba espetada,
Le hace montar la cándida hacanea.
Sigue después con ella la jornada:
Con ella, que compuesta era más fea;
Y marcharon tres días, sin que hubiese
Nada que digno de contarse fuese.

CIX.

Hasta que al cuarto, el ruído oyeron claro
De un corcel que hacia ellos galopaba;
Y si saber quién viene os fuese caro,
Os diré que es Zerbino el que llegaba:
Príncipe de belleza y brío raro,
Que de enojo y despecho se quemaba,
Porque venganza recabar no pudo
De uno que cierta ofensa hizo á su escudo.

CX.

Corrido en vano por el bosque había
Contra aquel atrevido que le ultraja:
Mas tan veloz tomar supo la vía,
Y en el correr ganó tanta ventaja,
Y la niebla de modo oscurecía
La selva, á do la luz apenas baja,
Que escapó de las manos de Zerbino,
Y éste perdió con la impaciencia el tino.

CXI.

Zerbín no pudo, aunque iba entonces fiero,
Al ver la vieja, contener la risa,
Que el traje comparó de pulcro esmero,
Con una antigua cara de tal guisa,
Y le dijo á Marfisa: «Caballero,
Veo que la prudencia es tu divisa:
Por damisela tal no habrá quien lidie,
Pues no hay miedo que nadie te la envidie.»

CXII.

Si el pelambre es señal, era la dona
De tanta ó más edad que la Cumea,
Y parece, compuesta así, á la mona
Vestida, con que el vulgo se recrea;
Que hora que exprime el odio que la encona
Por los ojos y boca, está más fea:
Pues no ofensa mayor se hace á una dama,
Que cuando vieja ó fea se la llama.

CXIII.

Mostró turbarse la ínclita doncella,
De que, en burlarse, ese placer mostrara,
Y respondió á Zerbín: «Mi dama es bella
Más que cortés tu mofa te declara:
Aunque creo no sientes tú por ella
El desdén que demuestras en tu cara:
Tú, por cubrir tu no muy gran bravura,
Finges que desconoces su hermosura.

CXIV.

»¿Pues cuál habría caballero que esta
Tan verde y tan hermosa se encontrase
Sin compañía alguna en la foresta,
Y hacerla suya al punto no intentase?»
«Va contigo tan bien (Zerbín contesta),
Que haría mal quien hoy te la robase;
Y yo por mí no soy tan indiscreto,
Que te vaya á quitar tan dulce objeto.

CXV.

»Tú, con otra ocasión, lidiar conmigo
Puedes, y hallar de lo que valgo muestra:
Mas no por ésta; que no estoy, amigo,
Tan ciego, que por ella entre en palestra;
Y, hermosa ó fea, llévala contigo,
Que no es razón que turbe la unión vuestra;
Pues bien os acopláis, y tengo en mente
Que es ella hermosa cuanto tu valiente.»

CXVI.

Y Marfisa: «Tú sí que el digno afecto
Habrás, de grado ó fuerza, que ganarle:
Pues yo no sufro que tan bello aspecto
Hayas visto y no quieras conquistarle.
Y Zerbín respondió: «No sé á qué efecto
Se ponga un hombre en riesgo por lograrle,
Obteniendo victoria que, gustosa
Sea al vencido, al vencedor penosa.»

CXVII.

Y Marfisa: «Si es malo ese partido,
Otro te hago de ley menos amarga:
Que conmigo estará, si soy vencido:
Mas si te venzo yo, por fecha larga
Te irás con ella en pacto aquí tenido:
Probemos, pues, quién con la vieja carga.
Si pierdes, has de hacerla compañía,
Por donde andar la plazca noche y día.»

CXVIII.

«Sea» (dijo Zerbin). Y torció en esto,
Por tomar campo, á su corcel valiente:
Alzóse en los estribos, y muy presto
Fué su lanza al escudo rectamente:
Mas parece, aunque en medio dél la ha puesto,
Que embiste á un monte de metal luciente;
Y ella en el yelmo golpe tal le ha dado,
Que neto al suelo le arrojó atontado.

CXIX.

Mucho sintió Zerbino haber caído,
Que con él lance igual nadie recuerda,
Cuando él tantos jinetes ha abatido;
No hay, pues, que de éste la memoria pierda.
Mudo en tierra algún tiempo está tendido,
Y aún se atormenta más, cuando se acuerda
Que, por el pacto que ajustó, tenía
Que marchar de la vieja en compañía.

CXX.

Aquí, llegando á él la vencedora,
Le dijo sonriendo: «Te presento
Ésta, que por más bella tengo ahora:
De ser campeón estar debes contento,
En lugar mío, de tan gran señora:
Mas que tu fe no se la lleve el viento,
Y que seas, espero, de mi vieja
Por doquiera guardián, y fiel pareja.»

CXXI.

Y sin más esperar, toma el sendero
De la selva, y no hay galgo que la siga.
Zerbino, que la juzga un Caballero,
Pide á la vieja que quién es le diga;
Y ella le cuenta el caso verdadero,
Pues sabe que le enciende y le atosiga;
Y le dice: «Fué brazo femenino
El que te echó tan largo en el camino.

CXXII.

»Fué una mujer, que usurpa bravamente
Á los guerreros el arnés que ciñe,
Y ha venido hace poco del Oriente,
Por si de Francia con los bravos riñe.»
De eso vergüenza tal Zerbino siente,
Que no sólo su frente el rubor tiñe:
Mas faltó poco que rojear hiciera
Hasta el mismo metal que viste fuera.

CXXIII.

Monta el corcel, y culpa la aventura
Á que no supo en el arzón clavarse;
Y la vieja, entre sí, ríe y procura
Hacerle enfurecer é impacientarse.
Le recuerda que de ella tenga cura:
Y él, que ve que le es fuerza conformarse,
Agacha las orejas, cual vencido
Corcel, á espuela y freno sometido.

CXXIV.

Y así, con gran suspiro, se querella:
«¡Ay me! Loca fortuna, me has robado
Á la que fué entre bellas la más bella,
Cuando debiera estar aquí á mi lado.
¿Y te parece que en lugar de aquélla
Debo tener, cruel, la que me has dado?
Quitármela no más mejor sería,
Que no así en su lugar darme esta harpía.

CXXV.

» Á la que era de gracia y de virtud
Tipo, cual nunca hicieron los humanos;
En el fondo del mar, por ataud
Dasla el vientre de peces inhumanos;
Y ésta, que ya viviente senectud,
Pasto debiera ser de los gusanos,
Por muchos años dellos la preservas,
Para hacer mis desdichas más acerbas.»

CXXVI.

Así Zerbino, triste, del aquisto
De la vieja fatal se lamentaba,
Y del penoso encuentro no previsto,
Que á su dulce beldad le recordaba;
Y aquella, aunque jamás había visto
Al buen Zerbino, por lo que ora hablaba,
Comprendió que era aquél, de quien noticia
Dióle, ha poco, Isabela de Galicia.

CXXVII.

Si os acordáis de lo que habéis oído,
La vieja, de la cueva entonces iba
Donde Isabela, que de amor herido
Tiene á Zerbín, un tiempo fué cautiva.
Varias veces la había referido
Cómo salió de la paterna riba,
Y la embistió en el mar cruda procela,
Y á la playa la echó de La Rochela.

CXXVIII.

Y tanto la contó de su Zerbino,
De su hermosura y ánimo valiente,
Que ora, oyéndole hablar, y tan vecino
Viéndole, alzó los ojos á su frente;
Y conoció que él era el que mezquino
Tenía el pecho de Isabel doliente;
Que de ser por piratas hecha esclava,
Y no verle ya más, se lamentaba.

CXXIX.

La vieja, dando á la palabra oído,
Con que execra Zerbín su suerte adversa,
Ve que está en la creencia de que ha sido
Su Isabel cara por la mar sumersa;
Y aunque lo cierto tiene bien sabido,
Para no darle gusto, la perversa
Le calla lo que grato le sería,
Y lo que duro, le revela impía.

CXXX.

Y le dice: «Oye, tú, que, en saña aviesa,
Me tratas con insulto y demasías,
Si supieras que tengo nuevas de esa
Que lloras muerta, halagos mil me harías:
Mas antes que decírtelas, opresa
Á tus pies, hecha trozos me verías;
Cuando, si hubieras sido más mansueto,
Quizá dicho te habría mi secreto.»

CXXXI.

Como el mastín que con furor se avienta
Al ladrón, y á aquietarse vuelve presto
Si aquél la torta ó carne le presenta,
Ó cualquiera otro halago que ha dispuesto,
Así Zerbino humilde ya no alienta;
Y va anheloso á demandar el resto
Que le indica la vieja que no ignora,
De la dama infeliz que muerta llora.

CXXXII.

Y á ella vuelto, con faz cual ya no suele,
La suplica, la ruega, la conjura,
Por los hombres, por Dios, que le revele
Cuanto sepa de adverso ó de ventura.
«Cosa alguna no oirás que te consuele
(Dijo la vieja pertinaz y dura);
No está muerta Isabel: la alumbra el día:
Pero tal, que morir más la valdría.

CXXXIII.

»Desde hace corto tiempo está gozada
Por veinte malandrines; conque mira
Si es que vuelve á tus manos la cuitada,
Á qué flor virginal tu amor aspira.»
¡Ah! ¡cómo adornas, vieja malhadada,
Sabiendo bien que mientes, tu mentira!
Si bien en manos de los veinte estuvo,
De ninguno brutal violencia tuvo.

CXXXIV.

Dónde y cuándo la ha visto el triste inquiere,
Y ella con su silencio le ataraza,
Que la obstinada vieja ya no quiere
Añadir más palabra á su vil traza.
Él primero rogar suave prefiere:
Luego con degollarla la amenaza,
Todo en vano; que ruegue, que amenace,
Nada á la vieja bruja hablar la hace.

CXXXV.

Á la lengua por fin dejó en reposo
Zerbino, ardiendo en infernal despecho:
De lo que había oído tan celoso,
Que el seno al corazón le viene estrecho;
Y está de ver lo cierto tan ansioso,
Que al fuego por saber fuera derecho.
Mas ¿cuándo, cómo, si el honor le ata
Á ser de aquella esfinge vil reata?

CXXXVI.

De allí Zerbín por la riscosa espalda
Del monte, á gusto de ella, es conducido:
Ni porque suba ó baje cresta ó falda,
Se han mirado á la faz, ni se han movido:
Mas cuando ya ardoroso el rayo escalda
Del almo sol, se siente el sordo ruído
De un jinete que viene: veréis claro
Lo que sigue, en el canto que os preparo.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOPRIMERO.

Por mantener Zerbino su fe entera,
Á Hermónides arroja á tierra herido;
El cual le cuenta que Gabrina fiera
Dió un tósigo á su dama, y al marido
Hizo matar de bárbara manera,
Y otros crímenes más que ha cometido.
Por fin, adonde un ruído ha resonado,
Con la vieja camina el desdichado.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO VIGÉSIMOPRIMERO.

I.

No cuerda en rededor pienso que encinta,
Tanto, ni clavo así la viga fuerte,
Como á una alma virtuosa la precinta
La lealtad que la estrecha hasta la muerte.
Ni creo que el pincel antiguo pinta
La Fe Santa vestida de otra suerte,
Que de un cándido velo en que hasta un punto
Hace sombra al albor de su conjunto.

II.

Nunca la fe ponerse debe á un lado,
Ya se dé á un hombre solo, ó se dé á miles,
Que sea en un remoto despoblado,
En choza humilde, en sitios los más viles:
Ó con derecho escrito, en amplio estrado,
Ante jueces y pueblo y ministriles.
Sin juramento ni otro externo signo,
Basta una simple oferta á un hombre digno.

III.

Su fe guardó, como guardarla estima
En toda empresa el ínclito Zerbino;
Y hora mostró cuánto el honor le anima,
Cuando así dejar supo su camino,
Por cargar con la atroz que le da grima,
Cual si tuviera el morbo allí vecino;
Cual si fuese á morir; pero en él puede
Más que su afán, la fe que á todo excede.

IV.

Ya os dije de él, que el verse sometido
Á ser de ella guardián, tanto lo siente,
Que iba de un alto enojo poseído,
Y sin hablarse y con ceñuda frente;
Y añadí que el silencio interrumpido
Fué cuando el sol lucía más ardiente,
Porque llegaba un caballero errante,
Que en el camino les salió delante.

V.

La bruja vil, en cuanto verle pudo
(Era el anciano Hermónides de Holanda,
que gasta por enseña un negro escudo
Atravesado por bermeja banda),
Deponiendo el orgullo y ceño crudo,
Encomienda á Zerbín su vida infanda,
Y el pacto le recuerda, ya sumisa,
Hecho con la magnánima Marfisa.

VI.

Que es enemigo suyo y de su gente,
Le dice, ha mucho tiempo el que venía,
Y que á su padre le mató, inocente,
Y luego al solo hermano que tenía,
Y que con la infeliz que era presente,
Como con los demás, hacer quería.
«Mujer, no hayas temor de tu enemigo
(La responde Zerbino): vas conmigo.»

VII.

Cuando el guerrero, cerca de la vieja,
Mira la faz, que le era tan odiosa:
«Ó á combatir conmigo te apareja
(Gritó con voz de rabia temblorosa),
Ó que la mate en el instante deja,
Cual merece mujer tan alevosa;
Si combates por ella, serás muerto,
Cual merece á campeón de inicuo entuerto.»

VIII.

Cortésmente Zerbino le responde,
Que es su intento mezquino de tal suerte,
Que á las leyes de honor no corresponde,
Pues de dar trata á una mujer la muerte.
Que si quiere lidiar, él no se esconde;
Mas que primero, por su bien, le advierte
Que caballero tal, como ser muestra,
No en sangre femenil mancha su diestra.

IX.

Esto, y aún más le dijo ; pero en vano;
Y al fin fué menester venir al hecho.
Tomando, pues, espacio asaz del llano,
Vanse á embestir con animoso pecho.
No flecha tan ligera de la mano
Sale del cazador que está en acecho,
Cual partieron veloces los jinetes
Á chocar en mitad de los almetes.

X.

El anciano de Holanda dió de paso
En el pavés contrario un golpe rudo:
Pero saltó su lanza en el fracaso,
Y al Príncipe Escocés mover no pudo.
De este el golpe no en balde fué, ni escaso;
Que por el medio le partió el escudo,
Y en el pecho le hirió con tal acierto,
Que le arrojó en el llano medio muerto.

XI.

Zerbín, que le juzgó muerto de fijo,
Del arzón, apiadado, se echó presto,
Y alzóle el yelmo con afán prolijo.
El Holandés, cual despertando, en esto,
Le miró sin hablar; y luego dijo
Con apagada voz : «No me es molesto
Ser postrado por ti, que tu talante
Bien muestra que, aunque niño, eres pujante.

XII.

»Me duele, sí, porque la causa ha sido
Esa, que no se cómo llamar deba,
Ni cómo su campeón ser has podido,
Tú, que así de piedad me das tal prueba;
Que si es de ti el motivo conocido
Que á vengarme de tal mujer me lleva,
Siempre que lo recuerdes, de mi muerte
Ó el mal que me hayas hecho has de dolerte.

XIII.

»Y si me queda espíritu bastante
Para hablar (que ya de ello no doy muestra),
Te haré ver que, cual feo es su semblante,
Su condición es pérfida y siniestra.—
Un hermano yo tuve, que distante
Partió de Holanda, que es la patria nuestra,
Para servir á Heraclio, del Greciano
Imperio Sumo entonces soberano.

XIV.

»Allí amistad contrajo estrechamente
Con un cortés Barón de aquella corte,
Que en la Servia un castel tenía ingente,
En sitio ameno levantado al Norte:
Argeo se llamaba, y justamente
Ha treinta años que de esa era consorte,
La cual le amó con tanta idolatría,
Que á todo amor debido aun excedía.

XV.

»Mas ella tan voluble cual la hoja
Cuando en Otoño el Aquilón silbante
De su pompa á los árboles despoja,
Y soplando la arrolla por delante,
Pronto cambió de ley, y ya la enoja
Aquel de quien fué tanto esposa amante;
Y el esfuerzo empeñó de su albedrío
En hacer suyo al caro hermano mío.

XVI.

»Mas no inmutable al ímpetu marino
Es el odiado Acroceraunio [1] tanto,
Ni es contra Bóreas tan robusto el pino
Que cien veces mudó su hojoso manto,
Y lo que sube sobre escollo Alpino
Extiende abajo sus raíces, cuanto
Lo fué mi hermano al ruego de esta harpía [2],
Nido de cuanto horrible el mundo cría.

XVII.

»Pues oye : como á un noble honor le excite
Á ganar nombre y conquistar trofeo,
Herido fué mi hermano á do le invite,
No lejos del Castillo, un gran torneo;
Del castillo á que irse, sin convite,
Solía, fuese ó no con él Argeo.
Entróse, pues, en ese á repararse,
Mientras lograba de su mal curarse.

XVIII.

»Estando allí el doliente, le convino
Á Argeo encaminarse á otro cuidado,
Y al punto la impudente á tentar vino
Á mi hermano del modo acostumbrado:
Mas él, medio más fácil no previno,
Que quitarse el estímulo del lado,
Y entre uno y otro mal, el más pasable
Eligió, por guardar su fe intachable.

XIX.

»Y en su inquietud se decidió por esto:
Dejar de Argeo la amistad querida,
Y tan lejos marchar, que manifiesto
Ser no pueda á la infiel dónde resida;
Lo cual, aunque bien duro, más honesto
Le pareció que darse á la atrevida;
Ó que acusar la esposa á su marido,
Que todo amor en ella ha reasumido.

XX.

»Y aunque su herida no cerrada advierte,
Su arnés viste, y le abaten el rastrillo;
Y en el designio va seguro y fuerte
De no volver ya más á aquel castillo.
Mas no le vale; que su adversa suerte
Le destruye su plan, aunque sencillo:
Ve aquí al esposo que retorna en tanto,
Y encuentra á su mujer deshecha en llanto.

XXI.

»Y al verla roja, suelta la guedeja,
La demanda por qué tan demudada;
Y ella más veces preguntar se deja;
Y aun trama en su interior, cómo vengada
Sea del que tan súbito se aleja,
Dejándola en su pena abandonada;
Que es de su inicua condición mudable,
Que suceda á su amor odio implacable.

XXII.

«¡Ah! (dice al fin): ¿á qué guardar profundo,
»Señor, el daño que sufrí en tu ausencia;
»Que si ocultarlo puedo á todo el mundo,
»No lo puedo esconder á mi conciencia?
»El alma siente su pecado inmundo,
»Y lleva en su interior tal penitencia,
»Que en martirio y dolor horrible excede
»Al mayor que á mi culpa darse puede;

XXIII.

»Si culpa tiene quien por fuerza yerra;
»Mas tú me escucha, sea ó no culpada,
»Y luego de la escoria que la encierra
»Saca puro el espirtu con tu espada,
»Y por siempre á la luz mis ojos cierra.
»Líbrame al menos de vivir tachada,
»Y con los ojos bajos siempre estarme,
»Ó ante quien quier que vea, abochornarme.

XXIV.

»Tu amigo al honor mío hirió impudente,
»Y con fuerza mi cuerpo ha envilecido;
»Y por temer que su maldad te cuente,
»Sin despedirse súbito ha partido.»
Con tal cuento encendióle en ira ardiente
Contra el que fué su amigo tan querido.
Argeo la creyó; y escudo y lanza
Toma, y corre implacable á la venganza.

XXV.

»Y siéndole el país tan conocido,
Pronto le alcanza, pues no va lejano;
Que como débil se halla y dolorido,
Lentamente marchando iba mi hermano.
En un bosque le coge inadvertido,
Y en él con gran furor pone la mano.
Le exige Argeo en suma la batalla,
Y excusa alguna el mísero no halla.

XXVI.

»El uno sano y con la rabia nueva;
Enfermo el otro, y viendo en él su amigo,
La peor parte de la pugna lleva
Contra el compaño, vuelto en enemigo;
Con que Filandro sucumbió en la prueba;
Que el miserando de mi hermano, digo
(Que se llamaba así), sufrir el peso
No pudo de la lid, y cayó preso.

XXVII.

«No quiera Dios que apague con tu vida
»Este justo furor que el alma siente
»(Le dice Argeo); siendo el homicida
»De quien amé, y aun creo que igualmente
»Amado fui, si al fin mi fratricida.
»Hoy quiero á todo el mundo hacer patente
»Que, como fui mejor que tú de amigo,
»También mejor que tú cuando enemigo;

XXVIII.

»Y probaré si pena menor hallo
»Que en tu sangre mi mano ver manchada.»
Así diciendo, le hizo en el caballo
Componer como un lecho de enramada;
Y exánime al castillo fué á llevallo,
Y en una torre lo guardó, cerrada,
Donde, en castigo, á estar perpetuamente
Condenó el engañado al inocente.

XXIX.

»Mas de nada se hallaba allí privado,
Sino del libre disfrutar del día;
Que en todo lo demás era cuidado,
Y á cuanto demandaba se accedía.
Pero el torpe capricho aún no borrado
En el ánimo estaba de esta impía,
Que diariamente en la prisión entraba;
Pues de las llaves á su gusto usaba.

XXX.

»Y asaltos nuevos á mi triste hermano
Daba con más afán que la vez prima.
«¿De qué te sirve (le decía) un vano
»Rasgo de honor que por traición se estima?
»¡Oh, qué triunfo de inmortal Romano!
»¡Qué despojo soberbio y presa opima!
»¿No me dirás el bien que te resulta,
»Pues que por reo cada cuál te insulta?

XXXI.

»Si lo que te pedí logrado hubiera,
»Hoy tendrías honor y ¡cuántos bienes!
»Cuando esa obstinación soberbia y fiera
»Te da el pago y mercedes que ora tienes.
»De esta prisión no pienses salir fuera,
»Si á deponer tu terquedad no vienes;
»Mas si gusto me das, yo hallaré trama,
»Para volverte libertad y fama.»

XXXII.

«No (Filandro decía); en vano esperas
»Que mi fe manche nunca de vil lodo,
»Aunque, contra lo justo, consideras
»Que soy recompensado de este modo.
»De los hombres los juicios son quimeras:
»Me basta á mí que Aquel que lo ve todo
»Conozca mi inocencia; y su eficacia
»Mis penas premie con su eterna gracia.

XXXIII.

»Si á Argeo no le basta aprisionado
»Así tenerme, quíteme la vida,
»Que el premio allá por Dios me será dado
»De la virtud aquí no agradecida.
»Quizá el mismo que júzgase últrajado,
»Cuando el alma del cuerpo haga salida,
»Llegará á conocer que me hizo entuerto,
»Y á su amigo leal llorará muerto.»

XXXIV.

»Varias veces así le fué tentando,
Sin sacar de Filandro el menor fruto:
Mas el tenaz empeño no aflojando
De perseguir su antojo disoluto,
En el fondo del alma rebuscando
Está recursos; y su genio astuto
Estudia tramas mil de cabo á cabo,
Antes que en una de ellas ponga el clavo.

XXXV.

»Por seis meses no el tiempo desperdicia
En ir llevando el ruego á la prisión;
Con lo que el buen Filandro se malicia
Que ya ha vencido su feroz pasión;
Cuando fortuna, al mal siempre propicia,
Á esa mujer inicua dió ocasión
De poner fin, con daño memorable,
Al apetito de su amor culpable.

XXXVI.

»Tema antigua tenía su marido
Á un Morando, que el bello se llamaba;
Ese al castillo á entrar iba atrevido
Cuando del mismo el dueño ausente estaba;
Que cuando no, jamás le fué ofrecido,
Y él ni á diez millas al reedor pasaba.
Ora, por castigarle, Argeo artero
Dijo que á Tierra Santa iba romero.

XXXVII.

»Y lo extendió, y partió, sin que ninguno
Le viese, que en sorpresa á todos coge,
Pues su idea no dijo á amigo alguno,
Si no es á su mujer, que bien la acoge.
Á la noche, al crepúsculo oportuno,
Al castel con recato se recoge,
Y disfrazado, y á la luz primera,
Sin ser de nadie visto, sale fuera.

XXXVIII.

»Desde una parte á otra va vagando,
Y en torno á su castillo voltejea,
Por atisbar si crédulo Morando,
Cual suele, entrar en su interior idea.
Pasaba el día en la foresta, y cuando
Se extinguía en el mar la luz Febea,
Por puerta oculta en su castillo entraba,
Á do la infame esposa le aguardaba.

XXXIX.

Todos, menos la infiel, que el castellano
Estaba se creían muy distante;
Así, eligiendo el tiempo, va á mi hermano
Con sus nuevas maldades por delante;
Y en lágrimas, que tiene siempre á mano,
Bañado el rostro, el pecho palpitante:
«¿Dónde podré (decía) hallar ayuda
»Que á la defensa de mi honor acuda?

XL.

»Y con el mío, á un tiempo el de mi esposo,
»Que si estuviese aquí, me salvaría.
»Tú á Morando conoces, pretencioso,
»Cuando Argeo no está de su osadía,
»Con ruegos y amenazas, él ansioso
»Aún me persigue, y á la gente mía
»De seducir no deja por lograrme,
»Y no sé cómo del traidor salvarme.

XLI.

»Hora que sabe estar mi esposo ausente,
»Y que su vuelta no ha de ser tan presto,
»Hasta á mi estancia se caló insolente,
»Sin alegar motivo ni pretexto:
»¡Ah! si se hallase mi Señor presente,
»¿Cómo audacia tendría de hacer esto?
»Aun á diez ó más millas de este muro
»No se creería el pérfido seguro.

XLII.

»Y lo que ya por otros ha tanteado,
»Hoy me lo ha pretendido cara á cara;
»Y de tal modo, que en peligro he estado
»De gran deshonra y de vergüenza rara;
»Que si blando decir no hubiera usado,
»Y fingido acceder á lo que osara,
»Por la fuerza, del hombre hubiera sido,
»Á quien sólo por pacto he contenido.

XLIII.

»Se lo hice no á fe para observarle,
»Que es nulo lo que el miedo impone al pecho;
»Pero fué mi intención sólo librarme
»De lo que hubiera con sus fuerzas hecho.
»Ya el caso ves; tú puedes ampararme:
»De otro modo mi honor verás maltrecho,
»Y el de mi Argeo, del que ya me hablabas
»Que más que el tuyo mismo le apreciabas.

XLIV.

»Y si me niegas esto, habré sabido
»Que en ti la fe no existe que decantas,
»Y sólo por soberbia has desoído
»Lo que llegué á pedirte veces tantas,
»No por amor de Argeo; y que fingido
»Su nombre por escudo me adelantas;
»Bien que entre nos, la cosa fuera oculta,
»Cuando pública infamia hoy me resulta.»

XLV.

«Deja argucias (Filandro la contesta):
»Yo á servir á mi Argeo estoy dispuesto:
»Lo que quieras de mí, tú manifiesta;
»Pues lo que siempre fuí, ser me he propuesto;
»Que aunque sufriendo estoy prisión funesta,
»No es al amigo á quien le culpo de esto.
»Pronto me hallo por él hasta á la muerte,
»Y en buen hora maltráteme la suerte.»

XLVI.

»Y ella dijo: «Que mates quiero ahora
»Á aquel que nuestro honor manchar procura:
»Ningún mal de la empresa vengadora
»Te ha de ocurrir: la encontrarás segura.
»Él vendrá á verme á la tercera hora [3]
»De la alta noche en la tiniebla oscura;
»Y dada la señal que he convenido,
»En palacio entrará sin ser sentido.

XLVII.

»Tú en el silencio de mi estancia oscura,
»Que de antemano aguardarás, no dudo,
»Hasta que yo, quitada la armadura,
»Te lo vaya á entregar casi desnudo.»
Mirad cómo al cubil de belva fura
La esposa á su marido llevar pudo:
Si esto esposa y mujer llamarse debe,
Y no furia infernal, feroz y aleve.

XLVIII.

»Cuando la noche abominable vino,
Sacó á Filandro, con la espada en mano,
Y en la estancia, sin luz, puso al mezquino,
En tanto que volvía el castellano.
Cual lo había trazado todo avino:
Que casi nunca el mal resulta vano.
Contra Argeo, Filandro ora se lanza,
Creyéndole Morando, á la venganza;

XLIX.

»Y, segándole el cuello con presteza,
Por no hallar de las armas el reparo,
Sin enviar un suspiro, la cabeza
Cayó sangrienta del amigo caro.
¡Inconsciente del acto y su fiereza,
Le mató sin pensarlo! ¡Oh caso raro,
Que queriendo servir al dulce amigo,
Le trató como á pérfido enemigo!

L.

»Cuando, sin verle, le quitó la vida,
Mi Filandro á Gabrina dió la espada:
Así se llama esa mujer, nacida
Para espanto del triste que la agrada.
De mi hermano ora quiere que sabida
La traición sea, hasta de allí celada;
Y en la mano una luz al que hizo reo
Lleva á do el cuerpo está del muerto Argeo.

LI.

»Y le amenaza allí, si no consiente
En el deseo de su amor cansado,
Que del castillo mostrará á la gente
Lo que ha hecho, y negar ya no le es dado;
Y que le hará morir infamemente,
Por asesino y por traidor malvado;
Y le hace ver la muerte de su fama,
Ya que en poco la vida aprecia y ama.

LII.

»De espanto y de pavor trémulo estuvo
Filandro, cuando vió su horrible engaño,
Y en su primer furor designio tuvo
De matarla y vengar tan fiero daño;
Y si no que el hallarse le contuvo,
Allí convicto, y entre vulgo extraño,
Aunque se ve sin armas, la ataraza
Con los dientes, y atroz la despedaza.

LIII.

»Como bajel en alta mar bogante,
Á veces de dos vientos combatido,
Que uno á popa le empuja hacia adelante,
Y otro á prora al lugar de que ha salido,
Y de ambos sufre el ímpetu pujante,
Y al fin queda al más fuerte sometido;
Así Filandro, en empeñada brega,
Entre dos males al menor se entrega.

LIV.

»Le muestra la razón el riesgo grave
Más que de muerte, de ignominia tanta,
Si el homicidio en el castel se sabe;
Y ese temor su espíritu quebranta:
Conoce al fin que salvación no cabe,
Y da el cáliz amargo á la garganta;
Que en el pecho preñado de dolor,
Más que la obstinación puede el temor.

LV.

»El miedo del suplicio infame y bruto
Hízole prometer con juramento
Que cederá al antojo disoluto,
Si huyen del espectáculo sangriento.
Gabrina así cogió por fuerza el fruto
De su amor, y partieron al momento,
Y así, dejando en Grecia indigna muestra,
Volvió Filandro á la familia nuestra.

LVI.

»Allí llevó en su pecho el nombre escrito
Del que mató de tan atroz manera,
Para saciar el bárbaro apetito
De una Progne cruel, de una Megera;
Y si su juramento en el conflito,
Á su razón de freno no sirviera,
Como al fin le sirvió, muerto la habría,
Mas odio la cobró cuanto podía.

LVII.

«Nadie reir le vió desde aquel punto:
Huyó constante el resplandor de Febo;
Y en sus hondos gemidos, el trasunto
Era infelice de un Orestes nuevo,
En quien las furias, al voraz conjunto,
De sus serpientes daban crudo cebo;
Así, siguiendo el mal, el desdichado
Cayó en el lecho del dolor postrado.

LVIII.

»Hora la infame meretriz que piensa
Cuánto del que ella quiso es detestada,
Apagó de su amor la hoguera inmensa,
Y cobró, de soberbia arrebatada,
Contra mi hermano inquina tan intensa
Cual sintió contra Argeo la malvada;
Y preparóse á arrebatar del mundo,
Como al primer marido, á este segundo.

LIX.

»No tardó en encontrar á un mal Galeno,
Si adusto y viejo, al crimen aparente,
Que sabía dar muerte con veneno,
Mejor que vida á un mísero doliente;
Y le ofreció pagar el precio pleno,
Y aún más, que le pidió, después que urgente
Le hubiere con mortífero licor
Quitado de delante á su señor.

LX.

»Ya ante mí, de los míos en unión,
Venía con su droga el viejo adusto,
Diciendo que solía esa poción
Al más débil volver sano y robusto.
Mas Gabrina, con pérfida intención,
Antes que al triste repugnase el gusto,
Ó por salir del cómplice vendido,
Ó para no pagarle lo ofrecido,

LXI.

»La mano le cogió cuando alargaba
La taza en que iba el tósigo engañoso,
Diciendo: «No te enfade si recaba
»Todo mi amor en bien del caro esposo;
»Y me aseguro que bebida prava
»Tú no le das, ni jugo venenoso:
»Por eso exijo que el brebaje pruebes,
»Antes de que á su labio se lo lleves.»

LXII.

»Puedes pensar, Señor, cuál quedaría
El viejo infiel al ver tal asechanza.
La exigencia fatal, que no ofrecía
De salir del apuro la esperanza:
El no aumentar sospechas, todo hacía
Forzoso que bebiera sin tardanza;
Y él bebió, y el enfermo, ya seguro,
Tragó hasta el fondo del brebaje impuro.

LXIII.

»Como reclamo que de sacre hambriento
Entre las corvas uñas se sacude,
Y el can, su fiel compaño, en tal momento,
No á defenderle, á devorarle acude,
Así el médico indigno, al lucro atento,
Halla ofensa do espera se le ayude.
¡Oh de no vista audacia ejemplo raro!
¡Siempre así caiga opreso todo avaro!

LXIV.

»No es de extrañar que al viejo ya le agite
De correr á su estancia la agonía,
Por tomar medicina que le quite
La acción y efectos á la droga impía.
Mas Gabrina su marcha no permite,
Diciendo que soltarle no quería,
Hasta que el negro jugo ya digesto,
Hiciera su provecho manifiesto.

LXV.

»No le vale rogar, ni hacer oferta
Por obtener salirse prontamente;
Y ya desesperado, y viendo cierta
Su muerte, que en las venas arder siente,
La verdad que va á ser ya descubierta,
Nos revela por fin y hace patente.
Así el mal, que envió á muchos al abismo,
El médico traidor se hizo á sí mismo.

LXVI.

»Y á mi hermano, el leal, que muerto era,
El vil sobrevivió pocos instantes.
Nosotros, que la historia verdadera
De horrores tales escuchamos antes,
Á esa cogimos espantosa fiera
Más que los tigres por el bosque errantes,
Y en cueva oscura la encerramos luego,
Para entregarla al merecido fuego.»

LXVII.

Eso Hermónides dijo; y se aprestaba
Á decir cómo de la cueva hüyóse;
Mas de la herida el mal tanto se agrava,
Que en la hierba, ya exánime, postróse.
Aquí, dos escuderos que llevaba,
Cortando ramas de la selva, armóse
Á manera de un lecho, y le acostaron
En él, y con trabajo le llevaron.

LXVIII.

En tanto, con Hermónides se excusa
Zerbino de causarle tanta ofensa,
Con que ya sabe que entre nobles se usa
Tomar *de con quien vengo* la defensa;
Y él dejara en su nombre mancha infusa,
Si no lo hiciera con la carga inmensa,
Que la suerte le impuso de esa impía,
Cuando á ser se obligó su guarda y guía.

LXIX.

Y que, si en otras cosas agradarle
Puede, lo diga, y los reparos deje.
Y dijo el Holandés, que recordarle
Sólo quería que á Gabrina aleje,
Antes que un daño llegue á maquinarle,
No sea que después tarde se queje.
Y como á la verdad no hay trampantojos,
Gabrina á todo está bajos los ojos.

LXX.

Con Gabrina Zerbín partió, ya fijo
Custodio y guarda en el penoso viaje,
Y entre sí todo el día la maldijo.
Pues causó que al de Holanda hiciese ultraje;
Y hora, por tanto como de ella dijo,
Con tanto dato y tan veraz lenguaje,
Si antes fuéle antipática y molesta,
Hora con toda el alma la detesta.

LXXI.

Ella, que ve á Zerbino de odio lleno,
No quiere en malquerencia ser ganada,
Y si de aquel un dracma hay en el seno,
Cuatro encierra en el suyo la malvada.
Henchido lleva el pecho de veneno,
Y la rabia en su rostro retratada:
Así, con la concordia que hora os pinto,
Iban del bosque al interior recinto.

LXXII.

Cuando el sol declinaba en su carrera,
Oyen de armas sonar estrago y ruína,
Que son indicios de batalla fiera,
Que, según el rumor, se da vecina.
Por ver el buen Zerbín qué cosa era,
Veloz á do resuena se encamina,
Y no es tarda Gabrina en alcanzarlo:
Pero habré en otro canto de contarlo.



ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO.

Destruye Astolfo la encantada estanza,
Y libra á los que presos tiene Atlante;
En cuya empresa el buen Rugiero alcanza
Unirse con su cara Bradamante.
Juntos van á un castel, donde es usanza
Robar á cuantos hallan por delante:
Allí el escudo obró; y allí, sin duelo,
Da muerte Bradamante á Pinabelo.

ORLANDO FURIOSO.

CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO.

I.

Damas que sólo amáis vuestros amantes,
Y un solo amor vuestra virtud consiente,
Aunque pocas seáis, y haya bastantes
De condición en todo diferente,
No enfado os cause lo que dije antes,
Cuando Gabrina me exaltó la mente;
Y no extrañéis que aun gaste más de un verso
En maldecir de su ánimo perverso.

II.

Ella era tal; y la verdad yo fío,
Porque así me lo impuso quien no engaña [1]:
Y no por eso el lustre y señorío
De algunas que bien sé, mi labio empaña;
Que el que vendió al Maestro al pueblo impío [2],
Ni á Juan, ni á Pedro, ni á los otros daña;
Ni menos á Ipermestra se venera,
Porque hermana de treinta inicuas era [3].

III.

Por una, en fin, que censuré malvada,
Que así el orden lo pide de la historia,
Por cuanto ve del sol la faz dorada,
Haré de ciento la virtud notoria.
Mas vuelvo á la labor que, por variada,
Sé que os place, y lo guardo en la memoria.
Del jovencillo príncipe os decía
Que cerca un gran rumor sentido había.

IV.

Entró, del monte por la oscura falda
Á estrecho val, de do el clamor sonante
Salía, y vió, de un prado en la esmeralda,
Tendido y muerto á un caballero andante.—
Diré después quién sea; que hoy la espalda
Vuelvo á Francia, y partir debo á Levante,
En busca del Astolfo Paladino,
Que de Poniente al fin toma el camino.

V.

Le dejé en la ciudad de las crueles,
Donde del cuerno al son, todo el contorno
Limpió de gentes bárbaras é infieles,
Que cogido teníanle ya en torno;
Donde también á sus compaños fieles
Hizo embarcar con susto y con bochorno;
Y ora diré, siguiendo, que se ingenia
Para salir marchando hacia la Armenia.

VI.

Y se encontró en Natolia al sexto día;
Y de Brusia [4], de allí tomó el camino;
Y aun siguió más allá, y en recta vía,
De acá del mar de Tracia á salir vino;
Y al largo del Danubio fuese á Hungría,
Y como va en corcel tan peregrino,
Vió la Moravia y de Bohemia el seno,
En veinte días, y el Francón y el Reno.

VII.

Y va á Aquisgram, por la montaña Ardeana,
Y al Brabante y á Flandes; y en galera
Veloz se embarca; y tanto el Tramontana
De las hinchadas lonas se apodera,
Que á mediodía Astolfo, no lejana
Ve á Inglaterra; y pisando su ribera
Monta á caballo, y tal bate la espuela,
Que á Londres llega cuando el sol se vela.

VIII.

Allí, sabiendo que el anciano Otón [5]
Ha muchos meses que en París estaba;
Y que al ejemplo aquel, todo Barón
Las armas de su Rey acompañaba,
Como él mismo seguirle es de razón,
Del Támesis retorna á la foz brava,
De donde, dando al viento el blanco lino,
De Calais al puerto va vecino.

IX.

Un vientecillo que á orza, suavemente,
Iba al barco el costado acariciando,
Fué poco á poco haciéndose potente:
Tanto, que ya el piloto está observando,
Que si el timón no tuerce prontamente,
Se estrellará en la costa, naufragando.
Por eso el rumbo deja que seguía,
Y á la firmeza del bajel se fía.

X.

Ya va á derecha, ya á siniestra mano,
Aquí y allí del golfo, á la ventura,
Y toma, en fin, el litoral Roano,
Y entra á gozar del puerto la dulzura.
El Duque hace ensillar á Rabicano,
Y reviste la sólita armadura,
Y el cuerno, que jamás él abandona,
Más útil que la lanza de Belona.

XI.

Y llega, atravesando selva espesa,
Á un collado, do corre mansa fuente,
En la hora dulce en que el ganado cesa
De pastar y al redil va alegremente;
Y del calor y sed su sangre accesa,
Del yelmo alivia la sudosa frente;
Y ató el caballo al tronco de alto pino,
Y á beber de la linfa después vino.

XII.

Aún no había mojado el labio ardiente,
Cuando un pastor á quien muy cerca tapa
Tupida fronda, sale de repente;
Suelta el caballo, móntale, y escapa.
Al sentir el rumor, alza la frente
Astolfo, y viendo que el corcel le atrapa,
El agua deja; y sin beber, saciado,
Detrás dél va corriendo desalado.

XIII.

No es de aquel la carrera muy seguida,
Pues más allá que quiere hubiese ido;
Mas aflojando ó recogiendo brida,
Va alternando galope y trote unido.
El bosque dejan tras de gran corrida,
Y del palacio al término han salido,
Donde juntos están nobles guerreros,
Sin prisiones, á fe, bien prisioneros.

XIV.

El dintel pasa el que inició la caza,
Con Rabicano, que del viento nace;
Fuerza es que Astolfo, que el escudo embraza,
Detrás le siga y grite, y amenace.
Mas al llegar allí toda esa traza,
Cual de teatro escena, se deshace;
Y ya ni á su corcel, ni al ladrón mira,
Y en vano mueve el pie, la vista gira.

XV.

De su atento buscar nada resulta
Por estancias y cámaras y salas,
Que para hallar al que su esfuerzo insulta ,
Las armas y el valor son artes malas.
No sabe dónde á Rabicán se oculta,
Su tan precioso volador sin alas;
Y corriendo pasó de arriba á bajo,
Todo el día, sin fruto y con trabajo.

XVI.

Cansado al fin de andar y de agitarse,
Conoció que aquel sitio era encantado,
Y en el libro pensó pronto orientarse
Que en India Longistila le ha donado.
Con él puede de magias libertarse
Y á todo encantador dejar burlado:
Acude, pues , al índice, y ve presto
Á pocas hojas, ese encanto expuesto.

XVII.

En el libro se hallaba muy cumplido
Relato de los modos con que había
De quedar el hechizo aquel vencido,
Y desatar el nudo que le urdía:
Era que un genio en el umbral metido
Estos fraudes y engaños dirigía,
Y el sillar que le encumbre suspendiendo ,
Se iba el palacio en humo disolviendo.

XVIII.

Astolfo, á quien el ansia ya domina
De dar remate á tan insigne empresa,
Sin detenerse un punto, el brazo inclina
Á probar lo que el duro mármol pesa.
Cuando Atlante la mano ve vecina
Á levantar la mágica compresa,
Al estrago, que urgente le amenaza,
Remedio quiere dar con nueva traza.

XIX.

Hácele que se muestre diferente
De su ser propio : al uno pareciendo
Un villano pastor; á otro valiente
Caballero, y á quién, jayán tremendo.
Cada cuál ve la forma en él presente
Con que el Mago fatal le fué atrayendo;
Así que, por cobrar lo que le quita,
Cada cuál contra él se precipita.

XX.

Brandimarte, Gradaso, Bradamante;
Con Iroldo, y Rugier, y otros guerreros,
Llevados del error, se echan delante,
Para atacar al Duque los primeros.
Mas éste al cinto recurrió al instante
Para humillar sus bríos altaneros:
Si al formidable cuerno no acudiera,
El sueño eterno aquella vez durmiera.

XXI.

Mas no bien pieza tal lleva á la boca,
Y hace en torno sonar su trueno infando,
Á modo de palomas, cuando croca
En alto el gavilán, huyen volando
Los guerreros, y al mismo Mago toca
De su propio cubil salir temblando;
Y pálido de susto, así se aleja,
Que atrás dos millas sus encantos deja.

XXII.

Huye con todos el guardián del hato,
Y hasta las bestias del establo huían,
Y olvidadas del pienso, en arrebato,
Á sus dueños buscaban y seguían:
No en la casa quedó perro ni gato;
Que sonar *¡corre, corre!* sólo oían;
Y si el Duque, al pasar no le cogiera,
Su Rabicán con los demás se fuera.

XXIII.

Cuando aquél vió escapar al Mago odioso,
Del umbral alzó el mármol que ha leído,
Y halló debajo un lema misterioso,
Y otras cosas, que es bien que dé al olvido;
Y de acabar con el encanto ansioso,
Rompió cuanto encerraba el hondo nido.
Siguiendo así del libro el saber sumo,
Se disipó el palacio en niebla y humo.

XXIV.

Entonces vió, que con cadena de oro
De Rugiero el caballo estaba atado:
Hablo de aquél que el Nigromante Moro,
Para que fuese á Alcina, le hubo dado:
Que el freno, más valioso que un tesoro,
Longistila, al partir, se lo ha donado;
Y con él, desde el Indo hasta Inglaterra,
Recorrió el lado diestro de la tierra.

XXV.

No sé si recordáis que dejó atada
La brida á un árbol, en el mismo día
En que la bella Angélica, escapada
De Rugiero, desnuda se escondía.
De allí al Mago se fué la bestia alada,
Maravilla causando al que la vía,
Y con él siguió luego, hasta el momento
En que Astolfo rompió su encantamiento.

XXVI.

No podría al viajero sin segundo
Ocurrir cosa alguna mejor que esta,
Para observar la tierra, el mar profundo
Y tanto pueblo que por ver le resta;
Pues, para pronto dar la vuelta al mundo,
Como aquel volador nada se presta;
Y él bien la fuerza y rapidez sabía,
Que ya tanto otra vez probado había.

XXVII.

En India la probó, do fué cogido
Por la sabia Melisa de la mano
De la infame, que le hubo convertido
En pobre mirto su semblante humano.
Entonces vió cómo le fué vencido,
Con brida y maña su resabio insano
Por Longistila, que á Rugiero adiestra
Á que le vuelva á diestra y á siniestra.

XXVIII.

Y pone al Hipogrifo, ya resuelto,
Su silla, que allí cerca ve arrimada;
Y toma, entre cien frenos que ha revuelto,
Bocado, cuya cama es adecuada;
Que de tanto caballo que huyó suelto,
Cada brida se encuentra allí colgada.
Sólo le está un cuidado molestando:
Llevar no puede á Rabicán volando.

XXIX.

A abandonarle su razón se opuso,
Que estima asaz su fuerza y su arrogancia,
Y no olvida cuán rápido le puso
Desde la India en el riñón de Francia.
Tras pensar mucho, al cabo se propuso
Que un amigo disfrute la ganancia,
Y no el primero á quien lo dé su sino,
Si en la mitad lo deja del camino.

XXX.

Mirando estaba al bosque por si viese
Venir un cazador, ó algún villano
Que á cualquier parte conducir pudiese,
Siempre á su vera, al noble Rabicano.
En esperar que alguno apareciese,
Todo el día y la noche gastó en vano;
Y á el alba nueva, por la selva umbría,
Le pareció que un paladín venía.—

XXXI.

Mas fuerza es ya, para que os diga el resto,
Que antes vuelva á Rugiero y Bradamante.
Cuando, callado el cuerno, del funesto
Espacio esa pareja fué distante,
Miró Rugiero, y conoció bien presto
Lo que con artes le ocultaba Atlante;
Que, por nieblas que espesas les cubrían,
Conocido hasta entonces no se habían.

XXXII.

Mira Rugiero á Bradamante, y ella,
Ya sin magia, la amada faz ve ahora
Que tantos días ocultóle aquella
Que sus sentidos y su vista azora.
Rugiero abraza á su adorada bella,
Que cual purpúrea rosa se colora,
Y á su boca después las dulces flores
Lleva, primero don de sus amores.

XXXIII.

Más veces sus alientos se juntaron,
Y en abrazo sin fin tiénense estrechos
Los dos fieles amantes, que gozaron
Gozo que no les cabe ya en los pechos.
¡Cuál lamentan las horas que vagaron
Bajo el impulso de los ímpios techos,
Sin haberse uno á otro conocido!
¡Cuál tantas horas de placer perdido!

XXXIV.

Bradamante, después de aquel tributo
Que dar puede amorosa virgen pura,
Para aliviar de su amador el luto,
Sin olvidar de su pudor la cura,
Dice á Rugiero, que si aspira al fruto
De amor en que no la halle siempre dura,
Á pedirla, por alto medianero,
Mande á Amón; mas bautícese primero.

XXXV.

Rugier, que no quería solamente
Cristiano ser, por el cariño de ésta,
Cual su padre lo fué, y antiguamente
Su abuelo y toda su familia honesta;
Sino que por su agrado, prontamente
Diera toda la vida que le resta,
Dice: «No en agua del Jordán; mas ciego,
Por ti la frente meteré en el fuego.»

XXXVI.

Por bautizarse, pues, y porque esposa
Pudiera suya ser, se puso en vía,
Guiando Bradamante, á Vallehumbrosa;
(Así llamado un monasterio había,
Rico y bello, que no menos piadosa
Estancia daba al que á su umbral venía)
Y hallaron al salir de la foresta
Á una muy afligida dama honesta.

XXXVII.

Rugier, que, humano, á todos cortésmente
Atiende, y más al sexo delicado,
Cuando mira correr el lloro ardiente
De que aquel triste rostro está bañado,
De conocer su mal está impaciente;
Y á la afligida fémina inclinado,
Después de saludarla, la demanda
Qué cosa, pues, la aflige miseranda.

XXXVIII.

Y el rostro levantando así lloroso,
Ella sumisamente le repuso;
Y la ocasión del llanto doloroso,
Tal cuál se lo pidió, toda le expuso.
«Gentil señor (le dijo), este penoso
Estado en que me miras, me le impuso
La piedad hacia un pobre jovencillo,
Que á matar van muy cerca en un castillo.

XXXIX.

»Á una joven amando dulce y bella
(Que de Marsilio el Rey de España es hija),
Envuelto en veste y manto de doncella,
Llevado del afán que amor aguija,
Por las noches gozábase con ella.
Siempre entra así, y en él nadie se fija:
Pero como secreto no hay ninguno
Que no sea sabido al fin de alguno,

XL.

»Uno lo supo : á dos éste lo fía,
Y esos á seis, hasta que al Rey va el hecho;
Y á un confidente suyo nos envía,
Que á los amantes sorprendió en el lecho.
De la prisión los tienen, más sombría,
Puestos aparte, en calabozo estrecho;
Y pienso que esta luz no ha de acabarse
Sin la sangre del joven derramarse.

XLI.

»Por no ver tal fiereza heme escapado,
Que le van ¡infeliz! á quemar vivo;
Y no sé cómo puede pecho honrado
Espectáculo ver tan aflictivo.
Yo no tendría ya gusto colmado,
Que no en dolor se me volviera activo,
Cuando la horrenda llama recordara
Que tan preciosos miembros devorara.»

XLII.

Bradamante, al oir la muerte fiera
De esa víctima triste de amor ciego,
Siente suma inquietud, cual si temiera
Fuese algo suyo el condenado al fuego.
Y no tanta zozobra y piedad era
Sin motivo, en verdad, como oiréis luego.
Y le dice á Rugier : «Pues ampararlos
Creo que ora debemos y salvarlos.»

XLIII.

Y luego á la doliente: «Ten por cierto
Que si al castel nos llevas con presura
Tal que al mísero joven no hayan muerto,
No morirá, mi fe te lo asegura.»
Rugiero, que en su dama ha descubierto
De benigna piedad la lumbre pura,
También un vivo impulso siente ahora
Que á secundar le excita á la que adora.

XLIV.

Y á la afligida dice: «No cansadas
Lágrimas son del caso, sino pruebas.
Lo preciso es que á abrirnos las entradas
De la mansión, sin vacilar te atrevas.
Sacarle de entre mil lanzas y espadas
Te prometemos, si veloz nos llevas.
Mas los modos estudia; no que tarde
Vaya el favor, mientras el fuego arde.»

XLV.

El alto hablar y la viril semblanza
De pareja en las lides tan temida,
Consiguieron volverle la esperanza
Á la que ya la tuvo por perdida.
Pero, temiendo más que la tardanza,
Que les fuese la vía interrumpida,
Y por tanto caer presos, sin fruto,
Siente temblarle el pecho irresoluto.

XLVI.

Y dice: «Si tomáramos la vía
Que va al castel con riesgos, aunque llana,
Pienso que á tiempo allá se llegaría:
Mas por otra, segura, no se gana;
Que es tan fatal, que la mitad de un día
No es bastante á premura tan tirana;
Pues cuando el fin hubiéremos tocado,
Estaría ya muerto el desdichado.»

XLVII.

«¿Y por qué no marchar (dice Rugiero)
Por lo más corto?» Y ella: «Porque apura
El castel de los condes de Pontiero,
Que está en la vía; y en el cual figura,
No ha tres días, un uso inicuo y fiero,
Que ha impuesto á los guerreros de ventura
Pinabelo, el peor hombre que hoy viva,
Hijo del conde Anselmo de Altarriba.

XLVIII.

»Ni dama ni señor llega á su estanza
Que daño no reciba y duro ultraje:
Le desmontan y quitan sin tardanza
Las armas, si es varón; si dama, el traje.
Caballeros jamás de más pujanza
Ha visto Francia ni de igual coraje,
Como unos cuatro, que han jurado el duelo
Mantener que ha inventado Pinabelo.

XLIX.

»De esa ley, que hace días solamente
Que rige, la ocasión voy á narrar:
Y sabréis si la traza fué decente
Con que á tan noble gente hizo jurar.
Dama es de Pinabel una impudente,
Que en el mundo por vil no tiene par;
Que con él, no sé dónde, al solazarse,
Halló un Barón, de quien osó burlarse.

L.

»El Paladín, que de ella fué befado
Por ir con una vieja, tal se enoja,
Que á Pinabelo desafió, dotado,
Si de brava altivez, de fuerza floja;
Y al primer bote le tendió en el prado:
Y por ver si la dama es zamba ó coja,
Á pie, sin ropa de valer la deja,
Y ropa y palafrén los da á la vieja.

LI.

»La que á pie se quedó, fiera y rabiosa,
Y de tomar venganza sitibunda,
Unida á Pinabel, que cualquier cosa,
En siendo infame, pronto la secunda,
Ya, día y noche inquieta, no reposa;
Y dice no han de verla más jocunda,
Si á mil damas no quita y mil armados
Las armas, los caballos, los tocados.

LII.

»La suerte á su mansión llevó viandantes
Cuatro guerreros en el mismo día,
Que de tierras venían muy distantes
En la guerra á probar su valentía.
Eran de ánimo y fuerza tan pujantes,
Que otros el mundo tales no tenía:
Se llamaban Guidón y Sansoneto,
Grifón el Blanco, y Aquilante el Prieto.

LIII.

»Fingiendo por el día afecto extraño,
Pinabelo acogiólos generoso,
Y los prendió á la noche; y con engaño
No les da libertad el alevoso
Hasta que juran por un mes y un año
(Tal es el plazo que marcó forzoso)
Servirle, despojando á todo andante
Caballero que topen por delante,

LIV.

»Y á las damas, que allí fueren con ellos,
Quitándolas monturas y vestidos.
Así obligados, con gran pena, aquellos
Quedaron á esos actos maldecidos.
Esos rindieron á sus pies los cuellos
De cuantos á lidiar fueron erguidos;
Y ellos y ellas son muchos los cuitados
Que sin ropa se han ido, ó desarmados.

LV.

»La regla en esos es, que el que por suerte
Salga el primero, vaya solo al trance:
Mas si hallare adversario que tan fuerte
Sea, y que firme del arzón los lance,
Los otros pelearán hasta la muerte,
Entrando todos en común avance.
Ved, cada cuál calzando tantos puntos,
Si habrá quien pueda con los cuatro juntos.

LVI.

»Ya veis qué daños á la empresa nuestra
Causar podría la menor demora
Que os impusiera la feroz palestra;
Y aun siendo vuestra espada vencedora
Como tanta arrogancia lo demuestra,
¿Lograrais la victoria en una hora?
Pues si el socorro hasta mañana tarda,
Temo que antes la hoguera al joven arda.»

LVII.

Y Rugier dijo: «No se piense en esto:
Nos, lo que es dado á nuestro esfuerzo hagamos,
Y el que arriba nos ve cuide del resto,
Ó la fortuna, si en su amor no estamos.
Sea, pues, combatiendo, manifiesto
Que buenos somos y aptos nos hallamos
Á salvar al que al fuego echar se intenta
Por una culpa de tan leve cuenta.»

LVIII.

Y, sin dar más respuesta, la doncella
Toma la vía corta, de seguida;
Y después de tres millas ir por ella,
Se encuentran del castillo á la salida;
Donde á todo viandante se atropella,
Y pierde ropa, arnés y hasta la vida.
Al verlos asomar, desde la roca,
La campana dos roncos golpes toca.

LIX.

Y ve aquí un viejezuelo sale fuera
De la puerta, trotando en un rocín;
El cual viene gritando: «Espera, espera:
Pagad aquí portazgo de confín:
Y si nadie os ha dicho la manera
Cómo se paga, os lo diré yo en fin.»
Y les narró aquel uso que, tirano,
Tiene allí establecido el Castellano.

LX.

Y acompañarles quiso los consejos
Que usaba con las damas y varones.
«Á esa mujer (decía) en zagalejos
Poned, y dejad armas y bridones;
Y no queráis probar los duros rejos
De nuestros cuatro indómitos campeones.
Ropas, caballos mercaréis doquiera:
Mas de comprar la vida no hay manera.»

LXI.

«No más (dijo Rugier), no más; que estoy
De todo noticioso, y aquí vengo
Á probar con los hechos, si es que soy
Tal cual yo por mi espíritu me tengo.
Armas, traje, caballo no los doy
Por amenazas, y á la lid me atengo;
Y estoy cierto también de que mi amigo
Piensa del modo mismo que te digo.

LXII.

»Mas haz ¡por Dios! que pronto vea al frente
Los que una ley mantienen nada honesta;
Que un deber nos estrecha asaz urgente,
De atravesar muy pronto la foresta.»
Y el viejo: «Pues ya está fuera del puente
Lo que buscáis.» Y con verdad contesta:
Que un guerrero salió con encarnada
Veste, de blancas flores salpicada.

LXIII.

Mucho rogó la dama al compañero
Que la diera el contento y el permiso
De arrojar de la silla al caballero,
Á quien la suerte designarles quiso:
Mas lograrlo no pudo de Rugiero,
Y ceder á su empeño fué preciso.
Él no osó lucha tal dar á su amante,
Y quedóse á mirarla Bradamante.

LXIV.

Rugiero al viejo demandó quién era
Aquel que á combatir primero aporta.
«Es Sansoneto (respondió) : cualquiera
Conocerá la blanca flor que porta.»
Aquí salen los dos á la carrera;
Que, sin hablar, la prevención fué corta,
Y fuéronse á encontrar, sin más tardanza,
Apurando el corcel, baja la lanza.

LXV.

En este tiempo salen prevenidos,
Con Pinabel, del fuerte cien peones,
Que recoger las armas y vestidos
Suelen de los que pierden sus arzones.
En tanto nuestros bravos, muy ardidos,
Iban llevando en ristre sus lanzones,
De un palmo de espesor, de roble viejo,
Que casi son iguales hasta el rejo.

LXVI.

De esos había diez en la oficina,
Que cortar Sansoneto en el declive
Hizo de la foresta allí vecina;
De los cuales dos tales apercibe,
Que habrá de ser adarga diamantina,
Ó triple peto el que su golpe esquive;
Y uno á Rugiero da, y otro retiene,
Con que al combate peligroso viene.

LXVII.

Con éstos, que ni un yunque aguantaría,
Tan bien ferradas son moharra y contera,
Haciendo á los escudos puntería,
Chocáronse á mitad de la carrera.
Forjado del infierno en la herrería
El de Rugier, no es mucho resistiera:
Hablo de aquel escudo rutilante
Que ya sabéis que usaba el mago Atlante.

LXVIII.

Ya dél os dije, que con luz alumbra
Tan clara y viva, y con poder tan cierto,
Que cuando da en los ojos los deslumbra,
Y cae quien lo mira medio muerto.
Por eso usarlo el joven no acostumbra
Sino en gran riesgo, y llévale cubierto.
Creo también que impenetrable era,
Cuando en esta ocasión no se partiera.

LXIX.

El otro, de un autor menos sabido,
El golpe crudelísimo no aguanta,
Y por el medio, cual por rayo herido,
Al impulso se abrió de fuerza tanta;
Y dando entrada al hierro, percudido
Deja el brazo, que más no se levanta.
Sansoneto, así herido, á su despecho,
El suelo va á medir á largo trecho.

LXX.

Éste el primero ha sido á quien aqueje
De la suerte el rigor, y que ninguna
Ganancia saque, y que la silla deje
En la lid que despojo tanto aduna.
Justo es que quien rió también se queje,
Y halle á su vez rebelde á la Fortuna.
La campana su toque aquí renueva,
Y á los otros convoca á lucha nueva.

LXXI.

Con Bradamante Pinabelo en tanto
Por saber de aquel bravo se introdujo,
Que á su guerrero, con esfuerzo tanto,
Á tan mísero término redujo.
La justicia de Dios, por darle cuanto
Sus crímenes merecen, le condujo
En el mismo cuadrúpedo arrogante,
Que robó con perfidia á Bradamante.

LXXII.

Cumplía entonces el octavo mes
Que, topando con ella en el camino,
Si os acordáis, el ímpio Magancés
La echó en la tumba de Merlín divino;
Cuando, enredando un ramo entre sus pies,
La libró de morir su buen destino;
Y sabéis que llevóse el corcel fuerte
De la infeliz de quien trató la muerte.

LXXIII.

Conoce Bradamante su caballo,
Y conoce por él al impudente;
Y cuando puede cerca contemplallo,
Y oye su voz, y ve su fosca frente:
«Es éste (grita) el pérfido, y no hay fallo,
Que me quiso matar inicuamente:
He aquí que su delito le ha traído,
Do la pena tendrá que ha merecido.»

LXXIV.

La amenaza, y poner mano á la espada,
Fué todo á un mismo tiempo; y por recelo,
Le cortó del castel la retirada,
Y sobre el Conde se lanzó de un vuelo,
De salvarse la vía así cortada,
Como zorra á su cueva, á Pinabelo.
Él dando gritos, sin volver la testa,
Huyendo va á ocultarse en la foresta.

LXXV.

Va espantado, y la espuela no perdona,
Que toda está en la fuga su esperanza.
La valiente doncella de Dordona
Le lleva el fierro al cuello, y casi alcanza,
Y ni un punto la espalda le abandona:
Tiembla el suelo, rugido el bosque lanza;
Y de eso nada en el castel se escucha,
Atentos todos á la horrenda lucha.

LXXVI.

Entre tanto han salido ya á la vía
Los que mantienen la fatal pelea,
Y en su compaña llevan á la impía
Mujer, autora de la usanza rea.
Cualquiera de los tres muerte querría
Antes que vida que afrentosa sea:
Les arde el rostro de rubor, al dolo
de ir á lidiar los tres con uno solo.

LXXVII.

La impudente que teme hora el retracto
De los que espera vayan á vengarla,
El juramento les recuerda y pacto,
De la ley, y su honor en observarla.
«Si á vencer basta de mi lanza un acto,
¿Por qué quieres con otras ayudarla?
(Dice Guidón); permítelo, y contento
Mi cabeza te doy, si ves que miento.

LXXVIII.

Grifón pide lo mismo, y Aquilante,
Y no quiere en tropel justar ninguno;
Y antes morir que verse así triunfante,
Lidiando contra un hombre más de uno.
Y ella les dice: «¿Á qué tan arrogante
Y vano hablar, y sin provecho alguno?
Para ganarme arneses y vestidos,
No para pactos nuevos sois venidos.

LXXIX.

»Pudierais, cuando presos se os guardaba,
Excusas dar, que ya entender no debo:
Obrar os toca, y no con lengua brava
Dar uno á uno á tal valiente cebo.»
Y Rugier: «Ved las armas (les gritaba),
Ve aquí corcel con silla y arnés nuevo:
Aquí cumplido traje de señora:
Si los queréis, ¿á qué tardáis ahora?»

LXXX.

De allí la meretriz grita insultante;
De aquí Rugier, con dichos altaneros;
Así que, de rubor tinto el semblante,
Rompen al fin los ínclitos guerreros.
Los dos bravos bastardos van delante,
Dignos de la alta cepa de Oliveros;
Y algo detrás, con marcha menos pronta,
Guidón, que más pesado corcel monta.

LXXXI.

Con aquella misma asta con que había
Vencido á Sansoneto, Rugier viene,
Y en el brazo el escudo que solía
Atlante usar en lo alto del Pirene:
Del encantado, digo, que lucía
Con luz que humana vista no sostiene:
Al cual no apela el joven generoso,
Sino cuando ya el riesgo es temeroso.

LXXXII.

Tres veces solas hizo dél el gasto
(Y fué en verdad en contingencia suma):
Dos fueron al volver á su amor casto,
Del de Alcina, que impúdico le abruma;
Y la tercera, cuando el torso vasto
Da de la Orca á la marina espuma,
Al ir voraz á la desnuda hermosa
Que fué á su salvador tan rigorosa.

LXXXIII.

Fuera de estas tres veces, todo el resto
Del tiempo le mantuvo así tapado;
Que bien podría descubrirle presto,
Si se llegase á ver muy estrechado.
Al combate con él marchaba apuesto
Como os iba diciendo, y tan confiado,
Que aquellos tres, fornidos cual gigantes,
Los vía como á párvulos infantes.

LXXXIV.

Rugier contra Grifón, donde se junta
Con el pavés el yelmo más estrecho,
Apunta á herir ; y hiere adonde apunta
Y del arzón le arroja á largo trecho ;
Y Grifón de su lanza con la punta,
Da al de Rugier un golpe, no derecho,
Que, resbalando en el escudo fuerte,
En desdichado lance le convierte.

LXXXV.

Rasga y corre el sedil que le cubría,
Y el mágico broquel queda desnudo,
Al resplandor del cual, cuando lucía,
Vista humana jamás resistir pudo.
Para Aquilante, que á la par venía
De su hermano, derrota fué el escudo:
Á los dos les cegaron sus destellos,
Y á Guidón, que corría detrás de ellos.

LXXXVI.

Uno aquí, y otro allí, caen por tierra;
Y no sólo los ojos avasalla;
Huir la luz les hace y los aterra.
Rugier, que atiende al fin de la batalla,
Vuelve el caballo, y al volverle aferra
Su espada, pronta á herir de punta y talla :
Mas no ve á nadie que mentenga el duelo,
Que todos, lejos, yacen por el suelo.

LXXXVII.

Cayeron los guerreros, los peones,
Y las damas y gente que miraba;
Y también ve por tierra los bridones,
Y tendidos, su hijar les palpitaba.
Asómbrase primero : los girones
Del raso, que á siniestra le colgaba,
Ve Rugiero después : del sutil raso,
Reo esta vez del lamentable caso.

LXXXVIII.

Se vuelve, y con los ojos va buscando
En torno, á su carísima guerrera,
Y va al lugar en que se hallaba, cuando
La primer justa comenzado hubiera;
Y pensó que se iría (allí no estando)
Á impedir que aquel joven pereciera
Acaso entre las llamas, mientras dura
El combate librado á la ventura.

LXXXIX.

Ve, entre muchos caídos, la afligida
Doncella que le había allí guiado:
Pónesela delante, así dormida,
Y cabalga con ella muy turbado.
Con su capa, que arrastra desprendida,
Cubre luego el escudo malhadado;
Y volver la hace al sentimiento vivo
Que la turbara el esplendor nocivo.

XC.

Vase Rugier con faz que causa grima,
Y por vergüenza levantar no osa:
Cré que todo varon le desestima,
Por victoria tan poco generosa.
«¿Qué puedo hacer (decía), que redima
Una culpa tan fea y bochornosa:
Que esa palma gané sólo á favor,
Dirán, de encanto, y no por mi valor?»

XCI.

Mientras eso entre sí pensando iba,
El destino le lleva donde á un lado
Del camino, el brocal de un pozo estriba,
Á fondo profundísimo cavado.
Allí al sesteo en la calor estiva,
El pasto á reposar iba el ganado;
«Aquí (Rugiero exclama) hallaré medio
¡Oh escudo! de borrar mi oprobio y tedio.

XCII.

»No estarás más conmigo; desde hoy día
En mí no más vileza verá el mundo.»
Luego veloz desmóntase en la vía:
Toma un mármol de peso sin segundo;
Ata el escudo á él, y ambos envía
Á visitar del pozo lo profundo,
Diciendo: «Queda aquí, fiero enemigo,
Y mi oprobio también quede contigo.»

XCIII.

Hondo es el pozo, y su agua nunca falla,
Grave la piedra y el pavés no breve,
Y baja pronto hasta que el fondo halla,
Y se cierra sobre él la linfa leve.
El acto insigne del valor no calla
La virgen que sus alas siempre mueve,
Y dél llenó con su clarín sonante,
Las tierras de Occidente y de Levante.

XCIV.

Cuando de voz en voz, hízose esta
Proeza del escudo al mundo nota,
Á buscarle marcial turba se apresta
De la tierra vecina y la remota.
Mas no saben cuál sea la foresta
Donde en el pozo el raro escudo flota;
Que la alada que dió del acto aviso,
Ni la selva ni el pozo decir quiso.

XCV.

Cuando Rugiero se apartó del suelo
Donde á tan poca costa hubo vencido,
Y á los cuatro que oprime Pinabelo
Como á sacos de paja ha mal tendido,
Al escudo, cual dije, puesto un velo,
Y el efecto del brillo así extinguido,
Los que á fríos cadáveres imitan,
Llenos de maravilla resucitan.

XCVI.

Ni se platica entre ellos de otra cosa,
Sino de aquel tan inaudito caso;
Y cómo, al brillo de una luz copiosa,
Sufrieron todos el mortal fracaso.
Mientras charlan, la nueva pavorosa
Llega, al ponerse el sol en el Ocaso,
De que han matado al Conde, y nadie sabe
Quién pueda ser autor de acción tan grave.

XCVII.

Bradamante, entre tanto, puso mano
De Pinabel al cuello, á un paso estrecho,
Y una vez y otra vez su acero insano
Traspasó del perverso el débil pecho:
Y así que libertó del vil tirano
La tierra que en redor mísera ha hecho,
Da la espalda á ese bosque, fiel testigo
De aquel feliz providencial castigo.

XCVIII.

Ya en su corcel, que recobró, la vía
Quiere tomar de do siguió al aleve:
Mas en vano por monte y val corría,
De la comarca en la extensión no breve.
No la dejó fortuna entonce impía
Hallar camino que á Rugier la lleve.
Mas aquel á quien sea lisonjero,
Al otro canto que me escuche espero.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOTERCERO.

Los aires hiende en su caballo alado
Astolfo , y llega á punto en que Zerbino
Por Altarriba á muerte es condenado ,
Y le liberta el bravo Paladino.
Quítale á Ipalca Rodomonte airado
De Rugiero el corcel, su buen Frontino.
Con Mandricardo lucha Orlando ; y llega
Adonde á loco frenesí se entrega.

ORLANDO FURIOSO

CANTO VIGÉSIMOTERCERO.

I.

Date á hacer bien, que el bien nunca te engaña,
Y de darnos el premio el cielo cuida,
Ó al menos no tendrás ni pena extraña,
Ni la ignominia manchará tu vida.
Cae temprano ó tarde el que á otro daña,
Y el pago al fin tendrá, que Dios no olvida.
Dice el proverbio que á buscarse inquietos
Van los hombres: los montes se están quietos.

II.

Ved lo que á Pinabelo hoy ocurriera
Por ocupar la vida inicuamente,
Llegándole la pena al fin postrera,
Impuesta á sus maldades justamente:
Que el cielo las más veces no tolera
Que haga el cruel sufrir al inocente.
Salvó á la dama [1], y por diversos modos,
Si inocentes están, lo hará con todos.

III.

Pinabelo pensó que á la doncella
Muerto había, y que allí quedó sepulta,
Y no pensó más verla, y menos que ella
Fuera de su castigo mano oculta;
Ni que, de estar donde el pendón descuella
De su casa, ventaja le resulta.
Allí Altarriba pisa el monte fiero,
Vecina al territorio de Pontiero.

IV.

Ese castillo, con que el riesgo afronte,
Mantiene el padre del traidor yaciente[2],
Que, por miedo al valor de Claramonte,
Juntó el auxilio en él de amiga gente.
La dama á Pinabelo, en su alto monte,
Quitó la indigna vida fácilmente;
Que no se defendió de otra manera
Que con gritos y queja lastimera.

V.

Cuando hubo muerto el falso caballero,
Esa á quien quiso el mismo dar la muerte,
Quiere volver á do quedó Rugiero:
Mas se lo impide la enemiga suerte,
Que la lleva á extraviarse en un sendero
Donde es el bosque más espeso y fuerte,
Y cuando ya á la noche el campo deja
El sol que baña la gentil guedeja.

VI.

Allí extraviada, y no sabiendo dove
Recogerse á hora tal, un lecho avía,
Que el ramaje y la blanda hierba adove,
Do espere, ya durmiendo, al claro día,
Ya viendo el brillo de Saturno y Jove,
Venus, Marte y celeste compañía;
Y siempre, vele ó duerma, allá en la mente
Fijo teniendo á su Rugier presente.

VII.

Desde el fondo del alma ella suspira,
Arrepentida y del dolor opresa
De que su amor sacrificó á su ira.
«Dejé á mi bien (decía); ¡y si la empresa
Le hubiera dicho al menos, que me inspira
Ciego furor, y dado la promesa
De juntarnos en punto convenido!
Mas ni memoria, ni ojos he tenido.»

VIII.

Estos y otros reproches ella se hace,
Y revuelve afligida en su interior,
Y no puede encontrar calma ni pace,
Y amargo llanto vierte en su dolor.
Tras de largo esperar, al cabo nace
En el Oriente el suspirado albor;
Y el caballo, que suelto allí pastaba,
Monta, y va con la luz que ya alumbraba.

IX.

Y á poco andar, hallóse á la salida
Del bosque á do el palacio está eminente
En que fué por Atlante escarnecida
Con la magia, ó la astucia de su mente.
Á Astolfo allí encontró, que ya la brida
Puesto había á su Grifo fácilmente,
Y pensaba qué hacer de Rabicano,
Y quién llevar pudiérale de mano.

X.

Por azar le encontró, que de la frente
Habíase quitado el yelmo opimo;
Así que al acercarse lentamente
La gran guerrera, conoció á su primo.
De lejos le saluda alegremente:
Corre, y le estrecha en cariñoso arrimo;
Y se nombra, y levanta la visera,
Y le hace claramente ver quién era.

XI.

Astolfo no podía hallar persona,
Á quien mejor su Rabicán dejase,
Que á la hija del Conde de Dordona,
Para que bravamente le cuidase;
Y hasta su gran satisfacción corona,
Que lo podrá tomar cuando tornase;
Y aunque siempre con gusto la veía,
Hoy más, que necesaria se le hacía.

XII.

Cuando dos veces con acentos suaves,
Y fraternal abrazo se halagaron,
Y uno á otro las vidas y actos graves
Con solícito afán se demandaron,
Dijo Astolfo : «Yo al reino de las aves
Parto, que mis destinos señalaron.»
Y á la dama su intento le revela,
Y le muestra el cuadrúpedo que vuela.

XIII.

No la dama quedó muy sorprendida
De ver el bruto que la pluma extiende;
Que ya otra vez, rigiéndole la brida
Atlante, vió cómo los aires hiende;
Y le dejó la vista entumecida
(Tan fija al vuelo del corcel atiende),
El día que Rugier, de ella apartado,
Por vía extraña y larga fué llevado.

XIV.

Díjole á Astolfo que favor la haría,
Si á Rabicán llevarse no desecha;
Caballo tal, que si á la par salía,
Se dejaba veloz tras sí la flecha;
Y que todas las armas que aún tenía,
Que á Montalbán se lleve le aprovecha,
Y hasta la vuelta suya se las guarde;
Que ora sólo le son pesado alarde.

XV.

Pues que teniendo que volar (la dijo),
Volaría mejor con peso leve.
La espada conservó, y el que de fijo
Con su alto son [3] guardarle en riesgos debe;
Y las armas y lanza [4], que del hijo
De Galafrón ha sido, le da en breve:
La lanza que derriba en marcial brega
Á cuanto caballero á tocar llega.

XVI.

Saliendo Astolfo en el corcel volante,
Poco á poco elevarse le hace lento;
Y aprieta tal después, que Bradamante
De la vista le pierde en un momento.
Zarpa como el experto mareante,
Que antes teme al escollo, al fondo, al viento;
Y cuando puerto y costa á salvar llega,
La lona en alta mar toda despliega.

XVII.

Parte el Duque, y la dama queda ahora
Trabajo sin cesar dando á la mente:
Que á Montalbán llevar mucho la azora
Las armas y el corcel de su pariente;
Porque una inmensa sed devoradora,
Constante y pertinaz en su alma siente,
De ver á su Rugier, y en la ribera
De Vallehumbrosa hallarle sólo espera.

XVIII.

Estando así suspensa, por ventura
Venir al frente suyo vió á un villano,
Al cual hace que tome la armadura,
Y en el arzón la cuelgue á Rabicano;
Y le ordena que de ambos tenga cura,
Y lleve uno montado, otro de mano;
Que dos ella tenía: en el que obra
Su venganza, y el suyo que recobra.

XIX.

Piensa de Vallehumbrosa ir á la marca,
Que allí con su Rugier podrá encontrarse:
Mas cómo llegue hasta la val no abarca,
Y teme por los bosques extraviarse,
Que tampoco el zagal de la comarca
Tiene experiencia asaz para fiarse.
En fin, por do mejor se le figura,
Se echa á andar Bradamante á la ventura.

XX.

Marchando aquí y allí, sin que persona
Hallen á quien pregunten por la vía,
En un valle se ven á la hora nona,
Desde donde un castel se descubría,
Que de un breve montículo es corona;
Míranle, y Montalbán les parecía;
Y, en efecto, lo era; y allí mora,
Con sus hijos, la madre á quien adora.

XXI.

La dama, al conocerlo, tal sofoco
Padece, que no cabe más sentir:
Teme la vean si se para un poco,
Y no pueda ¡infeliz! después partir;
Y si no parte, de su amor el foco
La arderá á punto que la hará morir;
Pues ni verá á Rugiero, ni hará cosa
De cuanto hacer pensaba en Vallehumbrosa.

XXII.

Pero venciendo el ánimo indeciso,
Á Montalbán la espalda dar espera,
Pues ir á la Abadía [5] la es preciso,
Y ya de allí la vía fácil era.
Mas su fortuna, buena ó mala, quiso
Que antes que de ese término saliera,
Con Alardo, su hermano, se encontrase,
Y ya no pudo ser que se ocultase.

XXIII.

Venía de alojar recientemente
Á infantes y jinetes del condado;
Que á petición de Carlos, nueva gente
Se había en esas tierras asoldado.
El fraterno saludo consiguiente
Después de haberse con afecto dado,
Y después que preguntas mil se hicieron,
Hacia el paterno hogar se dirigieron.

XXIV.

Entró, pues, Bradamante en Montealbano,
Donde fué de su madre deseada
Con lágrimas sin término , y en vano
Por toda Francia con afán buscada.
Besarlos , y estrechar mano con mano,
Aquí á madre y hermanos , no fué nada
Para la hermosa, comparado al beso
De Rugier, que en el alma lleva impreso.

XXV.

Y no pudiendo ir ella, mandar quiso
Alguien que á Vallehumbrosa caminase,
Á llevarle á Rugiero pronto aviso ,
Del motivo que hacerlo la estorbase,
Y á rogarle (si tal ruego es preciso)
Que, por su amor, allí se bautizase,
Y acá viniese, y cuanto dable fuera,
Por su anhelado matrimonio hiciera.

XXVI.

Y mandarle, á la vez, se proponía
Á Rugiero el corcel que le enajena [6]
Tanto, y que á la verdad lo merecía;
Que es su poder y condición tan buena,
Que no en toda la tierra se hallaría ,
Asiática, Europea ó Sarracena ,
Más valiente animal, ni más gallardo,
Fuera de Brida de oro y de Bayardo.

XXVII.

Rugiero, el día que jinete anduvo
En el Grifo, y al cielo levantóse,
Dejó á Frontino; y ella lo retuvo
(Frontino el tan veloz corcel llamóse);
Y á Montalbán le envió, do le mantuvo
Regalado, y en él no cabalgóse
Sino muy poco y á tranquilo paso,
Así que estaba, á fe, lúcido y craso.

XXVIII.

Reune su femínea camarilla
En torno suyo; y con preciosa trama,
Borda, con blanca seda y amarilla,
Manta que, con primor, de oro recama:
Cubre al corcel con ella, y brida y silla
Adorna, y á una ancela luego llama,
Hija de su nutriz, joven prudente,
Siempre de sus secretos confidente.

XXIX.

Á esa, pues, cuánto amaba á su Rugiero
La dama veces mil narrado había;
La beldad, la virtud del caballero
Más arriba del cielo las ponía.
La llama á sí, y la dice: «Mensajero
Mejor que tú, ninguno yo hallaría;
Ni embajador más fiel, discreto y sabio
Podría nunca designar mi labio.»

XXX.

Llámase Ipalca aquella que ha elegido:
Partir la ordena; y porque nada arguya,
De todo plenamente la ha advertido;
Y de cómo á Rugier quiere que instruya;
Y claro le haga ver, que si no ha ido
Al Monasterio, no la culpa es suya,
Sino de la fortuna, que la priva
De lo que anhela con pasión más viva.

XXXI.

La dona un palafrén; y de la mano
La encarga que á Frontino condujese;
Y si algún loco ó bárbaro villano
Topare que robárselo quisiese,
Porque torne el cerebro á tener sano,
De quién era el caballo le dijese;
Que no sabe que exista caballero
Que no se asuste al nombre de Rugiero.

XXXII.

De muchas cosas de que hablarle debe,
En vez de ella, el secreto le confía:
Las cuales cuando entiende Ipalca, breve,
Sin detenerse más, se pone en vía.
Por monte y valle y cuesta, dura ó leve,
Más de diez millas caminado había,
Sin que nadie viniese á molestarla,
Ni adónde iba ó venía á demandarla.

XXXIII.

Al mediodía, al penetrar á un monte,
Por un estrecho y trabajoso suelo,
Ipalca se encontró con Rodomonte,
Que armado á pie seguía á un enanuelo;
Y él, que no halla respeto que no afronte,
Blasfema de los hombres y del cielo,
Porque corcel tan bello y bien ornado
En manos de un Barón no haya encontrado.

XXXIV.

Jurado había que el primer caballo
Ha de tomar que en el camino vea,
Y éste lo fué, que igual no ha de encontrallo
Bello y noble, por mucho que lo sea;
Mas quitarlo á mujer es torpe fallo,
Y está en duda, aunque mucho lo desea:
Lo mira, lo remira, y así estalla:
«¡Ah, por qué su señor con él no se halla!»

XXXV.

«Si aquí se hallara, de opinión te haría
Mudar (le dice Ipalca al caballero);
Que algo más que tú vale, y su valía
No la tuvo ni tiene otro guerrero.»
«¿Quién es (la dice el Moro) el que confía
De sí tanto?» Y la dama: «¿Quién? Rugiero.»
Y él: «El caballo al punto solicito,
Pues á tan gran guerrero se lo quito.

XXXVI.

»Que si es, como te atreves á ensalzarle,
Tal que á todos nos venza ese tu amigo,
El caballo y la ñapa habré de darle,
Y el cambio á pelo, y neto, y con testigo:
Que yo soy Rodomonte has de narrarle;
Y que si quiere batallar conmigo,
Me encontrará; que no hay tierra tan sola,
De donde ver no se haga mi aureola.

XXXVII.

»Pues por do va mi espada tanto arrasa,
Que no el rayo destrozo hace mayor.»
Diciendo así, por la cerviz le pasa
Las riendas de oro al noble corredor:
Salta encima, y á Ipalca la traspasa
El corazón de angustia y de dolor:
Al bárbaro amenaza y le impropera,
Y él toma de los montes la ladera.

XXXVIII.

Va por la vía que le da el enano,
Buscando á Mandricardo y Doralice.
Vale Ipalca detrás; y aunque lejano,
Le envía su clamor y le maldice.
Lo que de esto ocurrió fué bien insano:
Turpín, que el todo de la historia dice,
Aquí para, y al sitio va de un vuelo
Do el cadáver quedó de Pinabelo.

XXXIX.

No bien dado á la val hubo la espalda
Bradamante, que en pos va de su idea,
Llegó Zerbino por la opuesta falda,
En compañía de la bruja rea,
Y vió el cuerpo en la ya roja esmeralda,
Aunque no sabe el joven de quién sea:
Mas como en él tanta virtud existe,
Tuvo piedad del caso acerbo y triste.

XL.

De Pinabelo el cuerpo está sangriento,
Vertiendo el rojo humor tantas heridas,
Que parecía que de espadas ciento
Hechas hubieran sido allí reunidas.
El Príncipe escocés no fué muy lento,
Por las aún frescas huellas esculpidas,
En perseguir el hecho, y ver si alcanza
Á saber el autor de esa venganza.

XLI.

Á Gabrina la dice que le aguarde,
Y que pronto verále de retorno.
La vil se pone cual si el cuerpo guarde,
Y fijamente estále viendo en torno;
Y en mirarle de gozo el pecho le arde,
Pues no quiere en un muerto vano adorno;
Que la que vicios tantos acapara,
Es también, cuanto es dable, insigne avara

XLII.

Si de llevarse el hurto ocultamente
Tuviera de algún modo la esperanza,
La dalmática, ornada ricamente,
Robara, y el arnés, y escudo y lanza;
Mas lo que ocultar puede fácilmente
Se apropia, y llora aquello que no alcanza:
Un cinto entre otras joyas ha escogido,
Que al gremio, entre dos vestes, ha ceñido.

XLIII.

Llegó después Zerbín, que en vano había
Seguido á Bradamante, que el terreno
Es áspero, y partíase la vía
En ramales confusos entre cieno.
La noche, en esto, desterraba al día,
Y pasarla no quiere allí al sereno:
Con la vieja, que al lado se le yergue,
Va, pues, en busca de nocturno albergue.

XLIV.

Allí á dos millas cerca descubrieron
El gran castel, que dicen de Altarriba,
Donde pasar la noche decidieron,
Que ora avanzando con sus sombras iba;
Y, ya al llegar, lamento triste oyeron,
Que extiende por doquier voz aflictiva,
Y que se exhala ven de toda boca
Cual de asunto que á todo el pueblo toca.

XLV.

Zerbino la razón de tan deshecha
Pena demanda ; y dícenle que cierto
Aviso les llegó, que en senda estrecha
Del bosque, Pinabelo yace muerto.
El joven, por no dar de sí sospecha,
Baja los ojos, y se muestra incierto:
Mas bien comprende que el que allí se llora
Es el mismo que ha visto muerto ahora.

XLVI.

Cuando llegó la noche á ser ya plena,
Hachas mil un sarcófago alumbraban,
Allí, donde el rumor más alto suena
Del lamento, y las manos que juntaban,
Brotando de los ojos mayor vena
De lágrimas, que falsas derramaban;
Pero la faz del padre, dolorosa
Cual ninguna, era horrible y nebulosa.

XLVII.

Mientras de las exequias el solene
Acto se apresta, á que la gente acuda,
Según el uso antiguo lo previene,
Uso que toda edad corrompe ó muda,
De parte del señor un bando viene;
Que al fiero instinto popular ayuda,
En que un gran premio á conceder se obliga
Al que mostrarle al matador consiga.

XLIII.

De voz en voz, y de una en otra oreja,
El bando por el pueblo todo pasa,
Llegando en fin á la malvada vieja,
Que al oso y tigre en la crueldad rebasa;
Y la ruína al instante ella apareja
De Zerbín; ya por odio que la abrasa,
Ya por probar que en cuerpo humano vive
Quien de humano ni un átomo recibe;

XLIX.

Ó quizá fuese por ganarse el premio;
Y así al padre á buscar fué diligente,
Y después de forjar falaz proemio,
Le dice que es Zerbino el delincuente;
Y el rico cinto se quitó del gremio,
Que conoció el anciano prontamente;
Ella le dió por prueba del servicio,
Y él le tomó por cierto y claro indicio.

L.

Y hace voto, y al cielo alza las manos,
De no dejar al hijo sin venganza.
Levanta al pueblo, y manda á sus villanos
Pronto cercar del infeliz la estanza.
Zerbino, que tener piensa lejanos
Enemigos, y no hace desconfianza
Del Conde, que de tanta furia ardía,
Preso y atado fué mientras dormía,

LI.

Y aquella noche el príncipe maldice
En tenebrosa carcel su destino:
Y apena el día apareció infelice,
Á cumplir van el bando que previno
Que en el mismo lugar se descuartice
Del hecho horrible, al mísero Zerbino;
Pues más prueba del crimen no se hacía:
Bastaba que así el Conde lo quería.

LII.

Cuando el alba, del cielo pasajera,
Con su nuevo esplendor vino á alumbrallo,
Todo el pueblo gritando: *¡Muera! ¡Muera!*
Va acusando á Zerbín de su no fallo.
El torpe vulgo le conduce afuera,
Sin orden, quién á pie, quién á caballo;
Y el jinete mejor que Escocia tiene,
En una bestiezuela atado viene.

LIII.

Mas Dios, que casi siempre ayuda ha dado
Al que, inocente, en su bondad confía,
Tal defensor le tiene preparado,
Que no hay miedo que muera ya este día.
Aquí Orlando llegó, que al desdichado
Como instrumento salvador venía.
El Conde desde el monte vió la gente
Que á matar lleva al joven crudamente.

LIV.

Tenía aquel consigo á la pucela
Que encontró en la salvaje cueva ignota;
La hija de Galieno, la Isabela,
Presa de los piratas por la flota,
Cuando dejado había, en la procela,
Al truculento mar su nave rota:
Aquella que en su pecho á Zerbín tiene,
Mas que al alma que viva la mantiene.

LV.

Orlando la llevaba por compaña
Desque la ansiada libertad la diera:
Ésta, pues, cuando vido en la campaña
La multitud, le demandó lo que era.
«No sé» (la respondió). Y en la montaña
La deja, y raudo baja á la pradera.
Miró á Zerbín, y á la apariencia prima,
Le tuvo por señor de grande estima.

LVI.

Acércase, y pregunta al doncel bello,
Dónde y por qué va así tan oprimido.
Alzó el doliente jovencillo el cuello,
Y habiendo, más atento, al Conde oído,
Tal le narró la sin razón de aquello,
Que ganó ser de Orlando protegido;
Pues bien el bravo comprendido había
Que era inocente, y su sentencia impía.

LVII.

Y no bien supo que el autor es de esto
El viejo conde Anselmo de Altarriba,
Conoció que era entuerto manifiesto,
Que otra cosa del vil no se deriva;
Á más de ser el uno al otro opuesto
Por la enconada saña, siempre viva,
Del Claramonte y Magancés, y extraños
Sucesos de crueldad, violencia y daños.

LVIII.

«Soltad al caballero, gente baja
(Grita Orlando), ó á todos doy la muerte.»
«¿Quién es este que así nos corta y raja?
(Responde el que más alto allí se advierte):
Si fuéramos de estopas ó de paja,
Y él de fuego, no hiciérase más fuerte.»
Y contra el Paladín de Francia parte,
Que del camino la mitad comparte.

LIX.

La armadura que luce descubierta,
Y por la noche le quitó á Zerbino
Y se puso traidor, no le liberta
De la lanza de Orlando Paladino,
Que á la diestra mejilla á dar acierta.
No el yelmo le pasó, que era muy fino:
Mas fué de la presión tan duro el sello,
Que le tendió por tierra, roto el cuello.

LX.

Y luego, sin parar, la lanza apresta
Contra el segundo, á quien traspasa el pecho;
Y suéltala después, y al puño puesta
Durindana, en el grupo más estrecho,
Á uno en dos trozos pártele la testa:
Á quién deja sin brazo, á quién maltrecho,
Y tanto estrago causa en un instante,
Que lleva, huyendo, á todos por delante.

LXI.

Mató á un tercio, y al resto le da caza:
Destroza, hiende y taja en forma nueva:
Quién arroja el pavés que le embaraza,
Quién hoz ó chuzo que por arma lleva:
Uno á diestra ó siniestra se hace plaza:
Otro se embosca ó mete en una cueva;
Y Orlando, en ese día vengativo,
No quiere que uno solo quede vivo.

LXII.

De mil y treinta, que Turpín declara,
Debieron perecer al menos ciento.
Cansado Orlando al fin, vuelve la cara
Á do el triste Zerbino estaba atento.
Lo que al volver de Orlando se alegrara
Decir no es fácil, y decir no cuento:
Se le habría sin duda prosternado,
Si no estuviese en el rocín ligado.

LXIII.

Mientras Orlando, que á ayudarle vino,
Le iba las armas arreglando en torno,
Que le quitó del cuerpo á aquel mezquino,
Que las vistió por mal suyo y bochorno,
Los ojos á Isabel volvió Zerbino,
Que estaba del collado siendo adorno;
Y que cuando volver vió invicto á Orlando,
Fué sus divinas gracias acercando.

LXIV.

Y cuando el cielo junto á sí le lleva,
Á la que le causó mortal quebranto,
La dulce prenda que, por falsa nueva,
Creyó ahogada, y costóle acerbo llanto,
Cual de fiebre Zerbino, un frío prueba
Que la sangre le hiela, y tiembla un tanto,
Mas al frío un calor sucede luego,
Que le arde todo en amoroso fuego.

LXV.

De no abrazarla al punto le refrena
La reverencia del señor de Anglante;
Porque la idea de temor le llena
De que sea de aquella el Conde amante.
Así cayendo va de pena en pena;
Y ya del primer gozo está distante,
Y el verla de otro, más le desconcierta,
Que cuando, triste, la contó por muerta.

LXVI.

Y aún más le duele el verla ora guardada
Por varón á quien tanto le debía;
Pues tratar de quitársela , ni honrada
Ni muy fácil empresa le sería.
De nadie más , á prenda tan amada ,
Sin gran ruído , llevar se dejaría.
Mas hacia el Conde su deber le ordena
Que se deje imponer toda cadena.

LXVII.

Taciturnos llegaron á una fuente
Cuyo ruído al descanso les dispone.
El Conde el yelmo quítase impaciente,
É imitarle á Zerbino le propone.
Isabel, que al amado ve á su frente ,
Pálida, al gozo súbito se pone;
Y después cual regada florecilla
Cuando el sol tras de larga lluvia brilla.

LXVIII.

Y sin más detenerse á otro respeto,
Corre á abrazar al adorado ausente;
Y no puede vocablo hacer completo;
Mas de sus ojos sí copiosa fuente.
Orlando, al ver de amor todo el secreto ,
Sin que se le haga el caso más patente ,
Á comprender, por los indicios, vino,
Que otro aquel no ha de ser más que Zerbino.

LXIX.

Cuando á Isabel la voz por fin volvía,
Contenida del llanto la abundancia,
Sólo sabe exaltar la cortesía
Con que tratóla el Paladín de Francia;
Y Zerbín, que la vida perdería
Por guardar de esa rosa la fragancia,
Del Conde está á las plantas, y le adora;
Pues dos vidas le ha dado en una hora.

LXX.

Íbanse aquí á seguir gracias y ofertas,
Entre estos nobles al honor tan fieles,
Cuando, escuchan rumor por las cubiertas
Vías del bosque entre olmos y laureles.
Pronto visten sus frentes descubiertas
Con los yelmos, y toman los corceles;
Y ve aquí que un guerrero y una dama
La atención de los tres, de pronto, llama.

LXXI.

Era el tal aquel mismo Mandricardo,
Á quien el ansia de vengar condujo
La derrota de Alzirdo y Manilardo,
Que el Conde á infando término redujo;
Aquel su intento audaz puso en retardo,
Hasta que á Doralice á sí se trujo,
Cuando, con un tronzón de encina dura,
La quitó á cien cubiertos de armadura.

LXXII.

Él no sabía que era aquel funesto
Señor que perseguía el bravo Anglante;
Aunque sí por las muestras manifiesto
Ve que ha de ser gran caballero andante:
Fijóse en él más que en Zerbino, y presto
De arriba á bajo le midió al instante;
Y en él las señas viendo, en tono brusco,
«Tú eres (le dijo) el mismo á quien yo busco.

LXXIII.

»Diez días hace que en vagar me afano,
Persiguiendo de ti todo vestigio;
Tanto la fama al campo Parisiano
De tu insigne poder trajo el prestigio,
Cuando uno solamente llegó sano
De mil que tú mandaste al reino Estigio [7]:
Él nos dió de tu hazaña la noticia
Contra el de Tremecen y el de Nigricia.

LXXIV.

»No fui, cuando la supe, en seguir lento
Tus pasos, por mirarte y por probarte;
Y como me informé del ornamento
De tu arnés, he podido al cabo hallarte;
Y aun sin esas señales, si entre ciento
Te ocultaras de mí por libertarte,
En tu faz, tu talante, tus maneras,
Claramente vería que tú eras.»

LXXV.

«No se puede decir (le ha respondido
El Conde) que guerrero alto no seas;
Puesto que en un varón no esclarecido
Mal cabrían tan ínclitas ideas.
Si afán de conocerme te ha traído,
Que por fuera y por dentro es bien me veas;
Me alzaré el yelmo, en que te fijas creo,
Porque en todo se cumpla tu deseo.

LXXVI.

»Mas ya que me hayas visto á tu albedrío,
También atiende á lo que á mí me azora:
Quiero me des razón de ese bravío
Afán que aquí te trae tan á deshora;
Y veas si concuerda el valor mío
Con esta cruda faz que ves ahora.»
«Vamos (dice el infiel) á lo restante;
Pues ya ver he logrado tu semblante.»

LXXVII.

Examen detenido el Conde emprende
De aquel con quien se apresta á entrar en liza:
Mira sus flancos: de su arzón no pende
Ni estoque ni arma alguna arrojadiza.
Le pregunta con qué armas se defiende,
Si la lanza en la lid inutiliza;
Y él responde: «No tengas de eso cura;
Así á no pocos les causé pavura.

LXXVIII.

»No ceñir otra espada he prometido,
Hasta que quite Durindana al Conde;
Que por eso constante le he seguido
Y de saber no acabo do se esconde;
Y sabe que tal voto helo ofrecido
Cuando este yelmo usé, que corresponde
Á estas armas que ciño y sé de cierto
Fueron de Hectór, mil años hace muerto.

LXXIX.

»Falta á tan rico arnés solo la espada:
La robaron, ignoro de cuál arte.
Creo que por Orlando es hoy usada,
Y de ella dicen que su audacia parte:
Yo he de hacerle volver la mal ganada
Si á encontrar llego á ese terrible Marte;
Y le busco asimismo, porque ansío
Dar venganza á Agricán, genitor mío.

LXXX.

»Á traición el de Anglante le ha matado,
Que no era dable hacerlo frente á frente.»
No sufre el Conde más, y grita airado:
«Mientes, y todo el que lo diga miente.
Mas en suerte el que buscas te ha tocado.
Yo Orlando soy: matéle justamente;
Y esta es la espada porque tanto afanas,
Y que hacer podrás tuya si la ganas.

LXXXI.

»Y aunque la gozo en ley, por cortesía
Su posesión entre ambos se defienda:
No sea, pues, aquí tuya ni mía,
Y entre tanto de un árbol se suspenda.
Tómala libremente, si este día
Me vences ó das muerte en la contienda.»
Así diciendo, con lealtad galana
Cuelga de un verde mirto á Durindana.

LXXXII.

Ya entre los dos espacio han dividido
De unas cien brazas, despejado y raso:
Ya cada cuál veloz ha acometido,
Y en dar al acicate no es escaso:
Uno y otro el lanzón han dirigido,
Á do el yelmo á la vista le abre paso;
Y al chocarse, parece son de hielo,
Y en cien trizas volando van al cielo.

LXXXIII.

Preciso era que fuesen destrazados,
No cediendo al impulso los guerreros,
Y con los trozos vuelven denodados,
Que les quedan de media lanza enteros:
Ellos, al fierro tanto acostumbrados,
Cual dos villanos en su encono fieros
Por el reparto de aguas en su tierra,
De dos palos armados, se hacen guerra.

LXXXIV.

No duran cuatro golpes sin partirse
Y trocarse en astillas totalmente:
Ya en furor el valor va á convertirse,
Que los puños les quedan solamente:
Saltan clavos, las planchas ven abrirse,
Golpéanse los pechos y la frente:
No han menester martillo ni tenaza,
Mejor su mano aferra y despedaza.

LXXXV.

¿Cómo puede el honor dejar bien puesto
El pagano del duelo que ha inventado?
Necio fuera el perder ya el tiempo en esto
Que lastima al que hirió más que al golpeado.
Vase á las tretas Mandricardo, y presto,
De Orlando al ancho cuerpo se ha abrazado:
Le aprieta el pecho, y piensa hacer de fijo
Lo que en Anteo obró de Jove el hijo.

LXXXVI.

Sacúdele del uno y otro lado:
Ya de pronto le impele, ya del tira;
Y está en tan grande cólera engolfado,
Que do tiene las riendas ya no mira.
El Conde, más sereno, está al cuidado
De sus descuidos, y á vencerle aspira:
Pone en la brida del corcel la diestra,
Y se la quita con acción maestra.

LXXXVII.

Él, ciego, en no caer de los arzones
Todas sus fuerzas gasta, ¡que es mancilla!
Orlando inmoble está, que sus tendones
De acero son, y aprieta la rodilla:
Mas del Infiel cediendo á los tirones,
Se revientan las cinchas de la silla.
Cae, y sin que el estribo se destrabe,
Montado está en el suelo, y ni aún lo sabe.

LXXXVIII.

Cual un saco que cae, de armas lleno,
Resuena el Conde cuando á tierra toca.
El caballo del otro, al cual el freno
Quitó Orlando con arte de la boca,
Sin distinguir camino ni terreno,
Con ruidosa carrera se desboca;
Y aquí y allí, de espanto poseído,
Con él se lleva al Tártaro perdido.

LXXXIX.

Doralice, que teme, en tanta cuita,
En el campo quedar sin quien la escude,
Detrás, toda asustada, precipita
Su caballo, y el freno le sacude.
Por orgullo, el Pagano al corcel grita,
Y el flanco, y la cabeza le percude;
Y cual no á bestia la amenaza, y ella
Más y más á sus voces se atropella.

XC.

El bruto, que mañoso está y verriondo,
Sin ver por dónde va, troncha raíces,
Y ha corrido tres millas en redondo;
Y á más fueran sus bríos infelices,
Si á un foso no llegara, en cuyo fondo
Dan caballo y jinete de narices.
Mandricardo del golpe sufrió el peso:
Mas no se desnucó, ni rompió hueso.

XCI.

Al fin el corredor allí estancóse;
Mas sin la brida para nada es bueno:
De las crines el Tártaro agarróse,
De cólera y de ira todo lleno;
Y cuando, sin saber qué hacer, paróse,
Su amiga fiel le dice: «Ponle el freno
De esta alfana que monto, y tú descansa,
Que, con freno ó sin él, mi bestia es mansa.»

XCII.

Le parece al Infiel descortesía
Tal oferta aceptar de su Señora.
Mas freno le va á dar por otra vía,
Fortuna, de sus gustos protectora;
Y aquí á Gabrina, la malvada, envía,
De la traición contra Zerbino autora;
Que fugía, cual loba por los cerros,
Del cazador huyendo y de los perros.

XCIII.

Aún con el traje aquel iba vestida,
Y los mismos adornos juveniles
Que á la de Pinabelo entretenida
Quitó Zerbín con puños varoniles;
Y aún monta el palafrén de la atrevida,
De los buenos del mundo y más gentiles.
La vieja con el Tártaro tocaba,
Cuando aún no se da cuenta que allí estaba.

XCIV.

De la vil bruja á la gentil pareja
El traje juvenil la mueve á risa;
Que á una mona vestida se asemeja
Que gesticula horrible á toda prisa.
El freno del caballo de la vieja
Poner al suyo al Tártaro precisa:
Se lo quita, por tanto, y con sus voces
Le hace á escape arrancar tirando coces.

XCV.

Y corre ciego, y en sus lomos porta,
Á la vil, medio muerta de pavura,
Por monte y valle y senda larga ó corta,
Y por cuesta y barranco, á la ventura.
Pero hablaros de Orlando más importa
Que de esa miserable tener cura.
Compuso aquel muy bien lo que era noto
En su montura reventado ó roto.

XCVI.

Montó otra vez, y un tiempo estuvo viendo
Si el Sarraceno á proseguir volvía:
Mas, tras largo esperar, no pareciendo,
Decidió que á buscarle él mismo iría;
Pero discreto y entendido siendo,
Antes de echar á andar por otra vía,
Con noble despedida y afectuosa,
Pidió la venia á la pareja hermosa.

XCVII.

Lamentarse á Zerbino corresponde,
Y lloraba Isabela de ternura.
Ir con él piden, y lo niega el Conde,
Aunque con ellos ir tiene á ventura;
Y en la razón la negativa esconde
De que nada hay más vil á hombre de altura
Que llevar, cuando marcha á una contienda,
Compañía que acaso le defienda.

XCVIII.

Y les rogó, si acaso al Sarracino
Antes que él por aquellas tierras viesen,
Le dijeran que á Orlando habrá vecino
De ellas, mientras tres días no corriesen;
Y que, pasados, tomará el camino
Á do las áureas lises estuviesen;
Y sepa que al ejército de Carlo
Puede, cuando quisiere, ir á buscarlo.

XCIX.

Prometieron hacerlo gratamente,
Que en mandarles jamás será profuso,
Y partieron por vía diferente;
Aunque el Conde tomar antes dispuso
Su espada, que del mirto está pendiente.
La recogió y al flanco se la puso,
Yendo después, con su corcel gallardo,
Á do hallar mejor piensa á Mandricardo.

C.

Del caballo la chúcara carrera,
Que al Tártaro arrastró fuera de vía,
Causó al Conde que dos días perdiera;
Y cuando en busca suya discurría,
Llegó de un claro río á la ribera,
Donde un hermoso prado florecía,
Matizado de rosas y claveles,
Á la vera de mirtos y laureles

CI.

Templaba la calor su dulce oreo
Á la manada y al pastor desnudo;
Así que el Conde allí sintió un recreo,
Que le alivió del yelmo y del escudo,
Y de gozarle más le entró el deseo.
Pero ¡ah! que tuvo albergue fiero y crudo
El infeliz Orlando; que no es dable
Que viera nunca luz más lamentable.

CII.

Examinando todo, ve infinitos
Letreros en las plantas de la riba;
Y en cuanto miró fijo los escritos,
Vió que eran de la mano de su diva;
Que estos son los lugares ya descritos,
Do con Medoro tantas veces iba,
Desde la estancia del pastor, dichosa,
Del Catay la anhelada Reina hermosa.

CIII.

De Angélica y Medoro en nudos ciento,
El uno y otro nombre ve enlazado.
Cada letra es un clavo del tormento
Con que amor le destroza despiadado.
Busca de modos mil su pensamiento
Cómo no crea lo que cré, ¡cuitado!;
Y se esfuerza en pensar que otra belleza,
Otra Angélica ha escrito en la corteza.

CIV.

Y dice luego: «¿Mas no sé bastante
Su letra, yo que tantas cartas viera?
¿Fingir no puede ese Medoro amante
Como si así conmigo se entendiera?»
Con juicio de lo cierto tan distante,
Y, con engaño de sí mismo, espera,
Y hasta desea el malhadado Orlando,
Que se sabrá á sí propio ir engañando.

CV.

Mas no hay que el ansia disipar consiga,
que ya las fibras le rompió del pecho,
Cual pájaro que incauto dió en la liga,
Ó en la engañosa red del duro acecho,
Que cuanto más luchando se fatiga,
Él se va haciendo el nudo más estrecho.
Orlando va do, en arco, el cerro ingente
Se encorva encima de risueña fuente.

CVI.

Que aquel hueco adornaban se veía,
Con su torcido pie, hiedras errantes:
Allí, amorosos, el calor del día
Abrazados pasaban los amantes;
Y allí su nombre escrito aparecía
Más que en los otros sitios circunstantes,
Ya con negro carbón, ó blanco yeso,
Y ya con acerada punta impreso.

CVII.

El Conde va do su inquietud le lleva,
Y de la gruta apéase á la entrada,
Y ve que en letra, que parece nueva,
Medoro había escrito en la portada
La gran delicia que gozó en la cueva,
En el mármol, en versos compendiada.
Pienso que en su lenguaje culto ha sido,
Y en el nuestro era éste su sentido:

CVIII.

«Galanas plantas, hierba, agua dormida,
Fresca gruta, de sombra circundada,
Donde la bella Angélica, nacida,
De Galafrón, de tantos deseada,
Desnuda entre mis brazos fué oprimida,
En la dulce mansión que aquí me es dada,
Pobre Medoro, yo no sé pagaros,
Sino con siempre en versos alabaros.

CIX.

»Y con rogar, con todo el ardor mío,
Á cuantas gentes son, y á cada una;
Al que de esta región sea natío,
Y al que traiga viandante la fortuna;
Que á plantas, hierbas, sombra, y cueva y río,
Digan: blandos os sean Sol y Luna;
Y el coro de las Ninfas os defienda
De que el pastor y el hato os abran senda.»

CX.

Así decía en árabe, que Orlando
Sabe lo mismo que el hablar latino,
Entre otras lenguas que, doquier vagando,
Necesitaba usar el Paladino;
Y ésta mejor; que bien sirvióle, cuando
Se halló en riesgo entre el pueblo sarracino;
Mas ¡cuán triste saber! que, si antes fruto,
Hoy ocasión le da de amargo luto.

CXI.

Tres veces, cuatro, seis, siempre leía,
Y siempre el infeliz buscaba en vano
Que no estuviese lo que escrito vía,
Y hallaba cada vez más claro y llano;
Y que le oprime cada vez sentía,
Adentro, el corazón helada mano.
Fijo al fin se quedó con vista y mente
En el mármol, no al mármol diferente.

CXII.

Ya ha perdido del todo el sentimiento.
¡Tanto por presa del dolor se entrega!
Creed al que hizo ya su experimento,
Que esta es la pena á que ninguna llega:
En su frente se apaga el ardimiento:
Sobre el pecho ¡infeliz! la barba plega,
Y no puede encontrar (¡su duelo es tanto!)
Á los lamentos voz, humor al llanto.

CXIII.

Dentro tiene el dolor del triste caso.
¡Tan de golpe salir quiere del pecho!
Así el agua quedar se ve en el vaso
Ancho de abajo y de garganta estrecho,
Que al volcarse, no puede abrirse paso
El humor que porfía en breve trecho,
Y tanto en la angostura se aglomera,
Que tardo, gota á gota, sale fuera.

CXIV.

Luego en sí vuelve, y piensa en cómo puede
Ser la cosa que mira verdadera :
Que alguno quiere que infamado quede
El nombre de su bien, juzga y espera :
Ó ver si él mismo á la calumnia cede,
Y de furia y de horribles celos muera,
Y que aquel que los signos ha trazado,
Haya muy bien su letra figurado.

CXV.

Con esperanza tan sutil respira,
Dándole al corazón algún sosiego,
Y hora que el sol del cielo se retira,
En su caballo monta y parte luego.
Á poco caminar, en lo alto mira
Subir de techos el vapor del fuego :
Siente perros ladrar, mugir ganado :
Viene al pueblo, y en limpio albergue ha entrado.

CXVI.

Lacio desmonta, y deja á Brilladoro
Á un garzón que á llevarle se apresura;
Otro le quita las espuelas de oro,
Y otro le va soltando la armadura.
Era esta la casa en que Medoro
Yació herido, y halló su gran ventura.
Se acuesta Orlando, y no hay que cena pida,
De dolor sacio, y no de otra comida.

CXVII.

Cuanto más por buscar quietud batalla,
Tanto más crece su fatiga y pena;
Que del letrero aborrecido se halla
La puerta, la pared, la estancia llena.
Quiere llamar, gritar: mas sufre y calla,
Que teme hacer, si el pecho no serena,
Más claro el deshonor; pues conocía
Que publicado más, más daño haría.

CXVIII.

No le vale que á sí propio se mienta,
Pues todo, sin pregunta, le responde;
Y el pastor, que le ve tan triste, intenta
De su tristeza consolar al Conde;
Y la historia, que muchas veces cuenta,
Que á esos tiernos amantes corresponde,
Y cuyo asunto al que le escucha es caro,
Le empieza á referir, sin más reparo.

CXIX.

Que á los ruegos de Angélica la bella,
Trajo á Medoro exánime á su casa,
Con herida crudísima, y que ella
En curársela el tiempo tierna pasa,
Mientra en el pecho otra mayor que aquella
Le causa Amor; que de una chispa escasa
La encendió tanto, y tan cociente fuego,
Que la ardió toda, y la quitó el sosiego.

CXX.

Y sin filial respeto al noble influjo
Del Monarca más grande de Levante,
Con tan ciego arrebato se condujo,
Que á mujer descendió de humilde andante.
Y el final de la historia se redujo
Á que le puso el buen pastor delante
Aquella rica joya primorosa,
De Angélica merced, dada á su esposa.

CXXI.

Para acabar de echarle tronco al suelo,
Ese remate fué la atroz cuchilla
Tras de los golpes con que Amor, sin duelo,
Al infeliz Orlando le acribilla.
Quiere el triste callar su desconsuelo;
Mas no halla fuerzas, y el dolor le humilla,
Y en llanto y suspirar, quiera ó no quiera,
Por la boca y los ojos sale fuera.

CXXII.

Y sin respetos ya, solo quedando,
Puede abrir á la pena el paso estrecho,
Y de los ojos férvidos brotando,
Riega un río de lágrimas su pecho.
Suspira y llora, y ciegas vueltas dando,
De esta parte y de aquella, oprime el lecho,
Y le halla más que ortigas de punzante
Y de duro más duro que el diamante.

CXXIII.

En tan fiera inquietud viene á su mente
Que en aquel mismo lecho de amargura,
Debió con su amador yacer frecuente
En dulce red la pérfida hermosura:
Y no menos repugna el lecho ardiente,
Ni dél se lanza con menor presura,
Que el pastor que en la hierba adormecido
Siente á su lado de áspides un nido.

CXXIV.

Ya tanto horror y repugnancia dale
La casa, y el pastor y el lecho impuro,
Que no espera á que el alba se señale
Con el albor de sus matices puro.
Sus armas toma y su caballo, y sale
Del bosque á lo más hondo y más oscuro;
Y cuando ve que solo en él se anida,
Abre con gritos al dolor salida.

CXXV.

Gritar, llorar, gemir ya no le cuesta:
Ni el día ni la noche se da pace:
Huye de todo hogar; y en la foresta,
En tierra dura, á la intemperie yace:
Se asombra de que lleve allí en su testa
Tan grande manantial de agua vivace:
De cómo puede así suspirar tanto;
Y entre sí dice, sin dejar el llanto:

CXXVI.

«No son lágrimas éstas que hora envío
Por mis ojos al pecho en larga vena;
Que no dan desahogo al dolor mío,
Ni menos fin á mi insufrible pena:
Es el vital humor del fuego impío,
Que los ojos de líquidos me llena:
¡Ay! Ese vierto; y el dolor, la vida
Con él se irán, á la postrer partida [8].

CXXVII.

»No es suspiro este indicio de tormento,
Que el suspiro su impulso desiguala
Dando tregua al dolor; y yo no siento
Que este descanse, antes sin fin se exhala.
Amor, que me arde el pecho, hace ese viento,
Cuando alrededor del fuego bate el ala.
¿Con qué milagro, Amor, así le tienes,
Que, sin que se consuma, lo mantienes?

CXXVIII.

»No soy ya el que parezco, no, de cierto;
Al que era Orlando ayer, la tierra hoy traga:
Que su dama ingratísima le ha muerto,
Tanto con serle infiel le ha sido aciaga.
Yo sólo soy su espíritu, que incierto,
En crudo infierno entre tormentos vaga;
Y si mi sombra existe, es porque sea
Ejemplo á quien de amor mentiras crea.»

CXXIX.

En el bosque vagó la noche fría
El triste Orlando, y cuando el alba nace,
Su sino le llevó do se veía
De Medoro el letrero pertinace;
Y al volver á leer la poesía,
Tanto siente el baldón, que se deshace
En furia atroz; y en su ira desmandada,
No esperó más, y desnudó la espada.

CXXX.

Rompió losa y escrito, y hasta el cielo
Saltó en pedazos mil la piedra impía.
¡Triste gruta! ¡Infeliz muro y señuelo
Do *Angélica y Medoro* se leía!
Todo yermo quedó: ¡ya en ese suelo
Ganado ni pastor pasará el día!
¡Ay! Ni la fuente que corrió tan pura,
De ese ciego rencor quedó segura.

CXXXI.

Con troncos, piedras, césped arrancado,
No cesó de agitar la linfa clara;
Y tanto de alto á bajo la ha azotado,
Que, de vivo cristal, en charco para.
Cansado al fin, y de sudor bañado,
Cuando al furor la fuerza desampara,
Y al odio, y al encono, y á la ira,
Cae á tierra, y al cielo alto suspira.

CXXXII.

Es ronco su anhelar; sobre la hierba,
Inmóvil mira al cielo allí tendido.
Sin dormir, sin comer, así se enerva;
Y tres veces el sol nublo ha salido.
No cesa de crecer su pena acerba;
Que al fin le quita el juicio y el sentido;
Y al cuarto día el frenesí ya estalla,
Y se arranca del cuerpo plancha y malla.

CXXXIII.

Aquí el yelmo quedó, y allí el escudo,
Y sueltas piezas del arnés deshecho;
Y, en fin, todas las armas del membrudo,
Esparcidas se ven de trecho en trecho.
Rasgó sus ropas, y enseñó desnudo
El vientre híspido y recio, espalda y pecho;
Y su locura entró con rasgos tales,
Que otra igual no vió el mundo en sus anales.

CXXXIV.

Á tanta saña, á tanta furia vino,
Que en él quedó ofuscado todo senso.
No la espada empuñar se le previno,
Con que asombros haría, á lo que pienso;
Mas ni aquella, ni alfanje diamantino,
Era preciso á su vigor inmenso:
Prueba hizo, sí, de fuerza omnipotente,
Que arrancó un alto pino fácilmente;

CXXXV.

Y otro, y otro después, todos parejos,
Cual si fueran de eneldos ó de pita,
Y encinas de alta copa, y olmos viejos,
Y de cedro y laurel copia infinita.
Cual pajarero armar sus aparejos,
Limpiando el campo, en torno facilita
De ortiga, y juncias y de hierbas varias,
Así hace aquel de plantas centenarias.

CXXXVI.

Los pastores, oyendo aquel fracaso,
Dejan la grey dispersa en la foresta;
Y de una parte y otra, y á gran paso,
Vienen á ver qué cosa extraña es esta.
Mas en la meta estoy, y si rebaso,
Quizá os sea mi historia ya molesta;
Y antes que fatigaros, yo prefiero
Diferirla hasta el canto venidero.

ORLANDO FURIOSO.

ARGUMENTO DEL CANTO VIGÉSIMOCUARTO.

El virtuoso Zerbino noblemente
Grato perdón concédele á Oderigo.
Por la espada de Orlando bravamente
Muere á manos del Tártaro enemigo:
El cual con Rodomonte en lid valiente
Lucha, hasta que, llegando Nuncio amigo,
El deber les recuerda, y al instante
Ir les hace á los reales de Agramante.

ORLANDO FURIOSO

CANTO VIGÉSIMOCUARTO

I.

Quien de Amor en la liga el pie pusiere,
Huya primero que se le unte el ala,
Que amor siempre es locura, cual se infiere
De cuanto se oye en cátedra ó en sala;
Pues si no atroz, cual la de Orlando fuere,
Siempre con rasgos propios se señala;
¿Y cuál, si no, más loco parasismo,
Que por otro perderse uno á sí mismo?

II.

Varios sus actos son: mas la locura
Que los produce, es una solamente:
En ella, cual de selva en la espesura,
El perderse el camino es consiguiente:
Vayas de aquí, de allí, siempre es oscura.
Por concluir, en fin, tengo en la mente,
Que al que ama siempre, encima de otra pena,
Deben ponerle grillos y cadena.

III.

Bien me podrás decir: *Tú ves, hermano,*
En otro lo que en ti no se te alcanza.
Lo sé, y respondo que tu aserto es llano;
Y que un lúcido intervalo, esperanza
Me dará de ganar mi juicio sano,
Y de no más meterme en otra danza.
Mas no lo podré hacer tan de contado;
Que el mal hasta los tuétanos me ha entrado.

IV.

En el canto anterior, Señor, decía
Que ya loco del todo, el triste Orlando,
Su espada y armas arrojado había;
Y que, feroz, su cuerpo desnudando,
Plantas tronchaba y resonar hacía
Grutas y valle; y de su grito infando
Uno y otro pastor iba al ruído,
Por sus pecados ó el azar traído;

V.

Y al ver lo que aquel hombre á hacer se atreve,
Sus bríos, su poder, su fortaleza,
Escapan, sin saber dónde los lleve
De los pies, en su espanto, la presteza.
Tras ellos el frenético se mueve,
Y á uno, de un golpe arranca la cabeza,
Con la facilidad que arrancaría
De un arbusto la poma ó flor natía.

VI.

Del tronco de ese triste se ha servido,
Como de maza que golpea fuerte,
Y como muerto tiende á uno adormido,
Que acaso al otro día se despierte.
Huyen todos: ni pies ni buen sentido
Les faltan, pues tan cerca ven la muerte;
Y gracias que á las reses embestía,
Que bien pronto, si no, los cogería.

VII.

Métense en su lugar los campesinos,
Abandonando arados, rejas, hoces;
Y seguros no viendo olmos ni pinos,
Súbense á los tejados, dando voces.
Del loco ven de allí los desatinos,
Que á puñadas, araños, muerdos, coces,
Bueyes, caballos, grey, mata y destruye,
Y no es poco veloz el que le huye.

VIII.

De allí á poco el estrépito resuena
En los próximos pueblos pastoriles:
De trompa y cuerno el son el aire atruena,
De altos gritos, de acentos mujeriles.
Con chuzo, azada y pico, á la faena,
De los montes se ven bajar á miles,
Y otros tantos subir del hondo al alto,
Á dar al loco villanesco asalto.

IX.

Como las olas de la mar profunda
Que el Austro mueve ; blanda la primera,
Á la cual mayor sigue la segunda,
Y va aumentando bríos la tercera,
Y de ola en ola el agua más abunda,
Y más se va extendiendo en la ribera,
Así crece la turba, contra Orlando,
Que de todo el contorno va bajando.

X.

Á veinte dió la muerte imperturbable,
Que, sin orden, se fueron á la mano;
Y con esta experiencia ven palpable
Que es mejor de su puño estar lejano.
Su sangre derramar á nadie es dable,
Que el fierro le percude y hiere en vano;
Pues para defender su Iglesia Santa,
Concedió Dios al Conde merced tanta [1].

XI.

En riesgo de morir se hallaba Orlando,
Si de morir capaz hubiera sido:
Mas bien pudo su espada echar volando,
Sin más riesgo por eso haber corrido.
Ya se andaba la turba dispersando,
Viendo que es todo golpe en él fallido;
Y cuando el Conde á nadie enfrente mira,
Hacia un grupo de casas se retira.

XII.

Por el miedo que impuso la derrota,
No hay hogar que no quede abandonado.
Pobre vianda, y en vajilla rota,
Encuentra, propia á pastoril estado.
Sin distinguir el pan de la bellota,
Del impulso del hambre dominado,
Metió dientes y garras, como pudo,
En lo que antes halló, cocido ó crudo.

XIII.

Se echó luego á vagar por la comarca,
Dando caza á los hombres y á las fieras,
Y, ya en el bosque, el pie rápido marca,
Y alcanza á las antílopes ligeras,
Ya, con desnudo brazo, el cuello abarca
Del oso, ó rasga el seno á las panteras;
Y á sus entrañas, y á su carne dura
Da con ansia en el vientre sepultura.

XIV.

Y después, todo el ámbito recorre
De Francia, aquí y allí; y á un puente llega
Bajo el cual, ancha y honda, el agua corre
De un río que jamás los campos riega.
Edificada al lado hay una torre,
Que se ve en torno desde monte y vega.
Lo que Orlando hizo aquí, dejo pendiente,
Que á hablar voy de Zerbino tristemente.—

XV.

El joven, cuando el Conde hubo partido,
Esperó un tanto, y luego áquel sendero
Lento siguió por donde Orlando ha ido,
Con su Isabel hablando placentero;
Y dos millas no más han recorrido,
Cuando ven que traían á un guerrero
En un mal palafrén, y á cada lado,
Como en su guarda, un caballero armado.

XVI.

Zerbino al preso conoció muy presto,
Y también su carísima pareja:
Era Oderigo el Vizcaino, puesto,
Lobo audaz, por guardián de mansa oveja.
Á ese había su Príncipe antepuesto
Á todo amigo, y á Isabel le deja,
Confiando en que leal la guardaría,
Con la fe que hasta allí probado había.

XVII.

La cosa, cual pasó, por la doncella
Á Zerbín le fué entonces relatada:
Cómo salvóse en la chalupa aquella,
Cuando iba á ser la nave destrozada
La fuerza que Oderigo usar con ella
Quiso, y cómo á la gruta fué llevada;
Y acabado ya había su relato,
Cuando al preso llegar vió á poco rato.

XVIII.

Los que en medio llevaban á Oderigo,
Á Isabel conocieron, y el que estaba
Con ella sospecharon ser su amigo,
Que la faz con el yelmo se ocultaba.
Mas cuando vieron el blasón antigo,
Fijo en la adarga, de su estirpe brava,
Y miraron, ya cerca, su semblante,
Mudaron de opinión en breve instante.

XIX.

Respetuosa se apea, y desenlaza
La pareja sus yelmos, y á Zerbino
Van los dos á abrazar, como se abraza
Á superior, de acatamiento en sino.
Ve de uno y otro el Príncipe la traza,
Y conoce á Corebo el Vizcaino,
Y á Almonio, á quienes él por compañeros
Dió á Oderigo, por nautas y guerreros.

XX.

Y dijo Almonio: «Pues á Dios le place
Que tu amada Isabel esté contigo,
Narrar lo principal al caso no hace,
Y la maldad de este hombre no te digo,
Ni á qué repetir más lo que desplace,
Pues sabes por qué así viene conmigo;
Que esa historia mejor tendrás oída
De la misma que ha sido la ofendida.

XXI.

»También debes saber que con fingido
Pretexto, separóme de su lado,
Y cómo fué Corebo luego herido
Porque quiso ampararla denodado.
Mas después de mi vuelta lo ocurrido
De la hermosa Isabel es ignorado;
Y pues eso no puede ella contarte,
Á mí toca instruirte de esa parte.

XXII.

»Veloz de la ciudad hacia el mar iba,
Con caballos que aprisa hube agenciado;
Siempre buscando la mirada activa
Á los que asaz distantes he dejado.
Corro y corro, y, en fin, llego á la riba
De la mar, y al lugar en que han quedado:
Mas, por mucho que oteo, no hallo nada,
Sino en la arena fresca la pisada.

XXIII.

»Sigo, y me lleva la reciente huella
Al bosque fiero; y no muy dentro ha sido,
Cuando el eco de mísera querella
Escucho, y á Corebo hallo tendido.
Le pregunto qué fué de la doncella,
Qué de Oderigo, y cómo, y quién le ha herido,
Y al saberlo, al autor de horrores tales
Me eché á buscar por breñas y jarales.

XXIV.

»Mas no le pudo hallar la vista mía,
Por más que fué mi planta presurosa:
Volví donde Corebo enrojecía
El suelo con su sangre generosa;
El cüal si allí quedara más del día,
Fuérale menester antes la fosa,
Y confesor y grey para enterrarle,
Que no cama y doctor para sanarle.

XXV.

»Del bosque á la ciudad hice llevallo,
Y en el hostal de un posadero amigo,
Con un doctor, que por sus medios hallo,
Curarle en breve término consigo.
Provistos luego de armas y caballo,
Corebo y yo buscamos á Oderigo,
Y en la corte le encuentro de Vizcaya,
Y le reto á que á lid conmigo vaya.

XXVI.

»El justo Alfonso mi querella oyendo,
Palenque concedió: la razón mía,
Ó Fortuna, mejor; que loca siendo,
Ruína ó victoria á su capricho envía,
Me dió vencer que, tras combate horrendo,
Mi prisionero le hice en aquel día;
Y el Rey, conocedor de su delito,
Mandó que dispusiera del precito.

XXVII.

»Yo ni matarlo quise, ni dejarlo,
Sino á ti conducirle de este arte,
Pues solamente á ti toca juzgarlo,
Y la pena imponerle; y á esta parte
Iba, con dirección al real de Carlo,
Do decían que estabas, á buscarte;
Mas doy gracias á Dios, que aquí te encuentro,
Sin ir, con riesgo, hasta el cristiano centro.

XXVIII.

»Y se las doy aún más, porque á tu amada
Veo (sin saber cómo) aquí contigo,
De quien suerte temí bien desgraciada
Por obra de este pérfido enemigo.»
Zerbín escucha á Almonio y no habla nada,
Puesta fija la vista en Oderigo;
Y no por odio, por dolor tan solo,
Que amor tanto parase en furia y dolo.

XXIX.

Cuando Almonio acabó su narración,
Quedó Zerbín suspenso y conmovido;
Que éste ha sido en quien menos la razón
Hallar pudiera para ser vendido:
Mas cuando de su larga admiración
Con un suspiro el Príncipe ha salido,
Si era verdad, pregunta al prisionero,
Lo que dél ha contado el caballero.

XXX.

Y de rodillas Oderigo en tierra
Caer dejóse, y dijo : «¡Ah, señor! Creo
Que quien va por el mundo peca y yerra;
Y no hay más distinción del bueno al reo,
Que en que éste cede á la más leve guerra
Que hace á su pecho un frívolo deseo ,
Y el otro lucha y llega al postrer linde :
Mas, si el contrario es grande, al fin se rinde.

XXXI.

»Si hubieras tú confiado fortaleza
De tu reino á mi esfuerzo y mi pericia ,
Y á un amago de asalto, sin firmeza ,
La rindiera, y con ella tu milicia ,
Por miedo, ó por traición, que es más vileza
Condenarme pudieras con justicia :
Mas si en defensa honrosa sucumbiese ,
¿ Harías que un castigo se me diese ?

XXXII.

»Cuanto más el contrario es poderoso ,
Más del vencido es de aceptar la excusa :
No de otro modo yo me vi azaroso
Que plaza por poder sumo reclusa.
Con cuanto afán y esfuerzo valeroso ;
Con cuanta fe , del cielo fuéme infusa ,
Guardar quise el castillo recibido :
Mas por fuerza invencible fui vencido.»

XXXIII.

Esto dijo Oderigo; y tanto luego
Añadió, que no es ya para contado,
Por probar que ha cedido á horrible fuego,
Y no que á un leve asalto se ha entregado.
Si furia alguna vez se aplacó al ruego,
Si humildoso pedir fué afortunado,
Éste lo debió ser; que halló Oderigo
Cuanto puede ablandar pecho enemigo.

XXXIV.

Al ver la ofensa á sus bondades hecha,
Zerbino entre *sí* y *no* se halla confuso.
Si pesa el crimen, el perdón desecha,
Que eso de la clemencia fuera abuso;
Y si recuerda la amistad estrecha
Que en su infancia nació y afirmó el uso,
Con agua de piedad la hoguera ardiente
Apaga del rencor benignamente.

XXXV.

Mientras Zerbino así perplejo estaba
En soltar ó llevarse al homicida:
Ó si á pena menor le condenaba,
Ó le daba la muerte merecida;
Aquí, coceando, el palafrén llegaba
Al que el Tártaro atroz quitó la brida;
Y la vieja traía, que á Zerbino
Puso ya de la muerte en el camino.

XXXVI.

El animal, que de otros el lejano
Relincho oyó, tras ellos ha venido,
Á la vieja llevándose, que en vano
Va pidiendo socorro á grito herido.
Cuando la vió Zerbino, alzó la mano
Al cielo, que propicio así le ha sido,
Pues le entrega á los dos que únicamente
Puede él odiar de todo ser viviente.

XXXVII.

Zerbino detener hace á la vieja,
Mientras la suerte de la vil decida.
Cortarle quiere la una y otra oreja,
Para ejemplar de toda inicua vida.
Luego juzga mejor, y se apareja,
Á dársela á los buitres por comida.
En fin, entre otras penas que revuelve
Allá en sus mientes, á ésta se resuelve.

XXXVIII.

Y dice: «Á perdonarlos me resigno:
Quede Oderigo de la muerte exento;
Que si del todo del perdón no es digno,
Sufrir no debe tan cruel tormento.
Desatadle, y que libre sea, en signo
De que Amor fué quien le inspiró su intento;
Pues bien es que el perdón benigno siga,
Á culpas á que Amor nos ata y liga.

XXXIX.

»Á muchos, de valer más que el cuitado,
El Amor fácilmente ha sometido;
Y á más horrendas culpas ha llevado
Que contra todos éste ha cometido.
Sea, pues, del castigo libertado;
Yo lo merezco más, que ciego he sido,
Pues cargo tal le di, sin poner mente
Que el fuego prende en paja fácilmente.»

XL.

Dijo; y viendo á Oderigo, esto añadía:
«Por un año á la vieja, en penitencia
De tu culpa, has de hacerla compañía,
Sin que de abandonarla hayas licencia;
Que á doquiera que vaya, noche y día
Ha de tenerte siempre á su presencia;
Y hasla de defender hasta la muerte
Del que la ose ofender de cualquier suerte.

XLI.

»Quiero que, cuando de ella sea mandado,
Trabes contra quien diga pugna y guerra;
Y que de hoy más te entiendas obligado
Toda Francia á correr, tierra por tierra.»
Sin prisión así el triste es condenado,
Y en más prisión el Príncipe le encierra.
Mas eso es levantarle al frente un foso,
Que era el no lo saltar dificultoso.

XLII.

Han sido por la vieja traicionados
Tanta dama infeliz, tantos amantes,
Que han de ser de no pocos provocados
Caballeros que al paso hallen errantes.
Los dos así á la par serán penados:
La infame por sus crímenes de antes;
Y él porque al ampararla en tanto entuerto,
No correrá gran tierra sin ser muerto.

XLIII.

Que eso cumpla Zerbino le ha exigido,
Bajo la ley de un juramento fuerte:
Y tal, que si por él fuere infringido,
Y á su vista otra vez le trae la suerte,
Ya sin más esperar, ni ser oído,
Ha de hacerle matar con fiera muerte.
Á Corebo después, y á Almonio vuelto,
Les mandó que á Oderigo dejen suelto.

XLIV.

Por tanto, aquellos dos le van soltando,
Con voluntad á fe no muy cumplida:
Que bastante á uno y otro está pesando
Perder venganza tanto apetecida.
El desleal partió, con él llevando
Á la forzosa vieja maldecida.
Turpín lo que fué de ella no nos dice:
Mas nos habla otro autor de esa infelice.

XLV.

Él escribe, y su dicho sólo os trazo:
Que no bien hecho había una jornada,
Cuando se libertó de ese embarazo
Oderigo, faltando á la fe dada:
Que á Gabrina al pescuezo la echó un lazo,
Y de un olmo caudal la dejó ahorcada:
Mas que un año después, con gran sosiego,
Hizo Almonio con él el mismo juego.

XLVI.

Zerbino, aunque marchaba tras la horma
de Orlando, y que perderla no quería,
Con dejar á su grey no se conforma,
Sin cuenta suya, un día y otro día;
Y á París manda á Almonio, al cual informa
De lo que importa más: con él envía
Á Corebo también; que amante anhela
Solo quedar y estar con Isabela.

XLVII.

Tan grande era el amor del buen Zerbino,
Y tanta en Isabel la fe sencilla
Que les inspira el grande Paladino,
Y el ansia de saber, que en ellos brilla,
De si halló finalmente al Sarracino
Que del corcel sacóle con la silla,
Que volverse al ejército no quiere
Hasta que el día tercio concluyere.

XLVIII.

Que ese el término fué que Orlando dijo
Que aguarda al pretendiente de su espada.
No hubo lugar que con afán prolijo
No buscaran Zerbino y su adorada;
Y salieron por fin do estuvo fijo
De Medoro el escrito en la portada;
Y encontraron en él grande fracaso
De árboles, fuente y gruta, y todo raso.

XLIX.

Y ven algo, á lo lejos, luminoso,
Y conocen de Orlando la coraza;
Y el yelmo hallan después, no aquél famoso
Que á su frente algún día Almonte enlaza;
Y un corcel, de la selva en lo fragoso,
Relincha; y ven, siguiendo aquella traza,
Paciendo á Brilladoro por la hierba,
Que aún el freno al arzón suelto conserva.

L.

Á Durindana encuentran igualmente;
Más sin la vaina, el filo al aire dando,
Y la veste, hecha trozos totalmente,
Que fué esparciendo por la selva Orlando.
Isabela y Zerbín, con faz doliente,
Sin saber qué pensar, lo están mirando,
Y nada al pensamiento corresponde
Menos, que pueda estar sin juício el Conde.

LI.

Si hubieran visto sangre en la armadura,
Quizá creerían que le hubiesen muerto.
En tanto, de la val por la llanura
Ven venir á un pastor, pálido y yerto,
Que del mísero Orlando la locura
Había desde el monte descubierto,
Y le vió desparcir armas y paños,
Y pastores matar, y hacer mil daños.

LII.

Por Zerbín detenido, apresuróse
Toda la historia á referirle de esto;
Y aún Zerbino á creerlo resistióse,
Y está allí el testimonio manifiesto.
Como quiera que fuese, desmontóse
Enternecido del azar funesto,
Y recogiendo va las derramadas
Reliquias, con sus lágrimas bañadas.

LIII.

Baja del palafrén la dama bella,
Y las armas, con él, también redime;
Y ve aquí que de pronto una doncella
Les sale, que afligida y triste gime.
Si me pregunta alguno quién es ella,
Por qué así llora, y qué dolor la oprime,
Que es Flor-de-lís, responderé, que amante
Buscando va su caballero andante.

LIV.

Su Brandimarte, sin decirla nada,
De Carlo en la ciudad dejóla un día,
Donde ocho meses le esperó angustiada;
Y cuando vió por fin que no volvía,
Desde el un mar al otro la cuitada
Á buscarle se echó por monte y vía;
Y llevó por doquiera su aflicción,
Menos del viejo Mago á la prisión.

LV.

Si al palacio fatal fuera de Atlante,
Viérale con Gradaso andar errando:
Viérale con Rugier, con Bradamante,
Y antes con Ferraud y con Orlando:
Mas cuando arrojó Astolfo al Nigromante,
Del formidable cuerno al eco infando,
Á Brandimarte ir á París le cupo;
Lo cual su dulce amiga no lo supo.

LVI.

Al venir, pues, con su amoroso empeño
Flor-de-lis do Isabel está afligida,
Halló el corcel del Conde, sin su dueño,
Allí pastando, y al arzón la brida:
Cuadro fatal que vió con torvo ceño,
De la nueva que ya le era sabida;
Pues le ha dicho el pastor, también ha poco,
Que ha visto al triste Orlando correr loco.

LVII.

Aquí Zerbín las armas junta en breve,
Y un trofeo marcial forma en un pino;
Y para hacer que nadie se lo lleve,
Villano, Campeador, ó peregrino,
Escribe encima, en la corteza leve:
Armadura de Orlando Paladino:
Cual queriendo decir: *Nadie la mueva*
Que estar no pueda con Orlando á prueba.

LVIII.

Cumplido el triste honor, Zerbín gallardo
Á montar su caballo iba afligido;
Cuando ve aquí que llega Mandricardo,
Que habiendo visto aquel trofeo erguido,
Le pide se lo explique sin retardo:
El joven le narró lo acontecido;
Y entonces, sin pararse, el Rey Pagano
Va al árbol, y á la espada le echa mano,

LIX.

Diciendo: «Es mi derecho así tomarla;
Que esta espada tiempo hace poseía,
Y puede, con justicia, rescatarla,
Donde quiera que esté, la diestra mía.
Vuestro Conde, no osando disputarla,
Se ha hecho el loco, tirándola en la vía:
Mas aunque me huya así, con temor luengo,
No ha de borrarme la razón que tengo.»

LX.

Y Zerbín le gritó: «¡Traidor! ¿Qué hiciste?
¿Piensas que impune ha de quedar tu acción?
Si así de Héctor las armas adquiriste,
Por robo las tendrás, no con razón.»
Sin decir más, el uno al otro embiste,
Para hacer de su brío parangón.
De cien golpes el fiero ruído estalla,
Y aún en mitad no están de la batalla.

LXI.

Es un fuego Zerbino en la presteza
De apartarse á do cae Durindana:
Cual un ciervo, saltar con ligereza
Hace al corcél, y el sitio mejor gana;
Y que se cure es bien; que si endereza
Sobre él un golpe espada tan insana,
Irá á buscar las sombras amorosas
Que moran el jardín de mirto y rosas [1].

LXII.

Como el lebrel veloz que al puerco asalta
Que fuera de la grey va á solazarse,
Le rodea, y aquí y allí le salta,
Y él espera á que llegue á descuidarse,
Así, si va la espada baja ó alta,
Mirando está Zerbín por libertarse:
Por salvar á la vez honor y vida,
Siempre atento al reparo ó la embestida.

LXIII.

Por su parte, doquier que el Sarracino
Á un lado ú otro con la espada azota,
Parece encajonado viento Alpino,
Que en Marzo selva espléndida alborota;
Y ya dobla sus copas al camino,
Ya al aire, entre rompidas ramas flota.
Zerbino, aunque hartos golpes de sí lance,
No consigue impedir que uno le alcance.

LXIV.

No evitar puede al fin que un gran fendiente
Le llegue al pecho entre el pavés y espada.
Doble el arnés, y doble era y potente
El peto, y la pancera bien templada;
Mas en vano, que todos igualmente
Al acero fatal dieron entrada,
Que cuanto halló á su paso fué rompiendo,
Y hasta el arzón llegó con grande estruendo.

LXV.

Y si no que fué el golpe corto un tanto,
Lo dividiera en dos cual junco leve:
Mas como corto fué, corto el quebranto,
Y en la carne y la piel poco hacer debe
La no profunda herida, larga cuanto
Puede medida ser por palma breve.
La sangre del arnés luciente luego
Salpica el brillo en rubicundo riego.

LXVI.

Así con roja banda, rica y leve,
Partir tela bellísima de argento
Por mano vi más blanca que la nieve,
Por quien partir el corazón me siento [3].
Poco á Zerbino aquí valerle debe
Ser tan insigne en arte y ardimiento;
Que en excelencia de armas, y en pujanza,
El Tártaro Monarca harto le avanza.

LXVII.

Al crudo golpe del Infiel, mayor
En la externa apariencia que en el hecho,
Mientra Isabel se siente de dolor
El corazón partir dentro del pecho,
Zerbín, lleno de esfuerzo y de valor,
Se enciende todo en ira y en despecho;
Y con cuanto es su brío, á doble mano,
Del casco en la mitad hiere al Pagano.

LXVIII.

Casi hasta el cuello del corcel doblóse
Al duro choque el bárbaro superbo:
Pero el yelmo encantado no partióse,
Y no cayó la testa al golpe acerbo.
Mas poco la venganza retardóse,
Y le dijo: «Ahora yo te la reservo;»
Y á Durindana alzó con furia extraña,
Esperando rajarle como caña.

LXIX.

Zerbín, que tiene el ojo do la mente,
Presto vuelve el caballo á la derecha:
Pero no tan veloz que la fendiente
Espada en el pavés no abriera brecha,
Pues le partió en dos partes igualmente.
La caja del brazal dejó deshecha,
Y en el brazo le hirió, bajando luego
Á adormecer de la rodilla el juego.

LXX.

Aquí y allí Zerbino busca vía
Para herir; pero paso nunca tiene;
Que el formidable arnés sobre que hería,
De su espada el vigor siempre detiene.
Por el contrario el Tártaro, caía
Sobre el joven; y á tal ventaja viene,
Que en siete ú ocho partes ya le ha herido,
Roto el pavés, el yelmo casi hendido.

LXXI.

Y aunque el triste las fuerzas va perdiendo
Con la sangre, parece no lo sienta;
Que el corazón heroico, no cediendo,
Hora aquel cuerpo exánime sustenta.
Su dama, en tanto, de dolor muriendo,
Trémula á Doralice se presenta,
Y la llora y la ruega por Dios alto
Que cortar quiera el horroroso asalto.

LXXII.

Tan buena cuanto bella, Doralice,
Temiendo aún la suerte tornadiza,
Se apresta á ejecutar lo que le dice,
Y hace que su amador pare la liza.
También el ruego de Isabel la ultrice
Saña en Zerbino apaga y tranquiliza;
Que se aparta á do quiere su adorada,
Sin acabar la empresa comenzada.

LXXIII.

Flor-de-lis, que, sin gran defensa, presa
Vió de Orlando la espada omnipotente,
Suspira, y ese mal tanto le pesa,
Que solloza y golpéase la frente.
Quisiera á Brandimarte en tal empresa,
Y cré que como lo halle y se lo cuente,
No ha de andar largo tiempo muy gallardo
Luciendo aquella espada Mandricardo.

LXXIV.

Y le siguió buscando, siempre en vano,
Mañana, tarde y noche por doquiera;
Mas tomaba camino bien lejano
De París, do su amante entonces era;
Y tanto recorrió de monte y llano,
Que llegó do, al pasar de una ribera,
Vió y conoció de Orlando el desatino....
Mas hablemos primero de Zerbino.

LXXV.

Perder la espada, al joven triste fallo,
Más que otro alguno, odioso le parece:
Tenerse puede apenas á caballo;
¡Tanta sangre vertió, tanta aparece!
Y hora que ya el calor va á abandonallo,
Con él se va la ira, el dolor crece;
Y llega de tal modo á dominarle,
Que siente que la vida va á faltarle.

LXXVI.

De flaqueza no puede ya seguir,
Y próximo se para á una fontana.
No sabe qué ha de hacer, ni qué decir
Isabel para darle ayuda humana.
Le baja del corcel, le ve morir;
Que está ya exangüe y la ciudad lejana,
Do médico y favor hallar podría,
Que templase á lo menos su agonía.

LXXVII.

No sabe más que maldecir del hado;
Y del cielo y su suerte se querella.
«¿Por qué (decía), ¡ay me!, no me ha tragado
El hondo mar en la borrasca aquella?»
Zerbín, que mira, lánguido, su estado,
Se duele más por lo que sufre ella
Que por el gran dolor tenaz y fuerte
Que le tiene tan cerca de la muerte.

LXXVIII.

«Quiere, corazón mío (la decía),
Después de muerto amarme como ahora.
¡Ah! que el dejarte aquí sola, sin guía,
Más que mi propia muerte el alma llora;
Pues si llegase de la vida mía
En seguro lugar la última hora,
Contento, alegre, de ventura lleno,
Moriría, muriendo así en tu seno.

LXXIX.

»Mas ya que mi destino exige duro
Que sin saber con quién, te deje, ¡ay triste!,
Por estos ojos y esta boca juro;
Por esta rubia red do me prendiste,
Que despechado voy al antro oscuro
De eterno mal, donde el pensar me atriste
De haberte aquí dejado de este modo
Mas que de su mansión el horror todo.»

LXXX.

Al oirle la mísera doncella,
Inclinando la frente lacrimosa,
Y su boca juntando con aquella
Del que ama tanto, lánguida cual rosa
Que por lograda en tiempo que no es de ella,
Empalidece entre maleza herbosa,
Le dice así: «No pienses, no, mi vida,
Que harás sin mí la postrimer partida.

LXXXI.

»No sientas de mi estado los enojos:
Que he de ir contigo al cielo ó al infierno.
Juntos aquí estarán nuestros despojos:
Juntas las almas en el gremio eterno.
No bien te mire aquí cerrar los ojos,
Me dará muerte mi dolor interno;
Y si el dolor no puede muerte darme,
Podré con esta espada atravesarme.

LXXXII.

»No creo que estos cuerpos desunidos
Habrían de tener jamás ventura:
Quizá vendrá quien, por piedad, unidos
Les dará en este sitio sepultura.»
Diciendo así, los últimos gemidos
De un aliento, que ya muy poco dura,
Con sus helados labios va sintiendo,
Y hasta el último soplo recogiendo.

LXXXIII.

La débil voz Zerbino reforzando
Replicaba: «Yo os pido, mi fiel Diva,
Por el amor que me mostrasteis, cuando
Por mí dejasteis la paterna riba,
(Y si puedo mandaros, yo os lo mando),
Que mientras á Dios plazca, os guardéis viva;
Si bien que no pongáis nunca en olvido
Que, cuanto es dable amar, yo os he querido.

LXXXIV.

»Dios ayuda os dará, mi fe lo espera,
Que os libre de acto y proceder villano,
Como hizo cuando á la espelunca fiera
Os fué á salvar el Senador Romano[4];
Como ya su bondad os protegiera
Del mar, y luego de Oderigo insano,
Y si por él honor forzoso fuere
Morir, entonces con valor se muere.»

LXXXV.

Que estas palabras últimas las vele
La muerte, pienso al amoroso oído;
Y acabó, como luz acabar suele,
Porque lento su aceite se ha extinguido.
¿Quién podrá aquí pintaros cuál se duele
La jovencilla al ver yerto, tendido,
Y desatados los mortales lazos,
Quedársele Zerbino entre los brazos?

LXXXVI.

Sobre el sangriento cuerpo se abandona,
Y de abundantes lágrimas lo baña:
Su grito sube á la celeste zona,
Y llena en derredor monte y campaña:
Ni el pecho ya, ni el rostro se perdona,
Y el pecho y rostro se percude y daña;
Y el oro arranca al pelo destrenzado,
Llamando siempre en vano al dueño amado.

LXXXVII.

En ira tanta, en pena tal hundida
La tiene su dolor, que fácilmente
La espada hiciera contra sí homicida
En esto á su Zerbín desobediente),
Si un ermitaño, que la linfa cuida
Serle benigna de la fresca fuente,
No llegara á impedir la acción insana,
Desde la gruta suya, no lejana.

LXXXVIII.

El varón venerable, que bondad
Juntaba suma á natural prudencia,
Rebosando en cristiana caridad,
Ornada de doctrina y de elocuencia,
Persuade á la tristísima beldad
Con su eficaz consejo y su paciencia;
Y la pone delante por espejo
Hembras del Testamento nuevo y viejo.

LXXXIX.

Hízola ver después que no hay influjo
Más que el de Dios que al hombre dé contento,
Y lo que dél no parte, es vano lujo,
De placer transitorio y del momento;
Y tal la amonestó, que la retrujo
De su culpable y obstinado intento;
Y la inspiró el deseo, Dios propicio,
De darse en adelante á su servicio.

XC.

No que dejar de su Señor quisiera
Ni el grande amor, ni el cuerpo miserando,
Que ha de llevar consigo por doquiera,
Día y noche por él siempre rogando.
El eremita, que apto y fuerte aún era,
É Isabela el esfuerzo secundando,
El cuerpo frío en su corcel pusieron,
Y muchos días caminando fueron.

XCI.

Que no al cauto varón bien parecía
Estarse solo con la virgen bella
En la rústica gruta que tenía
En lo más hondo de la selva aquella;
Diciendo para sí: «Grave sería
Juntos llevar la paja y la centella.»
Para hacer experiencia tan osada,
No en su ley fía, ni en su edad cansada.

XCII.

Ir se propone á un monasterio austero,
No lejos de Marsella, edificado
De Provenza en el campo placentero,
Y por santas mujeres habitado.
Para allí conducir al caballero,
Le había en una caja colocado,
En un castel cercano construída,
Larga y capaz, con pez muy bien ceñida.

XCIII.

Muchos días corrieron de la tierra
Trecho asaz, por los sitios más incultos;
Que estando toda entrada por la guerra,
Ir les conviene, cuanto es dable, ocultos.
Mas el paso un Barón por fin les cierra
Que los llenó de bárbaros insultos.
De ese después tendréis noticia varia;
Que hora vuelvo al tirano de Tartaria.

XCIV.

Suspendido el combate, de la silla
Apeóse, á gozar el Sarraceno
Fresca enramada, donde ledo brilla
Raudal sonoro; y al caballo el freno
Le quita, y de la hierba tiernecilla
Pacer le deja por el prado ameno:
Mas á poco de estar, se ve lejano
Á un guerrero bajar del cerro al llano.

XCV.

Le vido contrapuesto al horizonte
Doralice, y mostróle á Mandricardo,
Diciendo: «Le conozco; es Rodomonte,
Si de mi vista el penetrar no es tardo.
Contigo á combatir baja del monte;
Y bien has menester ser hoy gallardo.
El haberme perdido á injuria tiene:
Yo era su esposa, y á vengarse viene.

XCVI.

Cual neblí que la garza, ó la paloma,
Ú otro cualquiera sulcador del viento,
Ve desde lejos que á su campo asoma,
La cresta eriza y muévese contento,
Tal Mandricardo, que por cierto toma
En Rodomonte hacer duro escarmiento,
Alegre y fanfarrón la silla oprime,
Y parece que el suelo á sus pies gime.

XCVII.

Cuando á punto llegaron que ya empieza
Á sonar de ambos la amenaza impía,
El de Argel, con el brazo y la cabeza
Amenazando, le gritó que haría
Se arrepintiera de la vil flaqueza
De dar gusto á amorosa demasía,
Sin temor de atraerse de su espada
Venganza que hará en él la más contada.

XCVIII.

Respondió Mandricardo: «Necio eres,
Si piensas con bravatas espantarme:
Así se asusta á niños y á mujeres,
Ó al que nunca de arnés sus miembros arme:
Mas no al que siempre combatiendo vieres,
Y en el ocio jamás: y si á probarme
Vienes, dispuesto estoy: te reto armado,
En libre campo ó en palenque dado.»

XCIX.

Aquí son los ultrajes, gritos, ira,
Sonar de armas, crujir del acicate,
Cual viento que primero leve aspira,
Después flores arranca al acirate,
Y luego en polvorosa nube gira,
Troncha robles, y casa y torre abate,
Y los rebaños mata en la foresta,
Y entra fiero en el mar y le atempesta.

C.

De ese par de Paganos, de invencible
Audacia, cual no vió jamás la gente,
Surgen golpes sin fin y estrago horrible,
Fruto á semilla tal correspondiente.
La tierra tiembla con el son terrible,
Y al chocar las espadas juntamente,
Suben chispas al cielo, y reverberan
Cual si miles de luces se encendieran.

CI.

Sin dar paz al aliento fatigado,
Entre ambos Reyes dura la batalla,
Ora tentando, de este ó de aquel lado,
Romper las planchas, penetrar la malla.
Ni éste gana ni aquél pierde del prado;
Y cual si hubiese entre los dos muralla,
Ó de oro fuese el suelo en que estuvieren,
Un dedo nada más perder no quieren.

CII.

Una vez, entre tanto golpe insano,
Mandricardo al de Argel tajo le asesta
Que le hace ver girar al aire vano
Más candelas que alumbran una fiesta:
La grupa del caballo el Africano
Va á tocar, sin sentido, con la testa;
Y los estribos pierde, y ve, infelice,
Que á la vista caerá de Doralice.

CIII.

Mas como bien compuesto arco, en su vuelta
De fino y acerado temple y baño,
Que cuanto la presión es más resuelta
Del gato ó cuerda, en su gradual amaño,
Con tanto más rigor, cuando se suelta,
Mayor que el que ha sufrido causa daño;
Así el de Argel levanta la cabeza,
Y mayor golpe al Tártaro endereza.

CIV.

Rodomonte en su frente, cual quería,
Descargó el peso de su furia insana;
Y si herirla no pudo, es que vestía
La armadura fortísima troyana:
Mas tanto le aturdió, que no sabía
Si era entonces de noche ó de mañana;
Y el feroz rey de Argel no se contenta,
Y otro golpe en seguida darle intenta.

CV.

Del Tártaro el caballo, al cual ofende
La espada, que silbando viene alta,
Con ruína suya á su Señor defiende,
Porque en huída atrás de pronto salta,
Y su altivo testuz la espada hiende,
Que á su dueño y no á él tan fiera asalta.
Al golpe muere, pues, del Africano:
¡Triste, que no tiene él yelmo troyano!

CVI.

Mandricardo al caer sólo resbala,
Y, vuelto en sí, la espada en torno gira,
Y del trémulo aliento fuego exhala,
Viendo á su lado su corcel que espira:
Sobre él el Argelino el suyo cala,
Para arrollarle, y él no se retira.
Como escollo á las olas, se resiste:
Cae el caballo, y él en pie subsiste.

CVII.

El Moro que el corcel faltarle siente,
Soltando los estribos se ladea,
Y en pie queda, y dispónese ágilmente
Á seguir con el otro la pelea.
La lucha más que nunca sigue ardiente,
Y el odio y el furor los espolea.
Mas aquí se presenta un mensajero
Que á ver si los separa va ligero.

CVIII.

Era el nuncio varón de gran decoro,
Cual otros que por Francia eran enviados
Á recoger al Estandarte Moro
Jefes y Caballeros dispersados;
Porque el Monarca de las lises de oro,
En sus tiendas los tiene circundados;
Y si fuerte socorro no va presto,
Su exterminio total es manifiesto.

CIX.

Conoce el nuncio á la inspección primera
Á entrambos Reyes; más que en las señales
De escudo y veste, en su pujanza fiera;
Que esos no más descargan golpes tales.
Entre ellos no osa entrar; y poco espera
Que, en medio á ese furor, mandatos reales
Puedan valer, por más que á su persona
La inmunidad de embajador la abona.

CX.

Pero va á Doralice, y la asegura
Que Agramante, Marsilio, Estordilano,
Hoy, detrás de estacada mal segura,
Con pocos, se defienden del cristiano;
Y con vehemente ruego la conjura
Que haga cesar aquel combate insano,
Y al campo los conduzca, do su fama,
Su nombre excelso y su deber los llama.

CXI.

Métese entre los dos, con gran valor,
La fuerte dama, y díceles: «Yo os mando,
Por cuanto sé que me tenéis amor,
Que combate dejéis tan miserando,
Y súbito corráis á dar favor
Al campo sarraceno, que, temblando,
Hora aguarda en sus tiendas, tras de un foso,
Ó pronta ayuda ó término afrentoso.»

CXII.

Y el nuncio aquí refiéreles prolijo
Todo el riesgo del campo sarraceno;
Y al mismo tiempo cartas da del hijo
Del Rey Trojano [5], al hijo de Ulieno [6].
Por fin adoptan, por acuerdo fijo,
Que, depuestos los odios y el veneno,
Hagan treguas los dos hasta el instante
Que liberten el campo de Agramante;

CXIII.

Y sin otra demora, concluída
La obra de salvar la opresa gente,
Toda otra tregua quedará rompida,
Y seguirá su enemistad ardiente,
Hasta que con las armas se decida
Quién la dama tendrá debidamente.
Ella, ante quien hicieron juramento,
Por los dos se encargó del cumplimiento.

CXIV.

La Discordia se hallaba allí furente,
De paces y de treguas enemiga;
Y la Soberbia allí, que no consiente,
Y turbar quiere que el convenio siga:
Pero más puede Amor, también presente;
Que no hay quien su poder rendir consiga;
Y atrás, muy pronto, al golpe de su flecha,
Á la Discordia y la Soberbia echa.

CXV.

Por fin el pacto entre los dos se acaba
Cual quiso quien con ellos más podía.
Uno de los caballos les faltaba,
Pues ya muerto el del Tártaro yacía:
Pero allí cerca Brilladoro estaba,
Que en unas hierbas húmedas pacía....
Mas de este canto terminó el asunto,
Y así, con vuestra gracia, daré punto.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

NOTAS

CORRESPONDIENTES Á LOS CANTOS XIII AL XXIV.

CANTO DÉCIMOTERCERO.

1 Quirón es uno de los Centauros. Ariosto recuerda aquí á Dante, que en el Canto XII del *Infierno* imagina que los tiranos y hombres violentos son castigados en lagos de sangre hirviendo, y hace que Quirón y sus compañeros estén al cuidado de que no puedan salir, obligándoles á flechazos á que vuelvan á sumergirse en las hirvientes olas.

2 Esta vieja es Gabrina, de la que más adelante se ocupa el poeta largamente.

3 La Aurora.

4 La maga Melisa.

5 Alude á la cueva profética de Merlín, donde da á entender que, si lo hubiera preguntado, le habrían sido también anunciadas estas damas; con lo que reanuda la relación de la progenie de Rugiero y Bradamante.

6 Isabel de Este, hermana del duque Alfonso de Ferrara.

7 Gonzaga, que mandaba las tropas italianas contra los franceses en la batalla de Val de Taro (en 1495).

8 Tifis era el piloto de la nave *Argos*, en la expedición de los Argonautas, la más larga y famosa de aquellos tiempos.

9 Beatriz fué esposa de Luís Esforcia, llamado *El Moro*, duque de Milán.

10 El Moro fue encerrado bajo Luís XII de Francia en un castillo de Turena, en el que vivió cautivo diez años.

Según Ariosto, eso ocurrió después de la muerte de Beatriz, pues, como dice en la siguiente octava, los Colubros (esto es, la bandera de los Visconti) fueron invencibles y famosos mientras vivió dicha Beatriz.

11 Los Insubros son los que vinieron de la Galia Cisalpina á habitar lo que fué después el Milanesado.

12 Beatriz, hija de Aldobrandino, marqués de Este: se casó en 1234 con Andrés II, Rey de Hungría, ó sea Panonia.

13 Otra Beatriz de Este, que fundó el monasterio de Gómola, y murió en 1226.

14 Ricarda, marquesa de Saluces, tercera mujer de Nicolás de Este, príncipe de Ferrara: el que hizo cortar la cabeza á su segunda esposa Parisina Malatesta. Fué abuela del Duque y del Cardenal, de cuya raza tanto se ocupa el poeta.

15 Leonor, esposa de Hércules I, fué hija de Fernando I, rey de Nápoles, hijo de Alfonso I de Aragón.

16 Lucrecia de Borja fué la segunda mujer de Alfonso I, duque de Ferrara. Se casó con él, viuda ya de otros tres maridos. La más minuciosa

investigación histórica ha venido á demostrar en nuestros días las falsas acusaciones levantadas contra esta dama, y á justificar los elogios que de ella hacía su contemporáneo Ariosto, ó al menos á borrar las execrables tachas con que han querido manchar su nombre los fabulistas de dramas espeluznantes. Tres octavas consagra el poeta á celebrar las virtudes de Lucrecia, y muy particularmente su castidad. ¿Tenía necesidad de eso? ¿No le bastaba alguna breve frase encomiástica, como las que usa con las demás princesas? ¿Podría atreverse la más exagerada libertad poética á llenar de elogios á una mujer que hubiere llevado la escandalosa vida y cometido los crímenes que se la han atribuído, allí, en su corte misma, donde ella vivía, cuando el poeta la ensalzaba? ¿Qué habría parecido á todos sus contemporáneos esa bajísima adulación, ese desvergonzado insulto á todas las virtudes, y en particular á la castidad y á la modestia? Es cierto que este gran poeta cortesano no es nada parco en alabanzas; pero en ninguna parte de su tan largo trabajo se verá que altere fundamentalmente los hechos históricos, aunque á veces pondere algunos más de lo que su pequeñez merece.

17 Renata, hija de Luís XII y de Ana de Bretaña, se casó con Hércules II, duque de Ferrara.

CANTO DÉCIMOCUARTO.

1 Esta batalla de Rávena fué en 1512, entre las tropas del Papa y de España, contra los fran-

ceses. Murió en ella Gastón de Foix, á la edad de veintidos años, príncipe muy valeroso y amado de su gente; por lo que ésta, cuando entró en la plaza, cometió las más horribles atrocidades. Todos los autores están contestes en atribuir la victoria al auxilio y disposiciones hábiles de Alfonso, duque de Ferrara, el cual hizo prisionero á Fabricio Colonna, general de los soldados del Pontífice, con quien se portó nobilísimamente.

2 Las armas del Pontífice Julio II (de la Róvere), eran una encina con bellotas de oro (La Glanda).

3 La bandera española, amarilla y encarnada.

4 Gastón de Foix se vengó en Brescia, porque no quiso rendirse, condenándola al saco y la matanza por dos días. Rímini y Fayenza, asustadas, abrieron sus puertas al vencedor.

5 Estos nombres ridículos de jefes sarracenos son inventados por Berni, de quien los toma Ariosto; así como todas las demás fábulas de este género.

6 Recuerde el lector que en el Canto IV le dejó Bradamante atado á un árbol después de quitarle el anillo Aquí dice que le libertó Isoliero, hermano de Ferraud, porque el poeta es muy escrupuloso en esto de atar cabos, como, medio entre burla y juicio crítico, nos lo dice nuestro Quevedo en aquellas sus palabras:

El veintiuno de Agosto,
Que fué muy puntual el Ariosto.

7 Este centauro, con el nombre de Sagitario,

es el signo del Zodiaco, en cuya casa entra el sol el 21 de Noviembre.

8 Esta empresa de Mandricardo está descrita en el *Orlando Enamorado* de Berni.

9 Los episodios de amores en nuestro poeta son achacados por varios comentadores á sucesos ocurridos en su tiempo, que refiere alegóricamente. De éste, por ejemplo, se dice que se hace en él alusión al robo de una noble joven de Urbino, ejecutado por César Borja, cuando iba acompañada de sus parientes y servidores á unirse á su novio y convenido esposo, que cuentan era veneciano, y se llamaba el capitán Carraccio.

10 Algarbe en Portugal.

11 Ariosto, que era muy instruído, no ignora que la conquista de Jerusalén fué muy posterior á Carlomagno. Se toma esta libertad cronológica para hacer más expresiva y poética la plegaria del Emperador.

12 Esta mezcla de nuestra santa Religión con la mitología pagana y con la creación de personajes alegóricos, es uno de los grandes cargos que se hacen por los críticos á este poema; pero ¿qué gran poeta antiguo ó moderno no ha caído en esta tentación, convertida casi en un derecho poético hasta nuestros días? Tal vez Ariosto es uno de los que más han abusado, dejándose llevar del vuelo fogosísimo de su inventiva prodigiosa; pero bien puede perdonársele, por el deleite que nos causan sus peregrinas creaciones, y el partido que de ellas saca su inagotable vena. No como religión, sino como alegoría,

usan la mitología los poetas cristianos; y la alegoría es una de sus más grandes bellezas, y no podría desterrársela de la poesía sino renunciando á esas bellezas. ¿Hay nada más hermoso, por ejemplo, que el Amor y el Honor aconsejando simultáneamente á Herminia en la *Jerusalén libertada* del Tasso? ¿Y en los *Lusiadas,* casi todas las infinitas alegorías, y sobre todo la del gigante Adamastor? Seamos, pues, más indulgentes con nuestro Ariosto, teniendo en cuenta que, sin algunas concesiones convencionales, sería imposible el cultivo de las Musas.

13 El Silencio.

14 También se ha censurado no poco el estilo bajo á que desciende aquí el poeta, arrastrado por el deseo de dar á la amarga crítica los abusos de ciertas costumbres de su tiempo: y, en efecto, parece que eso es más propio de la Sátira de Horacio que del poema virgiliano: ¿pero no le ha dado el ejemplo Dante mismo?

15 El mudo es el silencio.

16 Llama á las estrellas los «ojos del cielo.»

17 Pantano en el territorio de Ferrara, á la orilla izquierda del Volano, que, como hemos dicho, es un brazo del Po.

18 Especie de fortificación de madera y hierro añadida en saliente á las murallas.

19 La Holanda.

20 Fueran menos, si no estuviera á su frente Rodomonte, hijo de Ulieno, rey de Argel.

CANTO DÉCIMOQUINTO.

1 Alude á la victoria ganada por el Cardenal á los venecianos, que ocupaban en las riberas del Po, desde su embocadura hasta Francolino, que es una pequeña localidad á cinco millas de Ferrara.

2 Ya dijimos que Ariosto se atiene á la geografía de Marco Polo. Fornari cree que toma á los Escitas por los Tártaros, habitantes del Cathay; como quiera que sea, este viaje de Astolfo por el Norte de Asia y Europa para volver á Inglaterra, es del todo quimérico.

3 En la provincia de Moabar, en una pequeña ciudad, está el cuerpo de Santo Tomas, Apóstol, que predicó el Evangelio por aquellas tierras.

4 Alude á los descubrimientos de Portugueses y Españoles, y dice que los primeros se dirigieron hacia el Oriente, y al Poniente los segundos: con Vasco de Gama los portugueses, y con Cristobal Colón los españoles.

5 El Emperador Carlos V, de la sangre de Aragón por su madre Doña Juana la Loca, Reina de España, y de la de Austria por su padre el Archiduque Felipe el Hermoso.

6 Una de las mayores glorias del romano general fué la guerra de los piratas, que habían llegado á hacerse temibles á Roma misma, después de la Mitridática, hasta el punto de que muchas personas nobles y ricas se hicieron sus compañeros, tanto por su potencia, cuanto por las rique-

zas que poseían y la ostentación que de ellas hacían, pues llegaron á gastar en sus naves cuerdas doradas, velas de púrpura y remos incrustados con plata y preciosos metales, dominando costas y mares, con vergüenza del pueblo romano. El gran Pompeyo los venció y destruyó en cuarenta días, degollándolos á todos.

7 Yendo el emperador Carlos V á Bolonia á recibir del Papa la corona imperial, se embarcó en Barcelona en las galeras de Doria y fué á Génova, de cuya ciudad había antes arrojado á los franceses el valeroso almirante. La ciudad le había ofrecido la soberanía sobre su territorio, y Doria, no sólo la renunció, sino que, á ruego suyo, el Emperador reconoció la independencia de aquella república.

8 Marco Antonio.

9 Carlos V dió á Doria el Principado de Melfi, en La Apulla.

10 Para entender este pasaje hay que tener presente que habla Sofronia, en tiempo de Carlomagno, profetizando sobre dos hechos que habían de ocurrir á grandes intervalos históricos: el uno contemporáneo de Ariosto, que es el de la nota anterior, y el otro ocurrido doscientos y pico de años después de Carlomagno; cuyo hecho fué la ocupación de la Apulla y de la Calabria, dominadas en breve tiempo por Guillermo Brazo de Fierro, hijo del Normando Tancredo de Altavilla.

11 Vientos orientales.

12 Se llama Portus Magorum, en el golfo Pérsico.

13 El mar Rojo.

14 Canal abierto por el emperador Trajano entre el Nilo y el mar Rojo.

15 Vulcano es llamado Múlciber por Virgilio y otros poetas. Esa red á que se hace aquí alusión, sirvió para el objeto que la octava explica, según la mitología.

16 Otra fábula mitológica. Cloris era una ninfa del séquito de la Aurora.

17 Canope es una ciudad á doce millas de Alejandría, en Egipto.

18 Se refiere á Berni, que cuenta esta historia de *Los dos bastardos*.

19 Así se llamaban antiguamente las islas Canarias.

20 Estos correos de palomas se usaban de muy antiguo en el Egipto. Hoy se ha hecho general como servicio militar en toda Europa desde la última guerra franco-prusiana.

21 San Jorge.

CANTO DÉCIMOSEXTO.

1 Los Evangelistas.

2 Alude al sitio de Padua en 1509 por las tropas imperiales, en el cual se halló el Cardenal de Este.

3 Othon, Rey de Inglaterra y padre de Astolfo, que supone sitiado en París con Carlomagno.

4 Nombre de la célebre espada de Reynaldo.

CANTO DÉCIMOSÉTIMO.

1 Majencio residía en Cere, llamada por los griegos Agyla, ciudad de la Etruria, hoy Cervetria.

2 Se da este nombre á una parte del mar á las inmediaciones de Carpanto, isla entre Rodas y Creta.

3 Los Reyes de Francia, que usan el apelativo de *Cristianísimos*, así como los de España el de *Católicos*.

4 Jerusalén.

5 Los Sarracenos.

6 Ríos de la Libia. El Hermo, después que se le junta el Pactolo, que procede de la Frigia occidental, entra en el golfo de Smirna.

7 El sol que asoma por el horizonte parece que sale de la tierra, antigua madre de todas las criaturas nacidas de ella.

CANTO DÉCIMOCTAVO.

1 Á Carlomagno.

2 Orsa es, en marina, la cuerda ligada á la antena de la izquierda de un barco.

3 Coro: nombre que dan los poetas á un viento que sopla del Poniente en el solsticio de Junio.

4 Es el Libecio, viento del Sudoeste.

5 Provincia de la Numidia, cuya capital era Cirtha, que hoy lleva el nombre de Constantina.

6 Personaje que representa los celos amorosos. Hay que tener en cuenta que las alegorías de este género estaban muy de moda en tiempo de Ariosto, para perdonarle algunas un tanto pesadas.

7 Zerbino.

8 Quiere decir que la obra de sus enemigos la destruirán como tela de araña, si no eclipsan aquel día sus pasadas glorias, ó, lo que es lo mismo, si se portan bien.

9 Jafa.

10 La antigua Tiro.

11 Sarfanda : la antigua Sarepta.

12 Río que nace en el Anti-Líbano y entra en el Mediterráneo, junto á Antioquía.

13 Ciudades de Siria, citadas por Ptolomeo, situadas á lo largo del Oronte.

14 La hermana de Rugiero.

15 Fitón, amante de la Aurora, que obtuvo de Júpiter la inmortalidad, pero sin el don de juventud perpetua.

16 Esa historia se refiere en el *Orlando Enamorado* de Berni.

17 Ciudad de Liguria, hoy arruinada.

18 La isla de Chipre: según la mitología, consagrada á Venus.

19 Agramante.

20 Desde aquí hasta la octava LXXVIII hay una porción de imitaciones del episodio de Niso y Euríalo en la *Eneida* de Virgilio, al cual supera, según varios críticos.

21 Según la mitología, esta Diosa era venera-

da en el cielo como la Luna, en la tierra como Diana, y en el infierno como Hécate, y por eso es llamada la triforme Dea. Medoro, que es de un pueblo de cazadores, la implora aquí como Diana cazadora.

22 Diana se enamoró del pastor Endimión.

CANTO DÉCIMONONO.

1 Llamaban los Romanos Prónuba á la que servía de madrina á la desposada, y Aúspice al padrino.

2 Se refiere á una historia de Berni.

3 Ciudad de la isla de Chipre.

4 Ciudad de la Caramania, en la Turquía Asiática.

5 Los marineros consideran como señal de buen tiempo este fenómeno eléctrico, que es una luz que se aparece sobre las antenas de las naves por la refracción del aire, y que ellos atribuyen á protección milagrosa de su patrón San Telmo, cuyo cuerpo veneran en Gaeta.

6 El Mistral es el viento maestro, y el Líbico es el Libeccio.

7 Vela que se echa á popa de las naves para acortar la velocidad.

8 Estar al pairo llaman los marinos al sostenerse á una misma altura, sin avanzar ni retroceder.

9 Hécuba, que se suponía ser muy anciana.

10 Por otro nombre la Pitonisa, que era la que daba los oráculos de Apolo en el templo de Cumas, cuya sacerdotisa suponían de una ancianidad centenaria.

11 Se usa Plaustro en el original y en la traducción por la constelación del Carro, para significar que entran los lidiadores por la puerta que da al Norte.

CANTO VIGÉSIMO.

1 Orlando.

2 Reinaldo de Montalbán.

3 Las Osas menor y mayor, que llaman prole de Licaón, porque la primera (Calisto) fué hija de Licaón, rey de Arcadia; y la segunda su nieto Arcadio. Fueron convertidos en osas, y Júpiter las puso en el cielo junto al polo Ártico, donde forman las constelaciones que vulgarmente se llaman el Carro. Por eso Ariosto dice, con elegante inventiva poética, que sus ruedas aún van surcando el cielo, para dar á entender que se acerca el amanecer, pues esas estrellas no se ponen como las demás, porque, según la mitología, la vengativa Juno, de quien fué Calisto ninfa secuaz y gozada por Júpiter, rogó á Tetis (personificación del mar) que no la dejara bañarse en sus aguas como á las demás estrellas.

CANTO VIGÉSIMOPRIMERO.

1 Cadena de montañas del Epiro, en cuyas inmediaciones solían ocurrir muchos naufragios por su golfo y costas.

2 Se dice que este episodio de la vieja Gabrina está tomado de un hecho contemporáneo, y que su amada le impuso al Ariosto que lo tratara en su poema, lo cual hizo con bastante repugnancia. Si no es cierto, parece verosímil; porque, en efecto, es sin duda lo más flojo de cuanto ha escrito. El traductor se ha tomado la libertad de salvar algunas contradicciones que se advierten en la narración.

3 Quiere decir tres horas después de anochecer, pues se empezaba á contar el día, según el antiguo cuadrante italiano, al ponerse el sol.

CANTO VIGÉSIMOSEGUNDO.

1 De aquí se ha deducido que el episodio de Gabrina fué impuesto á Ariosto por persona de su mayor afecto.

2 Judas Iscariote, cuya maldad no perjudica la santidad de los demás Apóstoles.

3 Las Danaides, que mataron á sus maridos,

menos Ipermestra, que fué fiel, y salvó al suyo de la general matanza.

4 Ciudad de la Anatolia en el Asia Menor, al pie del monte Olimpo.

5 El Rey de Inglaterra.

CANTO VIGÉSIMOTERCERO.

1 Bradamante, que por la protección de Melisa pudo salir de la cueva en que la echó Pinabelo traidoramente.

2 Pinabelo muerto.

3 El cuerno encantado.

4 La lanza de oro encantada, que fué de Argalia, hijo de Galafrón.

5 La Abadía de Valleumbrosa, donde debía reunirse con Rugier para que en ella se bautizase.

6 Frontino es el caballo de Rugiero; los otros son: Brilladoro, de Orlando, y Bayardo, de Reinaldo.

7 Llama reino Estigio al infierno, por la laguna Estigia que en él se halla.

8 Aquí resalta en Ariosto el espíritu alambicado de su época, bien poco á propósito para manifestar sentimientos tiernos del alma, que piden la expresión tanto más patética y vehemente, cuanto más natural y sencilla. El gran poeta paga alguna vez un tributo, á que casi ningún otro se ha resistido: al deseo de agradar á sus contemporáneos.

CANTO VIGÉSIMOCUARTO.

1 Supónese que Orlando era invulnerable en todas laspartes de su cuerpo, menos en las plantas de los pies; y el poeta lo atribuye piadosamente á protección de Dios para que fuera campeón de su Santa Iglesia.

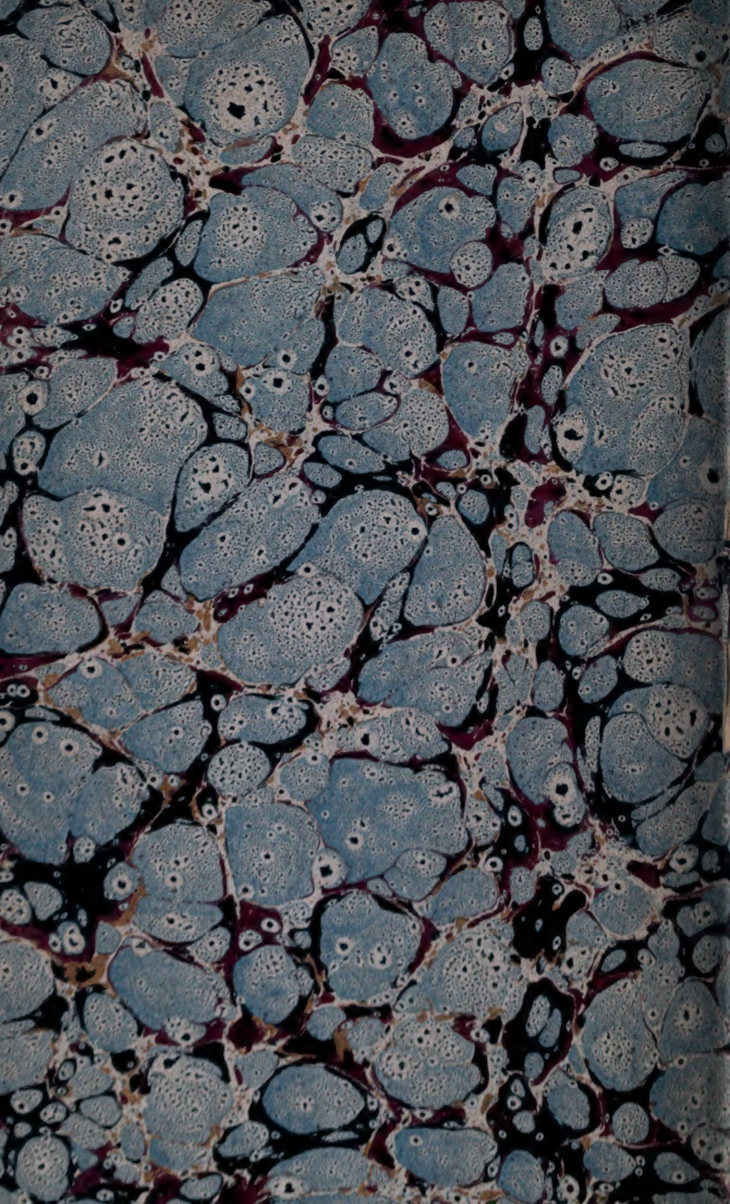
2 Alusión á la fábula de Virgilio en el sexto libro de la *Eneida*, en que supone á las almas de los amantes en un frondoso bosque de mirtilos y rosas.

3 Recuerdo que hace aquí de sus amores.

4 Uno de los títulos que se daban á Orlando.

5 Agramante.

6 Rodomonte.





LI
A7126nz
.Sp
556833
Ariosto, Lodovico
Orlando furioso; trad. J. de la Pezuela
y Ceballos.
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED